Bestseller del *New York Times*

VIDA DE LOS ESTOICOS

El arte de vivir desde Zenón hasta Marco Aurelio

Autores de *Diario para estoicos*

RYAN HOLIDAY

y STEPHEN HANSELMAN

Bestseller del *New York Times*

VIDA DE LOS ESTOICOS

El arte de vivir desde Zenón hasta Marco Aurelio

Autores de *Diario para estoicos*

RYAN HOLIDAY

y STEPHEN HANSELMAN

VIDA DE LOS ESTOICOS

REM
REVERTÉ MANAGEMENT

También de Ryan Holiday y Stephen Hanselman

Diario para estoicos
Agenda del diario para estoicos

También de Ryan Holiday

La quietud es la clave

VIDA DE LOS ESTOICOS

El arte de vivir desde Zenón hasta Marco Aurelio

RYAN HOLIDAY

Y

STEPHEN HANSELMAN

Autores del *Diario para estoicos*

REM
REVERTÉ MANAGEMENT

Lives of the stoics
Vida de los estoicos

Copyright © 2020 by Ryan Holiday y Stephen Hanselman
All rights reserved.

© Editorial Reverté, S. A., 2021
Loreto 13-15, Local B. 08029 Barcelona – España
revertemanagement.com

Edición en papel
ISBN: 978-84-17963-47-7

Edición en ebook
ISBN: 978-84-291-9645-0 (ePub)
ISBN: 978-84-291-9646-7 (PDF)

Editores: Ariela Rodríguez / Ramón Reverté
Coordinación editorial y maquetación: Patricia Reverté
Traducción: Genís Montrabà
Revisión de textos: Mariló Caballer

La reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, queda rigurosamente prohibida, salvo excepción prevista en la ley. Asimismo queda prohibida la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, la comunicación pública y la transformación de cualquier parte de esta publicación sin la previa autorización de los titulares de la propiedad intelectual y de la Editorial.

62

CONTENIDO

Introducción

zenón «el profeta»

cleantes «el apóstol»

Aristón «el Disidente»

Crisipo «el luchador»

Zenón «el Gestor»

Diógenes «el Diplomático»

Antípatro «el Ético»

Panecio «el Enlace»

Publio Rutilio Rufo «el último hombre honesto»

Posidonio «el Genio»

Diótimo «el Vicioso»

Cicerón «el Compañero de Viaje»

Catón «el hombre de hierro de Roma»

Porcia Catón «la mujer de hierro»

Atenodoro Cananita «el Hacedor de Reyes»

Ario Dídimo «el Segundo Hacedor de Reyes»

Agripino «el Diferente»

Séneca «el batallador»

Lucio Anneo Cornuto «el Hombre común»

Gayo Rubelio Plauto «el hombre que no quiso ser rey»

Trásea «el Valiente»

Helvidio Prisco «el Senador»

Musonio Rufo «el Inquebrantable»

Epicteto «el Hombre libre»

Junio Rústico «el Responsable»

Marco Aurelio «el Rey filósofo»

Conclusión

Cronología de los estoicos y del mundo grecorromano

Fuentes consultadas y lecturas complementarias

También de Ryan Holiday

INTRODUCCIÓN

La única razón para estudiar filosofía es llegar a ser una mejor persona.

Todo lo demás, como dijo Nietzsche, es «la crítica de las palabras por medio de otras palabras».

Ninguna escuela filosófica creía más en esto —en el poder de los hechos por encima de las palabras— que el estoicismo, una antigua filosofía cuyos orígenes se remontan a la Grecia del siglo III antes de Cristo.

Séneca, un filósofo estoico de la época romana alejado de la academia, dijo sin tapujos que no había otro propósito para la lectura y el estudio de la filosofía que la búsqueda de la felicidad.

Sin embargo, este no es el papel que desempeña la filosofía en el mundo moderno. En la actualidad, se trata de entender qué pretenden decir las personas inteligentes, qué grandilocuentes palabras usan y qué paradojas o acertijos nos plantean para desconcertarnos.

No es de extrañar que la consideremos una disciplina poco práctica. ¡Lo es!

Sin embargo, este libro trata un tipo de conocimiento muy distinto y más accesible. Un tipo de conocimiento que proviene de gente como Séneca, un hombre que sirvió a su país, soportó el exilio y todo tipo de renuncias, luchó contra la ambición y los defectos personales, y finalmente murió de forma trágica y heroica intentando ser fiel a sus principios. A diferencia de los «filósofos de salón», los estoicos se preocupaban principalmente por la forma en la que uno *vive* la vida. Es decir, las decisiones que tomamos, las razones que nos guían o los principios que adoptamos ante las adversidades. Se preocupaban por lo que hacían, no por lo que decían.

Su filosofía, ahora más necesaria que nunca, no se basa en ideas efímeras, sino en la acción. Sus cuatro virtudes son simples y sencillas: coraje, templanza, justicia y sabiduría.

Entonces, no debería sorprendernos que podamos aprender tanto de sus experiencias vitales (sus actos) como de sus escritos filosóficos (sus palabras). La sabiduría que ofrecen los textos publicados de Catón «el Joven» es escasa: dedicó toda su vida al servicio público, y estaba demasiado ocupado en su trabajo y en las contiendas militares como para escribir más que unas pocas líneas. Pero su comportamiento durante la decadencia y el colapso de la República —es decir, su férrea integridad y su dedicación desinteresada— nos enseñan más sobre su filosofía que cualquier ensayo. En este sentido, apenas hemos recuperado una mínima parte de las teorías de Diótimo, un estoico de principios del siglo I a. C., pero la leyenda de su fraude literario nos muestra la facilidad con la que incluso las personas más justas pueden perder el rumbo. Lo mismo ocurre con la vida de Séneca, cuyas elocuentes cartas y libros deben contrastarse con los compromisos que le exigía su trabajo en la administración de Nerón.

Pero no solo podemos aprender mucho de las vidas de los estoicos, sino también de sus muertes: cada uno de ellos nació para morir, ya fuera por asesinato, por suicidio o de la risa, como en el particular caso de Crisipo. Cicerón dijo una vez que «filosofar es aprender a morir». Así pues, los estoicos no solo nos instruyen sabiamente para aprender a vivir, sino que además nos enseñan a afrontar la parte más aterradora de la vida: la muerte. Con su ejemplo nos enseñan el arte de morir.

La mayor parte de los estoicos que aparecen en este libro son hombres. Esa era la maldición de los tiempos antiguos: era un mundo de hombres. Aun así, todos ellos tenían perfiles muy distintos. Los filósofos de este libro proceden de los rincones por aquel entonces más lejanos del mundo conocido: Chipre, Turquía, Egipto, Libia, Siria e Irak. Y, a pesar de que su filosofía en gran medida echó raíces en Atenas, los estoicos consideraban que su patria era el mundo. El fundador del estoicismo, el fenicio Zenón de Citio, fue conocido por renunciar a la ciudadanía ateniense, porque entraba en conflicto con su sincero sentimiento cosmopolita. Finalmente, el estoicismo acabó llegando a Roma, ocupó un lugar destacado en la vida romana y determinó el curso de uno de los mayores imperios multiculturales de la historia.

Durante los primeros quinientos años de historia del estoicismo, sus miembros contaban con una representación asombrosa en cualquier tipo de estrato social, desde el todopoderoso emperador Marco Aurelio hasta Epicteto, un humilde esclavo que quedó inválido durante su cautiverio, pero cuyos escritos y vida fueron un ejemplo que inspiró a muchos, incluido Marco Aurelio. Algunos de sus nombres te resultarán familiares, otros (Ariosto, Diógenes de Babilonia, Porcia, Antípatro, Panecio de Rodas, Posidonio, Ario Dídimo, y Musonio Rufo),

probablemente, no tanto. Pero vale la pena conocerlos uno a uno, sin que importe el que fueran comerciantes, generales, escritores, atletas, padres, profesores, hijos e hijas o diplomáticos.

Todos tienen algo importante que enseñarnos. Todos recorrieron el camino de la virtud de forma ejemplar.

En la actualidad, la palabra *estoico* significa «la resistencia impasible al dolor». Sin embargo, incluso una mirada superficial a las historias de estos personajes —en su mayoría hombres— muestra una enorme diferencia entre el significado de este estoicismo en minúsculas y la realidad de esta filosofía; es decir, el estoicismo en mayúsculas. El estoicismo es una filosofía vibrante y de gran alcance, llena de personas que amaron, que padecieron, que se esforzaron, que lucharon con coraje en las grandes batallas de la historia, que criaron a sus hijos, que escribieron obras importantes, que lograron mantenerse firmes, que creyeron y que, en definitiva, *vivieron*. Estos filósofos se resistieron al estereotipo del estoicismo con minúsculas, de que eran bestias de carga insensibles que soportaban el sufrimiento de la vida y sólo prestaban atención a sí mismos.

Los estoicos nunca se resignaron a cómo funcionaban las cosas por inercia ni aceptaron sin objeciones las injusticias del mundo. Al contrario, ellos fueron la *resistencia* más ferviente contra la tiranía de Julio César o Nerón, y llegaron a influir en las reformas democráticas. Parafraseando al historiador Richard Gummere, los estoicos fueron la «severa institutriz de los héroes durante el Imperio romano», y desempeñarían un papel similar muchos siglos después, como ocurrió con los líderes de la Revolución americana; es decir, con patriotas como Thomas Wentworth Higginson, quien comandó un regimiento negro en la Guerra de Sucesión y fue traductor de Epicteto. En realidad, los estoicos siempre han sido personas que han sacrificado su sangre y su vida por los cambios, sin tener en cuenta el éxito o el reconocimiento personal.

«Ya sé», redactó Séneca en el año 55 d. C. en una obra sobre la compasión escrita para el joven emperador Nerón, «que los estoicos tienen mala reputación entre los ignorantes por ser demasiado insensibles y, por lo tanto, son poco propensos a dar buenos consejos a príncipes y reyes. Se les acusa de afirmar que un hombre sabio no tiene compasión ni concede el perdón. [...] Y, sin embargo, no hay ninguna escuela filosófica más benigna ni más amable; ninguna más atenta al bien común. Su propósito no es otro que ser útil y socorrer no solo a uno mismo, sino a todos y cada uno de los hombres».

El estilo y la estructura de este libro se inspiran en Plutarco, uno de los más ilustres biógrafos de la historia y, por lo tanto, uno de los principales cronistas y críticos del estoicismo.[1] Expondremos las biografías de las principales figuras del estoicismo de forma solapada, pero independiente. Nuestro objetivo es ofrecerte un valioso recurso al que puedas recurrir cuantas veces sea necesario, como llevan haciendo durante años los millones de lectores de *Diario para estoicos* y *El obstáculo es el camino*.

Presentamos a cada uno de los estoicos desde la perspectiva de una característica determinante o del papel que desempeñaron en la historia de su filosofía. Conocerás a Porcia, la dama de hierro del estoicismo; al diplomático Diógenes; al ético Antípatro de Tarso; y al profeta Zenón. No solo pretendemos exponer algunos rasgos sobre estas figuras, sino ofrecer un sentido más amplio de su esencia y de los aspectos más determinantes de su vida que más nos enseñarán sobre el arte de vivir.

Estas páginas no pretenden ser una exposición académica rigurosa —imposible después de tantos siglos—, sino dilucidar las lecciones morales que pueden extraerse de las vidas de estas figuras tan polifacéticas. Para ilustrar a los primeros estoicos hemos recurrido a Diógenes Laercio, también llamado «el guardián de la noche de la historia de la filosofía griega». Su clásica obra *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres* (siglo III d. C.) está repleta de contradicciones y mezcla la ficción con la realidad. Sin embargo, también contiene un gran número de reflexiones e historias. Diógenes se preocupaba tanto por la vida de los filósofos como por su filosofía, y por eso sus observaciones son más significativas que los textos de otros escritores y críticos antiguos.

La relación que mantuvieron los últimos estoicos con el poder político romano favoreció que sus nombres aparecieran en las historias clásicas de Tácito, Suetonio y Dion Casio, a menudo ensalzados por vivir de acuerdo con sus ideales —como en los relatos de Tácito sobre la muerte de Trásea o de Séneca—; pero, si sus ideales no encajaban con el pensamiento imperante, su vida o su muerte eran motivo de burla —como el relato de Dion Casio sobre la muerte de Séneca—. Por otro lado, Plinio, Estrabón, Ateneo y Aulo Gelio también aportan mucha información sobre la vida y las enseñanzas de los estoicos. Más tarde, escritores cristianos como Justino Mártir, Clemente, Orígenes, Tertuliano, Eusebio, Jerónimo o San Agustín, cuyas enseñanzas se basaron en la filosofía estoica, también añadieron su granito de arena para entender mejor la vida de los estoicos.

En otros casos, hemos acudido a Cicerón o a los propios estoicos para obtener la información. Cicerón, que se identificaba como miembro de la escuela escéptica y pretendía ascender a la cúspide del poder político romano, dedicó gran parte de su vida a profundizar en la historia y las doctrinas de los estoicos que lo precedieron. Gracias a su esfuerzo tenemos acceso a muchas fuentes que se perdieron tiempo atrás. Séneca es otra valiosa fuente de información. No solo redactó nuevos escritos sobre el estoicismo, sino que también añadió en ellos muchas citas y anécdotas sobre sus predecesores estoicos que, de otro modo, nunca habrían llegado hasta nosotros. Son precisamente este tipo de conexiones las que resultan más interesantes, porque, a pesar de que no disponemos de otra fuente para confirmar la información, nos muestran cómo los estoicos se influyeron mutuamente y cómo los cuentos morales —como el que muchas generaciones de estadounidenses enseñaron a sus hijos sobre George Washington y el cerezo— pueden transmitir lecciones determinantes, independientemente de su veracidad.

Al fin y al cabo, lo que buscaban los estoicos —lo que seguimos buscando en la actualidad— son las luces que puedan iluminar el camino de la vida. Como nosotros, querían saber cómo encontrar la tranquilidad y el autocontrol, cómo dotar de sentido su vida y alcanzar la felicidad. No importa si este viaje empieza en la antigua Grecia o en la actualidad: es atemporal. Es esencial y complicado. Por eso, nos preguntamos lo mismo que los estoicos: ¿Quién puede ayudarme? ¿Qué es lo correcto? ¿Qué rumbo debo seguir?

Como escribió Marco Aurelio en sus *Meditaciones*: «Has vagado por todas partes, y finalmente te has dado cuenta de que nunca encontraste lo que buscabas: cómo vivir. Ni en los silogismos, ni en el dinero, ni en la fama, ni en la autocomplacencia. En ninguna parte».

Si la filosofía sirve para algo, es para tratar de responder a esta pregunta: ¿Cómo vivir? Siempre hemos buscado una respuesta a esta cuestión. «¿Sabes qué ofrece realmente la filosofía a la humanidad?», se pregunta Séneca en sus *Epístolas morales*. «La filosofía ofrece consejos».

Después de leer estas páginas, tu trabajo consistirá en prestar atención a esos consejos y en lidiar con lo que Séneca describió como la tarea más importante de un lector de filosofía: transformar las palabras en acciones. Es decir, convertir las lecciones de la vida de los hombres y mujeres que nos precedieron, su vida y su muerte, su éxito y su fracaso, en acciones en el mundo real.

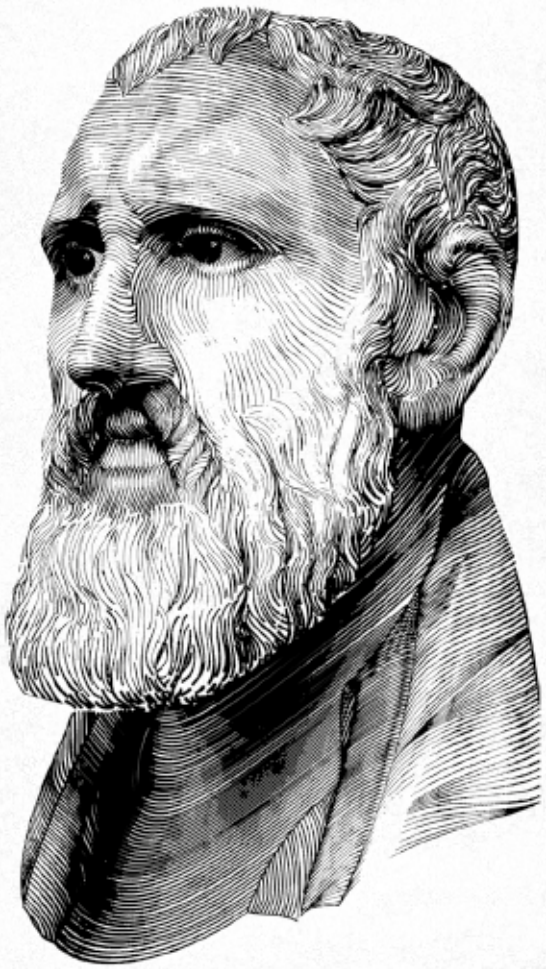
Porque esto, y no otra cosa, es lo que le otorga a uno el título de filósofo.

---

1 Su nieto, Sexto, fue profesor de filosofía de Marco Aurelio.

VIDA DE LOS ESTOICOS

ZENÓN
«EL PROFETA»



Nacimiento: 334 a. C.
Muerte: 262 a. C.

Origen: Citio, Chipre

La historia del estoicismo empieza, como no podía ser de otro modo, con un infortunio.

En un fatídico día de finales del siglo IV a. C., el mercader fenicio Zenón zarpó de un puerto del Mediterráneo con un cargamento de tinte púrpura de Tiro. Ese singular tinte, muy apreciado por la realeza y los poderosos, que solían teñir sus prendas de ese color, se extraía laboriosamente de la sangre de los caracoles de mar y, luego, se dejaba secar al sol hasta que, como dijo un antiguo historiador, «valía su peso en plata». La familia de Zenón comerciaba con uno de los bienes más preciados del mundo antiguo y, como les ocurre a muchos emprendedores, su negocio corría peligro cada día.

Nadie supo qué provocó el naufragio. ¿Fue una tormenta? ¿Los piratas? ¿Un error humano? ¿Acaso eso importa? Zenón lo perdió todo —el barco y el cargamento— antes de que existieran las aseguradoras o el capital riesgo. Era una fortuna irrecuperable. Sin embargo, el desafortunado mercader, más tarde, celebraría su pérdida diciendo: «Tuve un viaje muy próspero gracias a sufrir aquel naufragio». Porque gracias a ese percance Zenón llegó a Atenas, donde sentó las bases de lo que más tarde se conocería como la «filosofía estoica».

Como cualquier relato que cuenta los orígenes de un profeta, los primeros pasos de Zenón presentan versiones contradictorias, y su naufragio no es una excepción. Un relato afirma que Zenón ya se encontraba en Atenas cuando se enteró del aciago accidente, y dijo: «La fortuna quiere que tenga más libertad para filosofar». Sin embargo, otros relatos aseguran que Zenón pudo vender su cargamento en Atenas antes de empezar a recorrer el camino de la filosofía. También es posible que sus padres lo enviaran a Atenas para apartarlo de la terrible guerra entre los sucesores de Alejandro Magno que asolaba su tierra natal. Algunas fuentes apuntan que cuando Zenón llegó a Atenas poseía un patrimonio y un imperio naval valorado en miles de millones. Otra fuente señala que Zenón llegó a la ciudad griega en el año 312 a. C., a la edad de veintidós años, el mismo año que un pueblo invasor arrasó su lugar de nacimiento y asesinó a su rey.

De entre todas las posibles versiones que relatan el origen de una filosofía que fomenta la resiliencia y la disciplina, así como la impasibilidad ante el sufrimiento y las desgracias, la que menciona un inesperado naufragio es la que mejor suena, tanto si influyó en la economía de la familia de Zenón como si no. Ese naufragio pudo haber condenado a Zenón a una vida ordinaria como comerciante, alejado de su familia, pudo haberlo llevado a la bebida o a la indigencia. En cambio, fue algo que *usó en su provecho*: fue una señal a la que prestó atención y que lo impulsó a una nueva vida y a una nueva forma de ser.

Esa capacidad de adaptación era un rasgo de supervivencia muy adecuado para la época. El mundo de la infancia de Zenón estaba sumido en el caos. En el 333 a. C., un año después de su nacimiento, en Citio, una ciudad griega ubicada en Chipre, Alejandro Magno liberó la isla de dos siglos de dominio persa. Desde entonces, el hogar de Zenón fue una preciada pieza que se disputaban los imperios descompuestos en su particular partida de ajedrez. Una pieza que cambiaba constantemente de manos.

Su padre, Mnaseas, tenía que navegar literalmente entre ese caos, ya que viajaba por los mares para mantener el negocio familiar. Sin duda, tuvo que sortear muchos obstáculos, pagar muchos sobornos y evitar las rutas que cruzaban las líneas enemigas para navegar de Sidón a Tiro, de Tiro al Pireo —la gran ciudad portuaria de las afueras de Atenas— y regresar a casa. Con todo, al parecer, fue un padre cariñoso que se aseguró de llevar a casa muchos libros para su hijo, entre los cuales estaban los de Sócrates.

Probablemente, nadie cuestionó si Zenón entraría en el negocio familiar y seguiría los pasos de su padre como marino mercante, comerciando con tintes y soñando con aventuras y riquezas. Se dice que era alto y delgado, y que su tez oscura y su porte le valieron el epíteto de «el Palmero Egipcio». En sus últimos años, se le describiría como un anciano de piernas gruesas, flácido y débil, atributos que le causaron cierta vergüenza y timidez social a medida que envejecía y se adaptaba a la vida en tierra.

A pesar de desconocer las verdaderas circunstancias que favorecieron su llegada a Atenas, sabemos en qué condiciones se encontraba la ciudad cuando Zenón llegó. Atenas era un bullicioso centro comercial que albergaba a veintiún mil ciudadanos, donde la mitad eran extranjeros, y contaba con una asombrosa población de esclavos, cuyo número ascendía a cientos de miles. Toda la ciudad estaba orientada hacia los negocios, y gobernada por élites letradas cuyo éxito y educación les permitían explorar y debatir ideas que en la actualidad aún mantienen su vigencia. Era un terreno fértil para el despertar de Zenón. De hecho, incluso sabemos dónde ocurrió exactamente ese despertar. Fue en un lugar sorprendentemente moderno: una librería.

Cierto día, Zenón se tomó un descanso del ajetreo de los negocios y se dirigió a una librería. Mientras ojeaba títulos buscando algún libro para leer, vio que en ese mismo momento se estaba celebrando una conferencia. Tomó asiento y escuchó cómo el librero leía un compendio de las obras sobre Sócrates, el filósofo que había sido condenado a muerte en Atenas un siglo antes y cuyas ideas le había enseñado su padre cuando era niño.

Antes del naufragio, en uno de sus viajes, tal vez inspirado por un viaje similar al de Sócrates, Zenón preguntó a un oráculo qué debía hacer para vivir una vida mejor. La respuesta del oráculo fue: «Para alcanzar una vida mejor debes hablar con los muertos». Seguramente en aquella librería, quizá la misma en la que su padre le había comprado libros años antes, mientras escuchaba las palabras de Sócrates que leídas en voz alta cobraban vida, Zenón se dio cuenta de que estaba haciendo precisamente lo que el oráculo le había aconsejado.

¿No son eso los libros? ¿Una forma de obtener sabiduría de aquellos que ya no se encuentran entre nosotros?

Mientras el librero leía el segundo libro de *Memorabilia* de Jenofonte, Zenón escuchaba las enseñanzas de Sócrates tal y como se habían impartido en esas mismas calles apenas unas generaciones atrás. El fragmento que más llamó su atención fue «La elección de Hércules», la historia de un héroe que se encuentra en una encrucijada. En este mito, Hércules debe elegir entre dos doncellas: una que encarna la virtud, y otra, los vicios. Es decir, una doncella representaba una vida de trabajo duro y virtuoso, y la otra, la pereza. Seguramente, Zenón escuchó en boca del librero que la muchacha virtuosa decía: «Debes acostumbrar a tu cuerpo a ser el servidor de tu mente, y entrenarlo con esfuerzo y sudor». Pero, luego, escuchó un discurso muy diferente de la doncella que representaba el vicio: «¡Espera un momento! ¿No ves que el camino hacia la alegría que ella describe es largo y duro? Toma el camino fácil y ven conmigo».

Era como elegir entre dos senderos que se bifurcan en un bosque o, mejor dicho, en una librería de Atenas. El estoico eligió el más difícil.

Zenón se acercó al librero y le hizo una pregunta que cambiaría su vida: «¿Dónde puedo encontrar a un hombre como ese?». Es decir, ¿dónde puedo encontrar a mi propio Sócrates? ¿Dónde puedo encontrar, como Jenofonte, a un sabio que me ayude a elegir? *¿Quién puede ayudarme a elegir?*

Si la desdicha de Zenón fue sufrir aquel terrible naufragio, la fortuna lo compensó con creces al entrar en aquella librería, y fue aún más afortunado cuando en ese momento pasaba por allí Crates, un conocido filósofo ateniense. El librero se limitó a extender la mano y a señalarlo.

Podemos decir que fue el destino. Al menos, así lo interpretarían los estoicos posteriores. El héroe había sufrido una grave pérdida, y en consecuencia había cruzado el umbral que le permitiría encontrar a su maestro. Al mismo tiempo, Zenón había hecho una *elección*: había entrado en la librería después de su terrible pérdida, había escuchado al librero y, lo más importante, no se había

conformado con solo escuchar esas palabras. No, fue más allá. *Quería* más respuestas, quería saber más, y precisamente ese es el impulso del que parte el estoicismo.

Como Zenón, Crates de Tebas era el hijo de una familia pudiente y el heredero de una gran fortuna. Según Diógenes Laercio, después de que Crates presenciara una representación de la *Tragedia de Télefo* —la historia del rey Télefo, hijo de Heracles y herido por Aquiles—, renunció a su fortuna y se trasladó a Atenas para estudiar filosofía. Una vez en Atenas, se ganó el apodo de «el Abrepuertas» porque, como Diógenes escribió, «cuando llamaban a su puerta, siempre la abría» a aquellos que estaban deseosos de escuchar sus conocimientos.

Un viejo refrán Zen predica que, cuando el alumno está preparado, el maestro aparece. Y Crates era precisamente aquello que Zenón necesitaba.

Una de las primeras lecciones de Crates fue la de curar a Zenón de su timidez por su apariencia. Al observar que su pupilo estaba demasiado preocupado por su reputación social, Crates le asignó la tarea de acarrear por la ciudad una pesada olla de sopa de lentejas. Zenón intentó pasar desapercibido, y anduvo por las calles menos transitadas para evitar que nadie lo viera realizando una tarea tan humillante.[1] Cuando Crates descubrió el ardid, rompió la olla con su bastón, y las lentejas se derramaron sobre Zenón. Este, totalmente avergonzado, intentó huir. «¿Por qué huyes, mi pequeño fenicio?», dijo Crates con una sonrisa. «No te ha ocurrido nada terrible».

El hecho de que alguien tenga ansiedad o dudas sobre sí mismo, o que le hayan enseñado cosas equivocadas a una edad temprana, no significa que no pueda llegar a ser algo más, siempre que tenga el valor necesario —y los mentores— para ayudarle a cambiar. Con el severo amor de Crates, Zenón superó su timidez y pudo convertirse en el hombre que estaba llamado a ser.

Cuando Zenón dejó atrás sus días de aprendizaje, eligió un nuevo estilo de vida que compaginaba el estudio y el pensamiento con las necesidades de un mundo regido por el comercio, las conquistas y la tecnología. Para Zenón, el propósito de la filosofía, de la virtud, consistía en encontrar «una vida tranquila y sencilla» y alcanzar ese lugar donde todas nuestras acciones están en «armonía con el espíritu guía de cada hombre y el orden que rige el universo». Para los griegos, cada uno de nosotros tenía un *daimon*, un genio interior o propósito que estaba conectado con una naturaleza universal. Según Zenón, aquellos que mantenían un equilibrio positivo entre la naturaleza individual y la universal eran felices, y aquellos que no lo lograban, no.

En un esfuerzo por alcanzar esa armonía, Zenón llevó una vida sencilla, no muy diferente de la de su rival Epicuro, que fundó su escuela pocos años antes de que Zenón creara la suya por su cuenta. Su dieta consistía básicamente en pan y miel, y algún que otro vaso de vino. Compartía su casa con otros inquilinos, y raras veces contó con los servicios de algún criado. Incluso, cuando estaba enfermo, rechazó cualquier tipo de cuidado o cambio de dieta. Más tarde, otro estoico diría que Zenón «pensaba que cualquier persona que experimentaba los placeres de la buena cocina los querría para siempre, en la medida en que el placer asociado a la bebida y a los alimentos crea en nosotros la necesidad de más comida y más bebida».

Como precepto de su vida sencilla, Zenón era muy reservado y prefería mantener un círculo de amigos cercano a las grandes reuniones sociales, por ello, más adelante se escabulló de una fiesta organizada por el rey Antígono —y rechazó las invitaciones para visitar la corte del rey—. Zenón expresaba sus opiniones con brevedad y sacudía la cabeza ante las florituras retóricas innecesarias. Era divertido e inteligente, y tenía la costumbre de pedir dinero a los desconocidos para que no se lo pidieran a él. No hay ningún indicio de que su anterior estilo de vida, repleto de atenciones y facilidades, afectara o influyera su concepción de la comodidad. En realidad, el hecho de haber perdido una fortuna le había demostrado que el dinero no tenía demasiado valor e importaba muy poco. En Atenas, cuando alguien describía a una persona sobria, frugal y disciplinada solía decir: «¡Es más sobrio que el filósofo Zenón!».

Tras su aprendizaje con Crates y Estilpón, el filósofo de Megara, Zenón también empezó a impartir clases en el *ágora*, como no podría ser de otro modo tratándose de un comerciante. En ese lugar, entre las tiendas donde las personas compraban y vendían sus bienes, Zenón comentaba con ellas el verdadero valor de las cosas. En su mercado de ideas particular ofrecía algo que él consideraba vital: una comprometida filosofía de vida que podía ayudar a los demás a encontrar la paz en un mundo turbulento. «Siendo tres los géneros de vida: contemplativo, operativo y racional», escribiría Diógenes, «se debe de elegir el tercero, puesto que la naturaleza ha creado al animal racional para la contemplación y la acción».

Zenón aprendió a ser un profesor creativo ofreciendo su mercancía, por decirlo de algún modo, al lado de otros tantos mercaderes. En una cena con un hombre que era conocido por comer tanto y tan rápido que no dejaba nada para los demás, Zenón tomó una bandeja entera de pescado como si fuera a comérsela sin ayuda.

Entonces, cuando se percató de la mirada sorprendida de su anfitrión, dijo: «¿Cómo debe de ser el sufrimiento de los que conviven contigo si tú no puedes soportar mi gula durante un solo día?».

En otra ocasión, cuando un joven estudiante atrajo a demasiados admiradores, Zenón le ordenó que se afeitara la cabeza para mantenerlos alejados. Y cuando otro estudiante rico y guapo de Rodas le pidió que lo instruyera —sin duda, viéndose reflejado en él cuando tenía su misma edad— le asignó un asiento en un banco polvoriento, sabiendo que la ropa del muchacho se ensuciaría. Además, más tarde, lo mandó pasar cierto tiempo con los mendigos de la ciudad, del mismo modo que Crates le había ordenado acarrear la olla con lentejas por la ciudad. Sin embargo, a diferencia de Zenón, que había soportado la humillación y aprendido de ella, ese estudiante tiró la toalla y abandonó. Zenón creía que la arrogancia es el primer obstáculo para el aprendizaje, y ese caso le demostró que estaba en lo cierto.

Zenón acabó trasladándose a lo que se conoció como la Estoa (*Stoa Pecile)*, literalmente «pórtico pintado». Construido en el siglo v a. C. —las ruinas todavía son visibles unos 2.500 años después—, el «pórtico pintado» era el lugar donde Zenón y sus discípulos se reunían para intercambiar ideas. Aunque sus seguidores en un principio fueron llamados *zenonios*, el hecho de que su escuela filosófica no mencionara finalmente su nombre fue el último reconocimiento a su humildad y a la universalidad de sus enseñanzas. En su lugar, hoy la conocemos como estoicismo, un homenaje a sus singulares orígenes.

¿Acaso no es oportuno el hecho de que los primeros estoicos eligieran un pórtico para identificarse y crear un hogar? No eligieron una torre ni un escenario ni un aula aislada. Prefirieron una estructura acogedora y accesible, un lugar idóneo para la contemplación o la reflexión y, por encima de todo, para la amistad y el intercambio de ideas.

Se cuenta que el pórtico de Zenón no era lugar para la gente perezosa o arrogante. Él quería alumnos atentos y despiertos, y aquellos que acudían con un ego desmedido, o se desprendían de él o eran expulsados. Sin embargo, para aquellos que estaban listos y dispuestos, ese pórtico era un lugar prefecto para recibir conocimientos y aprender.

Desgraciadamente, ninguna de las obras de Zenón ha llegado hasta nosotros, ni siquiera su trabajo más importante, *La República*, donde refutaba magistralmente los argumentos que Platón exponía en la obra que llevaba el mismo título. Todo lo que sabemos sobre él proviene de los comentarios que hicieron algunas personas que habían leído sus obras. Gracias a ellas, sabemos que los primeros estoicos

creían en el pensamiento utópico. Más adelante, este tipo de pensamiento sería reemplazado por los estoicos posteriores, más pragmáticos. Pero, aun así, el pensamiento inicial de Zenón marcó una premisa que sigue vigente. Para él, «no debemos considerar que los hombres vivimos separados en comunidades diferenciadas por leyes particulares, sino que debemos considerar a todos los hombres como conciudadanos de una misma comunidad que alberga una vida y un orden únicos para todos, como un rebaño que se cría y pace unido bajo una ley común».

Zenón también escribió ensayos muy estudiados sobre la educación, el deber, la naturaleza humana, las emociones, la ley, el *logos* e, incluso, uno muy prometedor titulado *Problemas homéricos*. ¿Qué temas trató en su obra *Sobre el universo*? ¿No habría sido formidable leer *Recuerdos de Crates?* Por desgracia, todo lo que tenemos de esos escritos es apenas un fragmento o una cita ocasional.

Pero incluso estos pequeños retazos pueden enseñarnos a vivir mejor. En su obra titulada *Sobre la naturaleza humana*, dicen que Zenón escribió: «El objetivo de la vida es vivir en armonía con la naturaleza; lo que significa vivir de acuerdo con la virtud, porque la naturaleza nos lleva a la virtud». A Zenón también se le atribuye la expresión de que el hombre recibió dos orejas y una sola boca por una razón. Se afirma que dijo que no hay nada más impropio para una persona que alardear, y que hacerlo es aún menos tolerable si uno es joven. «Más vale tropezar con los pies», dijo una vez, «que con la lengua».

También fue el primero en expresar las cuatro virtudes estoicas: el coraje, la templanza, la justicia y el conocimiento. Aseguraba que estos rasgos «eran inseparables pero a la vez se distinguen y diferencian entre sí». No sabemos dónde o cuándo Zenón plasmó por primera vez este «Cuarteto» por escrito, pero podemos comprobar su repercusión, porque aparecen prácticamente en todas las obras y declaraciones de casi todos los estoicos que le sucedieron.

A diferencia de muchos otros filósofos, Zenón fue respetado y admirado en su época. Nadie lo persiguió, ni las autoridades censuraron sus obras. En cambio, le entregaron las llaves de la muralla de Atenas, le concedieron una corona de oro y honraron su figura en vida con una estatua de bronce.

Sin embargo, a pesar de la admiración que Atenas le brindaba, y que él devolvía con creces, Zenón sabía perfectamente que su *hogar* también era importante. Después de financiar la restauración de unas termas en Atenas, solicitó que inscribieran su nombre acompañado de su lugar de nacimiento: «Zenón de Citio».

Es posible que se considerara un ciudadano del mundo, un emigrante que amaba Atenas, la ciudad donde vivió durante medio siglo, pero también quería que nadie olvidara de dónde procedía.

A pesar de todas sus ingeniosas ocurrencias, lo único que le importaba a Zenón, lo que intentaba enseñar, era la verdad. «La percepción», dijo separando sus dedos, «viene a ser esto»; es decir, un concepto amplio y grande. Luego, cerró un poco los dedos y dijo: «El asentimiento es así». Luego, cerró la mano completamente y mostró el puño: «Esto es la comprensión». Finalmente, juntó ambas manos y llamó a esa combinación «el conocimiento», para añadir que solo era accesible para los hombres más sabios.

Durante su formación tanto con maestros vivos —como Crates— como muertos —tuvo la oportunidad de acceder a las enseñanzas de Sócrates, como predijo el oráculo—, entró en contacto con la sabiduría. Profundizó en ella en el *ágora* con sus alumnos, reflexionó sobre ella en sus largos paseos y la puso a prueba en los debates. Su particular viaje hacia la sabiduría no fue breve. Se prolongó durante más de cincuenta años, desde que sufrió el naufragio, hasta su muerte. No fue, en absoluto, una epifanía o una iluminación, sino un proceso arduo y laborioso. Recorrió ese camino de la mano del estudio y la formación, como deberíamos hacer todos. Cuando miraba hacia atrás, decía: «El bienestar se logra mediante pequeños pasos, pero realmente no es poca cosa».

Como ocurre con muchos filósofos, el relato de su muerte puede no ser del todo cierto, pero no por ello deja de ser una lección. Un día, a los setenta y dos años, al salir del pórtico tropezó y se rompió el dedo de forma bastante dolorosa. Tirado en el suelo, consideró que ese incidente era una señal y que su hora había llegado. Golpeando el suelo citó una frase de Timoteo, un músico y poeta de un siglo anterior al suyo:

Vengo por mi propia voluntad. ¿Por qué me llamas?

Entonces, aguantó la respiración hasta que su vida expiró.

---

1 Por aquel entonces, las lentejas se consideraban un alimento que solo comían los pobres. Sin duda, Crates intentaba desafiar la identidad altiva que mostraba Zenón al pertenecer a la élite de la ciudad.

CLEANTES
«EL APÓSTOL»

Nacimiento: 330 a. C.
Muerte: 230 a. C.

Origen: Aso

Es posible que Cleantes llegara a Atenas en circunstancias tan desesperadas como Zenón, el fundador de la filosofía a la que dedicaría su vida. Sin embargo, sus orígenes no podrían ser más dispares. Mientras que Zenón nació en un ambiente repleto de riquezas y conflictos, y fue educado para los negocios, Cleantes procedía de una pequeña ciudad de la costa del Egeo —en la actual costa del noroeste de Turquía— con nada más que una floreciente tradición académica, gracias a la decisión de Aristóteles de fundar allí su primera escuela veinte años antes del nacimiento de Cleantes.

Cleantes no padeció un desastre inesperado ni un revés de la fortuna como el que llevó a Zenón a la filosofía. No obstante, llegó a Atenas sin dinero, con sólo su reputación como boxeador. Nadie puede decir con certeza qué le llevó hasta aquella ciudad, pero una posibilidad puede ser esa que siempre ha atraído a los chicos pobres y brillantes a las grandes ciudades: la búsqueda de oportunidades.

Con apenas el jornal de unos días en el bolsillo, Cleantes comenzó su andadura para estudiar y trabajar en la ciudad. Al principio, sobre todo, para trabajar.

Para mantenerse realizó todo tipo de trabajos variopintos, entre ellos el de aguador para los numerosos jardines de la ciudad que debían ser regados a mano. Era tan común verlo por las noches cargando grandes cántaros de agua que se ganó el apodo del «muchacho del agua» o *Phreantles*, que en griego significa «el que saca el agua del pozo» y, además, era un juego de palabras que se amoldaba a su nombre.

No sabemos cómo o dónde conoció a Zenón, pero todo apunta que fue gracias a Crates, del cual también fue alumno. Sin embargo, lo más destacable es que, después de profundizar en el mundo de la filosofía, Cleantes no abandonó sus labores manuales: durante el día se dedicaba con fervor a los estudios, y por la noche trabajaba sin descanso.

Cuando los ciudadanos de Atenas sospecharon que Cleantes parecía compaginar demasiado bien ambas actividades, lo llevaron ante un tribunal para que diera cuenta de cómo se ganaba la vida. De inmediato, para que testificaran en su defensa, presentó a un jardinero para el que acarreaba agua y a una mujer para la que molía el grano. Tras el juicio, no solo fue absuelto, sino que además se le concedieron cien dracmas, mucho más de lo que llevaba en el bolsillo cuando llegó a Atenas.

La sentencia fue una auténtica declaración de intenciones de los ancianos de la ciudad: Atenas necesita más ciudadanos como Cleantes. En la actualidad, siglos después, todavía necesitamos más personas como él.

Cleantes tenía una ética de trabajo inquebrantable. ¿Acaso resulta tan extraño? La filosofía, como la vida, requiere mucho trabajo y mucho sufrimiento para colmar sus exigencias.

Este hecho también revela algo sobre el gran papel que la filosofía había empezado a desempeñar en Atenas. Hoy en día, muy pocas personas se preguntan cómo un profesor de Harvard puede permitirse el automóvil que conduce o el estilo de vida que lleva. Pero en Atenas, en el siglo III a. C., aquellos pensadores revolucionarios eran mucho más que simples intelectuales. Eran auténticas estrellas. Todo lo que hacían era examinado con lupa. Sus ocurrencias se transmitían tan rápido como lo hacen los memes en la actualidad.

Pero, a pesar de la fama, Cleantes no solo continuó con sus labores, sino que rechazó abiertamente los valiosos presentes de sus mecenas, como los del rey macedonio Antígono II Gónatas, que quería ayudarle para que se dedicara plenamente a sus estudios.

Para Cleantes, el trabajo y la filosofía no estaban reñidos. Eran dos caras de la misma moneda, actividades que se retroalimentaban mutuamente. En el libro de John Steinbeck, *Al este del Edén*, a Lee, un hombre brillante y adepto a la filosofía estoica, le preguntan por qué se rebaja ejerciendo una profesión tan impropia como es la de criado. Y Lee responde que ejercer de criado es la profesión ideal para un filósofo. Es clara, sencilla y, además, permite estudiar a las personas. Por otro lado, también ofrece el tiempo necesario para pensar. Como cualquier otro trabajo, es una oportunidad para alcanzar prestigio y maestría.

Con el paso del tiempo, esta concepción del trabajo ha caído en desgracia, pero sigue siendo una buena idea. Cualquier trabajo, por humilde que sea, es noble. Y posiblemente es más noble todavía si renuncias voluntariamente a la reputación para ir en busca de aquello que realmente deseas.

Así lo creía Cleantes. En una ocasión, un soberano le preguntó por qué seguía sacando agua. Su respuesta sigue esta línea de pensamiento:

> ¿Sacar agua es todo lo que hago? ¿Acaso no cavo también el jardín? ¿No lo riego? ¿No emprendo cualquier otra labor por amor a la filosofía?

Cleantes amaba la filosofía y el trabajo por igual. En realidad, los antiguos usaban una palabra para describir su diligencia: *philoponia,* el placer de trabajar. Es decir, la dedicación en cuerpo y alma al trabajo honesto. No solo para obtener dinero, por supuesto, sino para ser mejor persona.

Ario Dídimo, un escritor de la época de Augusto, el primer emperador romano, explica lo que Cleantes creía que estaba en juego en nuestros esfuerzos de superación: «Todos los seres humanos tienen un primer impulso natural hacia la virtud, como un verso yámbico a medio formar según Cleantes. Es decir, sin valor cuando está incompleto, pero digno una vez se ha terminado».

¿Por qué este incansable trabajador dedicó parte de su vida a la filosofía? No estamos seguros. ¿La había estudiado en su ciudad natal, que no estaba lejos de la escuela de Aristóteles? ¿Algunos de sus adinerados clientes le regalaron algún libro? ¿Acaso cuando maduró tuvo la necesidad de buscar algo más de la vida? ¿Acaso fue un encuentro casual en la calle o uno en la misma librería con Zenón?

La necesidad de buscar un significado más profundo a la vida, de encontrar *la mejor forma de vivir,* puede presentarse en cualquier momento. San Pablo recibió la señal para su conversión cuando se dirigía a Damasco. No podemos decir cuándo Cleantes prestó atención a la llamada de la filosofía. Sin embargo, lo más importante es si respondemos a esa llamada, si perseguimos esa incógnita hasta encontrar una respuesta —o al menos hasta encontrar *nuestra* propia respuesta—.

Fuera lo que fuera, lo que sabemos es que después de conocer a Zenón, Cleantes se convirtió en su alumno y permaneció bajo su tutela durante diecinueve años. Si fue pupilo de Zenón hasta la muerte de este en el 262 a. C., esto quiere decir que Cleantes no empezó su formación filosófica hasta que tuvo casi cincuenta años. Eso significa que antes experimentó una larga y dura vida como aguador, una larga etapa de su vida trabajando en la oscuridad antes de lanzarse a perseguir la grandeza espiritual y mental. Es posible que Cleantes empezara su andadura en la filosofía cuando era más joven y se *graduara* trascurridos esos diecinueve años antes de desempeñar otro papel dentro de la incipiente escuela que fundó Zenón. En cualquier caso, todo apunta que experimentó su primer contacto con la filosofía a una edad más avanzada que Zenón —que era solo cuatro años mayor que él—.

Más adelante, Kierkegaard haría la distinción entre un genio y un apóstol. El genio ilumina al mundo con su trabajo. El genio es el profeta. El creador. Más adelante aparece el apóstol: un hombre o una mujer que comunica y difunde ese mensaje. Habida cuenta de la entrega de Cleantes hacia Zenón, parecería que ambos ni siquiera hubiesen sido coetáneos ni compañeros, ya que ejercieron siempre como maestro y discípulo. Zenón fue el profeta del estoicismo, y Cleantes, el apóstol.

Cleantes era el tipo de alumno que se ganaba el corazón de su maestro. El que escucha con atención y no se avergüenza de hacer preguntas por si parecen ridículas. El que trabaja duro. El que nunca se rinde, aunque aprenda a un ritmo más lento que los demás.

Durante casi dos décadas, Cleantes debió estar miles de horas sentado en la Estoa, no solo escuchando los debates o las discusiones, sino observando desde primera línea cómo se establecían los principios básicos del estoicismo. Seguramente, estuvo presente cuando Zenón organizó en tres partes el plan de estudios del estoicismo: la física, la ética y la lógica. También debió escuchar a Zenón la lectura del pasaje de la *Memorabilia* de Jenofonte, donde Hércules eligió anteponer la virtud a los placeres de la vida, ese mismo pasaje que Zenón había escuchado por vez primera en la librería y que habría cambiado su vida por completo. Como si se tratara de una esponja, Cleantes absorbía todo lo que escuchaba. Era humilde y estaba seguro de que tenía mucho por aprender, porque nadie con un gran ego puede permanecer como aprendiz durante dos décadas.

Por su edad y su modo de trabajar metódico y detallista, a veces Cleantes era ridiculizado por su lentitud de aprendizaje, y los otros estudiantes le llamaban «el burro». Cuando lo insultaban, le gustaba responder que no le molestaba que lo compararan con ese animal porque, como animal de carga, un burro era lo suficientemente fuerte como para soportar la carga intelectual que Zenón imponía a sus alumnos. Zenón, por su parte, eligió una analogía más generosa: Cleantes era como una tabla de cera dura porque, a pesar de que escribir en ella era complicado, retenía perfectamente cualquier cosa que se le grabara.

Poco a poco, Cleantes empezó a labrarse una buena reputación, aunque es imposible establecer cuándo empezó a escribir y publicar sus propias obras.

Algunas de las primeras críticas que recibió no fueron positivas. El poeta satírico Timón de Filunte lo parodió como un simplón que se dedicaba a leer líneas de texto como un general que pasa revista a sus soldados:

> ¿Quién es éste carnero que se pasea cual guerrero? Un masticador de palabras,
> una piedra de Aso, una losa perezosa.

En realidad, Aso era conocida por sus canteras de roca y su dura piedra blanca que se utilizaba para fabricar ataúdes. Sin embargo, cuando eres el objetivo de un escritor satírico y este solo es capaz de usar tu amor por el lenguaje para criticarte, probablemente, está diciendo algo positivo sobre tu carácter.

Así fue en el caso de Cleantes: tranquilo, sobrio, trabajador, comprometido con su filosofía y con su dinero.

El dinero que se gana con el sudor de la frente no se malgasta de forma frívola, y Cleantes no se desprendía fácilmente de su dinero ni de la seguridad que le proporcionaba. Plutarco encomiaba la frugalidad de Cleantes y su deseo de mantener una autonomía financiera. «Seguiré porteando agua», dijo Cleantes, «para no renunciar a las lecciones de Zenón ni a la filosofía». Cuentan que Cleantes mantenía a su maestro, como prescribía la ley ateniense para los amos y sus esclavos; es decir, Zenón recibía una parte de su salario. E, incluso con esos pagos, Zenón bromeaba diciendo que Cleantes era tan disciplinado que con el dinero que le sobraba, «si quisiera, podría mantener a un segundo Cleantes».

Es evidente que Cleantes aborrecía las deudas y el lujo, y prefería la libertad de una vida humilde a la esclavitud del despilfarro. En Atenas decían que nadie era más moderado que Zenón, pero Cleantes hizo mucho más para construir la imagen estoica de indiferencia ante el dolor, las incomodidades o el lujo. En una ocasión, una ráfaga de viento entreabrió su túnica y reveló que no llevaba ni siquiera una camisa debajo. Los transeúntes aplaudieron espontáneamente esa hazaña de ascetismo. Dicen que era tan austero que, para ahorrarse el dineral que costaba el papiro, grabó las enseñanzas de Zenón en conchas de ostra y huesos de bueyes. Sin duda, esta última afirmación es una exageración. Diógenes afirma que Cleantes escribió cincuenta libros, muchos de ellos en varios volúmenes, y sabemos por otros autores que escribió otros siete más. Sin embargo, podemos especular que ahorró en la compra de papiro hasta que pudo darle el mejor de los usos posibles: dejar por escrito su sabiduría para las generaciones posteriores.

Una vez, un joven espartano, criado en un estilo de vida severo y castrense, preguntó a Cleantes si el dolor debía evitarse o si, con el entrenamiento adecuado y en las circunstancias apropiadas, podía considerarse como un *bien*. Cleantes recibió la pregunta con entusiasmo, y respondió con una cita de la *Odisea*:

Hijo mío, se muestra en tus palabras que eres de sangre noble.

Cleantes consideraba que el sufrimiento, si era resultado de la búsqueda de la virtud, era un bien y no una desgracia. Como podemos observar en su vida, nunca evitó las dificultades o las incomodidades. De hecho, podría parecer que las hubiese buscado expresamente para provocar la admiración y cierto desconcierto entre sus conciudadanos. Pero lo que realmente le importaba era hacia dónde se dirigía nuestra fuerza de voluntad. Para él, deberíamos poner todo nuestro empeño en mejorar esas cuatro virtudes de las que hablaba Zenón:

> Ahora bien, esta fortaleza y firmeza, cuando se trata de cosas evidentes y en las que hay que persistir, es sabiduría; cuando se trata de cosas que hay que soportar, es coraje; cuando se trata de merecimientos, es justicia; y cuando se trata de elegir o rechazar, es templanza.
>
> En resumen: coraje, justicia, templanza y sabiduría.

Lentamente, Cleantes —el avejentado «muchacho de agua», «el burro», «la losa perezosa de Aso», el esclavo de su maestro Zenón— acabaría labrándose una reputación parecida a la de Hércules. Pero, como el poeta Timón fue el primero en ilustrar, el destino de cualquier hombre ejemplar es padecer el escarnio de los parásitos, así como un gran toro es acosado por las moscas.

Con el reconocimiento también llegaron las críticas. Sobre todo, cuando su filosofía se hizo más popular. Zenón, Cleantes y los demás alumnos tenían otro estilo de vida, pensaban diferente y se regían por unos preceptos muy distintos; no solo en comparación con los de los ciudadanos de Atenas, sino también con los de sus compañeros que pretendían alcanzar la sabiduría. Mientras que las otras escuelas filosóficas realizaban sus debates en aulas cerradas, los estoicos sacaron la filosofía a las calles. Su influencia se multiplicó y, por ello, se convirtieron en blanco fácil de muchas críticas.

Cleantes afrontaba las críticas del mismo modo con el que lidiaba con la adversidad: como una oportunidad para practicar aquello que predicaba. En una ocasión, cuando se encontraba en el teatro, el dramaturgo Sosíteo le lanzó una pulla desde el escenario cuando dijo: «A algunos los conduce como a bueyes la locura de Cleantes». Cleantes se quedó sentado, completamente inmóvil, y el público quedó tan sorprendido por su calma que estalló en aplausos por su templanza y, a modo de respuesta, expulsaron al dramaturgo del escenario. Cuando Sosíteo se excusó al acabar la función, Cleantes aceptó amablemente la disculpa. Dijo que hombres más ilustres que él habían sufrido peores abusos por parte de los poetas, y que sería una locura ofenderse por un desaire tan pequeño.

Para aquellos que conocían a Cleantes, esa forma de obrar no fue ninguna sorpresa. Era un hombre que se exigía a sí mismo los más altos estándares. Lo que algunos llamaban cobardía o precaución extrema, él prefería llamarlo *conciencia moral*, y creía que era la razón por la que cometía tan pocos errores. No era raro encontrarlo examinando sus faltas más insignificantes o regañándose en voz alta mientras caminaba por las calles de Atenas. Cuando otro alumno de

Zenón, Aristón de Quíos (Aristón «el Disidente») se cruzó con él y se percató de lo que hacía, le preguntó con quién hablaba, y Cleantes con una sonrisa le respondió que «con un viejo canoso duro de molleras».

Este tipo de diálogos con uno mismo eran una práctica fundamental entre los estoicos, y no necesariamente siempre eran en sentido negativo. Una vez Cleantes escuchó a un hombre solitario hablando consigo mismo y le dijo amablemente: «No estás hablando con un hombre malvado». Es decir, los diálogos con uno mismo deben ser exigentes, pero nunca vejatorios. Parece que su frugalidad y su ética de trabajo seguían una línea similar. Cleantes era exigente y firme consigo mismo, pero no le gustaba autocastigarse.

El ingenio de los estoicos nunca se ha valorado como es debido. Sin duda, fue una herramienta fundamental para Cleantes, tanto para responder a las críticas como para desarmar a aquellos a los que tenía que hacérselas. Dirigiéndose a un joven que parecía no entender su argumento, le preguntó: «¿Lo ves?». «Sí, por supuesto», respondió el joven. «Entonces, ¿por qué no veo que lo ves?», preguntó Cleantes. En otra ocasión, cuando escuchó a sus compañeros estoicos quejarse de Arcesilao, un célebre crítico del estoicismo que no estaba de acuerdo con sus enseñanzas sobre el deber (*kathekon*), saltó en su defensa diciendo que, por lo visto, aunque Arcesilao no cumplía con lo que decía, sí lo hacían sus escritos». Cuando Arcesilao se enteró de que Cleantes lo había defendido, dijo: «No me gustan los elogios». Entonces, Cleantes respondió: «Sí, yo te lisonjeo diciéndote que unas cosas dices y otras haces».[1]

A lo largo de su historia, los estoicos utilizaron este tipo de sentido del humor como una forma de evitar las críticas o para poner de manifiesto cómo nuestras acciones cotidianas deben estar en consonancia con nuestras palabras. Plutarco, en su ensayo «Cómo distinguir a un adulador de un amigo» nos cuenta que Arcesilao devolvió el gesto de respeto que le mostró Cleantes expulsando de su clase a un estudiante llamado Baton porque había creado una rima ofensiva sobre Cleantes, y no dejó que regresara a su escuela hasta que se hubiera disculpado. Podemos imaginar que Cleantes no tuvo ningún problema en perdonar a Baton y, seguramente, leyó el poema con cierto placer.

Como su maestro Zenón, Cleantes era un hombre que prefería escuchar antes que hablar, y esperaba que sus alumnos obraran del mismo modo. Mientras que Zenón decía que los hombres tienen dos orejas y una boca por una razón, él prefería citar este verso de *Electra*:

Calla, guarda silencio, que tu paso sea ligero.

También aseguraba que los peripatéticos —los seguidores de Aristóteles— no eran muy distintos de un instrumento musical como la lira, porque producían un sonido hermoso, que ellos mismos eran incapaces de escuchar.

Aunque Cleantes prefería escuchar, y era pausado y cauteloso en su pensamiento, eso no quería decir que no fuera un buen *comunicador*. Cuando los estoicos empezaron a sufrir los ataques de las escuelas rivales, Zenón comenzó a confiar en su laborioso apóstol. Por más difícil que fuera para ese diligente tacaño invertir dinero en materiales de escritura, sabemos que algunas de las cincuenta obras del prolífico Cleantes articulaban y explicaban el pensamiento estoico. Diógenes enumera muchos de sus libros, entre los que destacan:

Del tiempo
De la filosofía de Zenón (dos volúmenes)
Exposiciones de Heráclito (cuatro volúmenes)
Del sentido
De los himeneos
De la gracia
De la amistad
Que la virtud de los hombres y mujeres es toda una
Del deleite
De los predicamentos

Es una tragedia de la historia que todos esos libros se hayan perdido.

Si nos basamos en los títulos, podemos estar seguros de que este hombre no era un terco animal de carga, pues tenía múltiples intereses e inquietudes y le gustaba desafiarse a sí mismo. Cuando encontraba un tema que le interesaba, lo abordaba a fondo y escribía largo y tendido sobre él, como hizo con la física, Heráclito, el deber o la lógica. Pero nada le interesaba más que la ética. No es de extrañar que ese hombre que rechazaba los presentes de los soberanos dedicara la mitad de su obra al análisis de la conducta.

Curiosamente, la mayoría de los textos que nos han llegado directamente de él son sus composiciones poéticas.[2] Estas están repletas de hermosos versos que nos dan una idea de su singular combinación entre determinación y tolerancia. En un fragmento, dice: «El destino guía a los que están dispuestos, pero arrastra a quienes no lo están».

En otro, preservado más de tres siglos después por Epicteto (y antes por Séneca):

Condúceme, ¡oh, Zeus, y tú, Destino!
por el camino que me habéis prescrito:
aquí estoy, dispuesto a seguirlo. Y si no quisiere,
atraeré sobre mí la desgracia y lo seguiré igualmente.[3]

A Cleantes le encantaban los desafíos que le presentaba la poesía, pues creía que los «versos encadenados» le permitían llegar a la gente de una forma más profunda y conmovedora. Como analogía solía usar el ejemplo de la trompeta, que transforma nuestra respiración en un sonido hermoso. Esa imagen también puede servir de ejemplo para uno de los temas centrales de la filosofía estoica: los obstáculos y las limitaciones, si los usamos adecuadamente, pueden ser una oportunidad para alcanzar la belleza y la excelencia.

En un breve poema, nos ofrece una poderosa definición de lo que es y debe ser el *bien*:

Si preguntas cuál es la naturaleza del bien, escucha:
Lo que es regular, justo, santo, piadoso,
que se autogobierna, útil, justo, adecuado,
serio, independiente, siempre beneficioso,
que no siente miedo ni pena, provechoso, indoloro.
Servicial, agradable, seguro, amistoso,
que se tiene en estima,
que está de acuerdo consigo mismo: honorable,
humilde, cuidadoso, dócil, diligente,
perenne, intachable y duradero.

Por muy bellas que sean estas las palabras, lo que más importa es que son un perfecto autorretrato de aquel hombre. Son las palabras a las que Cleantes dedicó su vida… y a las que nosotros también deberíamos dedicar todo nuestro esfuerzo.

Séneca decía que, aunque todos y cada uno de nosotros tenemos el potencial de vivir, nadie posee el poder de vivir mucho tiempo. En este aspecto, Cleantes, el segundo líder de la escuela estoica, tuvo la fortuna de su lado. No solo vivió bien, sino que vivió exactamente cien años. Probablemente haya sido el estoico más anciano de todos.

Y mantuvo su buen humor hasta el final de sus días. Cuando alguien se burlaba de su edad, bromeaba diciendo que estaba preparado para irse en cualquier momento, pero que, teniendo en cuenta su buena salud y el hecho de que todavía

podía escribir y leer, era mejor esperar. Sin embargo, a medida que se acercaba a su centenario, su cuerpo empezó a flaquear. Los médicos que trataban sus encías, gravemente inflamadas, le aconsejaron que ayunara durante dos días.

El tratamiento funcionó bien, pero ese último acto de privación le descubrió una nueva verdad: había llegado la hora de irse. Cuando los médicos le dijeron que podía reanudar su dieta normal, respondió que había llegado demasiado lejos como para volver atrás. Unos días más tarde falleció. Se fue en ayunas hacia el más allá.

Diógenes le escribió el mejor elogio:

A Cleantes celebro; pero más a la muerte,
que no quiso, mirándolo ya anciano,
retardarle el descanso (bien que muerto)
si agotó tanto pozo cuando vivo.[4]

---

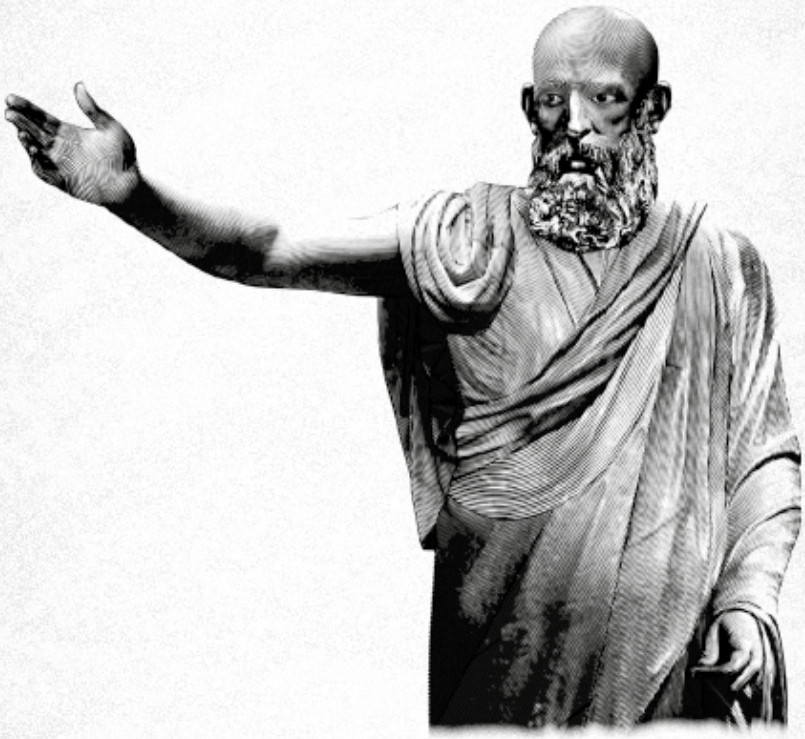
1 Diógenes Laercio, *Vidas de filósofos ilustres* (Espasa-Calpe, Argentina, 1950).

2 Un poema de treinta y nueve versos sobrevive en su totalidad: cutt.ly/ZQeGMw5.

3 Ryan Holiday y Stephen Hanselman, *Diario para estoicos* (REM Reverte Management, 2020).

4 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres* (Espasa-Calpe, Argentina, 1950).

ARISTÓN
«EL DISIDENTE»



Nacimiento: 306 a. C.
Muerte: 240 a. C.

Origen: Quíos

Si miramos hacia atrás, es probable que consideremos que «los estoicos» eran una escuela filosófica que trabajaba en una misma dirección; es decir, que Zenón, Cleantes y los primeros alumnos de esta escuela trabajaron en equipo y la amistad reinaba por encima de todo. Al fin y al cabo, su mensaje era muy sencillo: la virtud es el camino para alcanzar la felicidad, y gracias a ella la vida es mucho mejor.

Los estoicos defendieron desde el principio que debemos vivir en armonía con la naturaleza. Entonces, ¿dónde podrían entrar en conflicto?

La respuesta, obviamente, es *en todas partes*. Por ejemplo, ¿qué significaba exactamente la *virtud* o la *naturaleza*? ¿Cuál era la definición correcta? ¿Cuáles eran los mejores principios? ¿Y quién era el verdadero heredero del legado de Zenón como fundador de la escuela y promotor de la virtud por encima de todo?

La historia da una respuesta clara: Cleantes y, luego, Crisipo —a quien presentamos en el siguiente capítulo—, aunque la realidad nunca es tan sencilla. La historia escrita omite a los segundones y a aquellos que discrepan y nunca llegan a triunfar. Al fin y al cabo, no existe un movimiento sin desacuerdos, y nada que implique la participación de un grupo de personas puede evitar que surjan también opiniones dispares. El estoicismo no es una excepción.

No debería sorprendernos que los antiguos filósofos se enzarzaran en afiladas disputas, como siempre ha ocurrido y seguirá ocurriendo en el mundo académico. Una escuela que se consagra a la razón, al coraje y a un estricto sentido del bien y del mal atrae a estudiantes con una fuerte personalidad que no son amigos de las concesiones. Y la creciente popularidad de la escuela estoica no hizo más que incrementar el riesgo de que se produjeran conflictos.

Nadie encarnó mejor el papel de disidente que Aristón, el polémico filósofo que podría haber cambiado todo el curso de la filosofía estoica.

El alumno predilecto de Zenón era Cleantes, y por eso también fue el elegido para tomar las riendas de la escuela estoica tras su muerte en el 262 a. C. Asimismo, Aristón también era un alumno prometedor, mucho menos pasivo y reservado que el trabajador porteador de agua que heredaría el mandato de Zenón. A Aristón «el Calvo», de Quíos, hijo de Milcíades, también lo apodaban «la Sirena» por el poder de persuasión que tenía su elocuencia, que era capaz de seducir a su audiencia y extraviarla de su camino.

Sin embargo, otro nombre que le habría sentado como un guante habría sido Aristón «el Disidente», porque constantemente cuestionaba, desafiaba y ponía a prueba la mayoría de los principios de los primeros estoicos, incluidas sus reglas prácticas para la vida cotidiana.

Unos tres siglos después del último debate con Aristón, Séneca en una carta a su amigo Lucilio relataba con gran detalle el desacuerdo entre Aristón y Cleantes casi del mismo modo que un historiador podría exponer las diferencias de opinión sobre la separación de poderes entre los padres fundadores de Estados Unidos.

Pero ¿cuáles eran los motivos de la disputa? Eran sobre los principios o reglas prácticas para guiarnos cuando debemos tomar una decisión en nuestra vida cotidiana. Es decir, los preceptos que determinan cómo se debe obrar en un matrimonio, en la educación de los hijos o en el cuidado de los esclavos. Los preceptos que dictan cómo actuar en caso de padecer un agravio de tu hermano, de recibir un insulto de un amigo o las calumnias de algún enemigo.

Es posible que estos temas se consideren relativamente inofensivos —aunque útiles—, pero Aristón creía que eran puntos de apoyo que ayudan a la gente a interiorizar un patrón para afrontar los desafíos de la vida. «Consejos de vieja», los llamaba. Aristón afirmaba que la destreza que mostraba un lanzador de jabalinas en los Juegos Olímpicos era el fruto del entrenamiento y la práctica, no del estudio o la simple memorización de unos movimientos. La práctica hace al monje. «Aquel que se ha entrenado para todos los aspectos de la vida», dijo, «no necesita que lo asesoren sobre aspectos concretos. Se le ha enseñado una conducta general, no cómo vivir con su esposa o su hijo, sino cómo vivir bien, y eso incluye cómo vivir con los miembros de su familia».

Cuando un atleta está en la cancha o la pista no está *pensando*; sus movimientos están determinados por la memoria muscular que ha ejercitado durante su entrenamiento, guiados por su intuición. Este tipo de estado mental —más que una reflexión deliberada— es el que permite que emerja la excelencia física o moral.

Aristón pretendía que la gente se concentrara en los grandes principios. Conceptos que pudieran aprenderse de los sabios mediante la formación. Quería los Diez Mandamientos, no una biblioteca que dictaminara el orden de los sacramentos. Quería ofrecer a los estudiantes un punto cardinal —la virtud—, y creía que toda advertencia y explicación de más comportaría confusión.

Para Aristón, la virtud era el único bien. Todo lo demás carecía de importancia.

Esta postura lo enfrentaba a Zenón, el cual creía que entre el vicio y la virtud había una gama de grises muy amplia. Zenón afirmaba que los hombres suelen perseguir de forma natural ciertos aspectos de la vida que no tienen valor moral en sí mismos, como la riqueza o la salud. Por ejemplo, tener mucho dinero no implica predicar con la virtud, pero es evidente que hay personas ricas que son virtuosas; y, como cualquier camino, el éxito financiero presenta sus propias

oportunidades para avanzar hacia la virtud, como así también sus tentaciones para caer en el vicio. La ingeniosa solución de Zenón consistió en llamar a estos aspectos —estar sano, ser hermoso u ostentar un apellido ilustre— «indiferentes preferidos». No es moralmente superior ser rico o pobre, como tampoco lo es ser alto o bajo. Sin embargo, en ambas opciones es preferible el primero de los términos.

¿No es así?

Para Zenón, no era polémico afirmar que uno podía acercarse a la virtud y al mismo tiempo desear la riqueza, la fama o la notoriedad, pues eran herramientas que servían para construir una vida aún más virtuosa. En este sentido, los primeros estoicos argumentaban que podemos y debemos perseguir los indiferentes preferidos para lograr una vida virtuosa. Es el clásico punto medio, el tipo de realismo pragmático que cabe esperar de alguien como Zenón, que fue comerciante antes que filósofo. Y precisamente este tipo de cosas son las que Aristón no podía soportar.

Aristón estaba convencido de que el objetivo de la vida era alcanzar un estado de indiferencia hacia *todo* aquello que está entre la virtud y el vicio, sin hacer la más mínima distinción entre esas cosas que puede ser agradable tener, pero, que en exceso, resultan perniciosas. No era partidario de realizar una complicada lista de categorías ambiguas. No quería clasificar las cosas según su bondad o su maldad. Se negaba a admitir los grises o a seguir las directrices de un libro. Él quería las cosas claras. Quería confiar en su formación y su intuición para *saber* cómo actuar en cualquier situación.

Es como la historia de un general recién ascendido que, al recibir un grueso manual con las prácticas establecidas por los generales que le habían precedido, dijo: «Prendedle fuego. Cada vez que surja un problema, tomaré la decisión que crea conveniente».

Ciertamente, parece una conducta sorprendente. Parece que diga: *Nunca cometo errores. Solo existe el bien y el mal. No hay nada entre ellos. ¡Un hombre sabio simplemente sabe qué debe hacer!*

Como señaló Cicerón más adelante, ese postulado era bastante ridículo para alguien tan inteligente como Aristón. Si renunciamos a la categorización, «toda nuestra vida se sumiría en el caos». Es evidente que unas cosas son mejores que otras. Existen ciertas normas generales que pueden guiar nuestra conducta. Necesitamos antecedentes porque muchas situaciones son complicadas y volubles, porque las personas que nos han precedido eran sabias y aprendieron de la vida a través de la dolorosa experiencia.

Aun así, Aristón era un argumentador brillante. Para refutar el concepto que tenía Zenón de la salud —uno de esos indiferentes preferidos— dijo: «Si los hombres sanos tuvieran que servir a un tirano y ser destruidos por este motivo, mientras que los enfermos tuvieran que ser liberados del servicio y, con ello, también de la destrucción, el sabio preferiría en esta circunstancia la enfermedad a la salud». Es un argumento que puede aplicarse en muchos de los indiferentes preferidos. ¿Es mejor ser rico si esta circunstancia te convierte en el objetivo de los tiranos? ¿Acaso no es verdad que ciertas responsabilidades tienen sus desventajas?

Podemos imaginar fácilmente cómo los jóvenes estudiantes asentían con la cabeza ante estas polémicas críticas, y a Zenón luchando por explicarse, a pesar de su posición relativamente sensata. ¿Realmente se puede poner en duda que es preferible estar sano? Este tipo de cuestiones son tremendamente seductoras en una discusión porque, al cuestionar esas zonas grises de Zenón, Aristón añadía todavía más grises a la disputa. Decía que las circunstancias *siempre* alteran de forma *unívoca* el valor de las cosas.

Al prestar atención a estos puntos débiles de la filosofía estoica, Aristón pretendía demostrar que, del mismo modo que un general prescinde de los procedimientos anteriores, un experto capitán no recurre a un manual de navegación cuando una ola golpea su navío. No, en lugar de eso, para tomar la decisión correcta utiliza su conocimiento profundo en navegación, su formación y su experiencia. Una parte de esta argumentación está relacionada con el ego: queremos creer que somos sabios y tenemos una intuición infalible. Queremos pensar que todo lo que hace un atleta es confiar en su instinto. Pero los mejores atletas también se aferran a un estricto plan de juego; es decir, se *someten* a la estrategia de sus entrenadores. ¿Qué adorna la mayoría de las paredes de un vestuario? Frases motivacionales, consejos y códigos de conducta. Todos los atletas siguen un plan que les permite realizar su ejercicio correctamente. No es tan atractivo, pero es la verdad. Ese es el papel —el de entrenador— que Zenón y Cleantes habían intentado otorgar al maestro de filosofía.

Diversas fuentes aseguran que Aristón planteaba su polémico punto de vista con un estilo contundente, que hablaba mucho más de lo que escuchaba y que despreciaba la frase de Zenón sobre la relación natural entre los oídos y la boca. Diógenes asegura que Aristón hablaba demasiado y sin gracia, y abrumaba a las mentes más débiles en el proceso. En ocasiones, Zenón no tenía más remedio que interrumpirlo y quitarle la palabra. «Eres un charlatán, y sospecho que tu padre estaba borracho cuando te engendró», le gritó una vez.

No fue una respuesta estoica, pero cualquier maestro frustrado y exhausto podrá entenderla. De todos modos, ¿alguna vez los gritos han disuadido a un opositor? En este caso, tampoco. Aristón siguió con sus cuestionamientos y sus desacuerdos. De hecho, su antipatía por la ortodoxia estoica quedó plasmada en sus obras escritas, donde atacó enérgicamente a sus compañeros, llegando a publicar un polémico libro contra las doctrinas de Zenón y otro titulado *Contra Cleantes*.

Según cuenta Cicerón, Crisipo respondió a esos ataques escribiendo una obra contra Aristón; además, se enfrentó personalmente con él en una disputa sobre lo peligroso que resultaba su compromiso de alcanzar la indiferencia total. Una vez le preguntó: «¿De qué modo podemos pasar la vida si pensamos que para nada nos interesa si estamos bien o enfermos, libres de dolor o atormentados por él, si podemos o no podemos alejar el frío, el hambre?».[1]

¿Cómo sería posible? La vida sería un auténtico caos.

Aristón no se inmutó y respondió con confianza, esbozando una sonrisa: «Vivirás magnífica y excelentemente, harás cualquier cosa que te parezca, nunca te angustiarás, nunca desearás, nunca temerás».[2]

Es tan tentador, y vacío, como el canto que jamás ha realizado una sirena. Además, esta conducta, por muy seductora que suene, está fuera del alcance de la mayoría. Sí, un auténtico sabio firmemente comprometido con los principios correctos sabrá qué hacer en cada situación y no necesitará un libro de preceptos. ¿Pero qué ocurre con el resto?

¿Acaso es posible un mundo en el que todas las personas, como decía Aristón, hagan simplemente «aquello que les pase por la cabeza»? ¿Querría vivir alguien en ese mundo?

Es fácil imaginar cómo estos grandes estoicos se tiraban de los pelos por culpa de la frustración. Podemos observar su desesperación en sus artimañas y sus salidas de tono. «Este sujeto mancilla el nombre de los estoicos. Yo creía que estábamos en el mismo bando». Aristón, como Juan el Bautista para los cristianos, desempeñó ese enigmático papel que este tipo de figuras contradictorias suele ejercer en los movimientos incipientes. ¿Era un rival o un seguidor? ¿Un santo o un hereje? ¿Un amigo o un enemigo? Aristón representaba todas estas cosas, antes y ahora.

Repudiado por los estoicos —aunque él se considerara miembro de su escuela—, influenciado por los cínicos y los escépticos, y enemistado con los peripatéticos, Aristón, a causa de su particular postura, encontró su lugar fuera de las murallas de Atenas, lejos de la Estoa, en un gimnasio cínico llamado

oportunamente Cinosarges. Como ocurría con los cantos de una sirena, muchos hombres acudieron atraídos hacia ese lugar. Aristón impartió clases junto a otros radicales del pensamiento, como Antístenes, uno de los fundadores de la escuela cínica. Según cuenta Diógenes, Aristón se labró una buena reputación y pronto fue considerado como el fundador de su propia escuela: los aristonianos, conocidos por su honradez y su capacidad de persuasión.

Pero, como disidente, también se granjeó enemigos. Decía que «cuando alguien poco a poco alcanza cierta reputación, los demás arremeten contra él por todas partes». Estaba en lo cierto, pero podemos sospechar que su carácter y su desafiante conducta tenían algo que ver con los enemigos a los que tuvo que enfrentarse. Si hubiera sido más conciliador y respetuoso, ¿habría obtenido mejores resultados? Seguramente. Además, los estoicos que le sucedieron corroborarían que, para cambiar la opinión de la gente, trabajar en equipo era una forma más efectiva de lograrlo que desafiando a todo el mundo.

Aristón afirmaba que, al margen de perseguir la virtud o la excelencia, cuando un hombre sabio se topaba con un indiferente preferido debía hacer aquello que le pasara por la cabeza. Él fue el primer estoico que conocemos que esgrimió el argumento de que un sabio es como un actor que voluntariamente asume los papeles que le reserva el destino. Siglos más tarde, escucharemos este mismo argumento en boca de Epicteto, el cual reprendía a sus alumnos cuando pedían manuales, como si pudieran organizar toda su vida siguiendo un guion. Aristón y Epicteto consideraban que, cuando debemos desempeñar nuestro papel en la vida, el guion ya está escrito y no debemos intentar escribir el nuestro. Simplemente, debemos esforzarnos por estar a la altura de los papeles que se nos han asignado. Sin embargo, a diferencia de Aristón, este argumento no impidió que Epicteto diera muy buenos consejos.

Diógenes también nos cuenta que Aristón estaba convencido de que, al ser un hombre sabio y tener acceso al conocimiento verdadero, no se dejaría engañar por las meras opiniones. Esto preocupó tanto a los estoicos que decidieron tenderle una trampa para demostrar que estaba equivocado. El truco era muy simple: le dijeron a un gemelo que le confiara una suma de dinero a Aristón para que la guardara, y luego mandaron a reclamar el dinero a su otro hermano. Aristón, que había afirmado con tanta arrogancia que podía tomar una decisión sabia en cualquier circunstancia, cayó estúpidamente en la trampa y entregó el dinero al hermano equivocado.

Se trataba de un caso muy sencillo en el que seguir una norma —como comprobar la identidad de una persona— resultaba mucho más fiable que confiar en el instinto. Cuando Aristón se percató de que había entregado el dinero al hermano equivocado, se quedó estupefacto y abochornado al comprobar que un simple ardid había vencido toda su sabiduría.

Pero ¿fue una conducta estoica llevar a cabo semejante truco? ¿Era virtuoso hacerlo con la intención de humillar a un compañero porque pensaba distinto en un aspecto tan intrascendente? En realidad, esa divergencia de opinión no era tan intrascendente.

La escuela de Aristón, al distanciarse deliberadamente de los postulados de Zenón y Cleantes, había apartado de sus principios la física y la lógica. Aristón consideraba que la primera no estaba a nuestro alcance, y la segunda no era digna de nuestra atención. Solo importaba la ética. Solo importaba la virtud.

De forma irónica, este maestro de la argumentación sostenía que los razonamientos de un lógico eran como una tela de araña: claramente un producto de la experiencia, pero completamente inútil —¡aunque bastante útil para las arañas!—.

Los cuestionamientos de Aristón fomentaron la aparición de otros pensadores heterodoxos y contestatarios. Seguramente, en la Atenas del siglo III a. C., eso creó la sensación de que el estoicismo era una escuela que se disgregaba.

Si echamos la vista atrás, podemos pensar que estos debates intensos, y en ocasiones violentos, en realidad ahora serían vergonzosamente insignificantes. Pero, para los primeros estoicos, los matices de los *indiferentes preferidos* eran una cuestión de vida o muerte. El poder, la influencia y el ego desempeñaban un papel muy importante. Cleantes era el único que seguía trabajando, lo que significa que para alguien como Zenón, Crisipo o Aristón, ese tipo de debates era todo lo que tenían. Eran como monjes de clausura discutiendo sobre cuántos ángeles pueden pasar por el ojo de una aguja.

Era el narcisismo de querer tener la razón: ser el vencedor del debate. Porque, después de Zenón y Cleantes, con el futuro de la escuela en juego, ¿quién podía permitirse dar un paso atrás? Una vez muerto, ser recordado por la historia te sirve de muy poco… pero es muy difícil permanecer indiferente a tu legado.

Es algo bastante comprensible, pero todo esto tiene muy poco que ver con la filosofía, y mucho menos con el estoicismo. Habría sido mucho más admirable que aquellos hombres hubieran podido evitar que los antagonismos dominaran

sus relaciones con esas personas con las que en su mayor parte estaban de acuerdo. Deberían haberse centrado en su trabajo; es decir, en la superación personal.

Al igual que nosotros.

En cualquier caso, el paso del tiempo colocó cada pieza en su lugar. Aunque la obra de Aristón y sus discrepancias apenas influyeron en los estoicos posteriores, sí que causaron un gran impacto en el joven Marco Aurelio. Una o dos generaciones después de Séneca, cuando tenía veinticinco años, Marco Aurelio estudió las obras de Aristón y se quedó tan impresionado por sus planteamientos que no podía dormir y tuvo que dejarlas a un lado. En lugar de considerar a Aristón como un hereje, lo único que encontró fue a un filósofo que insistía en renunciar a la memorización de preceptos y que recomendaba la práctica y el entrenamiento para que la virtud se convirtiera en algo natural. Como escribió a su profesor de retórica, Frontón:

> Los libros de Aristón me llenan de gozo y al mismo tiempo me atormentan. Me llenan de gozo en la medida en que me enseñan cosas mejores. Pero, cuando me muestran hasta qué punto mis disposiciones interiores (*ingenium*) están alejadas de aquellas cosas mejores, demasiado a menudo tu discípulo enrojece y se irrita contra sí mismo porque a la edad de veinticinco años todavía no he asimilado nada en mi alma de los dogmas saludables y de los razonamientos más puros. Por eso estoy atormentado, estoy irritado, estoy triste, estoy celoso, ya no como.[3]

En resumen, olvida los preceptos. No te entretengas en las reglas. *Simplemente, actúa.*

Marco Aurelio conocía la historia de su escuela filosófica bastante bien. Y sabía que las disputas dogmáticas al final se quedan en nada. Todo desaparece. Todo se convierte en polvo o leyenda, o menos que eso. Apenas son citas de libros que se perderán en el tiempo.

Lo único que queda, habría dicho Aristón, es cómo vivimos nuestras vidas, lo cerca que estuvimos de la virtud en los momentos importantes.

---

1 Marco Tulio Cicerón, *De los fines de los bienes y los males* (Universidad Nacional Autónoma de México, 2003: cutt.ly/MQe3s5x).

2 Ibid.

3 Pierre Hadot, *La ciudadela interior* (Alpha Decay, 2013).

CRISIPO
«EL LUCHADOR»

Nacimiento: 279 a. C.
Muerte: 206 a. C.

Origen: Solos

Crisipo, el hombre que llegaría a ser el tercer líder de la escuela estoica, empezó muy pronto a correr. Y ese deporte cambió su vida. En el mundo antiguo, así como en la actualidad, correr no era un deporte cualquiera. La lucha es una prueba de fuerza y estrategia entre dos luchadores igualados que se enfrentan cuerpo a cuerpo. El lanzamiento de jabalina es una hazaña de la técnica y la coordinación que se mide por la distancia.

Pero correr —especialmente, las carreras de resistencia—, donde se establece una distancia predeterminada y los atletas están separados por carriles, es tanto una batalla de la mente y el cuerpo contra *sí mismos* como una competición contra cualquier *otra* persona o adversario.

¿Cuál es la relación entre este deporte y la filosofía? Ninguna. ¿Y entre el estoicismo, una filosofía de resistencia y fuerza interior —de la superación de los propios límites para alcanzar un modelo de conducta elevado— y una carrera de fondo?

En este caso, hay una estrecha relación, sobre todo para un joven como Crisipo, que nació en la ciudad de Solos, Cilicia, y participaba en una carrera de distancia olímpica como el *dólico*, una carrera de 5 kilómetros que no tiene un equivalente en la actualidad. Este tipo de competición no era un circuito de 5 kilómetros a campo a través o circular como los 5.000 metros, sino que consistía en recorrer veinticuatro veces la longitud del estadio, como si se tratara de una serie de esprints en una cancha de baloncesto.

No es difícil imaginar que este formato podía moldear una mente estoica como la de Crisipo, quien corría *de un lado a otro lo más rápido posible* no solo con el objetivo de vencer a los demás atletas, sino también luchando consigo mismo para seguir adelante mientras iba escaso de aire y su cerebro insistía para que se detuviera. Inconscientemente, al mismo tiempo que se esforzaba por ganar las carreras, desarrollaba el marco ético que dirigiría su vida y el futuro de la escuela estoica.

«El que corre en el estadio», diría Crisipo más tarde, «ha de esforzarse y competir por llevar la delantera; pero no debe de ninguna de las maneras poner el pie delante de su competidor o detenerlo con el brazo. Del mismo modo, en la vida, es justo que cada uno procure lo que necesita, pero quitárselo a otro no es justo».

Pero, sobre todo, aquello que lo preparó para los retos que le deparaba la vida y para los desafíos intelectuales o físicos, fueron las carreras de larga distancia que corría en solitario por las llanuras de la costa de su hogar, Cilicia, al sur de la actual Turquía.

De hecho, como los demás estoicos que padecieron el caos del mundo postalejandrino, Crisipo apenas conoció la paz en sus primeros años de vida. Cilicia era un objetivo frecuente de saqueos, y su familia se había trasladado a Solos desde la cercana Tarso, porque sus propiedades habían sido confiscadas por uno de los antiguos generales de Alejandro. Al igual que en el caso de Zenón, la pérdida de una fortuna se convirtió en un hecho afortunado porque provocó que Crisipo se dedicara a la filosofía.

Además, también le llevó a Atenas. Con pocas oportunidades en su hogar y probablemente temiendo lo que un régimen tiránico podría llegar a hacer, Crisipo, como Cleantes antes que él, había abandonado su hogar en busca de una vida mejor. Durante generaciones, Atenas no solo atrajo a las personas más brillantes del mundo helénico, sino que también atraía a los desheredados, a quienes estaban en bancarrota o, simplemente, a aquellos que estaban perdidos. Crisipo, como Zenón y Cleantes, podía encajar en cualquiera de esas categorías.

No sabemos exactamente cuándo llegó a la resplandeciente ciudad del conocimiento y el comercio; pero, cuando lo hizo, el legado de Zenón y Cleantes ya estaba firmemente arraigado. Su filosofía y su fama se habían extendido por todo el mundo griego y, sin importar si el propio Zenón seguía vivo o no cuando Crisipo, a los diecisiete o dieciocho años llegó a Atenas, cualquier estudiante de la ciudad habría sentido su presencia en cada conversación, libro o idea que estudiaba.

Es un hecho que Crisipo, cuyo nombre significa «caballo dorado», trajo consigo la energía y la actitud de una nueva generación. Esta energía debía de estar preservada en un envase pequeño, porque sabemos que Crisipo era de baja estatura, según una estatua erigida en su honor por su sobrino Aristocreón que por aquel entonces estaba al noroeste del ágora ateniense, cerca de la *estoa*. Diógenes cuenta que la estatua era lo suficientemente pequeña como para quedar completamente oculta por una estatua de un caballo que estaba a su lado, lo que llevó a que un filósofo posterior hiciese el juego de palabras de que Crisipo estaba «oculto por un caballo».

La estatua se mantuvo el tiempo suficiente para que Plutarco escribiera sobre ella en el año 100 d. C. y nos revelara algo más que su estatura. Su inscripción decía: «Aristocreón ha consagrado esta estatua a su tío Crisipo, quien gobernó nodos capciosos de los académicos».

¿Qué quería decir con *nodos capciosos*? Las críticas que Cleantes había recibido de los poetas y los escritores satíricos no significan que no fuera un hombre respetado y querido. El estoicismo, con su creciente popularidad, se había

convertido en el blanco de los críticos y los escépticos. Podemos intuir cómo las distintas escuelas filosóficas de Atenas —la epicúrea, la platónica y la aristotélica— se enfrentaban como si se tratara de religiones que intentan imponer su dios verdadero.

Pero Cleantes se mantuvo firme bromeando al respecto o manteniendo un silencio imperturbable. Cuando el estoicismo se limitaba a los pensamientos de Zenón y a las enseñanzas de Cleantes, quizá bastaba con ello. Pero llegó un momento en el que la escuela tenía que defenderse. Sus teorías tenían que consolidarse, y sus doctrinas debían definirse y clasificarse. Era necesario resolver sus contradicciones, incluso aquellas que eran fruto de las obras de estos dos primeros pensadores.

Por otro lado, los problemas que plantearon Aristón y los disidentes que lo siguieron también amenazaban el futuro de la escuela. Estaba Dionisio «el Renegado», que empezó en la escuela estoica y, más adelante, se unió a una escuela rival que aseguraba que la vida debía girar en torno al placer. O Herilo, que había estudiado con Zenón pero, a diferencia de este, creía que el conocimiento era más importante que la virtud. Múltiples voces luchaban, se cuestionaban y se contradecían.

¿Qué acabaría siendo el estoicismo? ¿Qué tipo de preceptos y orientación ofrecería? ¿Quién sería el líder de los estoicos?

Crisipo se vio obligado a desempeñar el ingrato, pero esencial, papel de luchar para proteger esta creciente escuela que todavía estaba abriéndose camino. Cuando Aristón publicó su obra *Contra Cleantes*, fue Crisipo quien creyó oportuno escribir una respuesta. Cuando algún filósofo se atrevía a debatir con Cleantes sobre algún tema menor, era Crisipo quien se encargaba de amonestarlo para que no distrajera a su maestro, y, si no le hacía caso, estaba listo para debatir con él. No solo estaba listo, sino que además, según cuentan, también estaba preparado para ganar la discusión.

Que nadie crea que las ideas que cambian el mundo lo hacen por sí solas. Como más tarde diría un ilustre científico, las ideas deben defenderse con las palabras. Es decir, debe lucharse por ellas.

Años más tarde, Cicerón emitiría un veredicto sobre una de estas disputas en la que estaba implicado el estoico poco conocido, pero polémico, Herilo. «Así, pues, hace tiempo que también este ha caído en el olvido; en efecto, después de Crisipo no se ha disputado contra su teoría».[1]

Crisipo «el Luchador» había zanjado el asunto y, de paso, había mandado a uno de los primeros disidentes de la escuela al vertedero de la historia.

Más adelante, Séneca habló de la importancia de leer y estudiar las otras escuelas filosóficas, como haría un espía en un campamento enemigo. De hecho, podemos observar que los primeros años de la carrera de Crisipo no transcurrieron al lado de los maestros estoicos, sino con Arcesilao y Lácides, que dirigían la Academia de Platón. No es que tuviera lealtades contradictorias, sino que sabía que, si el estoicismo iba a sobrevivir, tendría que aprender de sus rivales más consagrados.

Podemos imaginar a Crisipo —el corredor, el atleta— luchando desesperadamente para lograr la victoria. Estudió los preceptos de las escuelas rivales y asistió a las clases de la academia platónica para identificar las flaquezas de sus argumentos. Y también analizó los puntos débiles de la escuela estoica para determinar cómo podría perfeccionarla.

En ocasiones, la mejor forma de fortalecer tu defensa es descubrir cómo te atacará tu oponente, y eso es precisamente lo que hace un buen filósofo. En el presente, lo llamamos la estrategia del *hombre de acero*: en lugar de engañarte y asumir que las ideas de tu oponente son erróneas, puedes enfrentarte a él con rigor y dedicación, y ganar en función de los méritos sin recurrir a las descalificaciones. Y, como luchador, Crisipo disfrutaba con este tipo de desafíos.

Dicen que Crisipo estaba tan seguro de su habilidad para desmontar los argumentos rivales que una vez le dijo a Cleantes que solo necesitaba saber cuáles eran las doctrinas de una persona, y él mismo descubriría las argumentaciones —o, en su caso, las refutaciones—.

Mientras que Cleantes era pausado, metódico y compasivo con sus oponentes, Crisipo se mostraba orgulloso y nunca huía del combate intelectual. Trasladó la competitividad que había refinado en las *competiciones atléticas* al mundo de la filosofía. Nunca se rebajaba a usar trucos baratos —una directriz que, por desgracia, no todos los estoicos posteriores siguieron—, pero solo tenía un objetivo: ganar.[2] Porque para Crisipo, la filosofía, como la vida, era una batalla. Pero una batalla que debía disputarse limpiamente.

En ese sentido, es curioso observar las respectivas personalidades y las actividades deportivas de ambos filósofos. Cleantes, el púgil, era más constante y resistente, mientras que Crisipo, que destacaba en un deporte más solitario, era más explosivo y agresivo.

Y a ese temperamento también se unía una gran capacidad. En aquella época había un dicho popular que decía que, si los dioses se dedicaran a la ciencia de la argumentación, utilizarían a Crisipo como modelo. El estoicismo tuvo la suerte de tener a un pensador tan brillante en ese campo. Así como Aristón utilizaba su

mente para cuestionar la ortodoxia de forma que no dejaba ningún precepto en pie, Crisipo, al definir la filosofía como «el cultivo apropiado de la razón», era capaz de acoger la plenitud del pensamiento estoico.

Aunque en ocasiones quede en un segundo plano, es el mismo patrón que siguen multitud de filosofías, empresas o incluso países. Los fundadores tienen el coraje y la brillantez de crear algo nuevo, y las generaciones posteriores —en general, más jóvenes y mejor preparadas— tienen la tarea de arreglar los entuertos, los errores o las contradicciones que sus fundadores crearon en el proceso.

Sin duda, este trabajo posterior no es tan glamuroso ni tiene el mismo reconocimiento que el papel de los fundadores. Ni siquiera es tan reconfortante como la labor del apóstol que logra difundir el evangelio. Sin embargo, en muchos sentidos, es el papel más importante. La historia del estoicismo así lo reconoce, tranquilamente. De hecho, inmortaliza su labor en una de las frases más famosas que tenemos de la antigüedad sobre Crisipo: «Si no hubiera Crisipo, seguramente pórtico no hubiera».[3]

O, mejor dicho, seguramente hoy no estaríamos tratando el tema del mismo modo.

Cuando Cleantes falleció, en el 230 a. C., Crisipo le sucedió como líder de la escuela. Tenía cuarenta y nueve años. Su primera decisión no fue tanto esclarecer las enseñanzas de sus predecesores como difundirlas y popularizarlas. Mientras que Zenón y Cleantes se limitaban a impartir sus clases en la Estoa. Crisipo prefirió un escenario más grande, como el Odeón —una sala de conciertos—. Al parecer, también fue el primero en dar conferencias al aire libre en el huerto del Liceo, donde estaba la escuela de los seguidores de Aristóteles, los peripatéticos. Podemos imaginar que, como hombre de acción, disfrutaba llevando su mensaje directamente al campo del enemigo.

Mientras que Cleantes prefería el poder de la poesía, y a menudo usaba la analogía, la metáfora o la métrica para comunicar sus verdades, Crisipo, en su lugar, optaba por las clases y su prosa para apuntalar con precisión la argumentación lógica y las derivaciones formales. Aunque era famoso por la pasión y la habilidad que mostraba en la argumentación —pocas veces dejó que una cuestión se resolviera por sí misma, ya que solía argumentar repetidamente sobre los mismos temas—, también fue igualmente conocido por sus innovaciones en el campo de la lógica y por su prodigiosa producción literaria. Cuenta con una obra que supera los 705 volúmenes, de los cuales 300 abordan el tema de la lógica. De los títulos que Diógenes desglosa, podemos observar dos

docenas de libros que tratan la paradoja del mentiroso —si no podemos creernos nada de lo que dice un mentiroso, ¿qué ocurre cuando un auténtico mentiroso afirma que todo lo que dice es falso? Si siempre miente, no es cierto, pero…—. Incluso hallaron una de sus obras, *Preguntas lógicas*, entre los papiros enterrados de la Villa de Herculano; en una biblioteca de la escuela rival epicúrea que pertenecía a Filodemo. Lo que Homero fue para la poesía, dijo un escritor antiguo, Crisipo fue para la lógica.

También le apasionaban la literatura y la poesía; hecho que, en cierta medida, desmiente su reputación de lógico. En un ensayo, Crisipo supuestamente hizo referencia a tantas líneas de *Medea*, la tragedia de Eurípides, que la gente bromeaba diciendo que había incluido en su obra todas sus palabras. Era la «Medea de Crisipo», decían. De hecho, le gustaba tanto citar a otros escritores que, en algunos de sus escritos, sus voces eclipsaban la suya. Los críticos de sus libros calificaron estas citas de «superfluas», pero una lectura más acertada permite entender que a Crisipo le gustaba mucho compartir y tomar prestadas las palabras de los grandes pensadores y dramaturgos de la historia, y acabó siendo conocido por esas citas que siempre respaldaban sus puntos de vista.

Pero ¿era realmente tan distinto de Cleantes o los demás estoicos? Crisipo era muy humilde, trabajador y poco amigo de la suntuosidad. Parece que mantuvo su humilde vivienda con apenas un criado. Su maratón intelectual lo obligaba a escribir al menos quinientas líneas al día. También rechazaba cualquier tipo de invitación, incluso las de los reyes, porque lo alejaban de su trabajo, y rara vez salía de casa si no era para dar una conferencia.

Dicen que rehuía las reuniones sociales y que, en las que asistía, permanecía callado. Su criado contaba que, cuando bebía, solo perdía ligeramente el control de sus piernas, y parece ser que era la única señal de que se estaba divirtiendo. En una ocasión, se le recriminó que no se hubiera juntado con la multitud para escuchar las palabras de Aristón, y simplemente respondió: «Si me importara lo que piensa la multitud, no habría estudiado filosofía».

Crisipo no evitaba los placeres o el dinero, pero no veía con buenos ojos *querer* o *desear* cualquier cosa. Un hombre sabio tiene todo lo que necesita —porque sabe aprovechar aquello que se le presenta en el camino—, pero no desea nada; «por el contrario, el necio no necesita nada, porque de nada sabe usar, pero carece de todo».[4]

No hay mejores palabras para definir a un estoico: tener sin desear, y disfrutar sin *necesitar*.

Para Crisipo, la libertad y la independencia surgen de este principio. Nunca vendió sus obras ni cobró por sus consejos porque no quería devaluar la filosofía. No pidió préstamos ni prestó dinero. Diógenes señala que ni uno solo de sus libros estaba dedicado a un rey. Algunos contemporáneos lo consideraron arrogante, pero en realidad era una prueba de su autosuficiencia. A diferencia de Zenón y Cleantes, que habían aceptado dinero de los reyes, a Crisipo no le interesaba el mecenazgo. Si aceptas dinero de un rey, decía, debes seguirle la corriente.

Así que nunca aceptó dinero de nadie… por lo que nadie podía decirle qué debía hacer.

Su independencia de pensamiento, su amor por los principios elevados y su celo intelectual eran claramente virtudes, pero, como todo, pueden llevarse al exceso. Cuanto más inteligentes somos, más fácil es enamorarse de nuestra propia voz y de nuestros propios pensamientos. El coste de esto no es solo el orgullo, sino la calidad de nuestro mensaje. Epicteto, cuyos alumnos se esforzaron por comprender los escritos de Crisipo unos tres siglos después, diría: «Cuando alguien presume de poder entender y explicar los libros de Crisipo, di para tus adentros: si Crisipo no hubiera escrito de una manera tan poco clara no tendría nada de qué presumir».[5]

Sin embargo, dado que la mayor parte de la legendaria producción de Crisipo se ha perdido —salvo unos quinientos pequeños fragmentos recogidos por otros escritores—, es difícil saber hasta qué punto era realmente un escritor complejo. Pero es cierto que, a pesar de este supuesto defecto, sus ideas han perdurado y se han difundido incluso después de su muerte.

Crisipo mostró tanta dedicación con su trabajo como con sus allegados. Era un hombre de familia cariñoso. Mandó a buscar los hijos de su hermana (Aristocreón y Filocrates), los acogió en su casa y supervisó su educación. Se mostró especialmente cercano a Aristocreón, a quien dedicó al menos tres docenas de sus libros. Aristocreón le devolvió el favor no solo con la estatua y la inscripción de su sepultura, sino también escribiendo un libro en su memoria.

Sin embargo, incluso como figura paterna, la naturaleza competitiva de Crisipo era notoria. En una ocasión, una madre le preguntó a quién debía confiar la educación de su hijo. Él respondió que obviamente no había mejor maestro que él mismo... porque, si lo hubiera, él mismo sería su alumno.

A pesar de todas las disputas con Aristón —que creía que la ética era lo único que importaba—, ambos estaban más de acuerdo de lo que creían. Plutarco dice que todo lo que escribió Crisipo «no tenía otro propósito que diferenciar el bien

del mal».

Como mencionamos anteriormente, como corredor, Crisipo había desarrollado la filosofía del deportista perfecto. Sabía que, a pesar de que los atletas compiten entre ellos, y quieren triunfar desesperadamente por encima del resto, todos ellos comparten una hermandad esencial, desde el mejor hasta el peor. El especialista en el mundo clásico Tad Brennan lo llama apropiadamente el «modelo de comportamiento sin empujones» de Crisipo, un modelo basado en nuestra relación con los demás. No fue su única contribución en este sentido. Otro de los avances éticos de Crisipo fue el desarrollo de la idea estoica de *sympatheia*, basada en la creencia de Zenón de que todos pertenecemos a una misma comunidad que nos anima a meditar sobre la interconexión de todas las personas y nuestra ciudadanía compartida en el cosmos.

Si las disputas de los primeros estoicos hubieran reflejado un poco mejor esta idea y se hubieran dado cuenta de que no había que *ganar* porque ya estaban en el mismo equipo y estaban de acuerdo en las cosas importantes, ¡cuántos problemas se habrían ahorrado! ¡Qué buen ejemplo nos habrían dado hoy!

Irónicamente, fue el filósofo platónico Carnéades —que más adelante se convertiría en una piedra en el zapato para los estoicos— quien envió uno de los mejores elogios a Crisipo. Carnéades no solo creía que sin Crisipo no existiría la Estoa, sino que, además, dijo: «Si no hubiera existido Crisipo, tampoco existiría yo». Las palabras más sinceras a menudo se ocultan entre bromas.

Aunque la obra de Crisipo podría perdurar eternamente —y su rostro incluso se acuñaría en monedas en su tierra natal décadas después de su muerte— él sabía que no podía durar para siempre.

Una noche, después de una conferencia en el Odeón, un grupo de estudiantes invitó a Crisipo a tomar una copa. Después de beber un poco de vino dulce sin diluir, sufrió un mareo y murió cinco días más tarde, a la edad de setenta y tres años.

Si realmente murió de este modo, se confirmaría la imagen de que era un hombre que se tomaba muy en serio tanto a sí mismo como a su obra y que al final murió tras haber hecho una excepción, la de tomarse una tarde libre sin escribir ni pensar. Es posible que su muerte sucediera de este modo, aunque entonces sería muy poco interesante.

Sin embargo, hay otros relatos sobre su muerte más seductores, porque añaden otra dimensión al hombre y a la imagen del estereotipo estoico que supuestamente no sabe divertirse. Una de las versiones cuenta que Crisipo estaba sentado en su porche cuando un asno solitario pasó por allí y empezó a comer los higos de su

jardín. A Crisipo ese espectáculo le pareció inexplicablemente divertido y comenzó a reírse sin parar. «Dale al asno un poco de vino para que baje los higos», le gritó a la dueña. Luego siguió riendo hasta que literalmente se murió.

En este caso, de ser cierto, el segundo impulsor del estoicismo no falleció en el fragor de un debate o en un maratón de escritura —las actividades a las que se había dedicado toda la vida—, sino que lo mató el buen humor y el disfrute de un simple placer.

No es una mala forma de morir.

---

1 Marco Tulio Cicerón, *Del supremo bien y del supremo mal* (Gredos, Bibiloteca Clásica, 1987).

2 Seguramente, no estaba de acuerdo con el truco que usó Zenón con Aristón.

3 Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos más ilustres* (Espasa-Calpe Argentina, 1950).

4 Séneca, *Epístolas morales a Lucilio* (Gredos, Biblioteca Clásica, 2005).

5 *Tabla de Cebes*. Musonio Rufo, *Disertaciones, fragmentos menores*. Epicteto, *Manual, fragmentos* (Gredos, Biblioteca Clásica, 1995).

ZENÓN
«EL GESTOR»

Nacimiento: Desconocido
Muerte: 190-180? a. C.

Origen: Tarso

En las postrimerías del siglo II a. C., el estoicismo cumplía un siglo de vida. Las enseñanzas de Zenón habían pasado a Cleantes, y luego a Crisipo. Habían sobrevivido a las provocaciones, las dudas y los ataques de las otras escuelas.

Pero ¿cuál era su siguiente paso?

Uno de los pilares fundamentales del estoicismo era la idea de que la historia es circular. Una misma cosa sucede una y otra vez. No somos muy especiales, dirían. Somos piezas intercambiables, actores que desempeñan unos papeles que llevan representándose desde el principio de los tiempos.

Pocos ejemplos serían más representativos de esta idea que el hecho de que el siguiente líder del estoicismo, al empezar un nuevo siglo, recordara en cierta manera a la fundación de la escuela: precisamente, su sucesor también se llamaba Zenón.

Tras la exitosa consolidación de la escuela por parte de Crisipo, la elección de quién debía tomar las riendas después de él también era suya. Como la familia de Crisipo era originaria de Tarso, donde el estoicismo había logrado mucha popularidad, seguramente despertó mucho interés entre sus ciudadanos. Uno de estos alumnos, Dioscórides, de quien apenas tenemos información, salvo que Crisipo le dedicó al menos seis obras que abarcaban veintiún volúmenes, era el presunto heredero. Pero es probable que Dioscórides fuera demasiado viejo, estuviera enfermo o falleciera.

Sin embargo, tuvo un hijo, y ese hijo fue Zenón de Tarso. Según el escritor cristiano Eusebio, este segundo Zenón no creía demasiado en la idea de la reencarnación:

> Los filósofos estoicos sostienen que la sustancia universal se transforma en fuego, como en simiente, y a la inversa. Y a partir del fuego completa su organización tal como era antes. Y esta es la doctrina que fue aceptada por los primeros y más antiguos líderes de la escuela, Zenón, Cleantes y Crisipo. Porque se dice que el Zenón que fue discípulo y sucesor de Crisipo en la escuela dudó sobre la conflagración del universo.[1]

Tal vez esa responsabilidad era demasiado grande para él. Pero esta pequeña discrepancia no debe entenderse como el resurgir de un nuevo Aristón. Lo más probable es que Zenón de Tarso no fuera un revolucionario o un disidente. Tampoco un ardiente defensor del estoicismo. Pero quizás fue exactamente lo que el estoicismo necesitaba en aquel momento: un gestor, un administrador, lo

suficientemente sereno como para calmar el ambiente y dejar que todo se aposentara. A veces, la historia, como la vida, requiere un guerrero, y otras, a alguien con un perfil sosegado, un carácter suave y una presencia tranquilizadora. A veces, un momento pide una estrella; y otras, algo más humilde.

Tener coraje no siempre significa salir al campo de batalla. En algunas ocasiones significa resistencia, replegarse y mirar hacia dentro. Los estoicos creían que teníamos cada una de estas habilidades en nuestro interior, y que se trataba de combinar la virtud correcta con el momento adecuado. Debemos cumplir con nuestro deber, sea cual sea.

Así ocurrió con el segundo Zenón. Cuando se cuestionaba sobre la doctrina, se trataba de pequeñas elucubraciones. En algunas ocasiones estuvo de acuerdo con Cleantes; en otras, con Crisipo. Sin embargo, nunca sacó a relucir su ego. Nunca fomentó el conflicto, aunque podemos suponer que cuando los problemas llamaron a su puerta lo encontraron en casa —publicó un libro titulado *Contra Jerónimo de Rodas*—. No necesitaba ser el centro de atención, no necesitaba escribir cientos de libros o dar grandes conferencias. Zenón de Tarso era un hombre lo suficientemente aburrido —y poco prolífico— como para suavizar los conflictos de su época y transmitir la filosofía a la siguiente generación.

El primer Zenón abrió un nuevo camino. Crisipo lanzó algunos golpes y bloqueó otros tantos. El segundo Zenón no necesitó hacer nada de eso. El estoicismo estaba consolidado desde hacía décadas. Era un barco que se mantenía a flote, una filosofía con miles de seguidores repartidos por toda Grecia. Zenón solo debía seguir la corriente y pasar el testigo.

Era un momento delicado.

Grecia estaba en declive. Roma, en ascenso. Y el estoicismo dejaría atrás la cuna de la democracia y se posicionaría para satisfacer las necesidades de una nueva potencia. No sabemos cuándo murió Zenón de Tarso, pero le sucedió Diógenes de Babilonia, otro alumno de Crisipo, una transición que estaría marcada por el ascenso del poder romano.

También sería el comienzo de la edad de oro del estoicismo, donde la República y la filosofía se encontraron y colaboraron para que la República se convirtiera en un *imperio*.

¿Acaso Zenón de Tarso pasaría al olvido o sería recordado, como otras tantas personalidades, como una figura de transición? Quizá. Pero eso es algo que no puede importarle a un estoico. Lo importante es que hizo su trabajo cuando era necesario.

1 Eusebio de Cesarea, *Preparación evangélica*, libros I-VI (Biblioteca de autores cristianos, Madrid, 2011).

DIÓGENES
«EL DIPLOMÁTICO»

NACIMIENTO: 230 A. C.
MUERTE: 142 A. C.

ORIGEN: BABILONIA

En el 155 a. C., Diógenes de Babilonia, el quinto líder de la Estoa, formó parte de una embajada que los atenienses enviaron a Roma. Allí, junto a los líderes de las otras grandes escuelas filosóficas de Grecia, dio una serie de conferencias sobre sus enseñanzas. Esto puede parecer un evento menor, pero no solo cambió el destino de Roma, sino el del mundo entero.

La idea de enviar a un grupo de viejos filósofos de escuelas rivales a una ciudad notoriamente hostil a la filosofía parece una estrategia diplomática poco sensata. Apenas unos años atrás, el Senado romano había decretado la prohibición absoluta de los filósofos; sin embargo, Atenas tuvo la ocurrencia de enviar una embajada de indeseables filósofos para negociar y hablar en su nombre. No mandó soldados ni abogados ni diplomáticos profesionales. Tampoco ningún presente o soborno. Envió a un grupo de filósofos. ¿Por qué?

Tiempos desesperados requieren medidas desesperadas.

Desde la muerte de Alejandro, las relaciones entre Grecia y Roma se habían limitado a una serie de escaramuzas: ataques y contraataques. Ese periodo se caracterizó por el auge y la caída de innumerables reyes y principados. Durante gran parte del siglo y medio anterior, Atenas estuvo acuartelada, mientras los reyes macedonios luchaban contra sus rivales para mantener el poder. Entretanto, Roma incrementó su dominio y pasó de ser una pequeña ciudad a orillas del Tíber a un imperio con ambiciones coloniales. Además, Roma fue la encargada de supervisar una disputa entre Atenas y uno de sus vecinos, y los magistrados controlados por Roma votaron imponer una multa de quinientos talentos a Atenas. Era una cantidad que la ciudad no podía permitirse, por eso se defendió con una de sus pocas armas: sus filósofos.

Nadie era consciente de ello, pero la decisión de enviar a Roma a sus mentes más ilustres para apelar la sentencia fue el primer asalto de lo que sería una batalla por la hegemonía cultural que se prolongó durante un siglo. También fue el primer gran paso del estoicismo para salir de las aulas y entrar en contacto con el poder.

Así es como Diógenes de Babilonia, nacido el mismo año que falleció Cleantes, se convirtió en el primer hombre al que los atenienses acudieron en ese momento de necesidad. Procedente de la ciudad de Seleucia, en la actual Bagdad, Diógenes se encomendó a Crisipo cuando llegó a Atenas. Todavía era muy joven cuando Zenón de Tarso tomó las riendas de la escuela estoica y, a diferencia de su famoso y homónimo predecesor, Diógenes «el Cínico», no era un rebelde antisocial. Era demasiado pragmático para eso.

Este Diógenes, a diferencia del famoso Diógenes «el Cínico», no dormía en un barril. Tampoco se masturbaba en público. Por lo que sabemos, vestía adecuadamente y era capaz de mantener un debate o una discusión pública. No era un disidente, como Aristón, o un luchador como Crisipo. Tampoco era especialmente divertido o inteligente, pero era un pensador brillante capaz de comunicar sus ideas de forma convincente *como cualquier ciudadano de Atenas*. Era un líder respetable, no solo una mente capaz de pensar. Diógenes era una estrella emergente de la filosofía, y realizó aportaciones fundamentales durante esa época temprana del estoicismo, incluso en áreas tan diversas como la lingüística, la música, la psicología, la retórica, la ética y la filosofía política.

¿Qué atrajo a Diógenes hacia el estoicismo? Plutarco cuenta que quedó prendido de lo que había leído sobre el carácter de Zenón. Puede servirnos como un recordatorio para considerar su legado. Lo que perdura en el tiempo no son las palabras, lo que escribes o lo que construyes, sino el ejemplo que das. Es decir, los valores que te guían.

No sabemos cuándo murió Zenón de Tarso ni cuándo lo reemplazó Diógenes. Pero sabemos que este último era un buen maestro que atraía a muchos alumnos. Uno de ellos fue Carnéades, que acabó liderando la escuela de los escépticos. Este se había interesado por Diógenes gracias al estudio de las obras de Crisipo, y también resultó ser uno de los integrantes de la embajada a Roma.

El hecho de que a estos pensadores se les confiara una misión tan importante dice algo sobre el poder de la filosofía o, al menos, sobre lo mucho que ha menguado desde entonces. Pero, en el mundo antiguo, los filósofos ocupaban un lugar muy distinto al de nuestros actuales académicos.

La embajada diplomática empezó con una serie de conferencias, que dieron paso a unos parlamentos dirigidos al propio Senado. Con ello pretendían demostrar la vasta cultura y la sabiduría de los líderes de aquellas grandes escuelas atenienses, además de suavizar el sentimiento de agravio que rodeaba el dictamen de la sentencia romana.

La operación no empezó con buen pie. Carnéades habló en primer lugar y, ante una numerosa y entregada audiencia, realizó un elocuente discurso sobre la justicia. Sin embargo, al día siguiente, ante una multitud aún más numerosa, argumentó en contra de la justicia con la misma contundencia que el día anterior. Un testigo, Catón el Viejo, uno de los ciudadanos más respetables e influyentes de Roma, estaba horrorizado. ¿Qué tontería era esa? ¿Qué sentido tenía que un

hombre defendiera un punto de vista y más tarde lo refutara? Sin dudarlo, exigió que mandaran a casa a Carnéades, antes de que corrompiera a más jóvenes de Roma.

No sabemos qué dijo exactamente Diógenes al Senado, pero fue claramente un mensaje tranquilizador, que presentaba a Atenas como una ciudad aliada, en lugar de enemiga. Probablemente, todos los embajadores tenían el encargo de hablar del poder de la justicia, para mostrar a los romanos que los griegos eran merecedores de ella. Sin embargo, Carnéades y su enorme ego pusieron en riesgo tal cometido. Por fortuna, Diógenes y Critolao, el tercer orador, fueron lo suficientemente persuasivos y delicados. Diógenes, brillante pensador y estratega, podría haber argumentado que una sentencia severa sería menos beneficiosa para Roma que mostrar compasión. Según cuentan, los romanos quedaron asombrados por «la moderación y la sobriedad» de Diógenes en comparación con el discurso fuera de tono y arrogante de su compatriota.

Esa fue una de las virtudes de Diógenes, que lo convirtió en un gran filósofo comprometido con la realidad. Carnéades, en una de sus intervenciones, se había referido a Roma como una «ciudad de necios». No cabe la menor duda de que no fue un comentario prudente para un hombre que quería pedir clemencia. Para colmo, cuando sus anfitriones se ofendieron por el insulto, echó la culpa a Diógenes, porque los estoicos, desde Zenón, defendían que solo los hombres sabios son aptos para gobernar. Pero Diógenes era un diplomático de los pies a la cabeza. No se dejaba llevar por las provocaciones ni las disputas.

Seguramente, respondió a las fanfarronadas improductivas de Carnéades y a las burlas o críticas del público romano con el mismo aplomo con el que una vez se enfrentó a los escupitajos y abucheos de un adolescente en Roma. «No estoy disgustado», respondió, «aunque no estoy seguro de si debería estarlo». También se encogió de hombros ante todo lo que le distrajera de su misión en Atenas. Había demasiado en juego.

A pesar del revuelo que levantó la delegación, los conocimientos y la elocuencia que mostró Diógenes, y las acaloradas discusiones sobre las contradictorias conferencias de Carnéades, esa histórica misión política tuvo un éxito rotundo. La multa se redujo de quinientos talentos a cien, y la reputación de los tres —especialmente la de Diógenes— se afianzó en la mentalidad romana. Catón el Viejo, tan horrorizado como estaba por lo que había presenciado, sería, sin saberlo, una evidencia de los frutos que cosechó aquella misión. Su bisnieto,

Catón «el Joven» (véase el capítulo sobre el Hombre de Hierro de Roma), no solo no se libró de la «corrupción» de la filosofía sino que, además, se convirtió en uno de los grandes estudiosos del estoicismo, lo que le permitió alcanzar la gloria.

Sin embargo, los que sacaron mejor partido del cónclave —o de cómo se había *desarrollado*— fueron Grecia y los estoicos. Durante los siglos anteriores, la filosofía había sido una práctica que se llevaba a cabo dentro de las aulas. Los filósofos intentaban hallar la mejor forma de vivir —la verdad y el sentido de la vida— en primer lugar para sus propios discípulos. Prácticamente todas las escuelas filosóficas —la cínica, la platónica, la aristotélica, la epicúrea e incluso la estoica— eran ajenas al mundo real y a la vida política o social.

Se limitaban a debatir entre ellas la definición de la *virtud*. ¿Acaso necesitaban algo más? Atenas era la cuna de la democracia, pero su estilo de vida no era muy distinto al de una pequeña ciudad. Apenas era una isla. Un refugio que se miraba el ombligo. Aunque Zenón opinaba que los estoicos, a menos que tuvieran algún impedimento, debían participar en la vida pública, la mayoría de ellos se mantenía al margen.

El auge de Roma y el servicio público que desempeño Diógenes en aquella crisis cambiaron esa situación. Como dijo Dirk Obbink en su libro *Diogenes of Babylon: The Stoic Sage in the City of Fools,* Cicerón, «cuyo conocimiento de la historia de la filosofía política era muy extenso, no conocía ningún texto estoico que se ocupara de cuestiones políticas prácticas antes de Diógenes». Es verdad que algunos estoicos menos conocidos estuvieron al frente del ejército o murieron en el campo de batalla, y que otros aconsejaron a sus monarcas. Pero, por lo común, los grandes maestros de la filosofía siempre se mantuvieron al margen de las contiendas políticas.

El pensamiento político de los primeros estoicos estaba estructurado básicamente en oposición a la *República* y las *Leyes* de Platón. Desde la radical *República* de Zenón hasta las obras de Crisipo como *Contra Platón* o sus *Exhortaciones*. Estas discusiones eran poco más que pequeños debates sobre distintos tipos de utopía. Antes de Diógenes de Babilonia, el pensamiento político de los estoicos lo resumía Crisipo con una frase, que seguramente había obtenido de Zenón: «Los sabios son los únicos aptos para gobernar».[1]

Era una opción tentadora, pero difícilmente alcanzable. ¿Cómo podrían encontrar tantos hombres sabios como para formar el Senado? ¿Y para gobernar un imperio? Si Carnéades era un ejemplo, ¡es evidente que Atenas tendría problemas incluso para encontrar a los sabios necesarios para formar una embajada hacia Roma! El motivo por el cual Diógenes priorizó una filosofía

política más práctica cobra sentido cuando se entiende el cambio geopolítico que ocurrió en su época, cuando el pequeño mundo helénico se quedaba a la sombra del incipiente Imperio romano.

Aunque la misión diplomática finalmente tuvo éxito, Atenas decidió no pagar ni siquiera la sanción reducida que los magistrados de Roma habían impuesto. ¿Acaso Roma iba a declararles la guerra? ¿Los atacarían después de que Atenas los hubiera distraído y deslumbrado magistralmente con su filosofía y su retórica sobre la justicia? Era poco probable. Y parece que Atenas se salió con la suya.

Para Diógenes, seguramente fue un momento revelador. Mientras que unos siglos más tarde, Marco Aurelio recordaría que la vida no era como la *República* de Platón, Diógenes, en aquel momento, se percató de que la vida tampoco era como la *República* de Zenón. Descubrió que el mundo está repleto de gente desorientada y con defectos. Se dio cuenta de ello al llegar a Roma y entrar en contacto con los políticos de la ciudad. De aquel contacto surgió el pragmatismo que la escuela estoica tanto necesitaba.

Parece ser que Aristón consideraba que la filosofía estaba reservada exclusivamente a los hombres sabios, para alcanzar la realización personal. Sus enseñanzas encajaban perfectamente dentro de las aulas y generaban interesantes debates, pero no eran prácticas en el *mundo real*. Diógenes, en cambio, entendía el estoicismo de otro modo. Para él, era una forma de pensar —así como un conjunto de preceptos— que estaba al servicio del bien común; es decir, para servir a la patria.

Para mejorar el orden social, un filósofo ya no podía conformarse con la fantasía de habitar una pequeña ciudad de sabios o limitarse a pronunciar ocurrencias y provocaciones como Diógenes «el Cínico», el hombre que despreció a Alejandro Magno. Las habilidades de los filósofos —la razón, la virtud, la lógica y la ética— debían salir de la Estoa, incluso del ágora. Para resolver problemas, debían entrar en contacto con la realidad: construir marcos teóricos y redactar leyes, guiar a los magistrados, forjar compromisos, persuadir y contener las pasiones del pueblo, resolver conflictos entre diferentes ciudades.

Diógenes de Babilonia era realmente astuto y tenía una mente idónea para la política. Cicerón nos cuenta un debate que mantuvo Diógenes con su alumno Antípatro sobre la ética de vender un terreno o un cargamento de grano. Antípatro creía que el vendedor estaba obligado a revelar toda la información; por ejemplo, que iban a llegar otros cargamentos de grano —lo que probablemente disminuiría el precio de la mercancía— o que el precio que se pedía por el terreno era probablemente superior a su valor de mercado. Eso era lo justo y apropiado,

aseguraba. Pero Diógenes argumentó que nunca podría vender nada si revelaba toda la información. ¿Cómo podía funcionar un mercado sin la búsqueda del interés propio? Además, los vendedores tienen múltiples obligaciones, como obtener la mejor rentabilidad para sus inversores o mantener a sus familias. Cicerón recoge las palabras exactas del argumento: «Diógenes decía que el vendedor, en la media en que la ley civil lo imponía, estaba obligado a declarar todos los defectos de su mercancía, y por lo demás, podía actuar sin deliberados engaños, intentando, sin embargo, como vendedor, realizar la mayor ganancia posible».[2]

Diógenes se apoyaba en el *caveat emptor*: el argumento que defendía que la responsabilidad de una compra recae en el comprador.

«Una cosa es encubrir y la otra callar», dijo Diógenes. «Yo nada te oculto si no te digo cuál es la naturaleza de los dioses o cuál es el supremo bien, cosas cuyo conocimiento te aprovecharía mucho más que el bajo precio del grano».[3] ¿Acaso este no es el mejor ejemplo para describir el pragmatismo filosófico de este diplomático que había ido a Roma para reducir una sanción que su ciudad probablemente nunca tuvo la intención de pagar? Diógenes creía que Roma actuaba del mismo modo; por eso, con una mano deslumbraba a los romanos con sus discursos mientras que con la otra les vaciaba el bolsillo. Se trataba de intereses opuestos: Atenas contra Roma, el modelo comercial contra el colonial, asumir la multa o luchar contra una sentencia injusta.

De algún modo, lo consiguió: asumió el papel de un diplomático o un asesor político y logró un equilibrio de intereses y lealtades opuestas.

No fue el único caso. Para resolver prácticamente algunos de los debates más complicados del estoicismo usó una estrategia similar. Aristón aseguraba que deberíamos ser neutros ante todas las cosas. Sin embargo, Diógenes sabía que era una actitud inalcanzable. «Las riquezas», dijo, «no solo tienen la fuerza necesaria para ser una especie de guías hacia el placer y la buena salud, sino que son el fundamento de estos bienes».[4] No son *más importantes* que la virtud, pero, sin duda, importan. Y la virtud, según la paráfrasis de Cicerón, «implica estabilidad, firmeza y constancia de toda la vida».[5]

El dinero hace que nuestra vida sea mejor. Y la virtud es el trabajo de nuestra vida.

Por desgracia, poco o nada de los escritos de Diógenes ha llegado hasta nosotros. Sin duda es una pena dado que, según los textos que se han descubierto en la ciudad destruida por la erupción del Vesubio, fue uno de los autores más citados del mundo antiguo, incluso más que Platón y Aristóteles.

Así como las obras de Diógenes no han llegado hasta nosotros, el mundo también se olvidó de su muerte.

No solo no sabemos cómo murió, sino que ni siquiera estamos seguros de cuándo lo hizo. Cicerón asegura que en el 150 a. C., apenas unos años después de la embajada a Roma, Diógenes ya estaba muerto. Luciano afirma que vivió hasta los ochenta años. Pero otras fuentes le atribuyen una década más de vida, hasta que su alumno Antípatro ocupó su lugar.

En cualquier caso, este príncipe de la filosofía no vivió eternamente, pero su legado —el estoicismo como fuerza política— no había hecho más que empezar su andadura. De hecho, pronto conquistaría el mundo.

---

1 Fue el argumento que utilizó Carnéades en Roma.
2 Marco Tulio Cicerón, *Los deberes* (Gredos, Biblioteca Clásica, 2014).
3 Ibid.
4 Marco Tulio Cicerón, *Del supremo bien y del supremo mal*… (Editorial Gredos, Barcelona, 2009).
5 Ibid.

ANTÍPATRO «EL ÉTICO»

Nacimiento: Desconocido
Muerte: 129 a. C.
Origen: Tarso

Si Diógenes era el político pragmático, su pupilo Antípatro, el siguiente líder de la Estoa, era el ético con los pies en el suelo. También era práctico, pero tenía la intención de fijar unos principios que guiasen todas nuestras acciones.

Desconocemos la fecha de nacimiento de Antípatro de Tarso o cualquier detalle sobre sus primeros años. Tan solo sabemos que fue el sucesor de Diógenes de Babilonia cuando este falleció, alrededor del año 142 a. C. Tenemos claras evidencias de que la cosmovisión de Antípatro estuvo muy marcada por la influencia de Diógenes y por el rechazo hacia el antiguo alumno de su maestro, el seductor y camaleónico Carnéades.

Mientras que Carnéades se deleitaba defendiendo opiniones contradictorias según la dirección de donde soplaba el viento, como había hecho en Roma, y disfrutaba de la oportunidad que su renovada fama le ofrecía para engañar a su público ateniense, Antípatro se convirtió en un defensor de la verdad y la honestidad. Así como Diógenes acercó la política a la filosofía —o la filosofía a la política real—, Antípatro intentó llevar la ética a todas las facetas de la vida real. Y por muy ambicioso que fuera su objetivo, siempre respetó la humildad que predica el estoicismo.

Nadie vio a Antípatro luchando por ganar protagonismo. Como buen filósofo, estaba demasiado ocupado *trabajando*.

Incluso su forma de exponer los argumentos era sencilla y ordinaria. Los estoicos que lo precedieron pronunciaban sus discursos en la Estoa y en los teatros, pero Antípatro optó por una fórmula distinta: invitaba a sus amigos a comer para mantener largos debates filosóficos. Ateneo cuenta en su *Banquete para eruditos* —escrito poco tiempo después de la época de Marco Aurelio— que en esas reuniones Antípatro era un magnífico contador de historias y solía acompañar sus argumentos con reveladoras anécdotas. Mientras que sus partidarios le instaban a desafiar la oratoria de Carnéades con su propio lenguaje, y Carnéades lo provocaba para que participara en los debates públicos, Antípatro canalizaba su energía en este tipo de diplomacia de sobremesa y en escribir textos que, más que rebatir los argumentos de sus rivales contemporáneos, pretendían ayudar a superar los desafíos del día a día.

Los argumentos sosegados de Antípatro eran propios de un hombre con un finísimo sentido de la ética. En sus textos podía articular mejor sus puntos de vista, y en aquellas pequeñas reuniones podía conectar realmente con las personas. Podía ser más preciso y amable. Además, esa fórmula también le permitía ver de cerca las necesidades, los deseos y los retos de la gente real, en lugar de dirigirse a una multitud desde la tribuna. Si hubiera nacido un par de

miles de años más tarde, podríamos visualizarlo como un gran asesor. Si Diógenes hubiera sido un diplomático y un hombre de Estado, podemos imaginarnos a Antípatro desarrollando el trabajo de campo de un político; es decir, tejiendo relaciones, persuadiendo personalmente, tratando con individuos y mejorando sus vidas.

Por ejemplo, Antípatro fue el primer estoico que argumentó tenazmente a favor del matrimonio y de la vida familiar, un ámbito que había sido extrañamente descuidado por sus predecesores. Zenón no tuvo herederos naturales. La vida austera de Cleantes no le permitió contraer matrimonio. Crisipo intentó apadrinar a sus sobrinos, aunque, en última instancia, su trabajo siempre estuvo por delante. En cambio, Antípatro abrió un nuevo camino para los estoicos al hablar con pasión de la importancia de elegir un cónyuge adecuado y educar correctamente a los hijos. Contaba a sus alumnos la historia de la esposa de Sócrates, mujer de mal carácter y dudosa reputación, e intentaba que aprendieran de sus errores. Si no eliges sabiamente a tu esposa, tu sabiduría y tu felicidad corren peligro.

Para Antípatro, una ciudad y un mundo próspero solo podían construirse en torno a la piedra angular de la familia. El matrimonio, decía a sus alumnos, «es una de las principales y más necesarias acciones». Pero ¿acaso contrajo matrimonio Antípatro? ¿Fue mejor cónyuge o padre que Sócrates? Los registros son escasos, pero esta frase de su libro sobre el matrimonio apunta que estuvo casado y tuvo hijos: «Quien no ha experimentado el matrimonio y la paternidad no ha probado la más genuina de las bondades».

¿Los estoicos eran capaces de amar y ser amados? Por supuesto. No solo eran capaces, sino que, según Antípatro, *debían* hacerlo.

Michel Foucault, el teórico social y filósofo francés del siglo XX, le atribuiría a Antípatro el mérito de haber sido el pionero del nuevo concepto de matrimonio, en el que dos individuos funden sus almas y logran ser mejores por el hecho de estar unidos, en comparación con una transacción legal o económica común. Como señala Foucault, el *oikos* estoico (el hogar) se perfecciona con el matrimonio, creando una «unidad conyugal» que puede resistir los golpes del destino y propiciar una vida mejor.

Fue un cambio importante y muy humano para una filosofía que antes se centraba en mantener los límites de la *indiferencia* cuando hablaba de la vida cotidiana. Como escribió Diógenes Laercio, «los estoicos piensan que los padres, los hermanos y las hermanas se han de respetar en primer lugar por detrás de los dioses. Dicen que el afecto de los padres hacia los hijos es natural si estos son

buenos, pero no lo es si son malos».[1] Sin duda, el pensamiento de Antípatro no solo transformaría la filosofía estoica, y más tarde el estilo de vida romano, sino que, además, fue absorbido por el cristianismo y el mundo en el que hoy vivimos.

¿No es esa la labor de un experto en ética? ¿No es mucho más importante que ganar un debate?

Muchos de los primeros estoicos sostenían que todos los pecados y males eran semejantes. Si no estás en casa, predicaba este argumento, estás ausente, y no importa si la distancia que te separa del hogar es de un metro o de cien kilómetros. Evidentemente, eso es ridículo. Estar fuera de casa no es lo mismo que abandonar tu hogar, del mismo modo que matar a una persona no es lo mismo que mentir, aunque ambas acciones no sean éticas. Del mismo modo, como defendía el maestro de Antípatro, Diógenes: no son lo mismo las mentiras por omisión, o las artimañas de un diplomático que intenta negociar unas relaciones pacíficas, que las trampas de un tirano que inventa un pretexto para ir a la guerra a costa de muchas vidas.

Antípatro fue la fuerza principal que impulsó a los estoicos hacia este tipo de sentido común. Luchó contra la polarización categórica de la virtud y los vicios. Dejó de prestar atención a los detalles de los *indiferentes preferidos* de la vida cotidiana —es decir, con quién nos casamos, cómo nos vestimos o qué comemos—, e intentó que la ética fuera una de las principales preocupaciones de los filósofos para lograr una vida productiva. Una guía para vivir. Un sistema operativo.

Y de nuevo podemos imaginarlo *modelando* tales cuestiones en sus cenas y en su vida cotidiana, del mismo modo que Zenón había modelado por primera vez el camino de la sabiduría a Cleantes mucho tiempo atrás.

Antípatro no fue el primer estoico que se preocupó por la ética práctica. Crisipo había utilizado su experiencia en los deportes para elaborar unos principios «sin empujones»: la idea de que nunca debemos hacer trampa o recurrir al juego sucio para ganar. Antípatro no solo fue más allá, sino que propuso que el comportamiento ético —o incluso la deportividad— era en sí mismo una especie de oficio que requería un trabajo y un esfuerzo reales. Para él, el ser humano en acción se entiende mejor con el ejemplo de un arquero. Primero entrenamos y practicamos. Y, luego, colocamos la flecha y apuntamos lo mejor posible. Sin embargo, somos conscientes de que, a pesar de nuestro entrenamiento y nuestra puntería, existen muchos factores ajenos a nuestro control que influirán en la trayectoria de la flecha.

Esto es exactamente lo que ocurre con la búsqueda de la virtud en la vida real. Estudiamos. Entrenamos hasta que nuestras acciones surgen de forma natural. Se presenta una ocasión para demostrar lo aprendido. Entonces, nos concentramos. Repasamos los movimientos correctos para alcanzar nuestro objetivo, y pasamos a la acción. Sin embargo, después aparecen todo tipo de imprevistos, muchos de los cuales no dependen en absoluto de nuestras acciones. Justamente, por ese motivo, sabemos que el verdadero valor no reside en dar a la diana o no.

En la vida real, erramos. A veces, por mucho. Pero debemos seguir intentándolo. Si trabajamos más en ello, nuestro rendimiento mejorará. En realidad, cuantos más tiros realicemos, más oportunidades tendremos de alcanzar el blanco.

Es difícil plasmar el gran avance que supuso este modelo ético. Del mismo modo que Diógenes entendió que la filosofía debía entrar en la vida pública, Antípatro se aseguró de aplicarla a la vida privada. Intentó resolver las situaciones reales a las que se enfrentan las personas: ¿Con quién debemos casarnos? ¿Qué es más importante, la familia o el trabajo? ¿Qué normas deben aplicarse en una transacción entre dos personas cuando la ley no es clara? ¿Debemos ser honestos si con ello perdemos dinero? ¿Cómo debemos tratar a aquellos que no son tan afortunados como nosotros? ¿La sociedad debe hacerse cargo de los pobres y los desamparados?

Más adelante, los monjes discutirán sobre cuántos ángeles pasan por el ojo de una aguja, y en la actualidad, los filósofos debaten sobre si vivimos en una simulación informática o sobre cómo actuar frente al *dilema del tranvía*. De todos modos, lo más normal es que nunca tendrás que tirar de una palanca para decidir si un tranvía atropella a una persona o a cinco. No hay forma de saber si esta vida es real o es una mera ilusión. Sin embargo, como los ciudadanos de Atenas, tenemos preocupaciones y debemos tomar decisiones reales diariamente. Y la forma en que se toman estas decisiones en la *polis* afecta a la *cosmópolis* en general.

La idea estoica de la *oikeiosis* —que todos tenemos algo en común y nuestros intereses están conectados con los de nuestros semejantes— era tan apremiante en el mundo antiguo como en el actual. ¿Debemos donar parte de nuestros ingresos a beneficencia? ¿Es justo que unos tengan más dinero y recursos que los demás? ¿No tiene todo el mundo el derecho a ser feliz y vivir con dignidad?

Recordemos el debate entre Diógenes y Antípatro sobre la venta de grano o la de una propiedad. Diógenes tiene razón al asegurar que las exigencias de los negocios no favorecen la total transparencia. Sin embargo, el matiz de Antípatro

no carece de importancia: debemos encontrar el equilibrio entre obrar justamente y el moralismo paralizante y autodestructivo. Es evidente que existe una tensión entre el interés propio y el de los demás. Pero, en cierto modo, ¿no vamos todos en el mismo barco? ¿Nos somos conciudadanos? ¿No creemos todos en la justicia? Un hombre que no revela los desperfectos de una casa que pretende vender quizá incrementa la fortuna de su familia, pero lo hará a costa de la salud y el bienestar de otra familia. ¿Es eso justo? ¿Acaso el sufrimiento de esa familia no se produce a costa del éxito de la ciudad o del Estado del que tú también formas parte?

Lo que es malo para la colmena es malo para la abeja, y viceversa, diría más tarde Marco Aurelio. Era una idea que extrajo directamente de la vida y la obra de Antípatro.

Antípatro creía que nuestra adhesión al bien común era nuestra obligación principal. Cicerón conservó su argumentación: «Así, siempre cumplirá con su deber el que se preocupe por los intereses de sus conciudadanos y por la comunidad humana. […] Habiendo nacido con una ley y teniendo unos principios naturales que debes obedecer y seguir de modo que tu utilidad es la utilidad general y, recíprocamente, la utilidad general es tuya». Diógenes —que no tenía problemas para apretar las tuercas a los romanos— creía que el bien del individuo era lo primero, argumentando, como vimos, que defender tus intereses es más importante que proteger lo que los demás deberían defender por su cuenta. Decía claramente que debemos mantenernos dentro de los límites que exige la ley, pero que, cuando se trata de los negocios, no tenemos que hacer más que eso. El profesor Malcolm Schofield expuso la opinión de Antípatro de la siguiente manera: «Del mismo modo que no debemos usar la violencia unos contra otros, tampoco debemos cometer injusticias unos contra otros, y debemos tratar los intereses de los demás como si no fueran ajenos a los nuestros».

¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar Antípatro con estos argumentos? ¿Influirían radicalmente su política? Es curioso observar cómo uno de los alumnos de Antípatro, Gayo Blosio, se vio involucrado en el caso Graco: un controvertido complot que pretendía redistribuir parte de las tierras de Roma entre sus ciudadanos más pobres. El Senado condenó a muerte a Tiberio Sempronio Graco por esa idea revolucionaria, y Cayo Blosio, investigado por ser el maestro y mentor de Graco, tuvo la suerte de escapar con vida. Por aquel entonces, Antípatro era un hombre muy viejo, pero sospechamos que esbozó una sonrisa cuando se enteró de que un estudiante suyo velaba por los intereses de los más desfavorecidos. Seguramente, también creía que la gran desigualdad de ingresos

era un problema que un estoico al servicio de la política debería abordar. Tal vez brindó por Blosio en alguna de sus tranquilas cenas después de escuchar que había sobrevivido a la investigación de los cónsules. Incluso Diógenes, en el caso de hubiera estado vivo, habría admirado el brillante populismo del reformista Graco.

Lo más interesante es que Antípatro pensaba que la mayoría de estas cuestiones éticas eran bastante sencillas. Su fórmula para alcanzar la virtud consistía en «elegir continuamente y sin vacilaciones las cosas que están de acuerdo con la naturaleza, y rechazar las que son contrarias a ella». Es decir, debemos evitar que nuestro interés personal no anule la brújula interior con la que cada uno de nosotros llega al mundo.

Tienes que hacer lo correcto. Sin que importe quién eres o qué haces. Tanto si eres Panecio, a quien conoceremos a continuación, como si eres un ciudadano corriente en la intimidad de tu hogar.

Antípatro murió en el 129 a. C. Es posible que una persona extremadamente ética que habita en un mundo dogmático y poco ético, como describió en su día Cicerón a Antípatro, padezca una vejez amarga. Es difícil proteger a ese tipo de espíritus. A menudo, si gozan de una vida suficientemente larga, acaban rompiéndose, y la herida que queda se infecta con bastante facilidad.

Sin embargo, no ocurrió así con Antípatro. Plutarco cuenta que sus últimas palabras fueron de gratitud: «Estando asimismo a punto de morir, enumeró los buenos sucesos que le habían cabido en suerte, y no se olvidó de mencionar su afortunado viaje desde su patria a Atenas, como hombre que reconocía a su buena suerte todos los presentes que le habían hecho y que hasta el fin los conservaba en la memoria, que es el más seguro tesoro para el hombre».[2]

De este modo, las generaciones posteriores siguieron el camino de la búsqueda de la virtud algo más preparadas que antes de que Antípatro caminara por la tierra durante su breve estancia.

---

1 Diógenes Laercio, *Vidas de filósofos ilustres* (Espasa-Calpe, Argentina, 1950).

2 Plutarco. *Vidas Paralelas*, «Gayo Mario», Tomo III (Planeta, 1991).

PANECIO
«EL ENLACE»

Nacimiento: 185 a. C.
Muerte: 109 a. C.

Origen: Rodas

El estoicismo nació en Atenas, pero alcanzó la madurez y el poder en Roma. La vida de Panecio de Rodas, que se convertiría en uno de los grandes embajadores del estoicismo en el mundo, refleja perfectamente este proceso. Sabemos que en el 155 a. C. Diógenes y su embajada introdujeron con éxito el estoicismo en el incipiente Imperio romano, el cual integró esta filosofía en su ADN. Pero, en realidad, trece años antes el estoicismo había hecho ya una primera y breve aparición cuando Crates de Malos, un filósofo estoico de Pérgamo, acudió a Roma para proteger los intereses de su país en las guerras macedónicas.

Al romperse una pierna en una caída, Crates pasó unos meses recuperándose y disertando sobre filosofía ante pequeñas audiencias de ciudadanos romanos. Casualmente, por aquel entonces el padre de Panecio estaba en Roma en su propia embajada. ¿Asistió a alguna de sus conferencias? ¿Acaso se llevó a casa las copias de los discursos que se habían difundido por Roma en forma de poemas y comentarios? ¿O llevó a su hijo en uno de sus viajes y lo envió a ver a Crates directamente?

Sea como sea, al poco tiempo, cuando Crates regresó a Pérgamo, el futuro diplomático Panecio se convirtió en su alumno gracias a esa fortuita relación diplomática.

No tenemos mucha información sobre los estudios de Panecio bajo la tutela de Crates, pero es evidente que estaban diseñados para que siguiera los pasos de su padre y el camino que Diógenes y Antípatro habían establecido para los futuros estoicos: servir al bien común. En el 155 a. C. lo nombraron sacerdote de Poseidón en Lindos, y ese fue el primero de los muchos cargos públicos que ejerció a lo largo de su activa vida.

Más allá de lo que pudo aprender en aquel trabajo, Panecio tenía claro que necesitaba una educación más académica. Finalmente, se dirigió a Atenas para estudiar con Diógenes —que, a la sazón, era mundialmente famoso tras sus discursos en Roma— y su protegido, Antípatro. Para Panecio fue como cursar un doctorado en filosofía —esta segunda etapa formativa en Atenas duró aproximadamente cinco años—. Más adelante, cuando regresó al mundo real, tuvo la oportunidad de aplicar lo que había aprendido en las más altas esferas de poder e influencia romanas.

Aprender y poner a prueba. Aprender más y volver a poner a prueba. Este es el método estoico.

Durante su estancia en Atenas con Diógenes, Panecio conoció a un compañero llamado Cayo Lelio, con el que seguiría compartiendo su formación. A través de Lelio, y más adelante en un destacamento naval, Panecio conoció —y sirvió bajo su mando— a Escipión Emiliano, uno de los grandes generales de Roma e hijo adoptivo de una de las familias más poderosas, amante del pensamiento y la literatura griegos.

De vuelta a Roma, estos tres hombres crearían una sociedad filosófica —llamada en la actualidad *el círculo de Escipión*— que se reunían en las enormes haciendas de Escipión para discutir y debatir los principios estoicos que todos compartían. Escipión pagaba los gastos, y Panecio proporcionaba el alimento intelectual. Muchos otros asistieron a aquellas reuniones y asimilaron sus conocimientos. Del mismo modo que la comunidad de exiliados en Francia alimentó las carreras de Hemingway, Stein y Fitzgerald después de la Primera Guerra Mundial, o que PayPal sacó a relucir el talento de Peter Thiel, Reid Hoffman y Elon Musk, el círculo de Escipión se convirtió en una especie de caldo de cultivo para una generación de líderes e influyentes estoicos. Publio Rutilio Rufo —que desafió la corrupción de Roma y al que conoceremos en el próximo capítulo— también formó parte de aquellas reuniones, así como el historiador Polibio.

El círculo de Escipión era un espacio que brindaba una influencia y un acceso al poder que ni el padre de Panecio, ni sus maestros, Crates y Diógenes, jamás podrían haber imaginado. Con el tiempo, Escipión se convirtió en el hombre más poderoso del mundo griego. Los reyes de Grecia respondían ante él y ante Roma como vasallos, y Panecio hacía las veces de traductor, consejero y confidente.

En la actualidad, algunos historiadores discuten con qué frecuencia se hacían las reuniones del círculo de Escipión y cuál era su influencia real. Pero todos admiten su importancia en el mundo antiguo. Veleyo Patérculo recoge en su *Historia romana* que Escipión «tuvo constantemente en su casa o campo a Polibio y Panecio, personas de excelente ingenio».[1] Veleyo describe a Escipión como una persona sumamente comprometida con al arte de la guerra y la paz, y asegura que repartía su tiempo en «los negocios y entretenimientos, […] y siempre estaba ocupado entre las armas y el estudio, o ejercitando el cuerpo en los peligros o el ánimo en la disciplina».[2]

Cicerón, a quien fascinaban las historias de Panecio, salpica sus diálogos con escenas y anécdotas de esos encuentros. Y escritores posteriores, como Plutarco, no solo confirman la existencia de aquel círculo, sino que además describen la sigilosa influencia política que ejerció Panecio. En *Obras morales y de*

costumbres o en *Moralia*, Plutarco escribe que «es grato extraer un fruto procedente de la amistad de un poderoso, como el que obtuvieron Polibio y Panecio, quienes, gracias al afecto que les profesaba Escipión, realizaron una importante contribución al bienestar de sus respectivas patrias».[3]

Para eso precisamente se había formado Panecio: para participar en la política e influir en las decisiones importantes que afectaban a millones de personas.

Zenón fue el fundador visionario. Crisipo organizó la escuela estoica. Aristón favoreció el idealismo por encima del pragmatismo. Antípatro, en oposición, intentó establecer los preceptos para la vida cotidiana. Y Panecio fue el enlace, se encargó de entrelazar la ética estoica con la romana, introduciendo con una mano la perspectiva filosófica en la élite de Roma, y dirigiéndola sutilmente para proteger y servir a los intereses de su lejana patria con la otra. No cabe la menor duda, la Estoa tenía un embajador muy bien ubicado y útil en Roma.

Y el momento no podía ser más oportuno.

No es difícil detectar cierto aire provinciano en los primeros estoicos. Zenón insistió en que el nombre de su ciudad natal fuera inscrito junto al suyo en un edificio que había financiado para que lo rehabilitaran. El estilo de vida frugal de Cleantes dejaba muy poco espacio para viajar, y mucho menos para preocuparse por asuntos internacionales. Incluso Diógenes había regresado de inmediato a Atenas tras su viaje a Roma. Sin duda, esas no eran las actitudes más adecuadas para los ciudadanos de un imperio global.

A diferencia de sus predecesores, Panecio era un ciudadano del mundo. Nació en Rodas, pero no tuvo problemas para viajar al extranjero y estudiar en Pérgamo o en Roma. Viajó a lo largo y ancho del Mediterráneo, y también le interesaron las tierras de Oriente. Además, fue capaz de integrar todas esas influencias diversas y conflictivas de una forma sorprendentemente moderna. Marco Aurelio, en las *Meditaciones*, se describiría a sí mismo como un «ciudadano del mundo», y con ello emprendía el nuevo camino de la filosofía que Panecio se había encargado de estrenar.

Sin embargo, a pesar de su internacionalismo, Panecio nunca perdió la conexión con su lugar de origen. Cuando Atenas le ofreció la ciudadanía, la rechazó cortésmente, y dijo que «una ciudad era suficiente para un hombre sensato».

Todo el mundo sabía que Panecio moderaba el carácter frenético pero práctico de Escipión; sabía equilibrar su ambición con tacto y principios. Pero está claro que no era ningún aguafiestas; de lo contrario, no habría sido capaz de cultivar un círculo social tan dinámico y diverso. Escipión también sacaba bastante provecho de la compañía de Panecio, y en la primavera del año 140 a. C. le pidió que lo

acompañara en una ambiciosa embajada a Oriente. Esa expedición aparece en muchas fuentes y todas registran paradas en Egipto, Chipre, Siria, Rodas y otros lugares de Grecia y Asia Menor. Plutarco escribe que Escipión convocó directamente a Panecio; en cambio, otra fuente asegura que el Senado los envió a ambos «para evaluar la violencia y la anarquía de los hombres». Hoy podríamos llamarlo un *viaje de investigación*.

Nos gusta pensar que el mundo ha cambiado mucho desde la época de Panecio, pero la verdad es que, en la actualidad, los gobiernos siguen enviando a hombres a las mismas regiones para hacer el mismo tipo de observaciones, del mismo modo que nosotros seguimos luchando por encontrar el equilibrio adecuado, como hizo Panecio, entre el nacionalismo y el globalismo o las necesidades de la mayoría y las nuestras.

Al igual que Zenón prosiguió con el oficio de su padre, Panecio, hijo de un diplomático y alumno de dos filósofos con vocación diplomática, también continuó con el negocio familiar, a la vez que trabajaba para que el estoicismo saliera de la Estoa y se instalara en las estructuras de poder, del provincialismo del *ágora* de Atenas al escenario mundial. En una época donde muchos todavía creían que los dioses desempeñaban un papel en los asuntos de los hombres, y que los sacrificios y los rituales estaban diseñados para aplacar su ira, Panecio fue un librepensador. Rechazaba las absurdas teorías de los adivinos y astrólogos, y es probable que Escipión los prohibiera en sus regimientos gracias a su influencia.

En *Obras morales y de costumbres*, Plutarco cuenta una pintoresca anécdota de aquella expedición científica que se prolongó durante casi dos años. Cuando Escipión llegó a Alejandría en una comitiva que incluía a Panecio y otros cinco criados, la gente de la ciudad estaba tan entusiasmada que pidieron a gritos a Escipión que se quitara la toga de la cabeza para poder ver su rostro. Entonces, cuando los complació, las masas estallaron en aplausos. Plutarco escribe que el rey egipcio Ptolomeo VIII «a duras penas podía caminar siguiendo el ritmo de la comitiva por su vida sedentaria y la blandura de su cuerpo. Y Escipión susurró suavemente a Panecio: "Ya los alejandrinos se han beneficiado en algo de nuestra visita, pues por nosotros han visto caminar a su rey"».[4]

Los jefes de Estado gordos y perezosos son otros personajes recurrentes de la historia.

En el año 138 a. C., Panecio y Escipión regresaron a Roma. Panecio, entonces tenía cuarenta y siete años, y había adquirido una amplia experiencia vital. En aquel momento estaba instalado en el entramado doméstico de la política de

Roma. Su educación en Pérgamo y Atenas, su carrera pública en Rodas, y su etapa en la marina quedaban muy atrás. Y, como hacen y han hecho tantos hombres a esa edad, empezó a dedicar parte de su tiempo a la escritura.

Su libro más importante, *Sobre las acciones apropiadas*, una extensa meditación sobre el comportamiento ético en la vida pública, no fue meramente teórico. Mientras acababa de redactarlo, Escipión —que seguía confiando en sus consejos— comenzó a perseguir una serie de importantes casos de corrupción. Uno de ellos era un caso de extorsión contra Lucio Cota. Y otro, que estaba relacionado con el caso Graco, implicaba a su cuñado, Tiberio Graco. Las enseñanzas éticas de Antípatro habían alentado este tipo de revueltas —su alumno Blosio fue uno de los principales agitadores— que pretendían la redistribución de las tierras. Sin embargo, en ese caso, Panecio tuvo que defender la postura contraria. El papel de la clase dirigente era defender y mantener el orden, y la agresiva persecución de Escipión en el asunto Graco es interesante porque enfrentó a dos líderes estoicos. Por un lado, estaba el revolucionario Blosio, y por el otro, el conservador Panecio. Sin embargo, ambos cumplían con lo que creían que era su deber con el Estado. Esa disputa no era una extraña coincidencia histórica, sino una consecuencia natural de la creciente influencia estoica en la política romana. Panecio se vio atrapado en medio de un feroz conflicto, donde conocía a todas las partes implicadas —es lo que ocurre cuando uno está muy bien conectado—.

Cicerón escribiría que *Sobre las acciones apropiadas* era «sin disputa la obra que ha debatido con más detalle sobre los deberes que tenemos». No era una afirmación pueril, porque cien años más tarde Cicerón también se vería inmerso en una revolución política cuando César derrocó la República. En algunas ocasiones, los primeros estoicos habían desobedecido activamente las convenciones sociales, pero Panecio consideraba que cada ser humano tenía un *prosopon* único: término que usaban los griegos para referirse al *carácter* o *papel* que debemos desempeñar con honor, valor y compromiso, por muy humilde o determinante que sea.

Panecio aseguraba que, si queremos vivir éticamente y elegir las acciones apropiadas, debemos encontrar una fórmula para lograr el equilibrio entre:

1. Las funciones y los deberes comunes de todos los seres humanos.
2. Las funciones y los deberes exclusivos de nuestro *daimon* individual o genio interior.

3. Las funciones y los deberes que nos asigna el azar de nuestra posición social (familia y profesión).
4. Las funciones y los deberes que surgen de las decisiones y los compromisos que asumimos.

Cada uno de estos niveles es una parte esencial de una vida virtuosa en el mundo real. Un soldado tiene que gestionar sus deberes como humano, guerrero, miembro de una familia —o inmigrante o rico heredero— y como persona que ha contraído promesas y compromisos —con amigos, familias o socios comerciales—. Los factores de la ecuación son distintos para un jefe de Estado que para un mendigo, pero el complicado equilibrio —y la necesidad de orientación— es el mismo.

Cuando decimos que Panecio era un enlace, no solo nos referimos a su capacidad para conectar a las personas gracias a su amplia red social. Más que buscar ideas complejas en los libros, Panecio intentaba enlazar los principios intemporales con las personas de carne y hueso, para que pudieran usarlos en su vida real.

No solo los hombres y mujeres modernos se plantean estas cuestiones: ¿Quién soy? ¿Qué debo hacer con mi vida? ¿Cómo puedo darle un sentido? Los antiguos también perseguían este tipo de respuestas, y la fórmula de Panecio les ayudó, como puede ayudarnos a nosotros.

Panecio creía que todas las personas nacen con un deseo innato para el liderazgo, y que estamos obligados a alcanzar el máximo potencial de nuestro propio camino. No todo el mundo puede actuar como Escipión en un campo de batalla, o como Panecio con la élite académica o diplomática. Sin embargo, todos podemos servir al bien común con el mismo coraje y de muchas formas distintas. Esto es lo que era realmente el círculo de Escipión: una combinación heterogénea de hombres con distintos talentos, posiciones e intereses, que intentaban encontrar su forma de contribuir y prosperar en el mundo.

Todo el mundo puede tener una vida con un sentido y un propósito. Todo el mundo puede hacer su trabajo como *un buen estoico*.

Podemos imaginar que Panecio era la persona a la que los amigos acudían en busca de consejo, y él se limitaba a señalar sus *aphormai*: las virtudes que proceden de nuestra naturaleza. De hecho, este fue un tema desarrollado por los estoicos que se introdujo en los escritos de Marco Aurelio. La humanidad está dotada de estos instintos naturales hacia la virtud, y podemos prosperar y vivir noblemente si aprendemos a vivir de forma coherente con nuestra propia

naturaleza y nuestros deberes, aprovechando al máximo los recursos que hemos recibido. Panecio, aunque nació en un entorno privilegiado, decidió abandonar la comodidad que le ofrecía ese estilo de vida y, en su lugar, abrazó abiertamente el deber y la responsabilidad de un escenario mucho más amplio. Aprovechó los recursos que tenía y los pulió hasta convertirse en la mejor versión de sí mismo, para contribuir en la medida de lo posible en los grandes proyectos de su época.

En realidad, Panecio creía que cada uno de nosotros estamos obligados a obrar del mismo modo.

A diferencia de un atleta como Crisipo, que participa en una carrera y lucha para conseguir la victoria sin empujar a sus contarios, Panecio prefirió tomar como modelo otro tipo de atleta cuando reflexionaba sobre la mejor manera de cumplir con nuestros deberes sociales. Él creía que el *pancraciasta* (el atleta que practicaba el *pancracio,* un deporte similar al boxeo) era un modelo superior para representar las tensiones y la esencia de vivir una vida virtuosa. Su modelo del *pancraciasta* es una de las metáforas deportivas más poderosas e ilustrativas, no solo del estoicismo, sino de toda la filosofía.

Como describe Aulo Gelio:

> Palabras del filósofo Panecio, escritas por él en el libro II de su obra *Los deberes*, con las que advierte a los hombres que estén atentos y preparados para evitar en todo momento las injusticias. «La vida de los hombres», dice, «que pasan el tiempo en sus asuntos, y que desean ser útiles a sí mismos y a los demás, está expuesta a constantes problemas y peligros casi diarios. Para protegerse de ellos y evitarlos, se necesita una mente que esté siempre preparada y alerta, como la que tienen los atletas llamados *pancraciastas*. Al igual que ellos, antes de empezar la lucha, deben levantar los brazos y protegerse la cabeza y el rostro colocando las manos como si fueran una muralla. De este modo, antes de que empiece la pelea, todos sus miembros están listos para evitar golpes o darlos... así el espíritu y la mente de los hombres sabios deben estar siempre en guardia contra la violencia y las injurias gratuitas, deben estar alerta, listos, fuertemente protegidos, preparados para cualquier problema, atentos, sin aflojar nunca su cautela, oponiendo el juicio y la previsión, como si fueran sus brazos y sus manos, a los golpes de la fortuna y a las asechanzas de los malvados, para evitar que, de alguna forma, los alcance un golpe hostil y repentino cuando están desprevenidos y desprotegidos».

Esta misma metáfora, creada por Panecio, aparecería sin citar en las obras de Marco Aurelio y Epicteto, dos filósofos que también se abrieron su propio camino en la vida. A diferencia del arquero de Antípatro, que captó la realidad de los aspectos que están fuera de nuestro control cuando intentamos elegir bien entre los desafíos de la vida, o del lanzador de jabalina de Aristón, Panecio concebía la vida de forma menos teórica, pero más violenta y contundente. No se trataba de una competición contra uno mismo, sino de un combate real, contra el destino y otros oponentes. Panecio creía que debíamos estar preparados para los golpes que inevitablemente caerían sobre nosotros.

A la postre, Panecio no acabó su obra por razones desconocidas. Pero lo que dejó por escrito fue un éxito increíble y obtuvo el reconocimiento que se merecía. Uno de sus alumnos más activos políticamente, Publio Rutilio Rufo, que también sirvió a las órdenes de Escipión en la Guerra numantina (134 a. C.) y participó en algunas reformas militares, fiscales y económicas, dijo que la obra de Panecio, aunque inacabada, era uno de los hitos del mundo filosófico y político: «Igual que no se encontró a ningún pintor que terminara la parte que Apeles dejó empezada en su *Venus de Cos* (pues la hermosura del rostro quitaba la esperanza de emular el resto del cuerpo), así tampoco nadie terminó lo que Panecio había empezado [y no había acabado], a causa de su excelencia».[5]

A pesar de todo lo que se dejó en el tintero, Panecio fijó muchos conceptos que permitieron que el estoicismo prosperara en la vida política romana durante los siguientes trescientos años. Por ejemplo, Cicerón afirmó que Panecio aseguraba que era posible que un buen abogado defendiera a un cliente culpable, siempre y cuando este no fuera terriblemente depravado o malvado. No solo se trataba de una opinión coherente con su profunda creencia en el deber y el papel de cada individuo en la vida, sino que, además, también fue una innovación práctica que sustentaría el sistema jurídico hasta la actualidad: si nadie se presta a defender a clientes indeseables, ¿cómo podemos estar seguros de que se hace justicia?

Panecio fue un escritor y orador sencillo y directo que ayudó a despojar a la filosofía de su terminología arcana y su estilo intrincado —sin duda, gracias a la influencia temprana de sus maestros estoicos—. Pero lo más importante es que logró que la filosofía fuera más práctica y accesible para la gente. Como explica Cicerón: «Huyendo Panecio de esta pesadumbre y aspereza de los estoicos, desaprobó la acritud de sus sentencias y las espinas de su dialéctica, y se mostró más moderado en las opiniones y más claro en la expresión».[6]

Fue uno de los estoicos que parecía menos un filósofo que un gran hombre. Los estoicos como Zenón decían que la virtud era suficiente para alcanzar la felicidad. Es una verdad simple y sencilla, pero deja mucho que desear si uno espera algún tipo de enseñanza práctica. Según Diógenes Laercio, Panecio fue el primer estoico que creía que la virtud no era suficiente, «alegando que la fortaleza, la salud y los bienes materiales también son necesarios».

Panecio era consciente de que filosofar no era una actividad que podía llevarse a cabo en un palacio de cristal, era una disciplina que está entrelazada con otros muchos aspectos importantes de la vida. Una forma de equilibrar las obligaciones, los intereses y los dones que compiten entre sí. Es en ese equilibrio donde uno puede encontrar y disfrutar de una buena vida.

En el año 129 a. C., Escipión falleció, lo que supuso una gran pérdida tanto para la República como para sus amigos. Podemos imaginar a Panecio afligido por esa pérdida, pero también seguramente se apoyó en un ejercicio que había enseñado a sus alumnos: «Suponed que vuestro hijo muere», decía. «Debéis recordar que sabíais que era mortal cuando lo trajisteis al mundo. Lo mismo ocurre con los amigos o las carreras».

Todas las cosas tienen su fin. La filosofía existe para recordárnoslo y prepararnos para los azotes del destino.

Tras la muerte de Escipión, Panecio entendió que un capítulo de su vida había acabado; solo le quedaba escribir el siguiente —posiblemente, el último—. Regresó a Atenas ese mismo año tras otra gran pérdida —esta vez, la muerte de Antípatro— para asumir la dirección de la escuela. Allí sirvió a la Estoa otros veinte años, impartiendo clases y escribiendo. Tal vez, como ocurre en la actualidad con los líderes políticos retirados, regresó ocasionalmente a Roma para dar conferencias, asesorar a los magistrados o promocionar sus libros.

Finalmente, en el año 129 a. C. falleció.

---

1 Veleyo Patérculo, *Historia romana* (Gredos, Biblioteca Clásica, 2001).

2 Ibid.

3 Plutarco, *Obras morales y de costumbres* (Moralia), X, «Consejos políticos» (Gredos, Biblioteca Clásica, 1995).

4 Plutarco, *Obras morales y de costumbres* (Moralia), III, «Máximas de romanos» (Gredos, Biblioteca Clásica, 1995).

5 Marco Tulio Cicerón, *Los deberes* (Gredos, Biblioteca Clásica, 2014).

6 Marco Tulio Cicerón, *Del supremo bien y el supremo mal* (Gredos, Biblioteca Clásica, 2014).

PUBLIO RUTILIO RUFO «EL ÚLTIMO HOMBRE HONESTO»

Nacimiento: 158 a. C.
Muerte: 78 a. C.

Origen: Roma

La política es un negocio turbio. Siempre lo ha sido. En Roma, como en la actualidad, el poder atrae al ego. Lo corrompe. Recompensa la vanidad y reprime la responsabilidad. Está llena de mentirosos, tramposos, demagogos y cobardes.

Por ese motivo Mark Twain estaba en lo cierto cuando decía que «una persona honesta brilla más en la política que en cualquier otro lugar». Se trata de una cuestión de contrastes. De entre todos los políticos estoicos, quizás ninguno brilló tanto o destacó más que Publio Rutilio Rufo, que se enfrentó a la corrupción de Roma con una honestidad implacable, pero silenciosa, y era tan poco frecuente entre sus pares como lo es hoy en día.

Su carrera no podía empezar de forma menos ilustrativa. Estudió filosofía bajo la tutela de Panecio, que había regresado a Roma en el año 138 a. C., cuando Rutilio tenía veinte años. Rutilio, miembro itinerante y apreciado del círculo de Escipión, colaboró con el equipo de Escipión Emiliano como tribuno militar en la sangrienta Guerra numantina en el centro-norte de España. Era un joven prometedor en un imperio que crecía rápidamente y ofrecía unas posibilidades de ascenso casi ilimitadas para los hombres de su clase.

Aunque otros hombres tenían personalidades más brillantes que él, pertenecían a familias más nobles o eran más ambiciosos que el sombrío y severo Rutilio, su presencia y convicción eran más que evidentes para todos. Era un hombre leído e instruido, y como orador, según un testigo, era «agudo y sistemático», aunque Cicerón despreciara su elocuencia. Su estoicismo estaba fuera de toda duda, y Cicerón observó que la autonomía de su pensamiento «se manifestaba en su conducta en la forma más firme e inquebrantable».

El primer indicio que puso de manifiesto que Rutilio funcionaba con un código distinto ocurrió en el año 115 a. C., cuando perdió las elecciones al consulado en detrimento de Marco Emilio Escauro, que, como muchos antes que él, había recurrido a los sobornos para hacerse con el cargo. Para Rutilio, habría resultado sencillo obrar del mismo modo, pero se negó rotundamente a ello, aunque eso lo condenara a la derrota. En lugar de eso, presentó cargos de corrupción contra Escauro. Asimismo, el propio Escauro, el corrupto, también presentó los mismos cargos contra Rutilio.

Los juicios no fueron concluyentes, pero eran un presagio de la batalla que se avecinaba.

Todo estalló durante la Guerra de Yugurta (109 a. C.), cuando Rutilio se encontró en medio del fuego cruzado de algunas figuras políticas aún más ambiciosas y sin escrúpulos que habían empezado a surgir en la lucha por el

control de la enorme República romana. Uno de ellos era Lucio Cornelio Sila, un hombre fuerte y conservador que llegaría al poder a través de la fuerza bruta y la crueldad. Otro, Gayo Mario, que empezaría su carrera militar bajo las órdenes de Escipión Emiliano en la misma época que Rutilio Rufo. Gayo Mario, un *homo novus* (la expresión usada en la Antigua Roma para designar a los hombres que eran los primeros de su familia en acceder al Senado romano), tuvo una brillante carrera militar que lo llevó a ostentar el récord de siete consulados; una hazaña que, según Mario, había sido vaticinada por un presagio en el que un nido de águilas con siete crías cayó en su regazo. Era una señal, según los videntes, de que estaba destinado a la grandeza y a ostentar el poder siete veces.

Durante un tiempo, Mario y Rutilio fueron aliados. En aquella época de reformas militares y expansión, Rutilio llegó a liderar las pautas de entrenamiento y estrategia de Roma para las tropas de nuevo cuño. Se decía que Mario prefería luchar con las tropas entrenadas por Rutilio porque eran mejores, más disciplinadas y valientes.

Si quieres un trabajo bien hecho, no hay mejor hombre para ello que un estoico. Pero, si quieres un cómplice que te ayude en tus crímenes y corruptelas, no hay nadie peor.

Mario, que hacía vida con sus tropas y había eliminado el requisito de propiedad que antes limitaba el acceso al ejército, era muy popular entre las masas. También era cruel y despiadado. En el año 101 a. C., durante su cuarto consulado, Mario logró una dramática victoria sobre los cimbrios, donde 120.000 hombres de sus valientes tropas fueron masacrados. Por eso, Mario fue nombrado como «el tercer fundador de Roma». Sin embargo, como cualquier figura cuya carrera dependía de los caprichos de la multitud, era profundamente temido por la élite romana, que se preguntaba qué intenciones tenía.

El primer conflicto entre Rutilio y Mario fue muy simple. Rutilio pensaba que Mario había sobornado a los magistrados para lograr una de sus victorias electorales. A pesar de que Mario había hecho un trabajo admirable para lograr la paz, como Rufo había sufrido las consecuencias de una elección fraudulenta, no se lo tomó a la ligera. ¿Qué sentido tenían unas elecciones si eran fraudulentas? Por esta razón, cuando advirtió la infracción, no se quedó en silencio, y se ganó un enemigo que probablemente nunca olvidaría esa traición.

Durante un tiempo, Rutilio estuvo a salvo, aunque solo fuera porque la influencia de Mario en la muchedumbre empezaba a ser inestable. Un grupo de aristócratas descontentos demostraron que Mario no ostentaba tanto poder como se creía. Pasaron a la acción y asesinaron a uno de sus antiguos aliados,

arrancando literalmente el techo de su celda, a pesar de los intentos de Mario para protegerlo. Las tensiones en todos los bandos estallaron y, dado que el Senado nunca había confiado del todo en Mario, consideraron que era el momento adecuado para que abandonara la ciudad por un tiempo.

Plutarco dice que, durante su exilio, Mario manipuló a Mitríades (rey del Ponto y Armenia) para que empezara una guerra contra Roma que obligaría al Senado a llamar de nuevo al *tercer fundador de Roma*. Fue una época de intrigas, violencia política y corrupción absoluta. Y, como ocurre en todas las épocas de revolución y disturbios, los líderes revolucionarios dieron paso a otros líderes profundamente conservadores.

En realidad, aunque Rutilio, aquel hombre honesto y regido por su sentido del deber estoico, no hubiera denunciado a Mario, probablemente también habría sido una figura pública molesta. No solo gozaba de la buena reputación de sus disciplinadas tropas, sino que además, ante el creciente endeudamiento, Rutilio había empezado a reformar la ley de insolvencia, y era el abanderado de una iniciativa para proteger a los griegos de Asia Menor de la extorsión de los *publicani*, los recaudadores de impuestos.

Se trata de una paradoja del populismo: los hombres poderosos llegan al poder haciendo promesas imposibles y descabelladas a los desfavorecidos. ¿Realmente tienen la intención de ayudarles? Por supuesto que no. De hecho, obstaculizarán activamente cualquier reforma que haga que el sistema sea más justo. Todo lo que importa es el control férreo sobre la masa ignorante y el poder que se deriva de ella.

Seguramente, Rutilio se limitaba a hacer su trabajo siguiendo ese principio que dice que nunca debemos perder de vista los intereses de los demás porque también sacamos provecho de ellos. Su propia práctica de la *oikeiosis* estoica —siempre al servicio del bien público— lo colocó en un conflicto que escapaba a su control. ¿Sabía Rutilio a quién se enfrentaba cuando llevó a cabo las reformas que iban en detrimento de los ricos? ¿Acaso importaba que se tratara de una causa justa? No. Entonces, como hizo Escauro, usaron un viejo truco: acusar a un hombre honesto precisamente de lo contrario; es decir, acusarlo del pecado que él mismo denuncia. Utilizar su reputación en su contra. Enredar las cosas. Manchar su nombre con mentiras. Expulsarlo de la ciudad aplicándole un régimen que, en caso de aplicarse a todos los demás, significaría el fin de los enquistados intereses corruptos.

Así es como Rutilio, que había denunciado y supervisado varios casos de corrupción, acabó en la cárcel acusado de extorsión por aquellas mismas personas que realmente estaban cometiendo ese delito. No fue de gran ayuda que algunos de sus textos fueran contrarios a las personas que presuntamente había extorsionado. Rutilio parecía casi aturdido por la animadversión que le profesaban sus enemigos y los extremos a los que estaban dispuestos a llegar. El jurado estaba reunido, y Mario manejaba los hilos de la acusación. ¿Cómo no iba a estar detrás de ese montaje? El historiador Dion Casio asegura que un hombre de la «excelencia y buena reputación de Rutilio era una molestia» para Mario. ¿Molestia? Era su propio espejo. Una condena andante para todos aquellos que estaban manchados por la corrupción.

Como Rutilio estaba convencido de su inocencia, renunció a su defensa. No pidió ayuda a sus aliados políticos ni pronunció una sola palabra. ¿Creía que su reputación lo salvaría? ¿Estaba atrapado por su propia dignidad? En su obra *Sobre el orador*, Cicerón apunta que no fue el silencio de Rutilio el que lo condenó, sino que ningún miembro de su defensa levantara la voz para denunciar que aquel juicio era una farsa. Ante un fracaso tan estrepitoso, Cicerón bromea diciendo que la defensa de Rutilio temía que, si lo defendían con uñas y dientes, él mismo acabaría denunciándoles a los estoicos. Era la misma estrategia que usó Sócrates: «Me niego a legitimar los cargos». O la de Martín Lutero: «No me arrepentiré. Aquí estoy. No puedo hacer otra cosa».

Fue una postura noble, pero a sus enemigos les permitió quitárselo rápidamente de en medio. El veredicto fue tan severo que ni Rutilio —ni cualquiera, salvo los funcionarios más corruptos— podía pagarlo. Se le confiscaron todos sus bienes y lo desterraron. Rutilio, una amenaza para los corruptos, ya no podría frenar el saqueo de Roma por parte de Mario, ni con su ética podía avergonzar o poner en evidencia a la floreciente casta de criminales que estaba haciéndose con el poder.

Como seguramente aprendió de su maestro Panecio, del mismo modo que el *pancraciasta*, hay que estar preparado en todo momento para los golpes inesperados de la vida; si no para bloquearlos, al menos para asimilarlos y soportarlos sin rechistar.

Los enemigos de Rutilio, después de asestar el golpe, ofrecieron al noble funcionario y héroe militar una pequeña y última dignidad, y al hacerlo dejaron en evidencia su absoluta inocencia. Los falsos acusadores ofrecieron a su cabeza de turco la oportunidad de elegir el lugar de su exilio.

Rutilio, tal vez con brillo en los ojos o al menos con la dura determinación de un hombre que sabe que no ha hecho nada malo, eligió Esmirna, la misma ciudad a la que supuestamente había extorsionado. Esmirna, satisfecha por las reformas y la escrupulosa honestidad de aquel hombre que una vez los había gobernado, lo recibió con los brazos abiertos. Incluso le ofrecieron la ciudadanía. Suetonio nos cuenta que Rutilio se instaló en Esmirna con Aurelio Opilo, un liberto de un epicúreo, [que] primero enseñó filosofía, luego retórica y por último gramática… y permaneció con él hasta edad avanzada». En el año 78 a. C., Cicerón lo visitó y dijo de él que era «un modelo de la virtud, del honor de otra época y de sabiduría».

¿Rutilio estaba amargado o resentido? Parece ser que no. Se dice que siguió con su vida y que incrementó su fortuna a pesar de estar alejado de los círculos de poder. Recibía muchos regalos de sus admiradores, y cuentan que un amigo intentó tranquilizarlo diciéndole que, con la más que probable guerra civil que se avecinaba en Roma, a su debido tiempo, se permitiría regresar a todos los exiliados. «¿Qué pecado he cometido para que me desees un regreso más infeliz que la partida?», respondió Rufo. «¡Preferiría que mi país se sonrojara por mi exilio antes de que llorara por mi regreso!».

Más vale que te echen de menos que permanecer demasiado tiempo.

Para los estoicos, cuando el Estado va más allá de cualquier redención y se corrompe indefectiblemente, el hombre sabio se debe mantener alejado. Confucio, que también era filósofo y aconsejaba a los príncipes, dijo algo similar varios siglos antes. Lo que sabemos es que Rutilio se quedó en Esmirna y escribió su *Historia de Roma* en griego. Apenas descompuesto por la injusticia que le hicieron, no dejó de trabajar.

Finalmente, cuando Sila —que había logrado vencer a Mario y se había convertido en un dictador— lo invitó para que regresara a Roma, declinó educadamente ese *honor*.

Todos los compañeros de Rutilio estaban indignados por el trato que había recibido aquel hombre honorable, pero, hasta cierto punto, fue una lección ejemplar. *Actuar correctamente puede tener un coste muy elevado.* El mundo no era como la *República* de Platón, donde los reyes filósofos no solo eran queridos, sino que eran el principal enemigo de aquellos que intentaban vaciar las arcas del imperio. Las desgracias eran una constante habitual. Todas las grandes figuras de ese periodo serían acusadas de corrupción electoral o financiera.

Y, salvo Rutilio, la mayoría eran culpables.

¿Por qué las buenas personas padecían severos castigos mientras que los malvados quedaban impunes? Desgraciadamente, así es como funciona nuestro mundo, ahora y antes. Séneca escribió: «Cuando los finales de los buenos son malos, cuando se le obliga a Sócrates a morir en la cárcel, a Rutilio a vivir en el destierro, a Pompeyo y a Cicerón a entregar su cabeza a sus clientes, a aquel Catón, viva imagen de la virtud, a echarse sobre la espalda haciendo manifiesto que a la vez se acababa con él y con la República, por fuerza ha de atormentar que la fortuna distribuya los premios tan inicuamente».[1]

No obstante, ¿cómo prefieres actuar? Porque engañar, robar y hacer lo que no se debe tiene un coste, aunque la sociedad lo premie. ¿Prefieres ser como Rutilio, que siempre pudo estar orgulloso de sí mismo, o vivir negando tu propia e innegable vergüenza?

Por muy malo que fuera, los estoicos de la época de Rutilio apenas eran conscientes de lo que les deparaba el futuro. No podían saber lo que estaban presenciando, como lo describiría el escritor y *podcaster* Mike Duncan dos mil años después, se trataba de «la tormenta *antes* de la tormenta». Las instituciones de la República romana estaban gravemente heridas, y lo único que quedaba era la valiente resistencia de los hombres grandes y honorables. ¿Cuánto tiempo más podrían contener las mareas? ¿Cuánto tiempo más podrían preservar la ética y las instituciones políticas que Grecia había llevado a Roma?

Con Julio César al acecho, la respuesta, desgraciadamente, era muy poco tiempo. Sin embargo, durante ese breve espacio de tiempo Rufo pudo iluminar el panorama. Había sido una fuerza del bien en ese mundo y había pagado un precio muy alto por ello. Pero, al parecer, nunca se cuestionó si había merecido la pena. Tampoco se arrepintió de su destino. Se miró a sí mismo y a la corrupción que lo rodeaba y decidió que, independientemente de lo que dijeran o hicieran los demás, su trabajo era ser bueno. Sabía, como Marco Aurelio se recordaba a sí mismo una y otra vez, que lo único que podía controlar era su carácter y su capacidad para dejar que sus verdaderos colores brillaran con todo su potencial. Podéis atacarme con manos violentas, había dicho Zenón, pero mi mente seguirá comprometida con la filosofía.

Pero Zenón solo tuvo que decir esas palabras. Marco Aurelio nunca fue condenado injustamente. Nunca fue expulsado de su hogar. Rutilio se las creyó, las dijo y las vivió.

Fue él quien tuvo que contenerse cuando lo acusaban falsamente, cuando mancharon su reputación, cuando le robaron sus posesiones y lo mandaron lejos del país que amaba. Y, sin embargo, bajo tanta presión, nunca sucumbió. Nunca

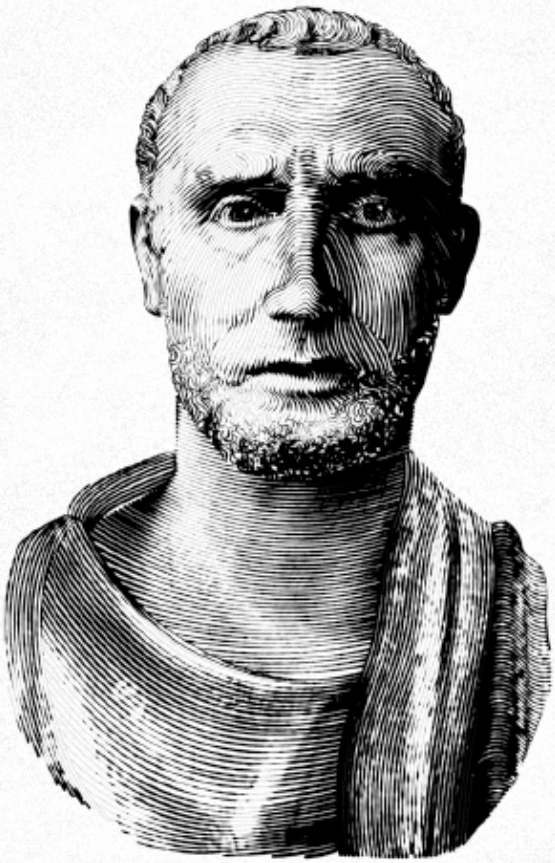
se doblegó. Rechazó los chantajes implícitos que acompañaban al varapalo legal: «Renuncia a tus principios y te haremos rico e importante».

Publio Rutilio Rufo fue, sin duda, el último hombre honesto de Roma. Es un ejemplo que sigue interpelándonos en la actualidad, como lo hizo con los valientes estoicos de su tiempo y con los que vinieron después.

---

1 Séneca, *De la tranquilidad del ánimo* (Livros Grátis: utt.ly/GQ1lgvz).

POSIDONIO «EL GENIO»



NACIMIENTO: 135 A. C.

Posidonio de Apamea era otro estoico que procedía de una importante familia que había hecho fortuna en una época de efervescente abundancia. Sin embargo, el año de su nacimiento (135 a. C.), en la actual Siria, marcó el inicio de una inestabilidad política que, en cierto modo, continúa hasta la actualidad. Por ello, como Zenón o Cleantes antes que él, la primera experiencia formativa de Posidonio fue la incertidumbre.

Quizás estas sean las condiciones ideales donde el estoicismo puede echar raíces: un hogar carente de liderazgo acosado por poderosas potencias extranjeras; es decir, un lugar privilegiado para los excesos y la codicia. Sin duda, ese contexto fue una lección temprana para darse cuenta de que, en un mundo impredecible, lo único que podemos controlar realmente son nuestras acciones, y que el espacio que hay entre nuestras orejas es el único territorio que podemos conquistar de forma segura y duradera.

En cualquier caso, más tarde Posidonio recordaría con desaprobación que la abundancia de Siria en aquella época hizo que sus ciudadanos, «liberados de las penurias que atañen a las necesidades cotidianas, celebrasen muchísimas reuniones en las que se hacían banquetes sin cesar y utilizaban los gimnasios como si fuesen baños públicos», y que los tiranos locales cayeran en una «ambición desmedida». Las cosas iban bien, pero los buenos tiempos rara vez crean grandes personas o grandes gobiernos.

Por eso, finalmente, como muchos de los primeros estoicos, abandonó su lugar de nacimiento a los dieciocho o veinte años para irse a Atenas.

Cuando Posidonio llegó a Atenas entre el 117 y el 115 a. C., la Estoa estaba en manos de Panecio, que por aquel entonces era un hombre viejo y una referencia importante, no solo para los estoicos, sino también para todo el Imperio romano. Los padres de toda la clase dirigente romana, desde senadores o generales hasta los reyes de las provincias más lejanas, habían empezado a educar a sus hijos con filósofos. Ahora, la mayoría de las familias más ricas y poderosas de Roma mandaban a sus hijos a Atenas —el mismo lugar donde apenas unos años antes Panecio había instruido a Rutilio— para prepararlos para su entrada en la vida romana.

Pero, incluso entre todos aquellos alumnos aventajados que procedían de la Ciudad Eterna, el joven Posidonio debió de destacar por su brillantez. Las fuentes lo describen como una persona polímata interesada por la historia natural, la astronomía, la meteorología, la oceanografía, la geografía, la geología, la sismología, la etnografía, las matemáticas, la geometría, la lógica, la historia y la ética. Tal vez fue Panecio, que había viajado a lo largo y ancho del mundo en sus

expediciones de investigación, quien animó a su joven pupilo para que siguiera con sus estudios. Lo que sabemos es que, después de su estancia en Atenas, Posidonio dedicó la mayor parte de su vida a estudiar en tierras lejanas, desde Italia, Sicilia, Grecia o Dalmacia hasta el norte de África y Oriente Próximo.

No puede decirse que a los estoicos, como a otros filósofos, solo les interesaran sus demostraciones o sus debates. Posidonio representaba perfectamente la curiosidad, la fascinación por la belleza y la complejidad del mundo que nos rodea, que fue lo que definió el estoicismo en el mundo antiguo y lo que continúa siendo hoy en día. Podemos y debemos mostrar interés en todo lo que nos rodea, nos enseñaron los estoicos, porque podemos y debemos encontrar sabiduría en todas las cosas. Cuanto más amplia sea tu experiencia, más profundizarás en la sabiduría, y de forma paradójica te mostrarás más humilde por los conocimientos infinitos que todavía te quedan por descubrir.

A medida que Posidonio viajaba, su reputación creció tanto que era considerado como el mejor polímata desde Aristóteles. Estudió las mareas en España y realizó investigaciones etnográficas sobre los celtas en la Galia. Era un gran observador, un amante de los datos —indistintamente de la disciplina— y un diligente recopilador. Midió la circunferencia de la Tierra, calculó la distancia y el tamaño del Sol y la Luna, y creó varios modelos para el globo terráqueo y el sistema solar. El único obstáculo que limitaba su lucidez eran las rudimentarias herramientas de medición de su época, que a menudo alteraban sus cálculos. Sin duda, sus incesantes viajes y su inigualable curiosidad aumentaron notablemente la comprensión del universo conocido en aquella época.

Para ello tuvo que salir al exterior, por tierra y por mar. Su aula era el cielo, las estrellas y el bullicioso mercado, como lo había sido para Zenón o como lo es para un niño que puede quedarse fascinado incluso por un simple trozo de hierba. Posidonio vivía, como escribiría más tarde Séneca, como si el mundo entero fuera un templo de los dioses.

Algunos genios se contentan con vivir la vida entera dentro de su cabeza. Muchas filosofías, que cuentan con muchos filósofos en sus filas que se ven a sí mismos como genios, alientan sutilmente esta tendencia. El epicureísmo, por ejemplo, que resurgió en la época de Posidonio, alentó a sus seguidores a alejarse del mundo, a ignorar la política y el ruido que los rodeaba. Posidonio, gracias a la influencia de estoicos como Diógenes y Panecio, resistió esa tentación, y como buen estoico también dirigió su intelecto hacia la política y la gestión.

De hecho, sus remotos viajes lo mantenían en contacto con las legiones romanas, legiones entrenadas para Mario por su compañero estoico Rutilio Rufo. En los fragmentos de sus obras podemos encontrar evidencias de que Posidonio estudió los movimientos de las tropas, la historia de la guerra o las costumbres de la población local, y llegó a recopilar información sobre las potencias extranjeras; información que no solo compartió con los generales del ejército, sino que más tarde también la expuso en sus numerosos libros. Incluso redactó un manual de tácticas militares —una especie de *Arte de la guerra*— tan detallado que se consideraba demasiado complejo para cualquiera que no fuera un general. Aparte de convertirse en un experto en tácticas militares, contaba con profundos conocimientos etnográficos, obtenidos en territorios extranjeros, que generales como Pompeyo consultaron durante muchos años.

Era un hombre completo. Un explorador. Un estratega. Un político. Era, en consecuencia, un filósofo *real*. Al llevar a la práctica sus estudios en política, ascendió en la jerarquía civil hasta alcanzar el rango más elevado de los pritanos, y presidió el consejo de gobierno de Rodas al mismo tiempo que creaba su escuela filosófica.

En el año 86 a. C., sus obligaciones políticas lo llevaron en una embajada a Roma, pero lo más probable es que su curiosidad y su deseo de estudiar la conducta humana lo empujaran a acompañar en el lecho de muerte a uno de los hombres más poderosos y terribles de Roma, a Mario. Este había sido elegido para cumplir con su séptimo consulado a finales del año 87 a. C., y al parecer creía que su poder político podía otorgarle la inmortalidad. Sin duda, nunca se había imaginado que uno de los últimos rostros que vería fuera el de Posidonio.

Delirante, torturado por sueños sombríos y cansado por su ambición insaciable y por el temor de que todo su esfuerzo hubiera sido en vano, Mario recibió a un agudo observador como Posidonio, quien quedó horrorizado por lo que presenció. Pocos días después del encuentro, Mario falleció convencido hasta el final de que podría seguir dirigiendo las tropas en la batalla y extender sus conquistas. Como estoico, Posidonio advirtió —igual que Plutarco— que esa forma de morir se alejaba mucho de la pacífica muerte de un filósofo como Antípatro, quien pasó sus últimos momentos contando las bendiciones de su viaje por la vida.

Es la eterna pregunta: Si supieras qué consecuencias tienen el *poder* y el *éxito* en la gente que los consiguen, ¿los seguirías queriendo?

Los escritos posteriores de Posidonio están repletos de observaciones de primera mano sobre el precio de la ambición y los apetitos insaciables. En una de sus historias escribe sobre un hombre llamado Atenión que pretendía convertirse

en un tirano en Atenas. Seguramente, a Posidonio le impresionó la facilidad con la que la gente puede corromperse y apartarse de la virtud, porque Atenión era un hombre con una formación similar a la suya que había abandonado su talento para casarse con una prostituta e hipotecar su vida política con la mafia de aquel momento.

En otro relato sobre una revuelta en Sicilia, Posidonio explicó el caso de Damófilo, «un esclavo de la voluptuosidad y la maldad, que era transportado a través de la región en carros de cuatro ruedas, llevando consigo caballos, sirvientes en la flor de la vida, y un cortejo de aduladores y de esclavos en atuendo militar».[1] Posidonio, casi con cierta satisfacción, nos cuenta que Damófilo se granjeó un final violento y doloroso a manos de sus esclavos. Seguramente, podemos aventurar que Posidonio esperaba una recompensa similar para Apicius, el monstruo glotón y codicioso responsable del exilio de su amigo Rutilio Rufus por una acusación falsa.

Para Posidonio, el denominador común de todos esos casos históricos era la falta de carácter. Más adelante Marco Aurelio escribiría: «Si lo estudiamos, ¡qué clase de placeres han disfrutado bandidos, lascivos, parricidas y tiranos!».[2] En realidad, eso era precisamente lo que pretendía Posidonio visitando a Mario en su habitación: estudiar a los posibles tiranos y asesinos de cerca, del mismo modo que había estudiado las mareas y los movimientos de los planetas.

Y por ese motivo pudo transmitir ideas tan valiosas como las científicas: desconfía de la ambición; evita la corrupción; el lujo, como el poder, no dura para siempre. De Séneca, obtenemos el juicio final de Posidonio sobre Mario: «Mario guiaba al ejército, pero a Mario lo guiaba la ambición».[3] Además añadió: «Este tipo de hombres que perturban al mundo acaban perturbados ellos mismos».

Tras la muerte de Panecio en el año 109 a. C., Posidonio abandonó Atenas por última vez, convencido de que la gente se había vuelto muy simple: «una masa estúpida» (*ochloi anoetoi*). Seguramente, después de lo que había visto de primera mano, debió de pensar lo mismo de los romanos.

Rodas, una ciudad aislada y al mismo tiempo esencial para el flujo de mercancías e ideas por todo el Mediterráneo, era el destino perfecto para aquel pensador independiente. Posidonio trabajó en sus relatos y su teoría sobre el carácter humano durante su estancia en la ciudad, y en ambas obras se refleja una visión más realista y auténtica de sus semejantes; un tipo de visión que a menudo suelen compartir los genios. Pero precisamente cuando este tipo de visión todavía estaba consolidándose, Posidonio recibió una visita reveladora. En el año 79 a. C., un joven Cicerón, que entonces tenía veintisiete años y era una especie de talento

único (como Posidonio), puso rumbo a Rodas para estudiar con el gran hombre. Panecio tenía a su Posidonio, y ahora Posidonio tendría su propio alumno brillante, que en sus escritos se referiría cariñosamente a su maestro como «nuestro Posidonio».

El resto de esos años los dedicó a escribir, filosofar y, por supuesto, a la enseñanza. Es evidente que sus viajes y su experiencia directa en la política de más alto nivel influenciaron directamente en estas tres actividades. Posidonio —como su maestro Panecio antes que él— tenía opiniones aristocráticas, lo que hoy llamaríamos *elitistas*. Sin embargo, a diferencia de las élites actuales, que a menudo están desconectadas y encerradas en una burbuja con mentes afines, Posidonio había formado sus conjeturas sobre la mafia y el populismo por experiencia propia.

Había visto mundo y sabía lo que era la guerra, y eso le ayudó a crear una filosofía basada en las ciencias naturales, la historia y la psicología humana que sería muy codiciada por las personas más importantes de su tiempo. Sin duda, ese fue uno de los motivos por los que Pompeyo, el gran general romano que por aquel entonces se había hecho con el poder, asistió a sus conferencias en Rodas.

En el año 66 a. C., antes de la campaña contra los piratas en Cilicia, Pompeyo organizó una audiencia privada con Posidonio y le preguntó si tenía algún consejo para él. Posidonio, citando a Homero, le contestó: «Intenta ser mejor y siempre superior a los demás». Era un sutil consejo moral cuyo significado Pompeyo no supo apreciar por culpa de lo que Posidonio llamaría más tarde «su enfermizo amor por la falsa gloria».

Para los estoicos, «ser mejor» no significaba vencer en todas las batallas; ni «ser superior» suponía acumular tantos honores como fuera posible. En realidad, eran conceptos relacionados con la virtud. No se refería a alcanzar la excelencia en los logros externos —aunque uno no deba renunciar a ellos si el destino así lo quiere—, sino a alcanzarla en las áreas que uno puede controlar; es decir, el pensamiento, las acciones y las elecciones.

Aun así, Pompeyo, a pesar de ir en busca de la gloria, siguió siendo un estudiante diligente. Cuando alcanzó el máximo de su apogeo, tras sus grandes victorias en Oriente durante la tercera guerra mitridática, Pompeyo visitó de nuevo a Posidonio, se postró ante su puerta y arrió los estandartes de su ejército. Tal vez Pompeyo comprendió, a su manera, lo que Posidonio había querido decirle con *ser mejor*, aunque no supiera experimentarlo.

Aunque Posidonio padecía una artritis severa y sufrió un ataque de gota durante esa visita, le regaló a Pompeyo una conferencia privada desde la cama sobre por qué únicamente lo honorable es bueno, y en la que, a pesar de sus gritos de dolor, debió de insistir en mantener su negativa a considerar que el dolor fuera algo malo.

En sus textos, Posidonio aseguraba que la mente busca el conocimiento, mientras que las partes más bajas del alma buscan el poder y la gloria de la victoria —como Pompeyo—, así como los placeres del cuerpo. Los buenos hábitos y un buen estilo de vida, establecidos por nuestro raciocinio, son un mecanismo de control contra esta parte irracional del alma. La idea de que una parte de nuestra alma es racional y la otra irracional era un cambio radical para los estoicos, que durante mucho tiempo sostuvieron que todo nuestro ser era racional.

Pero esta batalla interior —a la que Martin Luther King Jr. llamaría más tarde «la guerra de secesión entre el norte y el sur de nuestras almas»— es válida para cualquier persona con una pizca de conciencia de sí misma. En nuestro interior compiten distintas voces, y lo que importa en la vida es a cuál de ellas decidimos obedecer. Uno debe diseñar su vida, dijo Posidonio, «vivir contemplando la verdad y el orden del universo, y contribuir a su realización, en la medida de lo posible, sin dejarse arrastrar en ningún aspecto por la parte irracional del alma». Esta fue una proeza que Mario, Sila, Atenión y, tristemente, Pompeyo no pudieron lograr, a pesar de toda su astucia o su poderío militar.

Básicamente, porque es muy difícil ejercerla, tanto si eres un genio como un conquistador. Sin embargo, los estoicos creían que, si eres capaz de lograrlo, obtendrás una recompensa mucho más impresionante que una escritura brillante o una victoria espléndida.

Los primeros estoicos intentaron dividir la filosofía en tres partes, usando la analogía de una granja o un huerto. Una parte era el campo (la física), otra, los frutos (la ética), y la última, el cercado (la lógica). Sexto Empírico nos dice que Posidonio discrepaba: «[Mientras que los primeros estoicos] comparaban convincentemente la filosofía con un jardín fecundo, donde la altura de las plantas representa la física, la abundancia de los frutos la ética, y la solidez de los muros la lógica, Posidonio juzgaba más conveniente comparar la filosofía con un ser viviente: la física con la sangre y la carne, la lógica con los huesos y tendones, y la ética con el alma».[4] También se trata de una metáfora perfecta para los estoicos, porque la filosofía está destinada a ser vivida como un ser humano.

Partiendo de Crisipo y Zenón, Posidonio llevó esta idea aún más lejos. Veía el cosmos entero como un ser vivo y sensible en el que todas las cosas están interconectadas (*sympatheia*). El estudio de la ciencia a veces puede llevar a una persona al ateísmo, pero en el caso de Posidonio sus experimentos con las mareas y sus observaciones de las estrellas crearon en él una fuerte confianza en la existencia de un creador, de un destino providencial que gobierna el universo. Más allá del concepto «sin empujones» de Crisipo, Posidonio creía que todos los seres humanos están literalmente en el mismo equipo, que todos están unidos en una armonía cósmica, y ninguno es totalmente suficiente o autónomo. Creía que a cada uno de nosotros se le asigna un papel en este gran cuerpo —uno es un dedo, otro, una célula de la piel, y otro, el hígado—, y por ello existimos en colaboración y tensión con los demás. Finalmente, Dios penetró este organismo como un *pneuma*: como una especie de alma universal.

Durante sus últimos años Posidonio se dedicó casi por completo a terminar sus grandes historias. Estas alcanzan los cincuenta y dos volúmenes, y representan un tercio de toda su producción literaria. Sus historias comenzaron en Cartago en el año 146 a. C. con Escipión Emiliano y llegaron hasta el saqueo de Atenas por parte de Sila en el 86 a. C. Estrabón dice que incluso estaba escribiendo un libro separado dedicado enteramente a Pompeyo. Sus obras conocidas trataban desde la ética o el destino hasta las emociones o la constante enemiga de los estoicos: la ira. También escribió sobre el dolor y el deber, y por supuesto muchos libros científicos basados en sus primeras exploraciones sobre los océanos, el clima y la circunnavegación de la Tierra.

Aunque solo se conservan fragmentos de estas grandes obras y Posidonio es prácticamente desconocido hoy en día, fue una figura destacada en su época y durante mucho tiempo. Siglos más tarde, san Agustín, en su célebre *La ciudad de Dios*, se tomó la molestia de mencionarlo y responder al estoico más científico, aunque solo fuera para criticar su uso de la astrología. Es posible que en la actualidad Posidonio no sea un personaje conocido, pero ¿qué autor no habría estado satisfecho de seguir siendo citado unos quinientos años después de su muerte? ¿Y nada menos que por un santo?

Posidonio trabajó y vivió en muchos lugares en su larga vida (Siria, Atenas, Roma y Rodas) y viajó por casi todo el mundo conocido. Escribió muchos libros. Asesoró a muchos hombres poderosos. Fue uno de los hombres más inteligentes del mundo antiguo. A pesar de que él mismo admitió que era una pequeña parte de un universo cósmico, contribuyó en él de forma notable.

Algunos genios acaban en el olvido, pero, en última instancia, todos son mortales. Ningún estoico discutiría o combatiría esto, y Posidonio menos que nadie.

Finalmente, en el año 51 a. C., Posidonio murió pacíficamente a la edad de ochenta y cuatro años y, aunque no tenemos constancia de ello, podemos imaginar que supo marcharse de este mundo más feliz y agradecido que aquel inquietante e innoble final de Mario que él mismo presenció.

---

1 Ateneo, *Banquete de los eruditos*, XII (Gredos, Biblioteca Clásica, 2014).
2 Marco Aurelio, *Meditaciones*, VI (Gredos, Biblioteca Clásica, 2014).
3 Séneca, *Epístolas Morales a Lucilio* (Gredos, Biblioteca Clásica, 2005).
4 Sexto Empírico, *Contra los dogmáticos*, VII (Gredos, Biblioteca Clásica, 2012).

DIÓTIMO
«EL VICIOSO»

NACIMIENTO: DESCONOCIDO
MUERTE: DESCONOCIDA ¿(100 A. C.)?
ORIGEN: DESCONOCIDO

Fue Shakespeare, el gran estudioso de los estoicos, quien diría —nada más y nada menos que en «Julio César», su obra más estoica— que el bien que hacemos en la vida se olvida fácilmente; en cambio, el daño perdura eternamente.

Tal vez ningún filósofo estoico ilustra mejor este principio que Diótimo, del cual tenemos muy poca información. Nos sabemos cuándo nació ni tampoco estamos seguros de cuándo falleció. Tan solo conocemos algunos de sus pensamientos; por ejemplo, que el principal fin de la vida es el bienestar, y que la búsqueda de la virtud es el modo de conseguirlo.

¿Quién fue su maestro? Tampoco estamos seguros de ello. Algunas fuentes sugieren que conoció a Posidonio, pero eso es todo. ¿Cómo y por qué se interesó por la filosofía? ¿Quiénes eran sus progenitores? ¿Y sus alumnos? ¿Cómo los ayudó? ¿Qué tipo de vida llevaba? ¿Qué actos de bondad realizó? ¿Qué honores rechazó?

De nuevo, no sabemos nada al respecto. Para nosotros, es un auténtico misterio.

Lo único que sabemos de él es un único acto de indiscutible malicia que ha desconcertado a los historiadores y a los estudiantes del estoicismo durante más de dos mil años. Es un acto que parece tan inútil, tan mezquino y tan cómicamente contrario al estoicismo que casi parece inventado.

Alrededor del siglo I a. C., cuando los epicúreos disfrutaban de un resurgimiento en Atenas en medio del creciente esplendor y poder de Roma, Diótimo se dedicó a redactar más de cincuenta «cartas licenciosas» destinadas a calumniar al fundador de esa escuela rival. De hecho, fue mucho más allá. Diótimo retrató a Epicuro como una especie de maníaco depravado —una reputación de la que Epicuro intentó deshacerse y que incluso ha llegado a nuestros días— con el fin de reforzar sus argumentos contra esa filosofía.

En parte, su comportamiento era una forma de defenderse. En aquella época, la escuela epicúrea incrementaba su influencia bajo el liderazgo del prolífico Apolodoro, quien además de escribir unos cuatrocientos libros fue apodado «el Tirano del Jardín» por haber ejercido una especie de tiranía o supremacía en el jardín o escuela de Epicuro. Diógenes Laercio nos cuenta que Apolodoro se dedicó a desprestigiar a Crisipo, afirmando que este había llenado sus libros con citas que había robado a otros. Esas calumnias hacia gran luchador de la Estoa no podían quedar sin respuesta.

Por eso, Diótimo eligió responder a las calumnias con más calumnias. Decidió cometer un crimen más vil que el que Apolodoro alegaba falsamente contra Crisipo.

Para una escuela que valoraba la lógica y la verdad tanto como el comportamiento virtuoso, las acciones de Diótimo eran injustificables. Aunque el epicureísmo planteara algún tipo de amenaza existencial para el estoicismo, difícilmente podía admitirse tal tipo de fraude literario. «Si no está bien, no lo hagas», escribió Marco Aurelio en su recopilación de la doctrina estoica, «si no es verdad, no lo digas». Se supone que un estoico está por encima del rencor, la venganza, la competencia mezquina o las ansias de ganar las discusiones. Se supone que no deben hacer nada —y mucho menos mentir o engañar— por despecho. Pero, de alguna manera, Diótimo se desvió del camino.

¿Con qué propósito? ¿Para desacreditar a una escuela que también quería guiar a sus alumnos hacia la buena vida?

Esa fue la única contribución de Diótimo a la historia del estoicismo: formuló un mensaje de advertencia. Demostró que los estoicos no eran perfectos, y que por mucha formación o muchas lecturas que tengamos en nuestro haber, una decisión tomada a la ligera y sin reflexionar puede desbarajustarlo todo.

¿Qué habría pensado Rutilio Rufo al saber que, más o menos en el momento en que él era acusado falsamente por sus enemigos políticos, otro estoico se dedicaba a denostar póstumamente a Epicuro? Pero así es la vida y la historia: complicada, contradictoria y a menudo decepcionante.

Ateneo, citando a Demetrio de Magnesia, dijo que Zenón de Sidón —el sucesor de Apolodoro en la escuela epicúrea— persiguió a Diótimo y presentó una demanda contra él. El tribunal falló en favor de Zenón de Sidón y sentenció a Diótimo a muerte; lo cual no deja de ser una forma bastante extrema de justicia que, seguramente, Roma no habría tolerado.

Aunque es poco probable que se aplicara la pena de muerte por algo tan común como la calumnia, no cabe duda de que le impusieron una fuerte multa y lo desterraron de Atenas. Y lo que es peor, lo obligaron a vivir con la vergüenza personal el resto de su vida.

Es un error que solemos cometer. Combatimos el fuego con más fuego y acabamos quemándonos. Nadie se acuerda de quién empezó y, en el caso de que sobrevivamos, las cicatrices quedan para siempre. Cuando estamos enfadados, casi siempre es mejor esperar y no actuar. Y en cuanto a nuestros enemigos, si es posible, debemos dejar que se destruyan a sí mismos.

La infamia de Diótimo manchó a sus compañeros estoicos hasta tal punto que impulsó a Posidonio a escribir un libro contra Zenón de Sidón, el acusador de Diótimo, más comedido de lo que le habría gustado. No es que ese hombre tan honorable defendiera las calumnias de Diótimo, sino que, probablemente,

intentaba alejar el foco de atención del estudiante y dirigirlo hacia la escuela, aclarando cuáles eran las verdaderas objeciones del estoicismo a las enseñanzas de Epicuro. ¿Se disculpó Posidonio por Diótimo? ¿Rechazó las tácticas despreciables de aquel hombre? ¿Rectificó la calumnia del propio Apolodoro contra Crisipo? Ojalá fuera así, pero no podemos saberlo.

Sin embargo, resulta chocante que no tengamos constancia de que ninguno de los estoicos repudiara la conducta Diótimo, ni en esa época ni en las generaciones posteriores. Séneca, que escribió sobre todo tipo de filósofos y sus comportamientos —sobre los epicúreos más de ochenta veces a lo largo de sus obras—, no menciona ni una sola vez ese incidente y el grave error en que incurrió su propia escuela.

Tal vez la gravedad de la disputa entre académicos afectó demasiado a su entorno.

Nunca ha sido fácil entender la amargura de las disputas entre los eruditos clásicos, observó una vez Samuel Johnson: «Las cosas pequeñas enorgullecen a los hombres mezquinos, y la vanidad captura las pequeñas ocasiones. Así como las discrepancias de opinión, incluso para aquellos que no pueden defenderlas, enfurecen a los hombres orgullosos. Por eso, a menudo encontramos en los comentarios una tensión espontánea de invectiva y desprecio, más ávida y venenosa que la que vierte el más furioso polemista en política contra aquellos a los que se contrata para difamar».

Johnson no podría haber ilustrado mejor la locura de Diótimo, así como la oración fúnebre de Julio César de Shakespeare no podría ser más adecuada. Porque en esa obra, la única acción del sádico Bruto —es decir, el asesinato de Julio César— llegaría a abrumar y oscurecer todo lo que haría el resto de su vida. Así ocurrió también con Diótimo, un filósofo que tenía mucho que decir sobre la búsqueda de la perfección moral y el bienestar, pero, sin embargo, la posteridad lo recordaría por su malvada y vengativa decisión de intentar destruir la reputación del fundador de la escuela rival.

CICERÓN
«EL COMPAÑERO DE VIAJE»

NACIMIENTO: 106 A. C.
MUERTE: 43 A. C.
ORIGEN: ARPINO, ITALIA

No se puede decir que Cicerón fuera estoico. Tampoco pretendía serlo. Aunque es indiscutible que era un entregado estudioso del estoicismo. Pasó un tiempo bajo la dirección de Posidonio. El estoico ciego Diodoto vivió con él durante años e incluso murió en casa de Cicerón, dejando su patrimonio al poderoso joven al que había tutelado durante mucho tiempo. Según Cicerón, en su libro *Disputaciones tusculanas*, los estoicos «eran los únicos filósofos auténticos». En realidad, mucho de lo que sabemos del estoicismo en el mundo antiguo es gracias a los textos de Cicerón.

Sin embargo, Cicerón nunca pudo convencerse a sí mismo de vivir de acuerdo con los principios que tanto lucharía por articular y preservar. Solo era un compañero de viaje, un hombre sin partido, que a pesar de todo su éxito y toda su ambición, sería incapaz de demostrar el valor y el carácter que ese momento histórico exigía, y que, además, el estoicismo demandaba.

Sin embargo, a pesar de todo, fue uno de los grandes talentos de su tiempo.

El siglo I a. C. fue una época donde las viejas costumbres empezaron a resquebrajarse. Los conflictos políticos y los levantamientos populistas proliferaron. Los demagogos habían acumulado un poder increíble. El sistema judicial se había corrompido, las fronteras se descomponían y el Imperio se replegó contra sí mismo.

Todo ese caos no pudo detener a un luchador como Cicerón, pero, sin duda, marcó su trayectoria.

Cicerón nació en Arpino el 3 de enero del año 106 a. C en el seno de una familia perteneciente a los équites, clase social de la Antigua Roma, conocidos allí como *Ordo equester*. Por aquel entonces Arpino era un pequeño municipio ubicado a unos 100 kilómetros de Roma que había recibido los derechos de ciudadanía recientemente. El nombre de su familia provenía del vocablo latino «garbanzo» (*cicer*), lo que indica que, como la familia de Zenón, se dedicaba al comercio.[1] Pero, a diferencia de los primeros estoicos, que optaban por dedicarse a la política o la vida pública por un sentido del deber, Cicerón buscaba otra meta: el ascenso social.

¿Cómo este advenedizo pueblerino consiguió ser incluido en un libro sobre las vidas de los estoicos? Su inspiración no fue fruto de la política de Diógenes, de la inclinación ética de Antípatro, de los tejemanejes con el poder de Panecio o incluso de la influencia de su propio maestro Posidonio. Su primera influencia vino marcada por el ascenso meteórico de Mario —cuyo último aliento había observado Posidonio—, el cual había alcanzado —a pesar de su ambición enfermiza— un inmenso poder sin pertenecer a un linaje ilustre. Mario también

era un advenedizo ciudadano de Arpino. Cuando los amigos de Cicerón le sugirieron que se cambiara el nombre para ocultar sus orígenes de nuevo rico, este juró que alcanzaría una fama tan grande que nadie osaría decir algo semejante nunca más. De hecho, tanto él como Mario se convirtieron en *novi homines*, «hombres nuevos», los primeros de sus familias en acceder al poder del Senado desde de las filas patricias de Roma.

La aventura de Cicerón en Roma empezó en el 90 a. C. Su padre lo envió a la ciudad cuando tenía dieciséis años para que estudiara oratoria y derecho. Llegó a la capital con los privilegios de los contactos comerciales de su padre e inmediatamente se quedó prendado de lo que ahora podríamos llamar *la vida de las élites*. Como señala su biógrafo Anthony Everitt: «Fue en esta época cuando cristalizó la ambición de Cicerón de convertirse en un abogado famoso […]. Fue arrastrado por la emoción casi insoportable de los juicios en el Foro y del brillo del trabajo de los abogados, muy parecido al de los actores principales».[2]

Mientras otros jóvenes de su posición salían de fiesta y disfrutaban de sus riquezas —y de la falta de supervisión paterna—, Cicerón estudiaba como un hombre ansioso por demostrar su valía. Cuentan que escribía —sin duda, para honrar a su héroe filosófico, Crisipo— hasta quinientas líneas cada noche. Cicerón escribió, leyó y prestó atención a todo lo que observaba. ¿Amaba la filosofía y la literatura? Por supuesto. Pero también era una forma de salir adelante. Era la herramienta para alcanzar su potencial, del mismo modo que un atleta se siente atraído por los deportes y exprime del juego todas las ventajas que puede. De todos modos, Cicerón también tuvo una vida social y conoció a otros jóvenes elegidos para grandes hazañas, incluido un chico seis años menor que él llamado Cayo Julio César.

Los primeros años de Cicerón parecen un entrenamiento para abordar los cruciales acontecimientos a los que tuvo que enfrentarse en la plenitud de su vida. Y tal vez lo veamos así porque Cicerón —que es la propia fuente de mucho de lo que sabemos sobre su vida— fue un diligente creador de la narrativa de su propio ascenso.

Esta es su historia. A los dieciocho años se unió a Filón de Larisa, escolarca de la Academia Platónica que había huido de Atenas a Roma. Asumió sus primeros casos legales durante las tumultuosas reformas de Sila, y logró varias victorias contra los poderes fácticos. A los veinte años terminó su primer libro de retórica y se convirtió en un autor respetado. Más adelante, se trasladó a Atenas para seguir estudiando con los maestros de todas las escuelas. Después, puso rumbo a Rodas para estudiar con Posidonio, el cual supo reconocer inmediatamente su talento.

Cuando Cicerón regresó a Roma con veintinueve años era un hombre transformado por el crisol de muchas horas de duro trabajo y esfuerzo. Como escribió el propio Cicerón: «Y así, volví a casa después de dos años, no solo más experimentado, sino casi transformado en otro hombre; había perdido la excesiva tensión de la voz, y mi estilo, por así decirlo, se calmó; mis pulmones se fortalecieron y ya no estaba tan delgado».[3]

Es muy significativo que solo enumerara sus cualidades, pero no sus convicciones.

Ese es el eterno misterio de la vida de Cicerón, como la de otras tantas personas con talento y ambición. ¿Sus motivaciones eran sinceras? ¿Todo formaba parte de algún plan? ¿Se trataba de su *formación* o de la elaboración de un currículo?

Cuentan que un oráculo había advertido tempranamente a Cicerón que dejara que su conciencia guiase su vida, en vez de las opiniones de la multitud. Pero para alguien tan impulsivo como él esa advertencia era vana palabrería. Séneca escribiría más tarde sobre la importancia de encontrar a un «Catón», es decir, a una persona modelo para compararse y no perder el rumbo. Pero Cicerón, que había convivido con un auténtico estoico como Catón, eligió la mayoría de las veces buscar la inspiración en otros personajes. Desde una edad muy temprana, en vez de a Catón optó por escoger una figura como la de Mario, que en la actualidad sería parecido a elegir a Richard Nixon o Vladímir Putin como modelo de conducta.

Era una elección extraña, pero ilustrativa. Como decían los estoicos, esa elección selló su destino.

Habiendo tocado todos los palos con apenas veinte años, era el momento oportuno para que Cicerón empezara ese ascenso político que tanto había planeado. A los treinta, un ciudadano romano podía presentarse al cargo de *cuestor* —que puede traducirse como «aquel que hace las preguntas», pero que en realidad eran los magistrados que elaboraban las leyes— y luego convertirse en miembro del Senado. La familia de Cicerón aprovechó su riqueza y sus contactos para asegurarse de que venciera en su primera elección sin problemas. No solo tenía un talento natural para ello, sino que además era un trabajador nato. Según Plutarco, Cicerón, inspirado en los artesanos que conocían el nombre de cada una de sus herramientas o instrumentos, cultivó activamente el hábito de conocer los nombres de todos sus eminentes electores, además de la extensión de sus propiedades, sus negocios y sus necesidades.

No las *necesidades* que defendían los estoicos, aquellas que eran benignas para la *polis,* sino las necesidades en el sentido político más estricto de la palabra. ¿Qué querían sus conciudadanos? ¿Qué podía hacer por ellos? ¿Cuáles eran sus intereses? Es indiscutible que Cicerón era un político muy capaz. De hecho, era el mejor de su generación. Sin embargo, tenía unos principios muy distintos a los de Diógenes, Antípatro o Posidonio.

Hacia el año 75 a. C. Cicerón asumió su cargo como administrador y recaudador de impuestos en Sicilia. Se adaptó a la administración con bastante facilidad pero, a diferencia de los políticos de su época, siguió cultivando su amor por la cultura y la filosofía. En esa época, cuenta la pintoresca historia de la búsqueda de la tumba de Arquímedes, en Siracusa, que para aquel entonces tenía casi un siglo y medio de antigüedad, y estaba abandonada y cubierta de maleza. Con su estilo clásico y egocéntrico, Cicerón alaba su propio esfuerzo para encontrarla: «De manera que la ciudad más ilustre de Grecia y, en otro tiempo también las más docta, habría ignorado el monumento de su ciudadano más ilustre, si no se lo hubiera dado a conocer un hombre de Arpino».[4]

Si ahora la autocomplacencia resulta incómoda, podemos imaginar cómo debía de retumbar por aquel entonces.

Para Cicerón, Sicilia no había sido más que una estación de paso, el escenario para estimular lo que los biógrafos posteriores describirían como su *philodoxia* y *philotimia* —amor por la fama y por el honor—; es decir, aquello de lo que precisamente debía cuidarse según el oráculo. Sin embargo, aceptó el trabajo para poder convertirse en senador; lo que en sí mismo era un gran honor para un hombre cuya familia, apenas unas generaciones atrás, ni siquiera gozaba de los derechos de ciudadanía. Insatisfecho con aquel logro, Cicerón no tardó en planificar otro salto todavía más grande. En el año 71 a. C. asumió el cargo de fiscal en la demanda por extorsión que presentaron los ciudadanos sicilianos contra Verres, con la esperanza de subir otro escalón en su *cursus honorum* —la carrera política— para lograr el puesto de edil, aquel que regulaba y hacía cumplir el orden público. En el año 70 a. C. Cicerón llevó a cabo una agotadora investigación durante cincuenta días y regresó a Roma con un vasto conjunto de pruebas documentales contra los crímenes de Verres.

Era un caso grave. Verres había robado cuarenta millones de sestercios durante sus tres años en Sicilia, y Cicerón podía demostrarlo. Como declaró ante el tribunal en su primera intervención: «El caso de este hombre determinará si un tribunal compuesto por senadores puede condenar a un hombre manifiestamente culpable pero muy rico. En efecto, el preso no se distingue más que por sus

monstruosos delitos y su inmensa riqueza. Por eso, si es absuelto, será imposible imaginar otra explicación que no sea la más vergonzosa; porque no existe ninguna querencia por él, como tampoco ningún antecedente de otras y mejores acciones. No, ni siquiera un poco de moderación en algún vicio que pudiese paliar el número y la enormidad de sus perversos actos». Cicerón sabía que habían sobornado al tribunal, y aun así logró una condena. Además, ocupando el cargo de edil, se trataba de una doble victoria.

Fue un gran día para la concepción virtuosa de la justicia (equidad y verdad) que tenían los estoicos. Pero ¿era eso lo que buscaba Cicerón? ¿Acaso importa?

El patrón en la vida de Cicerón era el movimiento constante: seguir adelante y *ascender*. Prácticamente todo lo que hacía, incluso ganar el importante caso de corrupción contra Verres, tenía un doble propósito. Solía hacer lo correcto, pero siempre se aseguraba de sacar tajada de ello. No era exactamente estoico... pero era práctico.

Por regla general, desde Cleantes y Zenón, los estoicos se habían mostrado indiferentes a las riquezas y al prestigio. Pero por mucho que los admirara, Cicerón no era capaz de acatar semejante actitud. No quería privarse de los lujos. Al contrario, los perseguía. Ya era un abogado y un político consumado, por eso siguió el consejo de Antípatro: se casó y formó una familia con una maravillosa y rica mujer llamada Terencia. Luego utilizó su riqueza, tanto la heredada como la conyugal, para adquirir más propiedades. Finalmente, llegó a ser propietario de nueve villas entre otras propiedades inmobiliarias que incluían un complejo turístico en Formia y, la más preciada de todas sus villas, la de Tusculum que había pertenecido al propio Sila. Además, gracias al dinero de su familia y a la dote de su esposa, también amasó una gran fortuna por medios que al parecer no fueron demasiado éticos. Cleantes, siguiendo los postulados de Zenón, había rechazado todas las herencias que le ofrecieron. Marco Aurelio obró del mismo modo y se negó a aparecer en cualquier testamento. En cambio, Cicerón parecía dedicarse profesionalmente a recibir herencias. Era una persona que siempre encontraba la manera de que la gente lo incluyera en su testamento.

En el ocaso de su vida, Cicerón hizo un asombroso recuento de esta fuente de ingresos: «He recibido por herencias más de veinte millones de sestercios. Aunque en este aspecto reconozco que tú has tenido más suerte que yo: a mí nadie, salvo los amigos, me ha nombrado heredero, de manera que el dolor se juntaba con el provecho, si alguno cabía». Diodoto, su maestro estoico, tampoco

se mostraría contrario a este tipo de prácticas, porque cuando murió en su casa, en el año 60 a. C., también se lo había legado todo a Cicerón. En tales circunstancias, resulta complicado no sospechar nada de todo este asunto.

En una carta a un amigo donde discutían sobre Crisipo y Diodoto, Cicerón escribiría: «Si tienes un jardín y una biblioteca, tienes todo lo que necesitas». Es evidente que una parte de él jamás llegó a creerse tal afirmación. Era incapaz de contentarse con una vida simple y reflexiva. Como mucha gente, también necesitaba las riquezas y la fama. Y, como muchos de nosotros que anhelamos lo mismo, no supo el precio que tendría que pagar hasta que ya era demasiado tarde.

Sin embargo, a pesar de su ambición y sus gustos caros, Cicerón siempre se mantuvo firme contra la corrupción. A diferencia de muchos políticos romanos, nunca aceptó un soborno. Era un servidor público admirable y honesto, y también se negó a aceptar cualquier tipo de honorario adicional por sus servicios. Por supuesto, esta postura es más fácil de tomar cuando uno tiene una herencia cuantiosa.

Tras servir como *cuestor* y edil, el siguiente cargo al que aspiró Cicerón fue el de pretor, al que se presentó a la edad de treinta y nueve años (67 a. C.), y ganó gracias a su apoyo a Pompeyo. De nuevo, ese cargo apenas era un escalón más en su carrera para ascender a la cima del poder: al consulado. La presidencia del Senado y la comandancia del ejército romano. El papel de cónsul estaba reservado casi exclusivamente a las familias más selectas de Roma. Como señala el historiador Gerard Lavery, durante los últimos ciento cincuenta años de la República solo diez *novi homines* lograron alcanzarlo. Y entre el 93 y el 43 a. C., Cicerón era el único.

El camino hacia la fama no fue un camino de rosas. Se enfrentó a dos rivales para el cargo: Catilina y Marco Antonio. Aprovechando sus fortalezas, Cicerón empezó una polémica campaña contra el sanguinario y corrupto Catilina, en la que advertía al Senado y al pueblo de la existencia de un complot para usurpar el poder de la República. Eso le bastó para ganar el consulado. Pero el coste sería muy alto. Es discutible que Catilina participara en un complot para usurpar la República, pero después de ser el blanco de las calumnias de Cicerón, se mostró dispuesto a corromper todo el sistema para reclamar su venganza.

Cicerón asumió el cargo en el año 63 a. C. en medio de una crisis financiera: los enemigos de Roma habían atacado las rutas comerciales de Oriente, el desempleo era elevado, la recesión afectaba todos los ámbitos de la vida romana y, como suele ocurrir en los tiempos aciagos, empezaron a aparecer tensiones internas. Cicerón prometió la *concordia ordinum* —es decir, la colaboración armónica

entre las distintas clases—, pero lo que realmente quería decir era que podía evitar que todo se fuera al traste. Aunque Posidonio o Diodoto le hubieran enseñado los beneficios y la *virtud* de la imparcialidad, era un aspecto que no podía ocupar un lugar destacado en su lista de preocupaciones.

Cicerón aprobó una ley que aumentaba la pena por fraude electoral a diez años de destierro. Era una buena ley, sin duda. Pero ¿su propósito era beneficiar al pueblo o se trataba de un movimiento estratégico contra sus enemigos políticos? Catilina creyó que la ley iba en su contra, y organizó un plan para asesinar a Cicerón y a sus aliados en el Senado. Cuando un ilustre ciudadano romano entregó unas cartas que demostraban el complot de Catilina, Cicerón convocó al Senado y pronunció el discurso de su vida.

«¿Hasta cuándo has de abusar de nuestra paciencia, Catilina? ¿Cuándo nos veremos libres de tus sediciosos intentos? ¿A qué extremos se arrojará tu desenfrenada audacia? ¡Oh, qué tiempos! ¡Qué costumbres!», dijo Cicerón cuando exigió la ejecución de su enemigo. Catilina, que se encontraba entre el público, apenas tuvo alguna opción para defenderse. No era rival para un orador tan brillante. Todo lo que pudo hacer fue recurrir a los tópicos de la élite de Roma: señaló que Cicerón no pertenecía a una gran familia y puso en duda la credibilidad de un hombre que se había hecho a sí mismo.

No funcionó.

Por eso huyó de Roma... en busca del ejército que tenía a la espera, y demostró que Cicerón estaba en lo cierto. Catilina era un traidor y un rebelde. Pero la gravedad de la acusación sigue presentando serias dudas. Tanto sus contemporáneos como los historiadores sospechan que Cicerón, en aras de alcanzar más poder y protagonismo, exageró el peligro que corría la nación en beneficio propio.

Aun así, el Senado, confiando en sus palabras, le otorgó poderes casi dictatoriales para que sofocara la amenaza. La República y el propio Cicerón, como muchos otros imperios que creyeron enfrentarse a una amenaza real para sus instituciones, se deformaron bajo tanta presión. Catón pidió a Cicerón que aplicara a esos criminales todo el peso de la ley. Era lo más justo, dijo.

Cicerón, que entonces tenía un poder casi absoluto, dudó. No fue por razones morales. Como siempre, pensaba en su reputación. Su esposa, Terencia, demostró ser decisiva al entender que ese sacrificio, que habría asustado a muchos, era una oportunidad para que su marido ejerciera el poder que le habían otorgado.

Finalmente, Cicerón condenó a muerte sin un juicio legal a los conspiradores y a los otros miles de hombres que los apoyaban. El Senado, en agradecimiento, le concedió el título de «padre de la patria». Sin embargo, la severidad de sus medidas y las vidas afectadas por tantas muertes lo persiguieron durante el resto de su vida.

Tras aquella experiencia, lo único que permaneció intacto en Cicerón fue el sentido, y la grandeza, de su propio destino. Plutarco nos cuenta que, al cabo de unos días, Cicerón empezó una campaña para ensalzar su éxito. «No se podía ir al Senado o asistir a una reunión pública ni a una sesión de los tribunales, sin tener que escuchar infinitas repeticiones de la historia de Catilina y Léntulo»,[5] escribió Plutarco, «ese desagradable hábito le colgaba como una condena». Los elogios y el reconocimiento nunca eran suficientes para él.

Cicerón también pretendía plasmar por escrito lo que él creía que era su propia grandeza. Intentó convencer a Posidonio para que recogiera su mandato en su gran historia de cincuenta y dos volúmenes, y cuando Posidonio rechazó incluirlo, Cicerón escribió una carta —que más bien parecía un libro— a Pompeyo enumerando sus propios logros. La reacción de Pompeyo fue encogerse de hombros. Pero Cicerón no se amilanó: estaba convencido de que había salvado al país. Realmente creía que la historia estaba en deuda con él.

El historiador H. J. Haskell recoge perfectamente las contradicciones del carácter de Cicerón. Tenía talento, era brillante, estaba empapado de la filosofía más juiciosa de todas las escuelas y, sin embargo, «lo dominaban los sentimientos, era demasiado sensible, demasiado presuntuoso, demasiado impulsivo como para convertirse en un gran líder. En ocasiones podía comprender demasiado bien los dos lados de las cuestiones públicas, pero era incapaz de tomar una decisión, desprenderse de las dudas y seguir adelante. En otras, cuando su odio tomaba el control… se lanzaba hacia delante de forma temeraria».

Cicerón conocía las advertencias de los estoicos sobre las pasiones, pero no se esforzó demasiado en refrenar las suyas. Y así, una y otra vez, padeció ese tipo de sufrimiento contra el que los estoicos habían estado advirtiendo *desde los días de Zenón*.

Cómo los personajes en las obras de Posidonio, Cicerón lograba casi todo lo que deseaba… pero siempre acababa lamentándose.

El consulado de Cicerón y su breve liderazgo durante la crisis fueron los momentos culminantes de su carrera. A partir de ahí, su vida sería un descenso escalonado. Roma siguió su camino y, como el oráculo había vaticinado, la gratitud de las masas se esfumó. César, Pompeyo y Craso formaron su triunvirato

en el año 60 a. C. y, para combatir a Cicerón, crearon un frente de enemigos común. En el año 58 a. C., el siguiente cónsul se alineó abiertamente contra él y lo desterró por haber condenado a muerte sin un juicio a ciudadanos romanos. Cicerón tuvo que huir de Roma y sus propiedades fueron arrasadas.

Fue Séneca quién observó la rapidez con la que el tiempo y el destino azotarían a Cicerón «del mismo modo que lo habría hecho Catilina si hubiera sido vencedor». De hecho, un año más tarde, su destierro fue revocado, pero, aun así, su suerte ya estaba echada.

Cicerón se mantuvo alejado de la ciudad y retomó, en la medida de lo posible, la escritura y la filosofía. Se dedicó a estudiar los libros de la biblioteca de Fausto Sila, que se encontraba cerca de su villa en Cumas —el hogar del maestro estoico Blosio—. Por aquel entonces, escribió su libro *Sobre la oratoria*, donde comparaba el uso de la retórica de Catón y Rutilio Rufo y demostraba que la decisión de este último —la de guardar silencio estoicamente frente a sus acusadores— no había sido provechosa porque, precisamente, era una ocasión donde la retórica podría haberlo salvado. Preocupado por el futuro de Roma, también escribió dos libros (*La república* y *Las leyes*) inspirados por los escritos de Diógenes de Babilonia y Panecio.

Pero como a muchos historiadores, e incluso a muchos lectores en la actualidad, a Cicerón se le escapaba lo que tenía delante de sus narices: las *vidas* de esos grandes personajes. Se le escapaba la esencia común que todos ellos compartían: el carácter, el compromiso, el propósito.

En el año 51 a. C., Cicerón fue nombrado gobernador de Cilicia, una posición alejada de las disputas palaciegas de Roma que lo ayudó a relanzar su reputación. Pero, en realidad, apenas fue un breve respiro antes de afrontar los desastres que el destino tenía reservados para él y para Roma.

En una ocasión, Cicerón escribió que los orígenes de las cosas suelen ser modestos. Durante esos pocos años de tranquilidad, también descubriría que los finales de estas pueden ser rápidos y sorprendentes. A principios del año 49 a. C., César, su antiguo amigo y compañero, cruzó el Rubicón. La ambición de César se había gestado más lentamente que la de Cicerón. Era menos pretenciosa, pero mucho más agresiva e inflexible. Además, estaba respaldada por la fuerza de un ejército invicto y profundamente temido en la Galia. La guerra civil no tardó en estallar. En septiembre del año 48 a. C., Pompeyo —ese mismo a quien Cicerón había elogiado en su primer gran discurso político y al que su maestro Posidonio había intentado instruir sobre la virtud— estaría muerto.

¿Quién podría detener a César? Cualquiera podría pensar que esa era la oportunidad que esperaba un estudiante de filosofía y un maestro de la oratoria como Cicerón. Parecía que el destino había encontrado al hombre adecuado. Sin embargo, Cicerón, el luchador incansable, no estaba preparado para dar un paso al frente. La distancia nos ofrece la suficiente perspectiva como para afirmar que Cicerón se había consumido en la crisis equivocada. Pensando que la conspiración de Catilina era su momento estelar para pasar a la historia, Cicerón había mostrado sus cartas demasiado pronto, con demasiado fervor. Ganó fama con ello, pero fue una victoria pírrica.

Ahora, la República sí que pendía de un hilo. El talento de Cicerón —su habilidad para persuadir, conmover a la multitud y relatar una historia que sacara la gente a las calles— nunca había sido más necesario. Sin embargo, no tenía la capacidad para convocar a una audiencia que lo escuchara. No tenía demasiado poder. Su momento había pasado, no podía hacer nada.

¿O acaso era un cobarde? Bien es cierto que le ofrecieron el mando de los ejércitos de la República, e inexplicablemente lo rechazó.

Únicamente Catón —el estoico que no publicó tantos libros como él, pero consagró su *vida* al estoicismo— parecía dispuesto a presentar batalla. No fue suficiente. Cuando César se hizo con el poder en el año 46 a. C., Catón se suicidó en Utica y se convirtió en un mártir de la causa republicana. Cicerón escribió su elogio e intentó plasmar con palabras el carácter de aquel estoico al que tanto admiraba como criticaba, pero cuyo compromiso con los principios a él le faltaba. Cicerón y toda Roma estaban dispuestos a retroceder ante César, y, como diría Plutarco, «someterse a él».

El elogio de Cicerón a Catón es un claro ejemplo de ello: aunque solo sobreviven cincuenta palabras, sabemos que Cicerón se autocensuró por temor a enfurecer a César y sus partidarios. Tanto Catón como Cicerón se preocupaban por lo que era correcto. Sin embargo, Cicerón estaba más preocupado por sí mismo. Catón creía en el valor. Cicerón, en conservar la cabeza.

Esa decisión le brindó unos pocos años más de vida, pero, como deberíamos hacer nosotros con nuestros compromisos, los estoicos se preguntarían: *¿A qué precio?*

El único aspecto positivo de la sumisión de Cicerón y su falta de compromiso con la filosofía es que, al conservar la vida, pudo seguir escribiendo y tender una especie de puente entre el pensamiento filosófico griego y el latino, especialmente en el campo de la ética. Y, cuando se trataba de ética, Cicerón no conocía una mejor fuente de conocimiento que el estoicismo. Al final, Cicerón no alcanzó la

fama por los éxitos de su carrera política o por las decisiones que tomó en su vida, sino por lo que dejó por escrito: la sabiduría de los estoicos que sobrevive hasta nuestros días.

En el año 46 a. C. Cicerón publicó *Las paradojas de los estoicos*, una obra dedicada a Marco Bruto con fuertes influencias estoicas. En lo que era más un ejercicio retórico que un estudio filosófico formal, exploró seis de las principales paradojas estoicas:

1. La virtud es el único bien.
2. Nada hace falta para ser feliz.
3. Que los pecados y las buenas obras son iguales.
4. Todos los necios están locos.
5. Solo el sabio es libre.
6. Solo el sabio es rico.

No eran paradojas en el sentido estricto de la palabra. Simplemente eran argumentos que iban en contra del sentido común. En realidad, los estoicos se apoyaban en el contrasentido de estas sentencias para captar la atención de la gente: ¿Cómo puede ser la virtud el único bien si también necesitamos la salud y el dinero para vivir? ¿Una mentira es tan horrible como matar a alguien? Muchos filósofos eran aparentemente pobres, ¿cómo podían ser ricos? Las posibilidades para discutir, contraargumentar y burlar la lógica eran infinitas... y Cicerón adoraba trastear con los ejemplos de Zenón, Cleantes, Aristón y todos los demás.

Irónicamente, aquello que limitaba a Cicerón en la política —su ambición desmedida, sus dudas y el deseo de agradar— encajaba perfectamente con el propósito autoimpuesto de ser el primero en ofrecer un discurso elocuente y detallado de la filosofía griega en lengua latina. Aunque se sintió atraído por el rigor y la precisión de los estoicos, y por su perfectamente desarrollado pensamiento ético, acudió a la escuela platónica con mayor regularidad, y recurrió a su método escéptico y su insistencia en argumentar todos los puntos de vista de cualquier cuestión.

Como académico, su buen ojo y su habilidad para hablar y exponer ideas en las que no creía realmente le permitieron elaborar grandes escritos. Era parecido a Carnéades, podía defender todas las posturas de un debate. Este hábito, exasperante para aquellos que estaban a su alrededor, preservó todo tipo de fuentes de conocimiento de las que podemos seguir disfrutando hoy en día. Su escritura era deliciosa, con ideas que darían forma al mundo. Más adelante, san

Jerónimo mostraría su preocupación porque tenía en mayor estima las obras de Cicerón que la Biblia. San Agustín se dedicó a la filosofía cuando leyó la obra perdida de Cicerón, el diálogo filosófico *Hortensius*. Y Séneca y otros estoicos también leyeron sus obras con gran interés. Pero como persona, como líder, su costumbre de nadar entre dos aguas resultó un vicio vergonzoso.

Con el tiempo, ello acabó pasándole factura. Los últimos años de Cicerón fueron una carrera frenética por escribir y escapar de los golpes del destino. De hecho, con la excepción de un libro sobre retórica, *De Inventione*, que redactó a los veinte años, Cicerón escribió sus obras más importantes en un periodo de doce años, entre el 56 y el 44 a. C. (la mayor parte de ellas entre el 46 y el 44 a. C.).

Si en aquella época Cicerón se hubiera dedicado completamente a sus libros, podríamos contemplarlo con cierta admiración. Pero Plutarco nos cuenta que se empeñó en regresar a Roma y presentar sus respetos a César. Incluso le ofreció sus alabanzas. Cuando César reconstruyó una estatua de su propio rival, Pompeyo, Cicerón se presentó para halagarlo, tal vez como le habría gustado que lo halagaran a él. *Al restaurar las estatuas de Pompeyo*, dijo Cicerón totalmente entregado, *has consolidado más las tuyas*.

A Catón, cuyo cuerpo todavía yacía fresco en la tumba, como el de Pompeyo, se le habrían revuelto las tripas ante esa escena.

En el año 45 a. C., Tulia, su querida hija, falleció. Era una oportunidad para acudir al estoicismo, puesto que más tarde dio consejos a su amigo Bruto ante una pérdida semejante. Pero, en cambio, no encontró nada que lo tranquilizara. Solo tenía las ideas de sus libros y sus vacilantes ambiciones. Estaba roto, hundido. Su carrera parecía acabada y su vida se desmoronaba.

Así que Cicerón siguió escribiendo filosofía, pero nunca vivió filosóficamente. Continuó escribiendo sobre el estoicismo, pero nunca se tomó en serio sus principios. De alguna manera, esa sería su mayor contribución a la filosofía. Nunca se comprometió con los principios que transmitió de Zenón, de Crisipo o de sus contemporáneos estoicos sobre los que escribió, como Rutilio Rufo y Catón. En realidad, su vida fue un ejemplo de la importancia de esos principios. Como Diótimo, nos mostró lo que *no* debemos hacer.

Cicerón dedicó su libro *Disputaciones tusculanas* a su amigo Bruto, y en el 45 a. C., Bruto escribiría a su vez un libro inspirado en el estoicismo, *De la virtud*, que dedicó a Cicerón.

Pero, a diferencia de Cicerón, el de Bruto no era solo un ejercicio teórico. Como Catón, como un verdadero filósofo, Bruto estaba preparado para arriesgarlo todo para salvar al país que tanto amaba. Iba a matar a Julio César, el dictador de

aquella república que Cicerón y Bruto tanto habían amado. Cuando Bruto, Casio y los otros conspiradores tramaron el plan para matar a César, dejaron al margen a Cicerón. Creían que era poco fiable, demasiado inseguro, propenso a cuestionar los planes o arruinarlos, voluntariamente o no. En resumen, cuando el momento lo requería, no se podía contar con Cicerón. No era lo suficientemente estoico.

Shakespeare lo interpretó de este modo:

CASIO

¿Qué hacemos con Cicerón? ¿Lo tanteamos?
Su auxilio puede ser de gran valía.

BRUTO

No le nombréis. No confiemos en él.
Nunca seguirá un plan de otra persona.

Temían que su amigo no tuviera suficiente valor y que su ego fuera un problema. La historia les daría la razón. Casi inmediatamente después de la muerte de César, Cicerón se atribuyó el mérito de la hazaña, afirmando que Bruto había gritado su nombre mientras clavaba el puñal.

Como explicaría Cicerón en un discurso: «¿Por qué me nombró a mí y no a otros? ¿Porque yo lo sabía? Después de semejante hazaña pronunció mi nombre y no el de otro para atestiguar que ahora era mi rival en la gloria».[6]

El pasado es el prólogo, diría Shakespeare, y así ocurrió con su propia vida. Su necesidad de reconocimiento y su tendencia a cambiar de opinión lo perseguirían hasta el final. Tras la muerte de César, llegaron el joven Octavio y Marco Antonio. Cicerón volvió a elegir el lado equivocado y, sorprendentemente, renunció a participar en una guerra civil que él mismo había ayudado a provocar.

Sorprendentemente, la última obra de Cicerón habla sobre el deber. En su carrera nunca había sido una prioridad. Sus motivaciones habían sido la fama, el honor y demostrar que los demás estaban equivocados. Pero como su hijo de veintiún años, Marco, acababa de terminar su primer año de formación filosófica en Atenas, tal vez Cicerón quería inculcarle un sentido de la moral más firme que el que él había demostrado. La obra empezaba con una hipótesis: los vicios tientan a Marco, como a Hércules en la encrucijada, y corre el riesgo de abandonar el camino de la virtud. Para remediarlo, Cicerón recuperó los trabajos

de Diógenes, Antípatro, Panecio y Posidonio, no solo para exponer la teoría ética de los estoicos, sino para enseñar a su díscolo hijo los principios básicos que necesitaba para alejarse del camino de la ruina.

En la dedicatoria, le escribe a Marco:

> Aunque la filosofía ofrece numerosas cuestiones, serias y útiles, que los filósofos han debatido con exactitud y profusión, las enseñanzas que han transmitido sobre el tema de los deberes morales parecen tener la más amplia aplicación práctica. Porque ningún aspecto de la vida ya sea público o privado, en casa o en el trabajo, solo o acompañado, puede estar exento de un deber moral; y en su cumplimiento se apoya toda la honorabilidad y en su abandono toda la ignominia.

Como todo lo que escribió Cicerón, se trataba de un texto perfectamente elaborado. Pero, al parecer, nunca llegó a comprometerse con lo que escribía.

Al final, el amor por la retórica de Cicerón sería lo que selló su destino. Había reprendido a Rutilio Rufo por su laconismo frente a sus acusadores arguyendo que la retórica podría haberlo salvado. Pero, cuando estaba con el agua hasta el cuello en el 43 a. C., Cicerón pronunció catorce discursos contra Marco Antonio, uno de los herederos de César.

Una cosa habría sido que Cicerón, como Catón, se hubiera limitado a condenar los excesos y la brutalidad cuando era testigo de ellos. Pero, sus *Filípicas*, como se conocen ahora los discursos, eran una estratagema para enfrentar a Marco Antonio y Octavio, el sobrino de César, ambos con un modelo de gobierno autoritario. Cicerón hacía hincapié en sus diferencias, sin prestar atención a sus principios. Y comparando sus discursos con los de Demóstenes, más de doscientos años antes, está claro que también en esa ocasión estaba más motivado por el protagonismo que por la verdad.

Sus palabras fueron su perdición. César, aunque era un tirano, siempre se había mostrado indulgente y compasivo. Amaba el arte de la retórica. No obstante, Marco Antonio no poseía esa delicadeza. El Segundo Triunvirato debatió el destino de Cicerón durante varios días, y luego, sin un juicio legal, como él había obrado con sus enemigos tantos años atrás, lo condenaron a muerte.

En un primer momento, intentó huir. Luego dudó y regresó. También contempló la idea de llevar a cabo un suicidio dramático como el de Catón, pero temeroso de un final tan definitivo, prefirió seguir luchando.

Cicerón había denunciado durante mucho tiempo la gran farsa de Roma. Había escrito sobre el deber. Había admirado a los grandes nombres de la historia. Había cosechado muchos éxitos en su vida. Había acumulado mansiones y honores. Había formado parte de las escuelas más ilustres. Había realizado los mejores trabajos. Su nombre era tan célebre que nadie volvería a plantearse sus orígenes humildes. No solo fue un hombre *nuevo*; durante un tiempo, fue el *modelo a seguir*.

Sin embargo, para alcanzar todo eso había renunciado a muchas cosas. Había ignorado los principios más básicos del estoicismo, la autodisciplina, la moderación —como demuestran los mofletes de su rostro—, los deberes y las obligaciones. Había ignorado a su conciencia. Había desafiado al oráculo dejándose llevar por la opinión de las masas. Si hubiera seguido los consejos de Posidonio y Zenón, su vida podría haber acabado de otra forma. Pero para ello debería haber mostrado más firmeza. Debería haber sido más fuerte.

Y llegado ese momento, el momento más importante de su vida, no tenía nada a lo que aferrarse. En ese momento, nada en su filosofía personal podía salvarlo cuando el cruel destino se cernía sobre él. No podía confiar en su ciudadela interior —aquella a la que recurrían los estoicos cuando se enfrentaban a la muerte— porque nunca se había preocupado de construirla cuando tuvo la oportunidad.

Todo lo que podía hacer era esperar un milagro.

Un milagro que nunca sucedió. Exhausto, como un animal cansado de huir, renunció a presentar batalla y esperó la última estocada. Sus asesinos lo alcanzaron en una carretera que conectaba Nápoles con Roma.

Lo decapitaron, y su cabeza, sus manos y su lengua pronto aparecieron colgados en el Foro y en la casa de Marco Antonio.

«Cicerón ha muerto».

Así es como Shakespeare representó la repentina caída de este gran hombre. De forma abrupta, violenta y definitiva.

Uno de los soldados de César, Cayo Asinio Polio, escribiría uno de los epitafios más ilustrativos sobre Cicerón:

> Ojalá hubiera sido capaz de soportar la prosperidad con más autocontrol, y la adversidad con más fortaleza… Invitó a la enemistad con más espíritu del que la combatió.

Así fue.

---

1 Del mismo modo que el incidente de Zenón con las lentejas está cargado de implicaciones de clase, también lo está la asociación de Cicerón con el *humilde* garbanzo.
2 Anthony Everitt, *Cicerón* (Edhasa, 2007).
3 Ibid.
4 Marco Tulio Cicerón, *Disputaciones tusculanas* (Gredos, Biblioteca Clásica, 2005).
5 Anthony Everitt, *Cicerón* (Edhasa, 2007).
6 Marco Tulio Cicerón, *Filípicas* (Planeta, 1994).

CATÓN (EL JOVEN) «EL HOMBRE DE HIERRO DE ROMA»

Nacimiento: 95 a. C.
Muerte: 46 a. C.
Origen: Roma, Italia

Cada par de generaciones, o quizá cada pocos siglos, nace un hombre con una constitución de hierro, modelado con un material más resistente que los demás. Ellos son los personajes que acaban convirtiéndose en nuestros mitos, nuestras leyendas.

Siempre nos preguntamos: ¿Cómo pudieron hacerlo? ¿De dónde sacaron esa fortaleza? ¿Volveremos a ver una persona semejante?

Marco Porcio Catón fue uno de esos hombres. Incluso en su época había una expresión que rezaba: «No todos podemos ser como Catón».

Catón llevaba la grandeza en la sangre. Nació en el año 95 a. C. en una familia que, a pesar de sus orígenes plebeyos, estaba afianzada en la aristocracia romana. Su bisabuelo, Catón «el Viejo», empezó su carrera como tribuno militar y fue ascendiendo de cargo (*cuestor*, edil, pretor) hasta ser cónsul en el 195 a. C. a la par que incrementaba su fortuna agrícola y se ganaba un nombre defendiendo las costumbres de los ancestros (*mos maiorum*) contra las influencias modernizadoras de un imperio en expansión. Irónicamente, una de las influencias más importantes de Catón fue la filosofía, contra la cual su bisabuelo había luchado de forma tajante con su celo conservador. Al fin y al cabo, su bisabuelo fue partidario de expulsar de Roma a los filósofos que integraban la embajada de Diógenes en el 155 a. C.

¡Qué sorpresas guarda el destino! Aunque Catón «el Viejo» renegara de Carnéades y Crisipo, su bisnieto, Catón «el Joven», acabaría siendo famoso por la filosofía. Sin embargo, no fue gracias a su brillante retórica. Catón «el Joven» estaba hecho de otro material, uno distinto que el del brillante Posidonio. Casi todos los estoicos anteriores y posteriores, en parte, alcanzaron la fama por sus textos y sus palabras. Sin embargo, Catón no es recordado por sus palabras, sino por sus actos y por lo que representó. Consiguió dejar constancia de sus convicciones a través de sus actos, y se ganó una reputación mayor que la de cualquiera de sus antepasados, cual monumento destinado a durar eternamente.

En principio, no es lo que uno podría esperar.

Como Cleantes antes que él, y como Winston Churchill aproximadamente dos mil años más tarde, los primeros años de Catón en la escuela fueron decepcionantes. Su tutor, Sarpedón, decía de él que era obediente y disciplinado, pero «lento de entendimiento». Tenía destellos de brillantez, los conocimientos que asimilaba nunca desaparecían; pero era conflictivo, no tanto por su conducta —es difícil imaginar a este muchacho disciplinado obrando mal—, sino por su

intensidad y su firmeza. Exigía una explicación para todas las tareas que le asignaban, y afortunadamente su tutor optó por fomentar ese compromiso con la lógica, en lugar de sacárselo a golpes.

De todas formas, la fuerza bruta con él nunca habría dado un buen resultado. Cuentan que una vez un militar de alto rango visitó el hogar de Catón cuando apenas era un niño para debatir algún asunto sobre la ciudadanía con su tío. Cuando el soldado le pidió que defendiera su causa ante su tío, que era su tutor y también tribuno, Catón se negó en redondo. Entonces, el militar, disgustado por esa falta de respeto intentó amedrentarlo. Catón, con apenas cuatro años, le devolvió la mirada, impasible. Cuentan que más tarde, ese militar sujetaba a Catón por los pies desde una balconada y el joven muchacho no solo se mantuvo firme, sino que, además, no intentó oponerse o decir nada al respecto. El militar, aceptando la derrota, dejó al niño en el suelo y le dijo que, si Roma estuviera llena de hombres como él, nunca podrían convencerlos de nada. Esa sería la primera batalla donde su voluntad se enfrentaría al poder, y un anticipo de los extremos a los que tendrían que llegar sus oponentes para vencerlo.

Es evidente que más allá de su determinación, también había un intenso y casi radical compromiso con la justicia y la libertad. Ante los abusos, no podía quedarse de brazos cruzados. Incluso en su infancia, siempre daba un paso al frente para defender a los niños pequeños de los mayores. En una ocasión, después de visitar a Sila en su casa, Catón le preguntó a su tutor por qué había tanta gente que le rendía homenajes y favores. ¿Acaso Sila era tan popular? Sarpedón le explicó que Sila no recibía esos honores porque fuera un hombre muy querido, sino porque era muy *temido*. «Entonces, ¿por qué no me diste una espada para que pudiera liberar a mi país de la esclavitud?», respondió Catón.

Esa era la intensidad —y el carácter que Plutarco describía como «implacable»— que propició que Sarpedón lo introdujera en el estoicismo con la esperanza de que aquel joven pudiera canalizar adecuadamente su rabia y su firmeza. Siglos más tarde, inspirado en una obra de teatro sobre Catón, George Washington hablaría con frecuencia del esfuerzo que es necesario para comprender las intrigas de la política y las dificultades de la vida «bajo la suave luz de una filosofía serena». Washington, que había nacido con el mismo temperamento, sabía lo importante que era someter sus pasiones a unos principios de conducta firmes.

La mayoría de los grandes líderes tienen un gran temperamento. Pero los mejores logran someterlo con el mismo coraje y control con el que afrontan los obstáculos de la vida.

Catón fue alumno de Antípatro de Tiro, el cual le enseñó los principios básicos del estoicismo. Pero, a diferencia de muchos estoicos de su época, el joven Catón no solo estudió filosofía, sino también oratoria. Rutilio Rufo había guardado silencio para defenderse, pero ese nunca sería el estilo de Catón. Aun así, siempre procuró que su bisabuelo se sintiera orgulloso de su prudencia y su franqueza.

«Empiezo a hablar», explicó una vez Catón, «solo cuando estoy seguro de que lo que voy a decir no es mejor callarlo».[1]

Cuando Catón rompía su silencio, siempre decía algo convincente. «Ejercitaba la elocuencia como un instrumento para hablar a la muchedumbre», cuenta Plutarco. La retórica y la filosofía estoica canalizarían la rabia y la furia que habían asustado a Sarpedón hacia una defensa feroz de la justicia que acabó siendo el rasgo predominante de su carácter personal y político. Como dijo Plutarco: «Por encima de todo, se inclinaba más a la justicia rígida y severa que nunca cedía a la condescendencia ni al favor». Armado con un carácter resolutivo y osado, una gran habilidad para hablar en público y los principios éticos estoicos, Catón se convertiría en una formidable figura política, una figura singular que todos sabían que nunca podrían comprar.

Pero, antes de hacerse un nombre en la política, Catón fue un soldado. En el año 72 a. C. se presentó voluntario en la Tercera Guerra Servil contra Espartaco. Habría sido inconcebible que otra persona ocupara su lugar. Para Catón, las *acciones* y los sacrificios que uno está dispuesto a realizar, especialmente cuando se trata de defender la patria, son aquello que le permitía ser un filósofo. Por ello, en cada una de las batallas de esa guerra, se mostró intrépido y comprometido, como creía que todo ciudadano estaba obligado a ser.

En el 68 a. C., después de esta experiencia, con veintisiete años, ya estaba preparado para presentarse como tribuno militar, el mismo cargo que había ocupado su padre antes que él. De hecho, la Basílica Porcia, el foro público donde los tribunos discutían sus asuntos, llevaba el nombre de su constructor, su bisabuelo. Respetuoso con ese legado y comprometido con lo que consideraba *correcto*, Catón era el único candidato que realmente encajaba con las restricciones y los requisitos de ese cargo. Es posible que la corrupción fuese un mal endémico en Roma, pero él nunca aceptó el argumento de que «todos lo hacen». Y se ganó el respeto por ello, o al menos le sirvió para distinguirse de los demás. En palabras de Plutarco: «La firmeza de sus opiniones, combinada con su carácter, aportaba a su severidad una gracia risueña que se ganaba el corazón de los hombres».

Eso incluía a las tropas que comandaría durante los tres siguientes años, porque su servicio militar lo llevó a visitar muchas de las provincias del Imperio. Quien pensara que las visitas a esas localidades exóticas ablandarían su carácter o su férreo control sobre sí mismo caería en un error. Y, en cierta medida, esa fue una de las razones por las que era tan apreciado, porque siempre se consideró como un soldado raso.

Pero la guerra, que empezó como una gran aventura, pronto le rompería el corazón. En el año 67 a. C. recibió una carta que anunciaba que su hermano Caepio estaba enfermo. Catón y Caepio siempre habían sido distintos. Su hermano se rodeaba de unos lujos y unos favores que Catón nunca se habría permitido. Pero, cuando se trata de un hermano, a veces miras hacia otro lado. No obstante, Catón fue más allá. No solo disculpaba sus excesos, sino que lo *idolatraba* y, al saber que estaba a punto de morir, no dudó en correr a su lado desafiando los peligros que implicaba cruzar un mar tormentoso en una diminuta embarcación.

La vida no es justa y casi nada le importan nuestros planes o sentimientos. Catón era consciente de ello porque había visto escrito ese tipo de sabiduría de innumerables formas en los libros de la filosofía que amaba. Sin embargo, cuando desembarcó en Tracia después de un peligroso viaje, descubrió que había llegado apenas unas horas tarde para poder despedirse de su hermano. Fue un golpe demoledor, y Catón no pudo contener sus lamentos. Como escribirían sus biógrafos, Jimmy Soni y Rob Goodman: «En ocasiones, nuestra máscara se resquebraja, nuestra determinación desaparece y nuestros sentimientos se apoderan de nosotros». Plutarco creía que quienes consideraban incoherente el dolor de Catón pasaban por alto «toda la ternura y el afecto que se mezclaban con la severidad y la firmeza de ese hombre». Los historiadores también parecen haber pasado por alto cómo la pérdida de sus padres y luego la de su querido hermano —sin tener la oportunidad de despedirse— podrían haber endurecido más a un hombre tan firme.

En cualquier caso, esa experiencia no pervirtió su integridad ni el compromiso con sus ideales. Durante el luto, Catón rechazó educadamente todos los costosos regalos que sus amigos enviaron para sufragar los ritos funerarios y pagó, de su propio bolsillo, lo que otros enviaron en forma de incienso y ornamentos. La herencia pasó íntegramente a la hija de Caepio sin que se dedujera un céntimo para los gastos del funeral. Catón cubrió todos los gastos.

Superado aquel dolor, con treinta años, Catón estaba preparado, decidido e ilusionado para presentarse al cargo de *cuestor*. Era su primer contacto con el Senado y, sobre todo, una oportunidad para acabar con la corrupción y devolver a Roma sus valores fundamentales. Aprovechó su mandato para reformar la hacienda pública, expulsar a los secretarios y escribanos corruptos, erradicar las ganancias ilícitas de Sila y perseguir a los morosos. Era el primero en llegar al trabajo y el último en abandonarlo, y parecía disfrutar rechazando los proyectos de los políticos que requerían gastos innecesarios o lujos financiados por el Estado. Su compromiso era tan notorio que incluso se convirtió en una tapadera política para sus homólogos menos estrictos. Plutarco nos cuenta que, cuando los electores presionaba para obtener dádivas, los políticos se encogían de hombros y decían: «Es imposible, Catón no lo consentirá».

¿Ese rigor le granjeó enemigos? Por supuesto. Era inevitable. Como Cicerón, Catón también estaba enemistado con Catilina y otras personalidades poderosas que luchaban para controlar un Estado cada vez más cleptómano. Los historiadores cuentan que los poderosos siempre se mostraron hostiles con Catón porque su sola presencia los avergonzaba.

Incluso cuando Cicerón se posicionó con Catón se manifestaron dos actitudes totalmente diferentes. Catón nunca se beneficiaba de las reformas ni acumulaba riquezas indirectamente. De hecho, a pesar de su clase social y su ilustre familia, a menudo parecía que pasaba dificultades económicas. Se negaba a vestir los extravagantes y brillantes ropajes de color púrpura que estaban de moda en el Senado, y prefería llevar una túnica oscura normal y corriente. Nunca usaba perfumes. Andaba descalzo por las calles de Roma y no llevaba nada debajo de la toga. Mientras sus amigos montaban a caballo, él disfrutaba caminando a su lado. Nunca abandonó Roma si había una sesión en el Senado. No celebraba fiestas ostentosas ni se atiborraba en los banquetes, además era muy escrupuloso a la hora de reservar los manjares más selectos para los demás. Prestaba dinero sin intereses a sus amigos. Tampoco tenía un séquito o guardia personal, y cuando estaba en el ejército dormía en las trincheras con sus tropas.

Como diría Cicerón, era un hombre que actuaba como si viviera en la República de Platón, y no «en la de fango de Rómulo».[2]

Es posible que el carácter férreo de Catón fuera un don de nacimiento, pero es incuestionable que sus elecciones le forjaron una armadura adicional y lo prepararon para las pruebas que se encontraría en el futuro. Plutarco asegura que Catón «solo quería avergonzarse de lo que era realmente vergonzoso e ignorar las afrentas de los hombres sobre todo lo demás».[3]

Por lo común, a todos nos preocupa lo que la gente piensa de nosotros. No queremos parecer demasiado distintos, y por ello adquirimos los mismos gustos. Aceptamos lo que hace la multitud para que esta nos acepte. Pero, al hacerlo, nos debilitamos. Nos comprometemos, a menudo sin saberlo. Permitimos que nos compren sin recibir nada a cambio.

De entre todos los estoicos, Catón fue el que practicó de forma más activa las ideas de Aristón que aconsejaban ser *indiferente* a todo aquello que no fuera la virtud. ¿La opinión pública? ¿Mantener las apariencias? ¿Las marcas? Catón podría haber disfrutado de cualquier lujo, pero *eligió* una vida espartana. Y, si bien es posible que su comportamiento fuera un poco soberbio, también sabemos que sus paseos por las calles de Roma estaban acompañados de saludos educados y una predisposición a ayudar a los más necesitados. La reputación no era lo más importante. Lo que importaba era hacer el bien.

Quizá parezca complicado o agotador, decía Catón, pero pronto nos olvidamos de lo duro que es. Sin embargo, los resultados de obrar bien «no desaparecerán nunca». En cambio, aunque tomar un atajo o hacer algo malo puede proporcionarnos unos pocos instantes de descanso, «el placer desaparecerá rápidamente, pero la maldad nos perseguirá toda la vida».

Para Catón, su trabajo, siguiendo la tradición que empezó Diógenes, era servir al bien público. Ni al suyo ni al de los intereses familiares. Servía para el bien de la nación. Ese era el trabajo de un filósofo a pesar de que su escéptico bisabuelo o el busca fama de Cicerón no lo entendieran de ese modo.

Cuando Catón fue a una misión diplomática para supervisar la anexión de Chipre —ese tipo de ocasiones en las que los políticos romanos aprovechaban para llenar sus bolsillos— su conducta fue irreprochable. La escrupulosa venta de los tesoros chipriotas no mostró ninguna irregularidad y recaudó unos siete mil talentos para las arcas romanas. La única pieza que no vendió fue la estatua de Zenón, el fundador de la escuela filosófica que admiraba. Solo tuvo una pérdida: su amistad con Munacio Rufo. Munacio no le perdonó que no le permitiera enriquecerse con la anexión.

Sin duda este tipo de gestos eran muy poderosos y poco comunes en un imperio obsesionado con la reputación y las demostraciones de poder. Pero en el caso de Catón, además, eran sinceros. No estaba actuando. Estaba *practicando*. El estudio del estoicismo le había enseñado la importancia de practicar, de resistir activamente a la tentación y liberarse de las comodidades y las necesidades externas. Sus antepasados eran un auténtico ejemplo de ello, y él pretendía seguir el mismo camino, de principio a fin.

No todos los romanos podían ser como Catón, pero Catón podía representarlos a todos. En el año 63 a. C. este hombre austero fue nombrado tribuno, una poderosa posición a la que podía acceder gracias a los antiguos orígenes plebeyos de su familia. Era una oportunidad para equilibrar los intereses de los marginados con los de las élites. Por aquel entonces, Cicerón era el cónsul, y aunque no dudaron en unir sus fuerzas para condenar a muerte a Catilina y sus cómplices, no siempre estuvieron de acuerdo. El juicio de Murena —un oficial de la tercera guerra mitridática y más tarde cónsul— se convirtió en un ejemplo de los contrastes existentes entre Catón y Cicerón. Por un lado, el estoico inflexible, y por el otro, el académico voluble y oportunista. Cicerón formaba parte de la defensa, y Catón de la acusación. Es decir, Cicerón defendía a un hombre claramente culpable que había obtenido sus cargos mediante sobornos.

Defender a un hombre culpable era impensable para Catón, aunque un estoico como Diógenes contemplara tal posibilidad. Murena había obrado mal. No había jugado limpio y debía ser apartado de la vida pública. Era un principio estoico: *Lo que está bien está bien. Todo lo demás no importa*.

El argumento de Cicerón, que conservamos gracias a la publicación de su discurso *Pro Murena,* es más complejo. Como siempre ocurre con Cicerón, en sus argumentos aparece el interés propio y el ego. Aun así, él creía realmente que la defensa de Murena beneficiaba al Estado. Bajo la constante amenaza de Catilina, ¿el Imperio podría permitirse ese tipo de agitación? Si condenaban y cesaban de su cargo a Murena, ¿no caería el consulado en peores manos? Cicerón respetaba a Catón inmensamente, pero es imposible leer sus argumentos y no tener la sensación de que el idealismo inquebrantable de ese hombre le parecía ingenuo. El estoicismo estaba bien, pero su rigidez y su severidad ponían en riesgo la supervivencia del gobierno.

De hecho, esa fue la crítica más común que recibieron Catón y el estoicismo: ¿Dónde termina el compromiso y empieza la terquedad? ¿Acaso el gobierno y la vida no requieren también un compromiso? ¿No hay momentos en los que tenemos que elegir el menor de los males?

Catón no estaba seguro de eso. O, mejor dicho, estaba *convencido* de que ese tipo de ambigüedades eran un presagio de las luchas y la destrucción que se avecinaban.

Cuando era un niño, Catón rechazó la exigencia del militar que visitó su casa con una rebeldía silenciosa e inquebrantable. Y como político no dudaría en mostrar el mismo tesón. Catón creía que su trabajo era una especie de cortafuegos para evitar, o frenar, el colapso de Roma y la renuncia al *mos maiorum* que tanto

respetaban sus antepasados. Por ese motivo inventó un truco político que sigue vigente en la actualidad: la obstrucción. Usando su oratoria y su fuerza de voluntad, Catón defendió las posiciones de su bando hablando como si no hubiera un mañana. De ese modo logró impedir la entrega de los contratos de recaudación de impuestos a partidos corruptos y evitó leyes que violaran el espíritu de las viejas costumbres de Roma.

Al mismo tiempo, su inherente conservadurismo también impidió que se realizaran los cambios necesarios. No es exagerado decir que la resistencia de Catón alimentó la sensación de que sería necesario tomar medidas unilaterales cuando fuera necesario. Cuando César se convirtió en cónsul, encarceló a Catón para no escuchar sus maratonianas divagaciones y reanudar los procedimientos de los asuntos de Estado.

Si las diferencias entre Catón y Cicerón estaban relacionadas con dos tipos de carácter y su capacidad para llegar a acuerdos, las diferencias entre Catón y César eran más bien ideológicas: República o Imperio. Se trataba de un choque de voluntades y filosofías.

Catón y César, cada uno con sus propios excesos, eran dos hombres increíbles. El historiador Salustio, partidario de César, los describía de este modo:

> No obstante, en mi tiempo hubo dos hombres de gran mérito, aunque de costumbres diferentes: Marco Catón y Cayo César. […] Fueron, casi iguales en nacimiento, edad y elocuencia. Iguales en grandeza de ánimo y en gloria, pero cada uno por su camino. César gozaba de una gran reputación por sus atenciones y desbordante generosidad. Catón, por la integridad de su vida. El primero se hizo famoso por su piedad y mansedumbre; el segundo, por su severidad. César se ganó la reputación dando, socorriendo y perdonando. Catón, porque nunca otorgó favores inmerecidos. Uno era el asilo de los miserables; el otro, la ruina de los malvados. Del primero se alababa la afabilidad, del segundo, la constancia. En suma, César tenía por máxima trabajar, desvelarse y atender los negocios de sus amigos descuidando los suyos. No negaba nada que no fuera razonable. Quería aumentar su influencia, un ejército nuevo, una nueva guerra donde pudiera demostrar sus méritos. Catón, en cambio, cultivaba la moderación, el decoro y la entereza de ánimo. No competía con los ricos en riqueza ni con los conspiradores en las intrigas, sino con los más capaces en valor, con los más modestos en honestidad y con los más virtuosos en integridad. A fin de cuentas, quería ser bueno, más que parecerlo. Por eso, cuanto menos buscaba la fama más la encontraba.[4]

César anhelaba el poder, el control y los cambios. Catón quería que todo volviera a ser como en la época dorada de Roma, antes de la decadencia, antes de los tiranos y la corrupción. Y, si no podía lograrlo, al menos quería que todo se quedara como estaba. Haría todo lo que estuviera en su mano para evitar que las cosas fueran a peor. Y así fue como una fuerza imparable topó contra un objeto inamovible. Y el impacto fue, durante un periodo de varios años, explosivo.

Desde la distancia, la historia a veces puede parecer una lucha maniquea entre el bien y el mal. Pero, en realidad, los grises abundan. Los hombres buenos, incluso Catón, no siempre están libres de toda culpa. La inflexibilidad de Catón no siempre favorecía el bien público. Por ejemplo, cuando Pompeyo regresó a Roma de sus conquistas en el extranjero, sopesó la posibilidad de aliarse con Catón, un hombre al que respetaba, pero con el que a menudo estaba en desacuerdo. Dicen que Pompeyo le propuso una alianza matrimonial con su sobrina o su hija. Ambas estaban entusiasmadas con la perspectiva de unir a las dos familias. Pero Catón rechazó la oferta de forma grosera. «Dile a Pompeyo», dijo al intermediario, «que nadie vencerá a Catón en los aposentos de una mujer».

Bravo.

Sin embargo, al rechazar esa alianza, Catón empujó al poderoso Pompeyo a una alianza con César, que rápidamente casó a su hija Julia con Pompeyo. Juntos e imparables, estos dos hombres pronto echarían por tierra todos los precedentes constitucionales. «Nada de esto habría ocurrido», recuerda Plutarco, «si Catón, por temor a las pequeñas transgresiones de Pompeyo, no hubiera pasado por alto que este iba a aumentar su poder para cometer un mal mayor».

Pero Catón, al menos, mostró un férreo compromiso con sus principios. Durante el Triunvirato, cuando César gobernaba Roma con Pompeyo y Craso, nunca se acobardó ante ellos. Mientras hacían campaña para compartir el consulado en el 55 a. C., Catón fue un auténtico incordio defendiendo las tradiciones ancestrales del Senado ante las nuevas y peligrosas amenazas de César. Lo acusó de crímenes de guerra en la Galia. Erradicó la corrupción electoral y creó tribunales anticorrupción. Pero, como mantuvo su política contraria a los sobornos en las elecciones, los políticos corruptos favorecieron que la gente votara en su contra. Como describió bellamente Séneca:

> Una vez desterrada la antigua credulidad y conducido el siglo a la cima de la ciencia, él, enfrentado a la ambición, mal multiforme, y al ansia desmesurada de poder, que todo el orbe dividido en tres no podía saciar, se alzó en solitario contra los vicios de una ciudad decadente y que tocaba fondo por su mole

misma, y detuvo al Estado en su caída, en la medida en que podía sujetarlo una sola mano.[5]

No obstante, sería un error pensar que Catón no era capaz de llegar a un acuerdo o colaborar. Plutarco nos dice que no se permitía enemistarse con nadie. Sí, «era terco y obstinado cuando se trataba de defender un bien público», pero cuando se trataba de afrontar las discrepancias personales, siempre se mostraba tranquilo y amigable. Era como si dentro de él «hubieran mezclado la humanidad con la entereza, la fortaleza con la precaución, la solicitud por los otros y la impavidez por sí mismo, el cuidado en evitar las cosas torpes y la firmeza en sostener la justicia».[6]

Catón era amable. Catón era duro. De alguna manera, era la encarnación del carácter estoico en los tiempos modernos. El general James Mattis adaptaría su lema a la 1.ª División de Marines: *No hay mejor amigo ni peor enemigo*. Donde Rutilio Rufo se comportaba como un pacífico modelo de virtud política, Catón era agresivo y se defendía con uñas y dientes. También trabajaba para alcanzar un destino de mártir, solo que a una escala mucho mayor. Pero, a diferencia de Rutilio, ese destino no solo afectaba a su persona, sino a toda la República.

Después de perder las elecciones a cónsul en el 52 a. C. —sin duda, debido a las artimañas de sus enemigos políticos—, Catón decidió tomar cartas en el asunto. Era el momento oportuno para que el Senado ordenara el regreso de César. Era lo correcto, en el sentido de que César ostentaba mucho poder, y la lealtad de sus formidables legiones podía amedrentar al Senado. Sin embargo, Cicerón, mucho más pragmático, temía las consecuencias. En el año 49 a. C. César regresó a casa. No lo hizo solo. La 13.ª Legión también cruzó el Rubicón y estalló la guerra civil.

Como en el caso del matrimonio fallido de Pompeyo, vale la pena preguntarse: ¿Era la única opción? ¿Un político menos intransigente podría haber gestionado mejor la crisis? ¿Podría, al menos, haber elegido una opción que no lo rompiera todo en pedazos? Probablemente. Pero Catón no se preguntaba si su obstinación para *hacer el bien* traía consecuencias nefastas para el *statu quo*. Eso era un trabajo para gente como Cicerón, para los teóricos y los sofistas a los que su bisabuelo tanto despreciaba.

Para Catón, llegar a un acuerdo —jugar a la política con las leyes fundamentales de su nación— habría sido una capitulación moral.

Al proteger la República, Catón quizá estaba acelerando su destrucción o, quizá, estaba fijando unos límites que otros deberían haber establecido mucho antes. En cualquier caso, estaba dispuesto a luchar, como todos debemos estarlo —si somos

verdaderos filósofos— en algún momento de nuestra vida.

Tras años de discrepancias y desprecios, ahora, Catón y Pompeyo estaban en el mismo bando: ambos blandían sus espadas para proteger a su patria. En el pasado, Catón había sido un valiente soldado, y en esa ocasión volvió a serlo.

También volvió a demostrar su abnegada entrega. Pompeyo lo puso al mando de la flota militar, una armada colosal que contaba con más de quinientas embarcaciones. Pero poco después, al tener en cuenta el panorama político tras la guerra, reconsideró otorgar tanto poder a su antiguo enemigo. A los pocos días del nombramiento, Pompeyo se echó atrás. Sin embargo, Catón permaneció impertérrito. Sin una pizca de amargura, nos dice Plutarco, devolvió la comandancia de la flota. De hecho, en la víspera de la siguiente gran batalla, Catón —degradado y traicionado— dio un paso al frente para motivar a las tropas de Roma en la defensa de su patria. Durante el discurso de Catón, mientras hablaba de la libertad, la virtud, la muerte y la gloria, Plutarco nos cuenta que «se levantó tal griterío y fue tan grande la conmoción del ejército que todos los comandantes, llenos de las mayores esperanzas, corrieron enérgicamente hacia el peligro».[7]

Un estoico hace el trabajo que hay que hacer. No se preocupa por su reputación.

Séneca observó que todas las épocas producen hombres como Clodio, César o Pompeyo, «pero no todas las épocas producen hombres como Catón». Muy pocos políticos habrían sacrificado sus vidas por algo tan abstracto como un ideal. Muy pocos habrían seguido adelante si la causa les hubiera escupido en la cara. Muy pocos tenían esa mezcla de liderazgo y estrategia para llevar a su pueblo tan cerca del éxito.

Pero Catón sí lo hizo. Sin embargo, Pompeyo dudó y César ganó la batalla de Farsalia, en Grecia. Catón se retiró hacia el norte de África con la esperanza de seguir con la lucha, y dirigió a su ejército en una agotadora marcha a pie a través del caluroso desierto, hasta Utica, donde se prepararon para afrontar la última batalla. Era una situación desesperada. A vida o muerte.

La victoria no fue para ellos.

Con la República derrotada, Catón convocó a los senadores y funcionarios que habían resistido a su lado. Había llegado el momento de que se dirigieran al César y le pidieran clemencia. Y solo les pidió una última cosa: *No supliquéis ni roguéis por mí.* Tales súplicas solo pertenecen a los vencidos, y Catón no había sido derrotado. Catón creía que en todo lo que era honorable y justo, él había vencido a César. Había defendido a su país. A pesar de todos sus defectos, había demostrado su verdadero carácter.

Por eso, también creía que había vencido a los enemigos de Roma.

Si miramos hacia atrás, es obvio que Catón ya había decidido cómo iba a ser su final. Solo faltaban los preparativos. Intentó persuadir a su hijo para que huyera en un barco. Consiguió que muchos de sus amigos se pusieran a salvo. Y luego se sentó a cenar con aquellos que quedaban. Según cuentan, fue una cena maravillosa. Se sirvió vino. Se jugaron a los dados las primeras raciones. Se pasaron los platos y, como siempre, se habló de filosofía. ¿Solo los hombres buenos eran libres? ¿Eran esclavos los hombres malvados como César?

Fue una de esas tardes donde el tiempo pasa volando, donde todos los comensales *estaban* presentes. Con el fantasma de la muerte a la vuelta de la esquina, más de uno tendría la esperanza de que la comida se alargara para siempre. En cambio, Catón sabía que eso no era posible. Así pues, cuando acabaron de comer, empezó a comentar los últimos preparativos del viaje y, como siempre, expresó su preocupación por los amigos que debían hacerse a la mar. Luego, abrazó a su hijo y a sus amigos, y les dio las buenas noches.

En su habitación, Catón se sentó con uno de los diálogos de Sócrates entre sus manos y lo leyó con tranquilidad. Luego fue a buscar su espada que, como había advertido, no se encontraba en la habitación porque algún amigo tuvo la esperanza de evitar lo inevitable.

Había llegado su hora.

Su hijo, que sabía lo que su padre pretendía hacer, sollozaba y le rogaba que siguiera luchando, que se mantuviera con vida. Le pidieron a Apolónides que convenciera a Catón de las razones filosóficas contrarias al suicidio, pero las palabras le fallaron y no pudo más que llorar. Cuando recuperó su espada, Catón comprobó el filo con su dedo. «Ahora soy mi dueño», dijo. Después, volvió a sentarse para leer su libro una vez más, de principio a fin.

En algún momento de la madrugada se desveló. Solo y preparado, hundió la espada en su pecho. No fue un golpe mortal, pero el acero romano atravesó al hombre de hierro de Roma. No había marcha atrás. Retorciéndose, se desplomó en el suelo despertando a sus amigos que lloraban y se lamentaban mientras él se enfurecía ante el resplandor de la muerte. Un médico intentó coser la herida mientras Catón perdía y recuperaba la conciencia. En sus últimos momentos, Catón volvió en sí, y con la misma determinación feroz y casi inhumana que había exhibido por primera vez de joven, murió a los cuarenta y nueve años, abriendo su propia herida para que la vida se escurriera más rápidamente.

Había perdido su última batalla —contra César, contra las tendencias de su tiempo, contra su propia mortalidad— pero, como diría más tarde Plutarco: «Nunca se lo puso fácil a la Fortuna».

¿Por qué el suicido? Montaigne más adelante escribió con admiración que con esa infalible constancia y ese compromiso con los principios, Catón «tenía que morir antes que mirar a la cara de un tirano». Napoleón, que una vez expuso un busto de Catón en su «salón de los héroes» y que al final también se encontró con la derrota —la pérdida de todo por lo que había luchado— y con la posibilidad de quitarse la vida, habló sobre la muerte de Catón de forma mucho más despectiva. Creía que Catón debería haber luchado, o al menos esperado, en lugar de sellar su destino con su propia mano.

«Los contemporáneos de Catón aplaudieron su conducta», dijo Napoleón, «así como también la historia. ¿Pero quién se benefició de su muerte? César. ¿Quién se alegró? César. ¿Para quién fue una tragedia? Para Roma y los suyos… No, se suicidó por despecho, por desesperación. Su muerte fue la debilidad de un gran hombre, el error de un estoico, una mancha en su vida».

Además, para Napoleón, César era el gran héroe del mundo antiguo. Era incapaz de entender —no en la forma en que lo harían los grandes personajes de la Ilustración, como Washington y Thomas Paine— que en este mundo hay cosas más importantes que el poder, los éxitos y las victorias. ¿Quién se benefició realmente de la muerte de Catón? Las generaciones que se inspiran en su conducta. Una conducta honesta y comprometida hasta el final.

No se encuentran muchas estatuas de Catón en Roma o muchos libros que hablen sobre él. Por alguna razón, los honores fueron para los conquistadores y los tiranos. En una ocasión, su bisabuelo dijo que es mejor que la gente se pregunte por qué no tienes una estatua en tu honor que la razón por la que tienes el honor de tener una. En el caso de Catón «el Joven» es incluso más sencillo: su carácter era el auténtico monumento; y su compromiso con la justicia, la libertad y el valor son los pilares que lo mantienen en pie en la actualidad.

Catón fue una estatua viviente en su tiempo. El último ciudadano romano y el hombre de hierro de Roma; y, ahora, como entonces, en estas páginas o en la memoria, su dedo nos señala directamente.

---

1 Plutarco, *Vidas paralelas*, VI (Gredos, Biblioteca Clásica, 2010).

2 Marco Tulio Cicerón, *Cartas a Ático*, vol. II, cartas 162-426 (Gredos, Biblioteca Clásica, 2018).

3 Plutarco, *Vidas paralelas*, III (Gredos, Biblioteca Clásica, 2010).

4 Salustio, *La conjuración de Catilina*.

5 Séneca, *Diálogos* (Gredos, Biblioteca Clásica, 2008).

6 Plutarco, *Vidas paralelas*, IV (Gredos, Biblioteca Clásica, 2007).
7 Ibid.

PORCIA CATÓN
«LA MUJER DE HIERRO»

Nacimiento: 70 a.C.
Muerte: 43 o 42 a.C.

Origen: Roma, Italia

Se puede decir que la llamativa falta de reconocimiento de las mujeres en la historia del estoicismo es precisamente una demostración de su buena práctica respecto a los preceptos de esta filosofía. ¿Quién encarna mejor estas virtudes de resistencia y coraje, abnegación y deber que las generaciones anónimas de mujeres y madres de Grecia y Roma que resistieron tiranías, sufrieron guerras, levantaron familias, y nacieron y murieron sin que se reconociera nunca su silencioso heroísmo? Piensa en lo que soportaron, en las humillaciones que padecieron y en los sacrificios que estuvieron dispuestas a hacer.

Pero ese es el problema. Nadie piensa en ello. Pensamos en Catón y su bisabuelo. Nunca pensamos en sus madres o sus esposas.

Miles de años después de la caída del Imperio romano, cuando el biógrafo Robert Caro escribió sobre el surgimiento del Imperio americano, hizo hincapié en todo lo que este sesgo inconsciente pasaba por alto. «Se habla mucho de los tiroteos en las películas del Oeste», dijo sobre la historia de la frontera, «pero nunca se menciona cómo se puede transportar el agua después de sufrir un desgarro perineal».

Mientras que Rutilio Rufo merece nuestro respeto por su firmeza ante la corrupción, ¿qué respeto merecen las mujeres que parieron sin anestesia? ¿Qué ocurre con las esposas o las hijas que también lo perdieron todo y se fueron al exilio sin levantar la voz? Seguramente, también merecían al menos una mención en los textos de Plutarco y Diógenes.

Intentemos reparar esta omisión estudiando la vida de Porcia, la hija de Catón, que parece rivalizar con su padre en determinación y patriotismo. Casi dos siglos antes de que Musonio Rufo defendiera que las mujeres tenían el derecho de estudiar filosofía, el padre de Porcia la inició en el estoicismo cuando era una niña. Porcia, rápidamente, se comprometió con sus principios. Su primer matrimonio fue con Marco Calpurnio Bíbulo, un aliado de su padre. Bíbulo sirvió con honor y valentía con Catón durante la guerra civil, pero no logró salir con vida de esta.

La única buena noticia que recibió su familia después de la caída de la República y del brutal suicidio de su querido padre fue que Julio César había perdonado la vida al hermano de Porcia, Marco Catón. Mientras la familia intentaba recoger los pedazos de sus vidas destrozadas, sabemos que Porcia nunca perdió la entereza. De alguna forma, su corazón logró encontrar el amor y se volvió a casar con Bruto, un senador al que Cicerón había dedicado algunas de

sus obras. Parece que Porcia amaba profundamente a su marido, filósofo y de principios, que debía recordarle a su padre, y juntos tuvieron un hijo. Sin embargo, el destino llevó de nuevo la tragedia a la vida de la joven Porcia.

Como era una esposa perspicaz, intuyó rápidamente que Bruto estaba planeando algo en el 44 a. C. No estaba segura de lo que tramaba, pero, en lugar de exigirle una explicación, decidió demostrar su confianza y su fortaleza, a su marido y a sí misma. Aunque se podría pensar que sus antecedentes familiares ya eran suficientes.

Plutarco cuenta que Porcia cogió un pequeño cuchillo y se lo clavó en el muslo para saber durante cuánto tiempo podía soportar el dolor. Cuando Bruto llegó a casa, Porcia sangraba a borbotones y su agitación rozaba el delirio. Entonces, mientras Bruto la sostenía, ella le dijo:

> Bruto, soy la hija de Catón y no vine a tu casa a participar solo de tu lecho y de tu mesa como las concubinas, sino también para compartir tus satisfacciones y tus pesares. Por lo que se refiere a ti, eres intachable como esposo. Pero, por mi parte, ¿qué prueba o qué retribución te puedo dar, si ni compartes conmigo tus secretos ni el cuidado que exige la fidelidad? Es evidente que la naturaleza femenina es débil para guardar un secreto. Pero una buena educación y una excelente compañía contribuyen a fortalecer el carácter, y es mi suerte ser al mismo tiempo la hija de Catón y la mujer de Bruto. Antes podía desconfiar de poder corresponder a estos títulos, pero ahora estoy segura de que soy incluso superior al dolor.[1]

Shakespeare reproduce la misma escena magistralmente:

> PORCIA
> ¿Qué te pasa? Jamás he de decirlo.
> Pruebas he dado ya de mi firmeza
> Cuando mi muslo herí con mano ruda.
> Y si pude aguantar eso paciente,
> ¿Por qué no los secretos de mi esposo?[2]

Por muy extraña e increíble que nos resulte esta historia hoy en día, la historia romana está llena de ejemplos de conspiraciones que se confesaron bajo tortura o interrogatorios. No es exagerado pensar que Porcia quería saber cuánto

sufrimiento era capaz de soportar. Bruto conmovido por ese episodio compartió con ella el complot para matar a César, y esperaba ser capaz de demostrar que él era digno del coraje que ella había demostrado.

Por supuesto, Plutarco no estaba dispuesto a mostrar esa impresionante hazaña protagonizada por una mujer sin mencionar la *evidente* fragilidad del carácter femenino. Nos dicen que, durante los Idus de marzo, Porcia estuvo a punto de perder la cabeza mientras esperaba noticias de los acontecimientos. ¿El plan había sido un éxito? ¿Habían arrestado a su marido? ¿Estaba en peligro?

«Porcia», escribe Plutarco, «agitada por lo que iba a suceder e incapaz de soportar el peso de su ansiedad, apenas podía estar quieta en casa. Y a cada ruido o grito, como las mujeres que están poseídas de los furores báquicos, se apresuraba a preguntar a todos los mensajeros que llegaban a la plaza cómo estaba Bruto, y no dejó de enviar mensajeros continuamente».[3] Plutarco escribe que Porcia en un momento dado se desvaneció y que Bruto escuchó el rumor de que había muerto, pero que, demostrando su valor, se resistió a regresar a casa antes de ejecutar el violento plan con el que ambos se habían comprometido.

Shakespeare, inspirándose en Plutarco y en siglos de sexismo, describe a Porcia como una mujer mentalmente fuerte, pero físicamente débil:

> PORCIA
> ¡Tengo el espíritu de un hombre, pero mi fortaleza es de mujer!
> ¡Qué difícil para la mujer guardar secretos![4]

Es difícil creer que la misma mujer que se había infringido una herida en la pierna y había soportado estoicamente tantas pérdidas e incertidumbres fuera incapaz de controlar su ansiedad durante unas horas. Al fin y al cabo, Bruto tenía más confianza en la capacidad para guardar un secreto de su esposa que la que él y los demás conspiradores tenían en Cicerón, al cual habían dejado al margen porque eran conscientes de su naturaleza atormentada. Pero eso es lo que los hombres que han escrito nuestra historia quieren que creamos.

En cualquier caso, nada cambia: tomar una decisión difícil requiere valor, pero ejecutarla también es importante. Porcia y su marido tendrían que añadir paciencia y sabiduría a la ecuación, porque, como diría Shakespeare, nada crispa más los nervios que los momentos entre tomar una decisión y ejecutarla.

Los senadores, con Bruto a la cabeza, se abalanzaron sobre César con una crueldad que sorprendió a su víctima y a ellos mismos. Las estocadas de Bruto alcanzaron el muslo y la ingle de César. Un senador lo apuñaló en la cara, y otro,

en las costillas. En medio de ese frenesí, algunos senadores se lastimaron a ellos mismos; el propio Bruto sufrió heridas en la mano. ¿Dónde estaba esa violencia cuando Catón la necesitaba? ¿Podrían haber detenido a César antes de que alcanzara el poder?

Luego, el fervor de ese arrebato despareció. El trabajo estaba hecho. Bruto tranquilizó a los conspiradores rápidamente. No tenían que derramar más sangre, ni siquiera la del principal partidario de César, Marco Antonio. Era una decisión noble, pero a la larga resultó ser su perdición.

En la conspiración de Catilina, la mujer de Cicerón le aconsejó que se ejecutara a todos los enemigos para erradicar el cáncer antes de que se extendiera. Nos cuentan que Bruto aborrecía la violencia y que era reacio a los derramamientos de sangre. Porcia podría haberle recordado que las tareas nunca han de dejarse a medias, que mostrar clemencia a aquellos que no la merecen es una grave injusticia para todos los demás. Quizá lo hizo, pero nadie le prestó atención.

Esta estrechez de miras acabó siendo su perdición, y la de su causa.

Tras la muerte de César, la guerra civil —liderada por Marco Antonio— se cernió sobre Roma. Seguramente fue muy traumático para Porcia volver a experimentar todo aquello; especialmente, porque la última guerra civil le había arrebatado a su padre, a su esposo y a innumerables amistades. Al separarse de Bruto, que tuvo que huir para empezar lo que sería la lucha de su vida, un amigo citó la famosa despedida de Héctor a su esposa en la Guerra de Troya («Tú me eres, Héctor, padre y madre, y amado hermano, y floreciente esposo»).[5] Bruto, por su parte, citó la *Odisea*, y no solo reveló el amor por su esposa, sino también la firme creencia de que ella tenía la misma determinación filosófica y el mismo coraje que él. «Pues en cuanto a mí, no puedo replicar lo que respondió Héctor: "Tú a las criadas de la rueca y las telas repartes las tareas diarias"» dijo Bruto. «Porque, aunque su cuerpo no es lo suficientemente fuerte como para llevar a cabo las mismas tareas heroicas como los hombres, sin embargo, su ánimo se sacrifica por la patria como el nuestro».[6]

Ninguno de sus heroicos esfuerzos pudo cambiar el sentido de la historia. Si Catón hubiera estado vivo, su liderazgo podría haber sido decisivo. O, si Cicerón no hubiera vacilado de nuevo con Octavio, su ayuda podría haber salvado la República para garantizar otra generación donde floreciera más gente como Catón. Pero no fue así.

Tenemos fuentes contradictorias que no pueden aclarar si Porcia murió antes que Bruto o este lo hizo antes que su esposa. Plutarco asegura que cuando la madre de Bruto, Servilia, recibió las cenizas de su hijo, Porcia decidió abandonar

este mundo siguiendo el ejemplo de su padre. Sus sirvientes estaban pendientes de ella para evitar otro suicidio. Pero esa familia no era fácil de contener cuando se proponía hacer algo que creían que era necesario. Cuando sus sirvientes le dieron la espalda, Porcia se precipitó hacia una chimenea, recogió brasas encendidas y se las tragó sin pensárselo dos veces. Literalmente, murió tal y como fue educada por su padre: como la ardiente amante de la libertad. Otras fuentes afirman que murió de una enfermedad antes de la muerte de Bruto en la segunda batalla de Filipos, mientras que otras apuntan que la enfermedad y la soledad le llevaron a quitarse la vida.

Parece que Bruto era consciente de la pérdida de su esposa, porque existe una carta de Cicerón en el año 43 a. C. donde le presenta sus condolencias. «Has sufrido una gran pérdida (porque has perdido a tu compañera en este mundo)», escribió Cicerón. «Y debes permitirte el dolor por un golpe tan cruel, para que, al menos, no piensen que la ausencia de dolor es más miserable que la pena. Sin embargo, hazlo con moderación, lo cual es útil para los demás y necesario para ti mismo».

El consejo de Cicerón de comportarse estoicamente ante la muerte de Porcia es conmovedor si tenemos en cuenta que él estaba destrozado por la muerte de su hija, Tulia, en el año 45 a. C. En realidad, plantea la eterna pregunta de cómo debemos responder a la pérdida de un ser querido. ¿Un filósofo puede encogerse de hombros ante ese dolor como si se tratara de una simple herida en el muslo? ¿Acaso es posible mantenerse impasible ante una pérdida? ¿Es comprensible que una pérdida de tal magnitud resquebraje la superficie de un estoico, como le ocurrió a Catón con la muerte de su hermano o a Marco Aurelio cuando lloraba por la pérdida de su querido tutor?

Shakespeare, siempre tan atento a las flaquezas humanas, explora esta tensión otorgando a Bruto todo aquello que creía que un filósofo estoico debía representar.

«¡Me afligen grandes dolores!», le dice Bruto a su aliado Casio, quien intenta recordarle lo que los estoicos creían sobre la aceptación de lo que estaba fuera de nuestro control. «¡Nadie como yo soporta el dolor!», responde Bruto totalmente abatido. «¡Porcia ha muerto!».

¿Acaso es estoico que un hombre pronuncie esas dolorosas palabras sin inmutarse? *Mi mujer está muerta*, ¿y luego seguir planificando la próxima batalla como si nada hubiera ocurrido? Quizás.

Pero Bruto nunca se comportó como Porcia, que siempre había antepuesto la acción a las palabras. Bruto tenía un proceder más dramático, quería que lo admiraran por esas virtudes y se aseguró de que todo el mundo las advirtiera.

Por eso, cuando unos minutos más tarde aparece un mensajero con noticias llamado Mesala, Bruto reconoce una nueva oportunidad de actuar al servicio de la historia. Las noticias que llegan informan que Cicerón está muerto y que han ejecutado a cien senadores. *¿Tienes noticias de tu esposa?*, pregunta el mensajero. Bruto responde que no. *¿No has oído nada?,* pregunta el mensajero. De nuevo, Bruto finge que no sabe nada. *Dime la verdad*, exige Bruto. Entonces, el mensajero le informa que Porcia ha muerto.

A continuación, ya sea por mantener su reputación o para inspirar a otros con su ejemplo estoico, sucede esto:

BRUTO

¡Adiós, pues, Porcia! ¡Tenemos que morir, Mesala;
y, meditando en que ella debía morir algún día,
hallo resignación para sufrir esto ahora!

MESALA

¡Así es como deben soportar los grandes hombres sus grandes infortunios!

CASIO

Mi doctrina también es la tuya,
pero mi naturaleza no podría sobrellevarlo jamás.

BRUTO

Bueno, regresemos a lo que concierne a los vivos.
¿Qué opináis de marchar inmediatamente a Filipos?

Porcia abandonó este mundo cuando la República sucumbía definitivamente. No obstante, ella seguiría viviendo eternamente como un poderoso símbolo de resistencia para todos los hombres y mujeres. Porcia vivió tal y como su padre y los estoicos le habían enseñado: *Debemos hacer lo que hay que hacer. No debemos vacilar. No podemos tener miedo.*

Es más, demostró que el valor y la filosofía no saben nada de géneros, que en realidad solo distinguen entre las personas que están dispuestas a hacer lo que necesario y las que no.

---

1 Plutarco. *Vidas paralelas*, Tomo III (Planeta, 1991).
2 William Shakespeare. *Julio César* (Biblioteca Virtual Universal, 2003).
3 Plutarco*, Vidas paralelas*, VII (Gredos, Biblioteca Clásica, 2009).
4 William Shakespeare, *Julio César* (Biblioteca Virtual Universal, 2003).
5 Plutarco*, Vidas paralelas*, VII (Gredos, Biblioteca Clásica, 2009).
6 Ibid.

ATENODORO CANANITA
«EL HACEDOR DE REYES»

Nacimiento: 74 a. C.
Muerte: 7 a. C.

Origen: Tarso

La República romana sucumbió junto a Catón y Cicerón. Y en su lugar emergió el Imperio romano, un nuevo orden político donde solo importaba el poder, cada vez más concentrado en un solo hombre. No César, sino *el César*: el título que heredarían sus sucesores durante los siguientes trescientos años. El primero de ellos fue Octavio, el sobrino de César. Lentamente, empezaría a instaurar el despotismo, que negaba el poder y los títulos a los demás, para usurparlos hábilmente y apropiárselos con el tiempo.

Uno puede pensar que el estoicismo, que nació en la cuna de la democracia ateniense y prosperó durante siglos con el telón de fondo de los beligerantes generales de Alejandro, antes de alcanzar la madurez en la gran República de Roma, tendría problemas en ese osado nuevo escenario.

En absoluto.

Los estoicos siempre demostraron su resiliencia, por eso los asesores más cercanos del nuevo emperador eran estoicos.

Tiene sentido. En el corazón del pensamiento estoico se encuentra la aceptación de aquello que no podemos cambiar. Catón dio su vida para defender la República y fracasó. Bruto, no solo fracasó en su intento para restablecer la libertad, sino que arrastró a Roma a una segunda guerra civil. Ahora, el nuevo imperio había restaurado la paz, y los estoicos que habían sobrevivido creyeron que su deber era servir al Estado y asegurarse de que continuara; por ello, intentaron moldear a Octavio lo mejor que pudieron para que fuera César Augusto, el *emperador*.

El primer estoico que desempeñó un papel importante en la vida de Octavio fue Atenodoro Cananita: otro estoico de Tarso, oriundo de Canana, no muy lejos del lugar de nacimiento de Crisipo y Antípatro, en el sureste de la actual Turquía. Atenodoro fue alumno de Posidonio en la escuela de Rodas y luego residió en Atenas, donde estudió oceanografía, como su maestro. Más tarde colaboró con Cicerón, y le proporcionó gran parte de la información sobre Panecio que este incluiría en su obra maestra, *Sobre los deberes*.

Cuando terminó su educación filosófica bajo la tutela de Posidonio, y antes de asumir la formación del joven Octavio en Apolonia, en la costa de la actual Albania, Atenodoro recorrió el mundo como orador, visitando lugares como Petra, Egipto y otras ciudades importantes del Mediterráneo. Fue en Apolonia donde este famoso y respetado maestro, que no tenía ni treinta años, no solo se convirtió en el tutor de Octavio, sino en su íntimo amigo. Después del asesinato de César, en el 44 a. C., Octavio regresó a Roma como joven heredero. Apenas tenía diecinueve años. Atenodoro no dudó en acompañarlo para moldear el carácter que necesitaba para ejercer ese liderazgo supremo.

Octavio era brillante, pero no era en absoluto un alumno fácil. Era profundamente supersticioso, un rasgo que aborrecían los estoicos y difícilmente podía considerarse una virtud para un rey. Podemos hacernos una idea del estilo de enseñanza de Atenodoro —y su tranquilo carácter— gracias a una historia de fantasmas que seguramente le transmitió a Octavio. Cuando alquiló una gran mansión en Atenas que supuestamente estaba embrujada, Atenodoro no se dejó intimidar por las habladurías y se dedicó a poner en orden la casa. Al poco tiempo, dijo, lo visitó un fantasma que llevaba unos grilletes y arrastraba unas pesadas cadenas. Como no quería interrumpir su sesión de escritura Atenodoro le hizo un gesto al fantasma para que esperara, y sin inmutarse, regresó a su trabajo. Cuando hubo terminado, se levantó y acompañó a la aparición hasta el patio, donde finalmente se desvaneció. Sin pensárselo dos veces, Atenodoro señaló el lugar donde el fantasma había desaparecido y regresó a su habitación para ordenar su mesa y meterse en la cama. A la mañana siguiente, ordenó a los criados que cavaran en el lugar que había marcado la noche anterior y encontraron, bajo tierra, unos huesos antiguos y unas pesadas cadenas. Entonces, Atenodoro ordenó que se enterraran los restos y se le rindieran los honores en un funeral público. Nadie volvió a ver el fantasma, ni él ni ninguno de los otros habitantes de la casa.

El que uno creyera en fantasmas o en fuerzas sobrenaturales, como Octavio, no tenía ninguna importancia. Los estoicos *siempre* mantenían la calma. Incluso en las situaciones más aterradoras podían encontrar una solución con la ayuda de la razón y el coraje. Y, a pesar de que creas en estupideces como los fantasmas o las supersticiones, no puedes permitir que determinen tu vida. *Debes* mantener siempre el control, no hay excusas.

Para Atenodoro, la templanza y la sabiduría, así como la diligencia, eran esenciales y ocupaban gran parte de las enseñanzas que transmitía al joven emperador. «Sabrás que te has liberado de todos los deseos cuando hayas llegado al punto de pedir a Dios solo las cosas que pedirías abiertamente», aseguraba. «Vivir entre los hombres como si Dios estuviera observándote, y hablar con Dios como si los hombres te escucharan». En su libro *Sobre el celo y la juventud* habla del concepto *spoudes*; es decir, el esfuerzo constante que se necesita para sobrevivir y prosperar en la vida.

Séneca, que también sería consejero de reyes, estudió el ejemplo de Atenodoro y es la principal fuente de nuestros conocimientos sobre él. Gracias a Séneca sabemos que Atenodoro equilibró sus enseñanzas sobre la sobriedad y el trabajo duro resaltando la importancia de la tranquilidad, particularmente para los líderes. Sí, debemos estar al corriente de los asuntos públicos, pero también es necesario

dejar atrás la rutina del trabajo y el estrés de la política frecuentando los círculos privados de cada uno. Atenodoro ponía como ejemplo a Sócrates, que jugaba con los niños para descansar y entretenerse. La mente debe reponerse con ocio, creía Atenodoro, o es probable que se desbarate bajo presión o sucumba a los vicios.

Sabemos que Atenodoro ofreció un consejo similar a Octavia, la hermana del joven emperador César Augusto, tras la pérdida de su hijo, y le aconsejó que se ocupara de asuntos prácticos, en lugar de ceder completamente a la tristeza y el estrés.

Las dificultades y perversiones del mundo hacían del ocio una parte integral de la eutimia (*euthymia*), el bienestar del alma. Sin duda, era una de las principales preocupaciones de Atenodoro y uno de los mejores consejos estoicos para un rey.

La última lección que recibió Octavio de Atenodoro fue una que Séneca habría apreciado. Cuando pidió que lo relevaran de sus funciones para poder regresar a casa, Atenodoro ofreció un último consejo práctico al emperador, uno que quería que tuviera siempre presente: «Cada vez que te enfades, César», le aconsejó, «no digas ni hagas nada hasta que hayas recitado las veinticuatro letras del alfabeto para ti mismo».

Un buen consejo para el común de los mortales. Imprescindible para un emperador. Y, desgraciadamente, ignorado por todo tipo de líderes —en detrimento de quienes dependen de ellos y trabajan con ellos—.

Augusto sabía que Atenodoro tenía razón, por este motivo, tras escuchar el consejo, suplicó a su maestro que se quedara con él un año más. «Todavía dependo de tus consejos», le dijo. Y Atenodoro, obligado por su sentido de Estado y su deber para con el pueblo, aceptó de buen grado.

Después de trabajar con Augusto un último año en Roma, Atenodoro regresó a Tarso alrededor del año 15 a. C., donde pasó sus últimos años arreglando los desaguisados políticos que habían dejado gobernantes menos ilustrados. Ya no era el hombre que estaba a la sombra del emperador. Ahora era el dueño de su destino, y aplicó los mismos principios que había enseñado durante tantos años.

Una vida de entrenamiento nos prepara para cuando llega el momento de la verdad. En el caso de Atenodoro, estaba preparado y sirvió bien a su patria. Lo suficiente como para que el pueblo de Tarso lo amara profundamente y, tras su muerte a los ochenta y dos años, lo honraban con un festival público cada año.

ARIO DÍDIMO «EL SEGUNDO HACEDOR DE REYES»

Nacimiento: 70 a. C.
Muerte: 10 a. C.
Origen: Alejandría

En la vida de Octavio hubo otro gran estoico. Su nombre era Ario Dídimo y, a pesar de que tenemos menos información sobre su vida, sabemos mucho más sobre sus convicciones y, a través de sus escritos, sobre las enseñanzas fundamentales de los estoicos.

Sabemos que Ario y sus hijos aparecieron en la vida de Octavio aproximadamente en el año 44 a. C. Según Suetonio, los hijos de Ario enseguida se hicieron «inseparables» de Octavio y ayudaron al joven emperador «a estar al corriente de todo tipo de enseñanzas». En realidad, gracias a esta relación tan cercana, Octavio aprendió a leer y apreciar el griego.

Sea como fuere, cuando Ario entró en el círculo íntimo de Octavio, encontró un lugar donde arraigarse firmemente. Como él mismo dijo, se convirtió en «el asiduo compañero, y no solo sabía lo que era público para todos los hombres, sino los secretos más íntimos de su alma».

En el año 30 a. C., cuando Octavio cumplió los treinta y tres años, entró triunfalmente en Alejandría literalmente de la mano de Ario. La larga guerra civil entre Octavio y Marco Antonio había sido cruel y sangrienta, y la gente de Alejandría —arrastrada a la contienda por el obsesivo idilio entre Marco Antonio y Cleopatra— se temía lo peor. Octavio eligió mostrar públicamente su afecto por Ario no solo porque era sincero, sino también porque al presentarse con ese hijo de Alejandría podía transmitir a la población de la ciudad que venía en son de paz. Octavio recitó un discurso en griego, escrito seguramente con la ayuda de Ario, donde anunciaba que perdonaba a la ciudad por varias razones. La primera, dijo, porque Alejandría era una hermosa y gran ciudad. La segunda, porque la había fundado un gran hombre y llevaba su nombre. «Y la tercera», dijo Octavio señalando a Ario y esbozando una sonrisa, «como un favor para mi amigo aquí presente».

Los alejandrinos no tardaron en advertir la influencia que ejercía Ario en el emperador. Un filósofo llamado Filóstrato, convencido de que se encontraba en la lista negra de Octavio, persiguió a Ario por toda la ciudad rogándole que lo perdonara. «Un hombre sabio salvará a un hombre sabio», le respondió, «si es sabio». Plutarco asegura que Octavio perdonó a aquel hombre, principalmente, para salvar a su maestro de las molestias que le causaba.

Que Ario fuera el epítome de la paz es, por lo menos, irónico. Por su nombre —la traducción de Ario Dídimo significaba literalmente «los gemelos beligerantes»— y por un consejo práctico, aunque maquiavélico, que le ofreció al joven Octavio. Mientras que Atenodoro estaba preocupado por la educación moral del carácter de Octavio, Ario lo instruyó específicamente para tratar los

asuntos políticos. El problema más urgente de Alejandría, desde el punto de vista de Ario, era erradicar las posibles amenazas al trono. Plutarco cuenta que Ario aconsejó a Octavio que eliminara al hijo de César y Cleopatra, el joven Cesarión, aduciendo que «no es bueno que haya muchos césares». Octavio, aun así, no hizo caso de ese consejo hasta que derrotó a su enemiga Cleopatra, la aliada de Marco Antonio, y esta se envenenó para quitarse la vida. Luego, llevó a cabo la cruel estrategia y eliminó a Cesarión para no poner en riesgo el legado de sus herederos, a pesar de que eso significara quitar la vida al hijo del César que tanto decía amar. Poco después, el Cesaréo, el templo que Cleopatra había construido en Alejandría para Julio César ya estaba acabado, aunque fue finalmente dedicado a Augusto, el asesino de su hijo y que pronto se convertiría en el primer emperador de Roma.

No fue una decisión fácil, pero Ario, el consejero estoico, creyó que era necesario hacerlo. Teniendo en cuenta a Catón, Cicerón y Porcia, no podía tolerar otra sangrienta guerra civil; y Roma, tampoco.

Desde el nacimiento de la escuela, el estoicismo se había relacionado con la política y los centros de poder, pero por su proximidad a Octavio, Ario y Atenodoro repentinamente tuvieron la oportunidad de ejercer más influencia política que en cualquier otro momento en la historia. Bajo el reinado de Augusto, el imperio extendió más su territorio que en cualquier período anterior. Su población alcanzó los cuarenta y cinco millones de habitantes. Augusto ahora lo comandaba todo. Él era el único responsable de tomar decisiones, y detrás de él, como consejeros destacados, estaban dos filósofos estoicos. En un momento dado, le ofrecieron a Ario ser el gobernador de Egipto, pero rechazó el cargo, porque sospechaba que tendría mucha más influencia en su papel de consejero que como gobernador de una de las mayores provincias del imperio. Por eso, prefirió permanecer cerca del emperador y alejarse de Alejandría, como señala Plutarco, aunque cuidaría de ella del mismo modo que Panecio ayudó a Rodas a través de su amigo Escipión.

Augusto había rogado a Atenodoro que se quedara a su lado un año más cuando este presentó su dimisión, por lo que resulta evidente que dependía profundamente de ambos maestros. Más adelante, Temistio, un historiador y estadista griego, aseguraría que Augusto valoraba tanto a Ario como a su poderoso lugarteniente principal, Marco Agripa. Lo respetaba tanto, dice, que nunca quiso insultar o incomodar al ilustre filósofo arrastrándolo «al polvo del estadio» para presenciar las luchas de gladiadores.

Ario también era muy cercano a la familia de Octavio. Su carta de consolación a Livia (que fue la tercera esposa del emperador) cuando perdió a su hijo Druso, fue más conmovedora, como dijo la propia emperatriz, que los pensamientos y las plegarias de millones de romanos. «No anheles, te lo suplico», escribió Ario, «la gloria más depravada: la de parecer la más desventurada. Al mismo tiempo piensa que no tiene mérito mostrarse valiente en la prosperidad, cuando la vida transcurre con rumbo favorable: tampoco una mar calmada y un viento complaciente demuestran la habilidad del timonel. Por eso es preciso que sobrevenga alguna contrariedad para poner a prueba su ánimo. Por consiguiente, no te abatas, asienta firmemente tus pies y aguanta toda la carga que te ha caído encima, por más aterrada que estés con el primer estruendo. Con nada se le hace mayor desplante al destino que con un espíritu ecuánime». En lugar de caer en la desesperación, dijo Ario a Livia, debía recordar con cariño a su joven hijo y pensar en los hijos y nietos que la necesitaban.

Los estoicos nunca defenderían que la vida es justa o que sufrir una pérdida no es doloroso. Pero creían que la desesperación, el excederse en el duelo, no solo es una ofensa a la memoria del difunto, sino también una traición a los que siguen con vida y dependen de nosotros.

No es un mensaje sencillo de comunicar a una mujer que acaba de enterrar a su hijo, pero Ario se las apañó para hacerlo con sensibilidad, gracia y una compasión que ella agradeció eternamente.

Aunque solo tenemos un par de ejemplos de la política práctica que pregonaba Ario, existen muchas más evidencias de las enseñanzas estoicas al respecto. Muchos manuscritos de sus textos todavía sobreviven, y son textos que no solo expresan sus creencias, sino también la síntesis de siglos de doctrina estoica. En el corazón de sus escritos podemos encontrar debates sobre las cuatro virtudes cardinales: la sabiduría (*phronesis*), la templanza (*sophrosune*), la justicia (*dikaiosune*) y el valor (*andreia*). Marco Aurelio, gran conocedor del legado de Ario —ambos, filósofos y políticos— elevaría estas cuatro virtudes por encima de todas las demás. «Si alguna vez encuentras una virtud mejor que la sabiduría, la templanza, el coraje y la justicia, acógela sin reservas», escribió, porque será muy especial.

En realidad, para Ario no había nada mejor que esas cuatro virtudes. Todo lo malo carecía de ellas, y todo lo bueno las contenía. Todo lo demás era intrascendente o irrelevante.

En sus escritos, Ario buscaba organizar todas las virtudes comunes en este esquema cuádruple, así como explicar su relación con las otras partes de la doctrina estoica. Al hacerlo, creó una especie de hoja de ruta para el aspirante a estoico, sin importar que se tratara de un emperador que pretendía controlar sus impulsos o de una persona joven y ambiciosa que emprendía un negocio.

Sus definiciones eran claras y directas, y definía la virtud como si hablara de distintos tipos de conocimiento. En sus palabras:

- La sabiduría es el conocimiento de las cosas que deben hacerse y las que no, y de las que no pertenecen a ninguno de ambos casos (*kathekonta*). En la sabiduría, podemos encontrar cualidades virtuosas, como la sensatez, la prudencia, la astucia, la solidez y el ingenio.
- La templanza es el conocimiento de las cosas que vale la pena elegir y las que debemos evitar, así como las que no pertenecen a ninguna de ambas opciones. Dentro de esta virtud podemos encontrar el orden, la corrección, la modestia y el dominio de uno mismo.
- La justicia significa saber distinguir lo que corresponde a cada persona y a cada situación. Bajo esta etiqueta los estoicos incluían la piedad (dar a los dioses lo que les corresponde), la bondad, el compañerismo y el trato justo.
- El coraje es el conocimiento de lo que es terrible y lo que no lo es, así como lo que no pertenece ni a lo uno ni a lo otro. Incluye la perseverancia, la osadía, la grandeza de corazón, la fortaleza interior y, una de las cualidades virtuosas más elogiadas por Ario —una que ilustró bien en su propia vida—, la *philoponia* o el placer de trabajar.

En contraste con esas cuatro virtudes, la estupidez, la falta de templanza, la injusticia y la cobardía representan la carencia de estos conocimientos. Esta disposición encajaba a la perfección con otro sistema de categorías con el que Ario intentó organizar el mundo, que según él procedía de Zenón. Escribió que solo hay dos tipos de personas en este mundo: los sabios y los tontos, o los que valen la pena y los que no. Los tontos inútiles carecen del conocimiento que los sabios utilizan en la búsqueda de la virtud. Era un mundo de blancos y negros, sin mucho espacio para los grises. Resulta tentador preguntarle a Ario en cuál de estas cuatro virtudes —o en el grupo de sabios o necios— ubicaría a una persona

que asesina a jóvenes príncipes que algún día podrían suponer una amenaza. ¿En la justicia? ¿En la sabiduría? ¿O acaso había otra categoría que no mencionó llamada *intereses políticos*?

Sin duda, Zenón nunca mencionó nada de eso.

Sin embargo, para Ario la cuestión era que, aunque tenemos la capacidad natural de mostrar estas virtudes, lo que hace que una persona sea sabia y buena es el hecho de practicarlas y refinarlas. En el fondo creía que vivir una vida virtuosa consistía en lograr una «disposición del alma en armonía consigo misma y con las demás cosas».

¿Ario logró alcanzar ese objetivo? No podemos saberlo. ¿Atenodoro y Ario consiguieron que Octavio, un hombre que tenía un poder absoluto y padecía todas las presiones corruptoras que ello conlleva, se acercara a ese tipo de virtud? Sí.

Octavio estaba lejos de rozar la perfección, pero no fue un tirano como Nerón. Las fuentes nos muestran a un hombre que mejoró con el tiempo, una progresión poco frecuente entre los líderes o las personas que ostentan el poder absoluto. Parecía esforzarse por alcanzar la grandeza, por ser dueño de sí mismo y por vivir según esas virtudes cardinales. Cuando se acercaba al final de su vida, Octavio comentó que recibió una Roma de ladrillo y la devolvió de mármol. No se equivocaba. Sus edificios se mantienen hasta el día de hoy y son testigos de ese duro trabajo, y por extensión, del filósofo que le exhortó a seguir ese camino.

¿Podría haberlo hecho sin las lecciones de sus maestros y su filosofía? ¿Acaso alguien puede por sí mismo? No. Los estoicos creían que necesitamos orientación y que debemos apreciar el proceso de mejora; de lo contrario, retrocederíamos al nivel de todos los demás. En el fondo, para Ario, Octavio era el epítome de la *philoponia* y seguramente disfrutaba trabajando por el bien común.

De pocos hombres o mujeres que hayan gozado de una vida en la realeza, o con poder y éxito, se puede decir lo mismo. Porque muy pocos, antes y ahora, se esfuerzan para conseguirlo.

«Los inútiles no son trabajadores», escribió Ario. «Porque la laboriosidad es una disposición que puede realizar sin vacilación lo que es necesario a través del trabajo. Y los inútiles no están libres de vacilaciones con respecto al trabajo». Octavio trabajó laboriosamente. Nadie puede acusarlo de que se aprovechase de sus privilegios para descansar. Así como tampoco tenemos ninguna evidencia de que sus maestros se corrompieran por la proximidad y el acceso al poder.

¿El *mos maiorum* y la *libertas* de la República de Catón eran preferibles a esta nueva época de Octavio? Seguramente. El poder imperial no es beneficioso para nadie, excepto para quien ostenta el poder. Pero alrededor del año 27 a. C.,

cuando Octavio se convirtió en Augusto, la posibilidad de recuperar las viejas costumbres estaba fuera del alcance de Ario y Atenodoro. Lo más que podían hacer era aprovechar las oportunidades que se les presentaban y utilizarlas para alcanzar su máximo potencial.

Ario, al igual que Panecio antes que él, escribiría que cada uno de nosotros tiene sus propias inclinaciones innatas (*aphormai*): recursos que pueden llevarnos a la virtud. Nuestras personalidades se adaptan de forma distinta a los diferentes procesos de desarrollo ético. Todos tenemos diversos puntos de partida, pero estos recursos innatos combinados con el trabajo duro nos permitirán alcanzar nuestras metas.

Debemos concentrarnos en las tareas que tenemos delante, y evitar desperdiciar el tiempo con aquellas que están fuera de nuestro control. Debemos tener coraje. Ser justos. Controlar nuestras emociones. Y, por encima de todo, debemos ser sabios.

Eso es lo que Ario y Atenodoro intentaron enseñar y llevar a cabo en su vida. Eso los convirtió en asesores de confianza, al más alto nivel, y fue de gran ayuda para dar forma a lo que sería la Pax Romana. Su orientación —la proximidad del estoicismo con el poder— no solo influyó en Augusto y luego en Séneca, sino que además sirvió de inspiración al propio Marco Aurelio, el rey filósofo.

Y, a pesar de todo su poder e influencia, ellos también enseñarían a Marco Aurelio —y a nosotros— una lección de humildad y mortalidad. Como escribió Marco Aurelio para resumir esa época:

> La corte de Augusto, su mujer, su hija, sus descendientes, sus ascendientes, su hermana. Agripa, sus parientes, sus familiares, Ario, Mecenas, sus médicos, sus encargados de los sacrificios; muerte de toda la corte. A continuación, la desaparición de toda una generación.[1]

Atenodoro también murió. Como Ario. Y Augusto… y las ruedas del tiempo siguieron girando.

---

1 Marco Aurelio, *Meditaciones* (Gredos, Biblioteca Clásica, 2005).

AGRIPINO
«EL DIFERENTE»

Nacimiento: Desconocido
Muerte: después del 67 a.C.
Origen: Desconocido

No tenemos mucha información sobre Paconio Agripino, aparte del hecho que su padre fue acusado falsamente de traición y ejecutado por el emperador Tiberio, el sucesor de Augusto. No sabemos si Agripino escribió alguna obra o dónde nació. Tampoco, cuándo nació o murió.

Sabemos que vivió en la época de los sucesores de Tiberio, bajo el reinado de dos emperadores corruptos y violentos, como Claudio y Nerón, pero desconocemos dónde se formó o cómo entró en la administración pública.

No obstante, a pesar de todas estas incógnitas, la historia recuerda a Agripino como un personaje intrépido y distinguido, alguien que destacó incluso entre los estoicos más osados y conocidos de su tiempo.

No fue una casualidad. Porque en la época de Claudio y Nerón, el Imperio romano se había entregado por completo a la codicia y la corrupción, y cualquiera que se comprometiera con los principios estoicos, como hizo Agripino, habría destacado por encima del resto.

Para Agripino, la mayoría de las personas eran como los hilos de una prenda de vestir. Es decir, indistinguibles unos de otros, como una brizna de paja en un granero. Mucha gente es feliz en el anonimato, ocupada en sus pequeños quehaceres, como un filamento en un tejido. ¿Quién puede culparlos? Normalmente, en una tiranía, la mejor estrategia es mantener un perfil bajo, bajar la cabeza para no atraer la atención de los caprichos de un dirigente cruel que ostenta el poder de la vida y la muerte.

Pero para Agripino, a pesar de haber perdido a su padre en tales circunstancias, ese tipo de conducta era inaceptable. «Yo quiero ser [el hilo] púrpura, ese minúsculo y brillante elemento que hace que el resto resulte hermoso… ¿Comportándome como los demás? Entonces, ¿cómo podría ser púrpura?».

Muchos años después, una canción del grupo Alice in Chains diría en pocas palabras lo que Agripino había sentido en el fondo de su corazón: «Si no puedo ser yo mismo, prefiero estar muerto».

La independencia y la autonomía son conceptos que mucha gente enarbola con orgullo, pero, de hecho, casi se han convertido en una nueva forma de conformismo. Siempre hablamos de ser únicos, de dejar que nuestros colores brillen por sí mismos, pero en nuestro interior sabemos que se trata de mera palabrería. Bajo presión, cuando realmente importa, deseamos lo mismo que los demás. Y actuamos exactamente igual.

Pero Agripino no era así. Él tenía la esperanza de mantenerse fiel a sí mismo, de ser el hilo púrpura, *aunque eso comportara el destierro o perder la cabeza.*

Su propósito no estaba impulsado por el ego o la necesidad de atención, como desgraciadamente ocurre en muchos hombres y mujeres singulares que rechazan las convenciones. «Es justo», dijo Epicteto, «alabar a Agripino. Nunca se alabó a sí mismo, aunque era un hombre de gran carácter. Cuando fue alabado por alguien más, solo se avergonzó». El compromiso con sus principios fue la razón de su fama; sin embargo, si hubiera podido actuar de acuerdo con sus principios en privado, sin llamar la atención, habría obrado del mismo modo.

Su fama se debe a su buen servicio como gobernador de Creta y Cirene, porque, a diferencia de otros que utilizaban los mismos cargos para llenarse los bolsillos, él sorprendió a todo el mundo por su dedicación absoluta a la administración. Tácito nos dice que Agripino había heredado el «odio de su padre hacia los emperadores» después de ser testigo de la injusticia que su «inocente» padre había padecido. Fue una injusticia, sin duda. Su padre no solo era inocente, sino que la sentencia de muerte fue finalmente ejecutada después de que un susceptible emperador se sintiese ridiculizado por un enano de palacio tras haber dudado sobre el veredicto. Es sorprendente que esta absurda farsa de la justicia no afectara el compromiso que mostró Agripino con la ley, y con su justa aplicación cuando el destino se lo demandó más adelante.

«Cuando Agripino era gobernador», cuenta Epicteto con admiración «intentaba persuadir a las personas que condenaba de que su sentencia era la apropiada. Les decía: "No les condeno en absoluto con un espíritu de malicia, y mucho menos con la intención de confiscar sus propiedades. Actúo con un espíritu de prevención y buena voluntad, como un médico que anima al paciente que va a operar, y lo persuade para que se someta a la operación"».

Este tipo de compromiso era cada vez más insólito en un imperio donde se premiaba la avaricia y los principios suponían un lastre. Sin embargo, parece que Agripino nunca pensó que podía obrar de otro modo. Mostraba pureza y responsabilidad y mantenía la mirada honesta.

En un famoso diálogo que inmortalizó Epicteto, un filósofo que dudaba si debía asistir o no a uno de los banquetes que organizaba Nerón —en el que podemos imaginar que Séneca había preparado un discurso— le preguntó a Agripino su opinión. Este le respondió que debía asistir. Pero ¿por qué?, preguntó el filósofo. *Porque estás pensando en ello*. Yo, añadió Agripino, ni siquiera me lo habría planteado.

Para Agripino, no hay que romperse la cabeza para saber qué es lo correcto. No hay nada que tantear. «Porque el que se ha preguntado por estos asuntos una sola vez y ha comparado el valor de lo externo y ha hecho recuento de ello está cerca

de los que olvidan su propio carácter».[1] El carácter de un hombre es su destino, dijo Heraclio, una de las influencias preferidas de los estoicos. Y eso era irrefutable para Agripino, como lo había sido para Aristón y Catón tiempo atrás. Él creía que únicamente el carácter podía tratar los asuntos difíciles. Y lo hacía con claridad y determinación. No era necesario hacer cálculos ni estratagemas. Lo correcto siempre era evidente.

Cuando acusaron a Agripino por conspirar contra Nerón, se encontró en la misma situación que su progenitor. «Espero que todo salga bien», le dijo a un amigo cuando empezó el juicio y, luego, al percatarse de la hora que era, le recordó que era el momento de realizar sus ejercicios diarios. En el momento que el Senado estaba decidiendo sobre su futuro y su vida estaba en el aire, Agripino realizó sus ejercicios y se tomó un baño de vapor. Del mismo modo que Catón había disfrutado de una última cena antes de su final, él se tomó un buen baño de vapor antes de que le comunicaran la sentencia: *Has sido condenado.*

Una persona normal habría caído de rodillas o soltado alguna maldición contra esa injusticia. Pero Agripino no sucumbió a la ansiedad ni al horror de su destino. Solo pensaba en las consecuencias prácticas. ¿Destierro o muerte? Exilio, contestaron sus amigos. ¿Han confiscado mis bienes? No, gracias a Dios, le dijeron. «Muy bien», dijo, «entonces tomaremos nuestro almuerzo en Arica».

Arica era la primera parada cuando uno se iba de Roma, lo que quería decir que esa farsa de exilio ya estaba en marcha. Era inútil lamentarse o llorar por ello. *¿Alguien más tiene hambre?*

Muchas personas —entre ellas, sus compañeros estoicos— habían reaccionado mucho peor en circunstancias menos graves. Pero así era Agripino, diferente. Epicteto asegura que dijo: «No quiero ser un impedimento para mí mismo». No quería agravar sus problemas lamentándose. No estaba dispuesto a comprometer su dignidad o su compostura por algún asunto, grande o pequeño, ya fuera una fiesta sin sentido o un cruel error de la justicia. «Tenía un carácter tan especial», dice Epicteto, «que cuando sufría alguna dificultad siempre encontraba el lado positivo: tanto si tenía fiebre como si manchaban su reputación o lo desterraban».

Supo tomarse la vida, el exilio y la crueldad de los emperadores como lo que realmente eran. Simplemente, los aceptó y siguió adelante.

Pero ¿por qué lo desterraron? ¿Qué delito había cometido y qué pruebas tenían en su contra? Tácito no aporta datos, pero proporciona una pista cuando explica que, por aquel entonces, Nerón también expulsó de Roma a un joven e inofensivo

poeta, simplemente, porque tenía demasiado talento. Lo mismo ocurrió con Agripino. Él se había atrevido a ser diferente. Él había sido el brillante hilo púrpura en un imperio donde Nerón se consideraba el único digno de destacar.

Porque esa era la otra cara de la moneda que Agripino decidió ignorar o combatir: *Sí, la belleza de una prenda reside en los hilos que destacan, pero es igualmente cierto que el clavo que sobresale recibe un martillazo.*

Para un hombre como Agripino, igual que para su padre antes que él, ese era un precio que valía la pena pagar. De hecho, ni siquiera consideraron otra opción.

---

1 Epicteto, *Disertaciones por Arriano* (Gredos, Biblioteca Clásica, 1993).

SÉNECA
«EL BATALLADOR»

NACIMIENTO: 4 A. C.
MUERTE: 65 D. C.

ORIGEN: CÓRDOBA, ESPAÑA

Lucio Anneo Séneca estaría muy satisfecho si supiera que en la actualidad todavía seguimos hablando de él. A diferencia de muchos estoicos que escribieron sobre la futilidad de la fama póstuma, Séneca la deseaba. Trabajó por alcanzarla y actuó de acuerdo con ella hasta los últimos instantes de su vida, incluso en su dramático suicidio, que rivalizaría con el de Catón.

Al contrario que Jesucristo, que nació en el mismo año en una lejana provincia del Imperio romano, Séneca tenía muy poco de modesto y humilde. En cambio, tenía ambición, talento y una voluntad de poder que no solo rivalizaba con la de Cicerón, sino que la superaba con creces.

Quizá sus contemporáneos pensaron que Cicerón era mejor escritor y orador, pero alguna buena razón habrá para que en la actualidad Séneca sea el más leído. Nadie ha descrito de forma más coherente y cercana las luchas del ser humano: sobre el anhelo de paz, sobre el sentido de la vida, sobre la felicidad o la sabiduría. El número de lectores de los ensayos y cartas que escribió durante su larga vida no solo ha eclipsado al de Cicerón, sino que, probablemente, también al de todos los demás estoicos juntos.

Eso era precisamente lo que buscaba.

Séneca nació en el año 4 a. C. en Córdoba, España. Era el hijo de un rico y erudito escritor conocido por la historia como Séneca «el Viejo», y desde su nacimiento estaba destinado a hacer grandes cosas. No era el único. Su hermano Novato fue gobernador, y el hijo de su otro hermano, Mela, fue Lucano, quien continuó con la tradición literaria de la familia.

Era la época del final del reinado de Augusto, y Séneca fue el primer gran estoico que no tuvo una experiencia directa con la República de Roma. Solo conoció el Imperio. De hecho, presenció el reinado de cinco emperadores. Nunca experimentó la *libertas* romana que Catón y sus predecesores habían disfrutado. En su lugar, pasó toda la vida sumido en los turbulentos regímenes de una corte que tenía un poder cada vez más autocrático e impredecible.

A pesar de todos esos cambios, su infancia no fue muy distinta de la que tuvieron sus predecesores. Su padre no solo quería que tuviera una educación recta, sino también la capacidad para comunicar las ideas de forma clara y convincente, y eligió como tutor a Atalo «el Estoico» por su reputada elocuencia. Su hijo no tuvo ningún reparo en ello. Como el propio Séneca explicaría, cuando era niño «asediaba» alegremente el aula, era el primero en llegar y el último en salir. Sabemos que Atalo no toleraba a los «alumnos pasivos», ese tipo de alumnos que simplemente permanecen en el aula y escuchan o, en el mejor de los casos, toman apuntes para memorizar y repetir lo que han oído en las clases.

Quería que sus clases fueran un ejercicio activo, con debates y discusiones donde participaran tanto el maestro como el alumno. «Una misma finalidad deben proponerse el maestro y el discípulo», explicaba Atalo sobre su método. «El primero ser útil, el segundo progresar».[1]

Para Atalo, progresar no solo quería decir obtener buenas notas y dominar una materia. Sus enseñanzas incluían el aspecto académico, pero también el moral, porque a su joven y prometedor estudiante también le hablaba con frecuencia sobre «el pecado, los errores y los males de la vida». Fue un gran promotor de una de las virtudes cardinales del estoicismo, la templanza. Por eso, inculcó en Séneca el hábito de la moderación en la dieta y la bebida, obligándole a renunciar a las ostras y a las setas, dos auténticas delicias romanas. Desechó las ostentaciones y el lujo, pues eran placeres fugaces que no contribuían a la felicidad duradera. «No debes anhelar nada», dijo Atalo a Séneca, «si quieres desafiar a Júpiter; porque Júpiter no anhela nada. […] Aprende a ser feliz con poco, y a gritar con la valentía y la grandeza del alma».

Pero la lección más importante que Séneca aprendió de Atalo fue el deseo de mejorar mediante la práctica en el mundo real. Su querido maestro le enseñó que el propósito de estudiar filosofía era «aprender una cosa buena cada día; es decir, volver a casa siendo un hombre más sabio o en camino de serlo».

A partir de aquel momento, como otros muchos jóvenes desde entonces, Séneca experimentó con diferentes escuelas o ideas, y apreció el valor del estoicismo y de las enseñanzas de un filósofo llamado Sextio. Leyó y debatió los textos de Epicuro, el maestro de una escuela rival.[2] Exploró las enseñanzas de Pitágoras y gracias a ellas durante una época fue vegetariano. Es un mérito del padre de Séneca, y un ejemplo para todos los padres desde entonces, el hecho de que se mostrara tan paciente durante esa época y fomentara una formación multidisciplinar para su hijo. Los jóvenes precoces pueden tardar un tiempo en encontrarse a sí mismos, y orientar su agitado ánimo es conveniente, pero a menudo resulta muy difícil.

Séneca estaba desarrollando una serie de experiencias e inquietudes que más tarde le permitirían crear su propio y singular carácter. Por ejemplo, Sextio le descubrió los beneficios de dedicar unos minutos a la escritura de un diario antes de acostarse, y Séneca lo aprovechó para combinar esa actividad con la puntillosa reflexión moral que Atalo le había enseñado. «Yo hago uso de esta actividad, y a diario defiendo ante mí mi causa», escribiría más adelante en su diario. «Cuando han retirado de mi vista la luz y se ha callado mi esposa, conocedora ya de mi costumbre, examino toda mi jornada y repaso mis hechos y mis dichos: nada me

oculto, nada paso por alto. Por qué razón, pues, voy a temer algo a consecuencia de mis errores, cuando puedo decirme: *Procura no volver a hacerlo, pero ahora te perdono*».[3]

Sus maestros alababan y admiraban esa costumbre. También el compromiso con su autoexigencia firme, pero compasiva («Procura no volver a hacerlo», se decía a sí mismo, «pero ahora te perdono»). Sin embargo, también sabían cuál era su objetivo, y que el padre de Séneca, poco amigo de la filosofía, les pagaba para que orientaran a su hijo hacia una carrera política activa y ambiciosa. Por eso, siempre acompañaban este tipo de formación moral con una rigurosa formación en derecho, retórica y pensamiento crítico. En Roma, un joven y prometedor abogado podía trabajar en los tribunales a partir de los diecisiete años, y no tenemos ninguna duda de que, cuando Séneca alcanzó la edad legal, estaba listo para pasar a la acción.

Sin embargo, al poco tiempo de empezar su prometedora carrera, con solo veinte años, su salud le jugó una mala pasada. Siempre había lidiado con una enfermedad pulmonar —probablemente tuberculosis—, pero un episodio especialmente virulento en el año 20 d. C. le obligó a realizar un largo viaje a Egipto para recuperarse.

La vida toma nuestros planes y los rompe en pedazos. Como escribiría más tarde Séneca, nunca debemos olvidar que el destino tiene sus propios planes. El hecho de que pongamos todo nuestro empeño y trabajemos duro para alcanzar nuestras metas no garantiza que obtengamos lo que queremos.

Séneca nunca lo pasó por alto, y estuvo casi diez años en Alejandría recuperándose de su enfermedad. Como no podía controlar el desarrollo de esta, solo podía decidir en qué invertir el tiempo. Así que dedicó esa década a la lectura y la escritura, y a fortalecer sus conocimientos. Su tío Gayo Galerio era el gobernador de Egipto, y suponemos que ese fue su primer contacto práctico con el funcionamiento del poder, y que no dejó de hacer planes para su regreso.

Mientras estaba en Egipto recibió una noticia que marcó por entero su forma de entender la vida. De alguna manera, Atalo se había enemistado con Tiberio, el emperador, y este le había confiscado sus bienes y lo había desterrado. Su querido tutor pasaría el resto de su vida cavando zanjas en el exilio. Ejercer de filósofo en la Roma imperial era un arma de doble filo, por lo que Séneca tuvo que aceptar que el destino era imprevisible y, en ocasiones, cruel.

Su regreso a Roma con treinta y cinco años no haría más que reforzar esa última lección. Durante el viaje de vuelta, su tío perdió la vida en un naufragio. Además, nada más llegar a Roma, presenció la sentencia del Senado contra Sejano, uno de

los comandantes y asesores militares de mayor confianza de Tiberio; la multitud lo despedazó en las calles. Sin duda, era una época violenta, paranoica y políticamente agitada. Y, en medio de esa vorágine, Séneca asumió su primer cargo público como *cuestor* gracias a sus contactos familiares.

Séneca se mantuvo en un segundo plano durante el reinado de Tiberio, que se prolongó hasta el año 37 d. C., y el de Calígula, que fue considerablemente más breve y violento. Más adelante, en su obra *De la tranquilidad del ánimo,* Séneca contó la historia de un filósofo estoico a quien admiraba llamado Julio Cano, que fue condenado a muerte porque perdió el favor de Calígula. Mientras esperaba al verdugo, Cano estaba jugando una partida de ajedrez con un amigo y, cuando el guardia se presentó para llevárselo, dijo con sorna: «Tú serás testigo que llevo una pieza de ventaja».

Séneca no solo observó la brillantez filosófica de esta ocurrencia, sino también la notoriedad que había ganado su protagonista en esa época aterradora.

En realidad, pudo identificarse perfectamente con Cano, porque su vida también se encontraba en el filo de la navaja bajo el gobierno de un tirano tan inestable como Calígula.

Según Dion Casio, Séneca se salvó de una ejecución —no tenemos noticia de la razón de la condena— gracias a su estado de salud:

> Lucio Aneo Séneca, que superaba en sabiduría a todos los romanos de su época y a otros muchos de otros tiempos, por poco no fue ejecutado (aunque no había cometido ningún delito ni tampoco podía dar la impresión de haberlo cometido) porque pronunció en el Senado, y en presencia del emperador, una hermosa sentencia. Y aunque Calígula había ordenado que lo ejecutaran, lo liberó porque creyó a una de las mujeres con las que mantenía relaciones que aseguraba que Séneca sufría consunción y estaba en un estado de extrema gravedad por lo que habría de morir en poco tiempo.[4]

Pero, en realidad, salió de la sartén para caer en las brasas. En apenas dos años Séneca perdió a su padre (murió a los noventa y dos años en el 39 d. C.), se casó y perdió a su primogénito (41 d. C.), y apenas veinte días después de enterrarlo fue desterrado de Roma por Claudio, el sucesor de Calígula.

¿La razón? No la sabemos. ¿Se trataba de una persecución generalizada contra los filósofos? ¿Acaso Séneca, durante el luto, empezó un romance con Julia Livila, la hermana de Agripina? La información que nos ha llegado es ambigua y, como ocurre en la actualidad, los escándalos tienen su origen en rumores, especulaciones y relatos contradictorios. En cualquier caso, acusaron a Séneca de

adulterio, y en el año 41 d. C, a la edad de cuarenta y cinco años, lo desterraron a la lejana isla de Córcega. Una vez más, su prometedora carrera terminaba de forma abrupta.

Igual que ocurrió en su década de convalecencia en Egipto, ese destierro de ocho años significaría pasar un largo tiempo lejos de Roma. Sin embargo, su producción literaria aumentó notablemente y, antes de que el aislamiento empezara a afectarle, escribió *Consolación a Polibio*, *Consolación a Helvia* y *Sobre la ira* en un espacio muy corto de tiempo. No obstante, queda claro que aquel hombre que poco antes había estado escribiendo consuelos para otras personas también necesitaba que alguien lo consolara.

Como cualquier otra persona, Séneca estaba furioso. Pero, en lugar de encomendarse a la ira, canalizó toda esa energía para escribir un libro que dedicó a su hermano: *Sobre la ira*. Se trata de un libro hermoso y conmovedor, que claramente iba dirigido tanto a los lectores como a sí mismo. «No discutas más con ignorantes», escribió, «solo habla de la verdad a aquellos que son capaces de entenderla». «Simplemente, márchate y ríe… no esperes mucho más». Este tipo de discurso se remonta al estoicismo de Cleantes. Sin embargo, Séneca lo aplicaba a situaciones tan delicadas como ser desterrado, padecer una condena injusta o el robo de unos valiosos años de su vida.

Uno de los temas más comunes en las cartas y los ensayos de Séneca de aquella época es la muerte. Para un hombre al que la tuberculosis acechaba desde una edad muy temprana, hasta el punto de llegar a pensar en el suicidio, no podía evitar reflexionar y escribir constantemente sobre el final de la vida. «Preparemos nuestras mentes como si hubiéramos llegado al final de la vida, no pospongamos nada», se repetía a sí mismo. «Equilibremos los libros de la vida todos los días. Al que cada día da los toques finales a su vida nunca le faltará tiempo». Mientras estaba atrapado en el exilio, consolaba a su suegro, un hombre que acababa de perder su trabajo como supervisor del suministro de grano de Roma: «Créeme, es mejor sacar las cuentas de la vida de uno que las del trigo público».[5]

Pero lo más interesante es que se mostraba contrario a la idea de que la muerte era algo que nos aguardaba en un futuro lejano. Seneca escribiría: «Realmente nos equivocamos cuando consideramos que la muerte es una cosa lejana, porque la mayor parte de ella ya ha pasado. Todo cuanto queda atrás en nuestra vida lo posee la muerte». Esa fue su revelación: estamos *muriendo cada día*, y ninguno de los días que hemos dejado atrás puede recuperarse.

Seguramente, era un pensamiento doloroso para un hombre que presenciaba —por segunda vez— cómo se desperdiciaban los años de su vida. No era muy estoico caer en la desesperación, pero, sin duda, era muy humano.

En una obra que escribió en las postrimerías de su vida, describió honestamente lo caprichoso y aleatorio que puede ser el destino:

> Al que el día al venir lo vio soberbio
> a ese el día al huir lo vio postrado.
> Nadie confíe mucho en la prosperidad
> nadie en la adversidad pierda esperanzas.
> Mezcla esto y aquello Cloto y no permite
> que dure la fortuna, todo lo agita el hado.
> Nadie tuvo a los dioses tan de su parte
> como para poder prometerse un mañana:
> nuestros asuntos los hace girar dios
> en veloz torbellino.[6]

El destino había decidido que naciera en la riqueza y le había otorgado grandes tutores. También había mermado su salud e injustamente lo envió al destierro en dos ocasiones. El destino se había comportado a su antojo durante toda su vida. Para él, como para nosotros, le había traído el éxito y el fracaso, el dolor y el placer… la mayoría de las veces de forma inesperada.

Nada hacía sospechar a Séneca en el 50 d. C. que esa situación iba a repetirse de nuevo. Sus problemas estaban a punto de desaparecer, y su vida estaba a punto de convertirse en un torbellino que la historia todavía no ha logrado comprender.

Agripina, la bisnieta de Augusto, tenía grandes ambiciones para Nerón, su hijo de doce años. En el 49 d. C. contrajo matrimonio con Claudio, el sucesor de Calígula, y lo convenció para que adoptara a su hijo. Una de sus primeras medidas como emperatriz fue persuadir a Claudio para que trajera a Séneca de Córcega y lo nombrara tutor de Nerón.

De repente, a los cincuenta y tres años, Séneca, que durante mucho tiempo había sido un personaje subversivo pero marginado, ascendía a lo más alto de la corte imperial romana. Finalmente, una vida repleta de ambiciones y sacrificios lograba estar al servicio del emperador, y toda la familia de Séneca estaba preparada para aprovechar esa oportunidad.

¿Qué enseñó Séneca al joven Nerón? Irónicamente, al igual que su padre había contratado a Atalo para que formara a Séneca en todas las disciplinas excepto en la filosofía, Agripina también quería que Séneca enseñara a Nerón todo lo que

sabía, excepto la filosofía estoica. Las lecciones de Séneca tratarían temas como la oratoria o el derecho: cómo argumentar y elaborar estrategias. Aunque, seguramente, incorporó las enseñanzas estoicas del mismo modo que se añade azúcar para enmascarar el sabor de una medicina.

Como hicieron Ario y Atenodoro con Octavio, Séneca preparó al muchacho para uno de los trabajos más duros que existían: llevar el manto púrpura del imperio. Durante la época de la República, los romanos recelaban del poder absoluto; sin embargo, por aquel entonces, la tarea de Séneca era preparar a Nerón para gestionarlo. Apenas unas generaciones atrás, los estoicos habían sido unos fervientes defensores de los ideales republicanos —Catón era uno de los héroes de Séneca—, pero, desde la muerte de Augusto, el recelo hacia ese poder absoluto había perdido todo su significado. Como escribe Emily Wilson, la traductora y biógrafa de Séneca: «Cicerón tenía la esperanza de derrotar a César y a Marco Antonio. Séneca, por el contrario, no tenía ninguna esperanza de poder lograr ningún resultado mediante la oposición directa a cualquiera de los emperadores de su época. Su máxima esperanza era moderar las peores tendencias de Nerón y maximizar su propio sentido de autonomía».

Parece razonable, pero siempre podemos preguntarnos: ¿Un Séneca más ambicioso habría sido más influyente? ¿O al aceptar que una persona es impotente para cambiar el *statu quo* se construyó su propia profecía autocumplida?

De lo que estaba seguro Séneca es que un estoico tiene la obligación de servir a su país lo mejor posible —en su caso, un imperio que ya había pasado por cuatro emperadores—, y probablemente estaba dispuesto a desempeñar casi cualquier papel para salir de aquella isla abandonada de la mano de dios en la que estaba atrapado.

¿Era consciente de las dramáticas consecuencias de ese cambio? Tenía algunos indicios. A Nerón no le interesaba demasiado su educación —al menos, no como a Octavio—, parece ser que más bien prefería ser músico o actor que emperador. Era cruel, mimado y se distaría fácilmente. Sin duda, no eran unos rasgos que presagiaran algo bueno. Pero la alternativa de Séneca era regresar a Córcega, al exilio.

En el año 54 d. C., aproximadamente cinco años después de que Séneca empezara a trabajar en la corte, Agripina organizó el asesinato de Claudio con unos hongos envenenados. A los dieciséis años, Nerón fue nombrado emperador,

y Séneca tenía el encargo de escribir los discursos que este pronunciaría para convencer al Senado de que no era una locura otorgar poderes casi divinos a un joven caprichoso.[7]

Si el poder absoluto no bastara para corromper una persona, Nerón, además, había sido testigo directo de algunas lecciones desagradables de su madre y su padre adoptivo. Como maestro y mentor, Séneca intentó corregir ese rumbo. Una de las primeras lecturas que le recomendó al nuevo emperador fue una obra que compuso titulada *Sobre la clemencia*, que marcaba los pasos que debía seguir «un buen rey», y que, realmente, esperaba que pudiera respetar, porque si hoy en día la clemencia y la compasión son dos valores que parecen obvios, por aquel entonces eran dos conceptos revolucionarios.

Robert A. Kaster, especialista en los clásicos, nos descubre que los griegos no tenían una palabra para describir la clemencia. Los filósofos habían hablado sobre la moderación y la templanza, pero Séneca trataba algo más profundo y nuevo: lo que uno hace con el *poder*. Especialmente, cómo los poderosos deben tratar a los desfavorecidos porque eso revela *su verdadera identidad*. Como él mismo dijo: «Nadie podrá imaginar nada que sea más adecuado a un gobernante que la clemencia, sea como sea el gobernante y sea cual sea el derecho que lo ha puesto por encima de los demás».[8]

Era una lección dirigida a Nerón, y a cualquier otro líder que leyera más adelante su ensayo. El mundo sería un lugar mejor si se mostrara más clemencia. Apenas un vistazo superficial a la historia puede confirmarlo. Lo difícil es conseguir que los que los líderes lo entiendan.

La dinámica entre Séneca y Nerón es interesante porque evoluciona o, mejor dicho, se desarrolla con el tiempo. Tal vez la esencia de esta se plasma a la perfección en la estatua de ambos que realizó el español Eduardo Barrón en 1904. A pesar de que representa una escena dieciocho siglos después de que ocurriera, es capaz de capturar los elementos intemporales del carácter de esos dos hombres. Séneca, más viejo, aparece sentado con las piernas cruzadas, ataviado con una hermosa toga que no cuenta con ningún adorno. En su regazo y en el modesto banco hay un documento que él mismo ha redactado. Quizá sea un discurso, tal vez una ley que el Senado debía discutir o, incluso, el texto *Sobre la clemencia*. Sus dedos señalan un fragmento del texto. Su lenguaje corporal es abierto. Intenta inculcar a su joven pupilo la importancia de las tareas que tiene por delante.

Nerón, que está sentado frente a Séneca, es casi lo opuesto a su maestro en todos los sentidos. Está encapuchado y reposa en una silla parecida a un trono. Un suave manto cubre su espalda. Lleva joyas y su expresión es sombría. Ambos

puños están cerrados, y uno descansa en su sien como si no pudiera a prestar atención. Mira hacia el suelo. Sus piernas están dobladas hacia atrás con los tobillos cruzados. Sabe que debería estar escuchando, pero no lo hace. Preferiría estar en cualquier otro lugar. Seguramente, piensa: *Muy pronto no tendré que soportar estos sermones*. *Pronto podré hacer lo que quiera*.

Séneca es consciente de su lenguaje corporal, pero incluso así procede con la lección. De hecho, así lo hizo durante muchos años. ¿Por qué? Porque tenía la esperanza, por pequeña que fuera, de que lograría hacer mella en él. Porque sabía que las expectativas eran elevadas. Porque sabía que su trabajo era *intentar* educar a Nerón para que fuera bueno —en realidad, se dejó la vida en ello—. Y porque nunca dejaría escapar la oportunidad de estar cerca del poder para gozar de más influencia.

Al final, Séneca hizo pocos progresos con Nerón, un hombre al que el tiempo pronto revelaría como un demente desequilibrado. ¿Era un proyecto condenado al fracaso? ¿La mano firme de Séneca fue una influencia positiva? ¿Roma podría haber acabado peor? No lo sabemos. La única certeza que tenemos es que lo intentó. Como dice ese viejo proverbio: *Puedes llevar al caballo hasta la fuente, pero no puedes obligarlo a beber*. Puedes controlar lo que haces y dices, pero en ningún caso lo que la gente entiende.

Lo único que puede hacer un estoico es realizar su trabajo. Séneca creía que tenía que hacerlo, y claramente, también quería hacerlo. Como escribiría más tarde, la diferencia entre los estoicos y los epicúreos era que los estoicos creían que la política era un deber: «En esta cuestión también discrepan mucho las dos escuelas, la de los epicúreos y la de los estoicos», escribió. «Epicuro dice: "No intervendrá en la política el sabio, a no ser que algo le sobrevenga"; Zenón dice: "Intervendrá en la política, a no ser que algo se lo impida"».[9]

Y nada se lo impedía a Séneca —al contrario, así lo deseaba su propia ambición—. Por eso nunca dejó de intentarlo.

Las fuentes nos dicen que, durante los primeros años, Séneca se mostró firme. Mientras trabajaba con Sexto Afranio Burro, el asesor militar que también había elegido Agripina, Roma estaba, por primera vez en mucho tiempo, bien gobernada. En el año 55 d. C., nombraron cónsul al hermano de Séneca, Galio. Y al año siguiente Séneca ocupó su lugar.

Como dice el poema que Séneca escribió sobre el destino, nada dura para siempre. En realidad, ese parece el patrón de su vida: la paz y la estabilidad son frágiles, y sucumben, de forma caprichosa, a los acontecimientos ajenos a la voluntad. Nerón, impulsado por los desvaríos y la crueldad de su madre, empezó

a eliminar a sus rivales, empezando por su hermano Británico, que murió envenenado como su padre, Claudio. Además, apartó a su madre de la corte y empezó a hacer planes para matarla también, errando varias veces en la administración de una dosis fatal de veneno. Según cuentan, Nerón también intentó matar a su madre en un elaborado accidente de navegación. Finalmente, en el año 59 d. C., logró su cometido.

Aquel joven Nerón, contenido pero ansioso, plasmado en la estatua de Barrón, había sido liberado. En palabras de Tácito, ya no aplazaba los crímenes que preparaba minuciosamente. Con el poder absoluto y un alma corrompida podía hacer lo que quisiera, por muy depravado que fuera. Séneca, seguramente, advirtió ese punto de inflexión. Mientras Ario había aconsejado a Augusto que eliminara a los otros posibles *césares*, Séneca tuvo que recordar a Nerón que era imposible que incluso el rey más fuerte eliminara a todos los posibles sucesores. Con el tiempo, siempre *aparecería otro*. Pero Nerón hizo caso omiso y asesinó a todos los varones de la dinastía Julio-Claudia.

Cuando Nerón no estaba ocupado asesinando a sus rivales, tampoco atendía los problemas del Imperio. Prefería disputar carreras de cuadrigas en un circuito especial en las afueras de la ciudad, donde los esclavos estaban obligados a mirar y aplaudir sus gestas. También descuidó las responsabilidades de Estado para subirse al escenario, y cantar y bailar como una artista de poca monta, hecho que el público asistente no pudo darle a entender porque, según Suetonio, «no podían abandonar el teatro ni tan siquiera por razones de fuerza mayor».

Séneca estaba horrorizado. ¿Por qué no renunció? ¿Cómo pudo ser partícipe de semejante despropósito?

El miedo puede ser una explicación. Durante toda su vida había visto cómo los emperadores asesinaban y desterraban a cualquier persona con total impunidad. Había experimentado en carne propia la dura mano de la injustica. La venganza imperial era una fuerza que podía caer sobre él en cualquier momento. Como cuenta Dion Casio: «Tras la muerte de Británico, Séneca y Burro dejaron de prestar atención a los asuntos públicos y se conformaron con poder manejarlos con moderación, y aún con conservar sus vidas». Tal vez pensaba, como ocurre en la actualidad, que podía hacer el bien *a través* de Nerón. Séneca siempre encontraba el lado bueno de las personas, incluso en alguien tan malvado como Nerón. Una vez escribió: «Así pues, seamos más amables los unos con los otros. Simplemente, somos gente malvada viviendo entre gente malvada. Solo una cosa

puede apaciguarnos, un pacto de indulgencia mutua». Quizás, al observar a Nerón de cerca, encontró alguna bondad escondida entre sus defectos, que se ha perdido en el registro histórico.

O quizás ese miedo y los puntos ciegos de su conducta estaban impulsados por las tentaciones de los privilegios de su cargo. Es difícil que un hombre vea algo, dice el refrán, cuando su salario depende de que *no* lo vea.

Séneca había prosperado y seguía prosperando con éxito bajo el régimen de Nerón. En apenas unos años, había acumulado —en gran medida, gracias a la generosidad del emperador— una fortuna cercana a los trescientos millones de sestercios. Era el estoico más rico de la Tierra, probablemente el más rico de todos los tiempos. Una fuente asegura que poseía unas quinientas mesas de cedro idénticas, con patas de marfil, solo para su deleite. Es una imagen peculiar: un filósofo estoico, seguidor de la escuela frugal de Cleantes, organizando fiestas como si fuera el Gran Gatsby financiadas por los donativos de su malvado jefe.

Aunque la mayoría de las obras de arte representan a Séneca como un hombre delgado y musculoso, su imagen real solo se conserva en una estatua del siglo III, que en realidad representa a Séneca y a Sócrates. Séneca adoraba a Sócrates, estaba estupefacto porque una vez «treinta tiros asediaron a Sócrates y no pudieron doblegar su ánimo».[10] Ambos están ataviados con la toga clásica de filósofo. Curiosamente, Sócrates tiene cubiertos los dos hombros mientras que el hombro derecho de Séneca permanece descubierto, quizás para recordar esta frase suya: «Lo superfluo nos hace sudar; eso es lo que nos desgasta la toga».[11] Sin embargo, ese retrato también revela a ese Séneca maduro que había disfrutado de los suntuosos banquetes y engordado bajo el mandato de Nerón.

Mucho de nuestro conocimiento sobre la opulencia de Séneca y su fortuna proviene de un hombre llamado Suilo Rufo, un senador romano que estaba disgustado con él, porque sospechaba que Séneca estaba detrás del restablecimiento de la *Lex Cincia*, una disposición que permitía a los abogados defender a un acusado sin compensación. Aunque los motivos de Suilo parecen sospechosos y más tarde fue condenado por graves cargos criminales y desterrado de Roma, en sus ataques escritos hay algo de verdad sobre la hipocresía de Séneca. Incluso la respuesta de Séneca en su ensayo *Sobre la vida feliz* parece establecer unos criterios que obviamente no cumplía:

> Deja entonces de prohibir el dinero a los filósofos: nadie ha condenado la sabiduría a la pobreza. Un filósofo puede tener una gran fortuna que no haya arrebatado a nadie ni esté manchada de sangre ajena. Es decir, adquirida sin

> perjuicio de ningún otro, sin sórdidas ganancias, y cuyo gasto sea tan honrado como su adquisición, que nadie la deplore salvo el malintencionado. Eso no molestará a nadie, excepto a los rencorosos.[12]

Catón era rico. Cicerón, también. Aunque ninguno de ellos ganó su fortuna al servicio de alguien tan malvado como Nerón. Ario y Atenodoro recibieron cuantiosas recompensas por sus servicios a Augusto… pero Augusto nunca asesinó a su madre. Catón prestaba dinero a sus amigos sin intereses, y no parecía interesado en aumentar su fortuna por su propio bien. «¿Cuál es el límite conveniente a las riquezas?», se preguntaría Séneca retóricamente. «Primero tener lo necesario, luego lo suficiente».[13]

Es evidente que «suficiente» era una medida que nunca supo establecer. Durante varios años prestó unos cuarenta millones de sestercios con un interés elevado a las colonias británicas de Roma. Era una estrategia financiera agresiva y, cuando la colonia tuvo que hacer frente a la deuda, estalló una rebelión brutal y violenta que tuvo que ser sofocada por las legiones romanas.

Séneca había dicho que la riqueza de un filósofo no debía mancharse de sangre, pero es difícil no encontrar gotas en la suya.

¿Por qué no pudo controlarse? Parece extraño decir que su talento y su ingenio fueron los culpables, pero así fue... como ocurre con tantas personas ambiciosas que acaban con una fama y una fortuna manchadas por los escándalos. Desde pequeño, lo habían educado para la grandeza, para ser un líder de su época. Había aprovechado todas las oportunidades que la vida le había presentado, había superado dificultades que habrían acabado con cualquier persona que no fuera un estoico, y también había disfrutado de la vida. Nunca se quejó. Siempre siguió adelante, trabajando para alcanzar la mayor influencia posible y hacer aquello para lo que lo habían educado. Pero lo que nunca hizo fue detenerse y cuestionar nada de eso; nunca se preguntó adónde llevaba ese camino y si valía la pena recorrerlo.

En el año 62 d. C., cada vez era más difícil no darse cuenta de los sacrificios que estaba obligado a hacer para satisfacer diariamente a Nerón. Es posible que algún acontecimiento desconocido lo sacara de su letargo. Quizá la conciencia moral que había aprendido de Atalo logró ganar la batalla contra su ambición.

Finalmente, a buena hora, Séneca intentó retirarse del primer plano. Sabemos que no desafió directamente a Nerón. Eso habría sido demasiado. No hay constancia de una dimisión por principios, como la que el secretario de Defensa James Mattis presentó al presidente Donald Trump por su desacuerdo sobre la

estrategia política en Siria. En su lugar, Séneca se reunió con el emperador e intentó convencerlo en vano de que no lo necesitaba más, porque era viejo, tenía mala salud y estaba preparado para jubilarse. «Ya no puedo soportar la carga de mi fortuna», le dijo a Nerón. «Necesito ayuda». También le dijo que podía tomar posesión de todos sus cargos y posesiones. Solo quería salir limpio y jubilarse.

Pero no resultó ser tan fácil.

Se había manchado de sangre las manos para levantar su fortuna, y tendría que derramarse más sangre para deshacerse de ella.

A los pocos días del encuentro, Nerón asesinó a otro de sus enemigos.

En el año 64 d. C., el Gran Incendio asoló Roma. Avivado por los fuertes vientos, arrasó más de dos tercios de la ciudad. Se extendió el rumor de que Nerón había sido el autor material de ese fuego o, al menos, de que había permitido su propagación durante seis días para poder construir la capital a su gusto. Su reputación de incompetente y psicópata era un caldo de cultivo excelente para teorías conspiratorias; por eso, rápidamente buscó un chivo expiatorio: los cristianos. No sabemos el número exacto de cristianos que arrestó y ejecutó, pero uno de ellos era un brillante filósofo procedente de Tarso —la patria que también engendró a Crisipo, Antípatro, y Atenodoro— que, durante el reinado de Claudio, había escapado de la muerte gracias al hermano de Séneca. En la actualidad lo conocemos como san Pablo y formó parte de la pila de cadáveres de Nerón.[14]

¿Es posible que Séneca experimentara algún asomo de culpa cuando se derramó toda esa sangre y las llamas asolaron la ciudad? *Tyrannodidaskalos*, el maestro del tirano. Así es cómo lo llamaron. ¿Acaso no era cierto? ¿No era ese su trabajo? ¿No había convertido a Nerón en el hombre que se había revelado como un tirano? En todo caso, era muy difícil negar que Séneca había gozado del favor y la protección de ese régimen. Tal vez, lo que Séneca experimentó esos días fuera desesperación, porque lo que había intentado contener durante tanto tiempo, ahora, por fin se había desbordado.

«Hemos malgastado nuestras vidas sirviendo al tipo de Estado que ningún hombre decente debería servir», decía uno de los estoicos en *La sangre de los mártires*, la cautivadora novela de Naomi Mitchison sobre la persecución de los cristianos en la corte de Nerón. «Y ahora somos lo bastante viejos para entender lo que hemos hecho».

Unos siglos antes de Séneca, en China, Confucio había sido maestro y consejero de príncipes. Había bailado la misma danza macabra que Séneca intentando ejercer de filósofo en el pragmático mundo de la corte. Su principio era el

siguiente: «Cuando el Estado está en el camino correcto, acepta su salario; cuando el Estado pierde el rumbo, aceptar su salario es una vergüenza». Séneca necesitó mucho más tiempo que Confucio para llegar a esa misma conclusión. El comportamiento de Nerón era inexcusable. La vergüenza era manifiesta desde que intentó matar a su madre por *primera vez*… o al menos así lo habría entendido alguien educado en la virtud.

Pero Séneca no lo entendió de ese modo durante los quince años que estuvo a su servicio. Con el tiempo acabaría llegando a la misma conclusión que Confucio, y entonces escribió: «Si la política está demasiado corrompida como para poder auxiliarla, si está invadida de desastres, no se empeñará el sabio en algo vano ni desperdiciará sus fuerzas en esfuerzos inútiles».[15]

Sin embargo, él había hecho caso omiso a ese pensamiento durante demasiado tiempo. Por eso, al jubilarse, Séneca se dedicó de lleno a la escritura. En un notable ensayo titulado *Sobre el ocio*, publicado después de su jubilación, parece estar luchando con sus propias y complicadas experiencias. «Porque lo que se exige del hombre», escribió, «es que sirva a los hombres; si puede ser, a muchos; si no, a unos pocos; si no, a los más cercanos, y si no, a sí mismo. En efecto, cuando se hace útil a los demás, se ocupa de un asunto público».

Tuvo que pasar mucho tiempo para que un luchador como Séneca llegara a la conclusión de que también se puede ayudar a tus conciudadanos de forma discreta por ejemplo, escribiendo o simplemente comportándote como un buen hombre en tu hogar. «Me ocupo de los hombres del futuro», escribió, «redacto algunas ideas que les pueden ser útiles… les indico el camino recto que descubrí tardíamente… Proclamo a gritos: "Evitad lo que complace al vulgo, todo lo que el azar nos procura"». El propio Séneca advirtió la ironía que, al dirigirse a las generaciones futuras, resultaba ser «más útil que cuando comparezco en un juicio en calidad de defensor, o cuando imprimo un sello en las tablillas de un testamento».

Y el método principal para prestar este servicio a la posteridad fue en forma de unas cartas filosóficas que no solo estaban destinadas a su amigo Lucilio, sino que también pretendía publicarlas para una audiencia más amplia. Si no podía influir directamente en la política de Roma, tal vez podía llegar a la gente con su pluma; además, de esa forma se aseguraba esa fama *eterna* que tanto anhelaba. Logrando ambos propósitos, esta colección, conocida como *Epístolas morales a Lucilio*, vende muchos miles de ejemplares al año en innumerables idiomas.

Al igual que Cicerón, Séneca dedicaría tres años enteros (62-65 d. C.) para redactar sus cartas y sus libros, un esfuerzo por el que el mundo literario le está eternamente agradecido. Podemos imaginarlo disfrutando del paralelismo con

semejante e ilustre compañero, proyectando incluso su jubilación. Era una estrategia inteligente. Esas cartas eran una forma perfecta para mantenerse al margen del comportamiento cada vez más inestable de Nerón. «Este es el único objetivo de mis días y de mis noches», escribió. «Antes de mi vejez procuré vivir rectamente; y en la misma vejez intento morir dignamente». Desgraciadamente, muchos de los trabajos de Séneca, anteriores y posteriores a esta época, se han perdido. Emily Wilson estima que más de la mitad de sus textos no han sobrevivido, incluyendo sus discursos políticos, las cartas personales y sus trabajos sobre la India y Egipto.

A pesar de todos los problemas que se cernían sobre él, fue un período de alegría y creatividad. Según sus escritos, se sentaba en una de sus habitaciones ubicada encima de un concurrido *gimnasio* (institución dedicada a la instrucción física y espiritual) para aislarse de cualquier interferencia y concentrarse en su filosofía. Escribió sobre el proceso de aceptarse a uno mismo con el tiempo, un reconocimiento de que su ambición pudo haber sido alimentada por un sentimiento temprano de inferioridad, de sentirse poco importante. En una carta dijo que solo aquellos que tienen tiempo para la filosofía están realmente vivos. Y ahora él estaba haciendo precisamente eso, estaba viviendo. Cada día, como escribió en su destierro de Córcega, «puedo debatir con Sócrates, dudar con Carnéades, encontrar sosiego con Epicuro, entender la naturaleza humana con los estoicos y sobrepasarla con los cínicos».[16]

Séneca también consideraba que la filosofía era útil para mirarse al espejo y analizar las faltas de cada uno. A pesar de que no tenemos evidencias de que en sus escritos se cuestionara directamente su trabajo para Nerón —obedecer las órdenes era parte de su código de conducta, como también lo sería para el general Mattis en la actualidad—, podemos decir que evaluó intensamente el camino que había seguido su vida. Lo más cerca que estuvo Séneca de enfrentarse a la figura de Nerón fue en una obra de teatro que compuso llamada *Tiestes*, una oscura e inquietante historia sobre dos hermanos que luchan por Micenas.[17] En la actualidad, es imposible leer esta obra y no darse cuenta de que es una especie de diálogo entre Séneca y Nerón, una advertencia sobre las tentaciones del poder y las atrocidades que los seres humanos realizan en ese afán.

La frase más reveladora de la obra afirma un hecho que Séneca llegaría a comprender de forma dramática: «Los crímenes suelen volverse contra sus maestros».

Y así ocurrió.

En esta obra también escribió: «Inmenso reino es poder pasar sin reino». De nuevo, sufría por eso dolorosamente. Por tercera vez en su vida Séneca lo había perdido prácticamente todo. Creía, como le dijo a Lucilio en una de sus cartas, que «¡el dominio de uno mismo es el máximo dominio!».[18]

Fue una revelación que le tomó su tiempo.

Séneca volvería a constatar que la filosofía no solo existía en un mundo etéreo o en las páginas de sus escritos. Tácito nos cuenta que el primer intento de Nerón de asesinar a Séneca —de nuevo con veneno— fracasó por culpa de la frugal dieta de Séneca. Era difícil matar a alguien que se había alejado tanto de su anterior vida de opulencia y que, por aquel entonces, se alimentaba principalmente de frutos silvestres y agua de un arroyo. Pero su fortuna no iba a durar para siempre.

En el año 65 d. C. urdieron una conjura para asesinar a Nerón. Entre los conspiradores se encontraba un senador estoico llamado Trásea (véase Trásea «el Intrépido») y el hijo de su hermano, Lucano. Séneca no estaba directamente involucrado, como Catón o Bruto en el pasado, pero al menos fue más valiente que Cicerón. Uno de los rumores aseguraba que los conspiradores planeaban poner a Séneca al mando tras la muerte de Nerón. ¿Su participación era suficiente para redimirlo de sus pecados? ¿Estaba finalmente dispuesto a renegar del monstruo que había ayudado a crear? Cuando la conspiración fracasó, Séneca puso su vida en riesgo para encubrir a los actores principales del complot.

Esa decisión selló su destino. Nerón, tan cobarde como Hitler cuando se acercaba el final de sus días, envió a sus secuaces para exigir la vida de Séneca. No habría clemencia, a pesar de los servicios que Séneca le había prestado durante tantos años.

La vida de Séneca había sido un complejo laberinto lleno de contradicciones; pero, en aquel momento, cuando la muerte llamaba a su puerta, encontró la forma de reunir un coraje y una claridad que se le habían escapado durante mucho tiempo. Exigió algo para escribir su testamento, pero se lo denegaron. Entonces se dirigió a sus amigos y les dijo que lo único que podía legar era su vida, su ejemplo. Fue desgarrador. Nada más pronunciar esas palabras, todos se derrumbaron.

Puede parecer una estupidez decir que Séneca se había preparado durante toda la vida para ese momento, pero en cierta medida así fue. Todas sus obras y su filosofía, como dijo Cicerón, lo llevaron a ese instante, a la muerte. Y aprovechó esa oportunidad para practicar lo que había predicado a lo largo de su vida. «¿Dónde están los principios de la filosofía? ¿Dónde están los razonamientos por tantos años meditados frente al destino?», reprendió cariñosamente a sus

afectados amigos y al público de la historia. «¿A quién había pasado desapercibida la crueldad de Nerón? Tras asesinar a su madre y su hermano ya nada le faltaba sino añadir a esas muertes la de su educador y maestro».[19]

Poco tiempo atrás había escrito a Lucilio que, si bien era cierto que un emperador o un conquistador puede quitarnos la vida a su antojo, en realidad esto no representaba un gran poder. «Así lo afirmo», escribió, «desde que naciste eres llevado a la muerte». Séneca creía que, si queremos «estar tranquilos mientras esperamos la última hora», no debemos dejar que el hecho de nuestra mortalidad escape de nuestra conciencia. Estamos condenados a morir desde el mismo instante en el que nacemos. Para Séneca, todo lo que Nerón estaba haciendo era acelerar la línea del tiempo. Y, al ser consciente de eso, podía abrazar a su esposa, Paulina, y pedirle con serenidad que no sufriera por él, que siguiera con su vida.

Como tantas otras mujeres estoicas, Paulina no se conformaba con hacer lo que los demás le ordenaban. Por eso, decidió abandonar este mundo con su marido. Ambos se cortaron las venas, y empezaron a desangrarse. Los guardias de Nerón, aparentemente acatando sus órdenes, se apresuraron para salvar la vida de Paulina, que viviría varios años más.

Para Séneca, la muerte no llegó tan rápidamente como había planeado. Al parecer, su dieta había ralentizado su flujo sanguíneo; por eso, acto seguido, bebió voluntariamente un veneno que había guardado para ese momento, no sin antes verter una pequeña libación a los dioses. ¿Se acordó en ese momento de un comentario que Atalo había dicho tiempo atrás? «La propia maldad sorbe la parte mayor de su veneno». En el caso de Séneca parecía ser cierto, como lo sería muy pronto también para Nerón.

El hombre que había escrito tanto sobre la muerte descubría, irónicamente, que la muerte no era tan voluntaria como creía. ¿Estaba frustrado? ¿Estaba satisfecho porque al percatarse de que el destino prolongaba la escena sobre la que tanto había meditado le abría la posibilidad de pasar a la historia? Cuando los efectos del veneno tampoco lograron arrebatarle la vida, trasladaron a Séneca a una sauna para que el calor y la densidad del aire acabaran con él. Existen muchas pinturas que representan la muerte de Séneca, incluidas las versiones realizadas por Pieter Paulus Rubens y Jacques-Louis David. Todas ellas insisten en presentar a Séneca como si este quisiera que lo recordaran como era entonces, magro y digno, en lugar de gordo y rico. Todos los presentes en la sala se muestran histéricos, pero Séneca permanece tranquilo —por fin, aparece ese estoico perfecto que no pudo lucir durante su vida— mientras se despide del mundanal ruido.

Poco después, su cuerpo fue honrado humildemente, sin ritos funerarios, por una petición que él mismo había hecho tiempo atrás. Para Tácito era una prueba de que, como buen estoico que era, «incluso cuando se encontraba en el apogeo de su riqueza y poder, pensaba en el final de su vida», y en su eterno legado.

Pero todo lo que Séneca había ganado en vida desapareció, todo excepto los libros que han sobrevivido. Finalmente, un año después, Nerón también arrebataría la vida a los hermanos de Séneca, porque los crímenes no solo se vuelven contra sus maestros, sino también sobre las personas y las cosas que aman.

---

1 Séneca, *Epístolas Morales a Lucilio*, carta 108 (Gredos, Biblioteca Clásica, 2005).

2 Es interesante que Epicuro sea el escritor más citado en las obras de Séneca. Séneca dijo que debemos leer como si fuéramos un espía en un campamento enemigo; es decir, con el propósito de aprender de nuestros oponentes intelectuales y filosóficos.

3 Séneca, *Diálogos,* XXXVI (Gredos, Biblioteca Clásica, 2008).

4 Dion Casio, *Historia romana*, libro LIX (Biblioteca de Clásicos Gredos, 2011).

5 Séneca, *Sobre la brevedad de la vida* (Gredos, 2011).

6 Séneca, *Tragedias*, II, «Tiestes» (Gredos, Biblioteca Clásica, 2020).

7 Séneca también se tomó la libertad de escribir una despedida satírica a Claudio titulada *Apocolocyntosis divi Claudii* (*Apocolocintosis*, en español, que podría significar «la calabacización del divino Claudio»), una última ofensa al hombre que le había quitado tantos años de su vida en Córcega.

8 Séneca, *Sobre la clemencia* (Tecnos, 2007).

9 Séneca, *Diálogos* (Gredos, Biblioteca Clásica, 2008).

10 Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, carta 29 (Gredos, Biblioteca Clásica, 2005).

11 Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, carta 4 (Gredos, Biblioteca Clásica, 2005).

12 Séneca, *Diálogos*, «Sobre la vida Feliz» (Gredos, Biblioteca Clásica, 2006).

13 Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, carta 2 (Gredos, Biblioteca Clásica, 2005).

14 El hermano de Séneca, Novato, con su nombre adoptivo, Galio, aparece en el Nuevo Testamento (Levítico 18:12–17).

15 Séneca, *Diálogos*, «Sobre el ocio» (Gredos, Biblioteca Clásica, 2008).

16 Séneca, *Diálogos*, «Sobre la brevedad de la vida» (Gredos, Biblioteca Clásica, 2006).

17 En la Edad Media, se pensaba que el Séneca de las tragedias era un personaje que no tenía ninguna relación con el filósofo. James Romm se maravilla de la influencia que tuvo Séneca: «Es como si Emerson hubiera dejado de escribir sus ensayos para componer la ópera *Fausto*». Pero se quedaba corto. Era como si Emerson fuera el fundador del trascendentalismo, escribiera Fausto y ejerciera de vicepresidente de Lincoln.

18 Séneca, *Epístolas Morales a Lucilio*, carta 113 (Gredos, Biblioteca Clásica, 2005).

19 Cornelio Tácito, *Anales*, XV, Libro 62 (Gredos, Biblioteca Clásica, 1979).

LUCIO ANNEO CORNUTO
«EL HOMBRE COMÚN»

NACIMIENTO: 20 D.C.
MUERTE: 68 D.C.

ORIGEN: LIBIA

En Roma se solía decir «no todos podemos ser como Catón». Lo que significaba que muy pocos tenían su constancia y su coraje inhumanos. No obstante, otra forma de entender esta expresión podría ser que no todos podemos alcanzar la fama. En la época actual, los filósofos hablan del concepto «suerte moral», de cómo una persona pueda ser juzgada moralmente depende, en un sentido importante, de factores que escapan a su control tales como el momento en que nacemos y las situaciones a las que nos enfrentamos.

Lucio Anneo Cornuto fue un estoico. No era Catón o Agripino, pero fue un hombre ordinario que durante una época extraordinaria actuó lo mejor que pudo. Nació en el año 20 d. C. en Libia. Era fenicio, como Zenón, el fundador de la escuela estoica, pero su vida fue mucho más parecida a la del segundo Zenón que no a la del primero. Llegó a Roma gracias a la ayuda de la familia de Séneca —de ahí el nombre de Anneo—, probablemente a través de su hermano Mela, ya que Cornuto fue maestro de su hijo Lucano.

Sus amplios conocimientos en diversas disciplinas —ortografía, teología, gramática, retórica, lingüística, lógica, física y ética— le otorgaban a Cornuto una enorme fama. Su reputación era tal que el emperador Claudio siguió su consejo e introdujo una nueva letra en el alfabeto romano: la digamma, que se parecía a una *f* y se pronunciaba como una *w*. No todos podemos ser como Catón, nuestros logros son efímeros; sin embargo, añadir una letra al alfabeto no es un logro menor.

Seguramente, para la familia de Séneca fue extraño ver a un estoico como Cornuto prosperar en Roma bajo el mismo emperador que había expulsado a su amado hijo tan lejos de ellos. En cualquier caso, Cornuto no pretendía llamar la atención y prefería centrarse en los libros. Su amigo, el poeta Persio, escribió con cariño que «pasaba largos días… y deshojaba las tardes» trabajando y relajándose con Cornuto en «la seriedad de una sobria mesa». Aseguraba que estaban «en armonía con un fuerte lazo y se dejaban guiar por una estrella». Es una bonita imagen que, además, vale la pena recordar cuando dicen que los estoicos no se divertían o eran incapaces de mantener una amistad.

En el 62 d. C. Persio murió trágicamente joven y Cornuto heredó su enorme biblioteca, que incluía los setecientos volúmenes completos de las obras de Crisipo, así como una buena suma de dinero. Cornuto devolvió el dinero a las hermanas de su amigo alegando que los libros eran más que suficiente.

Pero, desde que Nerón se hizo con el poder, era imposible que incluso los filósofos más ingenuos e inofensivos no ofendieran al sensible emperador. César tenía sentido del humor. Augusto amaba las artes. Pero, por aquel entonces, Roma

estaba muy lejos de tener un emperador similar. Por esa razón, cuando Cornuto editó algunos poemas del difunto Persio, se preocupó de cambiar una línea que comparaba las orejas de Nerón con las de un burro. Era un gesto que Agripino nunca habría considerado. Pero Cornuto creía que no tenía otra opción.

El problema cuando intentas no ofender a nadie es que nunca funciona. Pronto, Nerón encontró otro motivo para ofenderse. Dion Casio nos cuenta que Nerón, como su padrastro, buscó el consejo de Cornuto para escribir una historia épica sobre Roma. Como Nerón explicó de forma grandilocuente, planeaba contar la historia de Roma en cuatrocientos volúmenes. Cornuto le advirtió que eran demasiados. Pero uno de los secuaces de Nerón se mostró en desacuerdo. ¿Acaso Crisipo no había escrito más volúmenes? ¿No los poseía el propio Cornuto? ¿Cómo podía decir tal cosa? No es una comparación justa, respondió Cornuto, pues los estoicos escribieron para «mejorar la conducta de los hombres».

Es posible que Cornuto imaginara las consecuencias de este comentario, o tal vez lo dijo desde la ignorancia de un académico respecto a las sutilezas del arte de la cortesía, pero el resultado fue el mismo. Nos cuentan que Nerón tuvo que contenerse para no ejecutarlo en el acto.

Y, en vez de eso, decidió desterrarlo.

Desconocemos cuándo y dónde fue desterrado Cornuto. Dion Casio asegura que en algún momento entre el año 66 y el 68 d. C. lo exiliaron a una isla sin nombre. Su oposición a la tiranía no fue tan heroica como la de Catón o la de los conspiradores que se confabularon contra Nerón, y su habilidad para desenvolverse en la agitada situación política de su tiempo fue ciertamente menos impresionante que la de Séneca. No obstante, su suerte resultó ser un episodio más a añadir a la creciente ola de oposición hacia los estoicos.

La exagerada reacción de Nerón a un desaire tan pequeño probablemente ayudó a acelerar los planes de Trásea y Lucano, antiguo alumno de Cornuto, en el complot para derribar al emperador. No podemos precisar perfectamente cómo se desarrollaron los acontecimientos, pero, si Séneca todavía estaba presente en la corte cuando Cornuto y Nerón se enfrentaron, la situación debió afectarle profundamente. Su propio pupilo estaba desterrando al maestro de su sobrino, del mismo modo que Atalo había sido expulsado cuando él era todavía un niño. Una cosa era que Nerón eliminara a los miembros de su propia familia, pero ahora estaba atacando a un miembro de su círculo cercano de amistades.

Para cualquiera que tuviera ojos, era evidente que la cordura de Nerón estaba en entredicho.

Mientras tanto Cornuto se perdía en el olvido absoluto, no como Rutilio Rufo, apartado de su hogar pero, al mismo tiempo, felizmente alejado de la carnicería de un país que se estaba resquebrajando en pedazos.

GAYO RUBELIO PLAUTO «EL HOMBRE QUE NO QUISO SER REY»

NACIMIENTO: 33 D.C.
MUERTE: 62 D.C.

ORIGEN: TÍVOLI

Durante generaciones, los estoicos habían establecido fuertes vínculos con el poder. En Atenas habían sido diplomáticos y maestros de las figuras más ilustres. Durante la Republica habían sido generales y cónsules. Y desde Ario y Atenodoro habían aconsejado a los jóvenes príncipes del Imperio.

Pero, en realidad, ninguno de ellos había *sido* un auténtico soberano. Gayo Rubelio Plauto, que nació en el año 33 d. C. fue el primer estoico con sangre real. El bisnieto de Tiberio por parte de madre (Julia), y al mismo tiempo bisnieto de Augusto (debido a la adopción de Tiberio), estaba en la línea de sucesión al trono. La línea rival de la dinastía Julio-Claudia.

A pesar de sus riquezas y del prestigio de su linaje, nos cuentan que Plauto llevaba una vida tranquila y austera. El estudio de la filosofía lo había dotado de un alma madura, la representación viviente del *mos maiorum* (conjunto de reglas y de preceptos que el ciudadano romano apegado a la tradición debía respetar). Era un hombre que imponía respeto a todos cuantos se cruzaban con él. No buscaba el poder ni abusaba de sus riquezas. No solo representaba todo lo contrario a su bisabuelo, sino a todos los emperadores que vinieron después de él.

¿Sería el primer emperador estoico? ¿Sería el rey filósofo del que había hablado Platón tiempo atrás?

Era una posibilidad, pero no resultaría un camino fácil. De la misma manera que el carácter de Catón estaba condenado a buscarle enemigos —su virtud era una afrenta constante a los corruptos y a los tiranos—, Plauto, por su naturaleza, estaba destinado a enfrentarse con Nerón. Dos hombres de elevada estirpe pero completamente opuestos entre sí. Uno, bajo el influjo de su madre, albergaba una ambición desmedida. El otro solo pretendía continuar con sus estudios y vivir bajo su propio código moral. Uno estaba dispuesto a hacer cualquier cosa —por muy depravada que fuera— para lograr esos objetivos. El otro no haría nada que traicionara sus principios.

No es de extrañar que Nerón comenzara a tramar intrigas contra su primo tercero y que su paranoia convirtiera a ese hombre en su enemigo. A nadie podía pasarle por alto esa opción, ni tan siquiera al mismo Plauto. En primer lugar, Nerón había asesinado a su propio hermanastro, Británico, después de que su madre, Agripina, lo amenazara con ponerse de su lado si Nerón no enderezaba su conducta. Además, corría un rumor que aseguraba que Agripina quería desposarse con Plauto para reemplazar a Nerón en el trono. Tanto si ese rumor era cierto como si no, fue el pretexto que utilizó Nerón para expulsar a su madre de Roma, y lo que finalmente convenció a su mente para asesinar a la mujer que lo había traído al mundo.

Aunque los estoicos habían insistido sobre los peligros de creer en las supersticiones o en los presagios sobrenaturales, es evidente que Séneca no logró inculcar esa lección a Nerón. Entre agosto y diciembre del año 60 d. C. un increíble y brillante cometa surcó el cielo de Roma, uno como nunca antes se había visto. La gente creía que aquello era un presagio de que se avecinaba un cambio en la monarquía. Nerón iba a ser remplazado. Por esa misma fecha, Tácito nos dice que un tremendo rayo impactó sobre la mesa de la enorme villa que Nerón tenía junto al lago en Sublaquaeum. Como Plauto no había nacido lejos de allí, Nerón y los invitados interpretaron el suceso como un peligroso presagio: Plauto iba a sustituir a Nerón.

El estoico sería el nuevo rey.

¿O quizás no?

Como respuesta, Nerón intentó algo fuera de lo común. Simplemente, escribió a Plauto que Roma saldría ganando si se retiraba a las propiedades de su abuelo Druso, en Asia. Tal vez esta inusual actitud tan moderada en un asunto de tanta envergadura fue resultado de la influencia de Séneca, una de las últimas que pudo ejercer. Por su parte, Plauto decidió que era una oferta que no podía rechazar.

De este modo, Plauto, junto con su esposa Antistia, sus hijos y los «amigos más cercanos» se exilió en Siria. Tácito sugiere que el gran maestro estoico Musonio Rufo, quien aconsejó a Plauto que «tuviera valor y esperara a la muerte», lo acompañó en el exilio, donde Plauto se dedicó a la filosofía. Cicerón popularizó en su época la anécdota moral referida como la «espada de Damocles» —la amenaza constante de muerte y sublevación— que intimidaba a todos los reyes. Eso mismo debió experimentar Plauto… con la salvedad de que él nunca fue un rey.

Pero eso es para lo que nos prepara el estoicismo: para mantener la calma incluso en las situaciones más adversas, para poder desconectar de cualquier amenaza —incluso la de muerte— y poder prestar atención a lo que realmente importa.

Con Séneca en el exilio, Nerón estaba descontrolado y, como ocurre en la actualidad con los ambiciosos y miopes políticos, intentó gestionar sus inestables antojos para sus propios intereses. Tigelino, uno de los consejeros de Nerón, avivó la paranoia de eliminar a todos sus enemigos, y Roma se sumió en el caos. Tácito nos cuenta que Tigelino le susurró a Nerón que «Plauto, rico como era, ni siquiera fingía ansiar el descanso, sino que hacía gala de imitar a los viejos romanos, y se había unido a la secta de los arrogantes estoicos, que volvía a los hombres subversivos y sedientos de poder».[1]

Era todo lo que Nerón necesitaba escuchar: Plauto estaba sentenciado.

Seguramente, una de las razones que motivaron esa decisión fue que Nerón era consciente de que mucha gente apoyaría las supuestas aspiraciones de Plauto si este actuara según la ambición que Nerón le adjudicaba. En realidad, este es uno de nuestros miedos más recurrentes: las personas que aborrecemos en realidad las aborrecemos porque creemos que son mejores que nosotros; no porque sean inferiores, sino porque tienen algo de lo que nosotros carecemos.

La ofensiva de Nerón contra Plauto ocultaba, no obstante, una ironía que el propio emperador había pasado por alto, pero que Séneca predijo tiempo atrás. Como escribió en *Edipo*: «El que es capaz de rendirse a miedos vacíos, se gana temores reales». Plauto nunca había pretendido hacerse con el trono, pero ahora Cayo Antisto Veto, su suegro, le escribió para que reuniera fuerzas y se revelara contra el régimen. No fue el único, otros le aconsejaron lo mismo. Los asesinos enviados por Nerón se demoraron tanto en llegar a Asia que dio tiempo a que los rumores de que Plauto pretendía enfrentarse a Nerón llegaran a Roma. La revolución, al parecer, estaba a la vuelta de la esquina.

Pero ese no era el estilo de Plauto. Aunque disponía del dinero necesario para financiar un poderoso ejército, decidió no hacerlo. Quizá prefería ser la víctima de un tirano que el responsable de otra sangrienta guerra en la que muchas personas perderían la vida. O, tal vez, fueron los consejos de Musonio Rufo los que le convencieron para no responder al ataque: «Elige una muerte digna mientras puedas, porque es posible que pronto llegue tu hora, pero sea demasiado tarde para morir dignamente».

Así pues, renunciando a desatar una guerra civil, Plauto se preparó para el final. El estoico no sería rey. Ni siquiera viviría para cumplir los treinta.

Como Agripino antes que él, Plauto no dejó que las amenazas de muerte modificaran sus rutinas diarias. Una apacible tarde del año 62 d. C. los asesinos enviados por Nerón lo encontraron desnudándose para realizar sus ejercicios. Ni siquiera le ofrecieron la dignidad de quitarse él mismo la vida. Un centurión degolló al joven filósofo mientras un eunuco de la corte observaba para confirmar el acto. Juntos se llevaron la cabeza cortada a Roma como prueba.

La depravación de Nerón había alcanzado un sadismo desmesurado. Mientras sostenía la cabeza de Plauto frente a su audiencia, se interpeló a sí mismo en tercera persona: «Nerón, ¿por qué temías a un hombre que lucía esta nariz?». No contento con esta humillación, Nerón escribió al Senado para informarles de que Plauto era una figura voluble que había amenazado la estabilidad de Roma —conviene recordar que se trata de la misma táctica que utilizaron contra Rutilio

Rufo: acusar al hombre bueno precisamente de lo que el malvado es culpable—. Nerón no tuvo el coraje de reconocer que tenía las manos manchadas con su sangre; sin embargo, reclamó todos los honores por haber conseguido mantener la paz.

Seguramente no podemos culpar a Séneca —que por aquel entonces intentaba retirarse de la vida pública— por haber consentido las tropelías de Nerón; claramente, era un mal endémico de esa época. El Senado aceptó las acusaciones de Nerón contra Plauto y, póstumamente, lo expulsaron del Senado solo para complacer los caprichos de su rey. A las pocas semanas, Nerón se separó de su esposa, entregándole a esta los bienes confiscados a Plauto, y se preparó para casarse de nuevo.

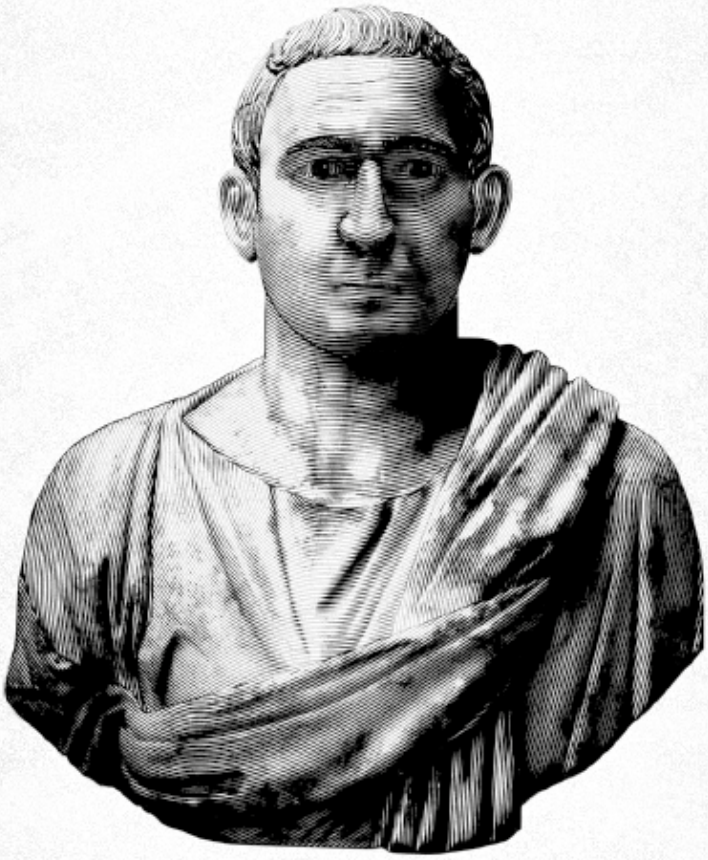
Aunque para Séneca —inexplicablemente— parece que lo ocurrido no fue motivo suficiente y se mantuvo todavía unos años más al servicio de Nerón, Trásea, uno de los pocos estoicos que quedaban en Roma, se negó a asistir a la nueva boda.

Nerón, que se había inventado un enemigo imaginario en la figura de Plauto, había conseguido crear uno real, Trásea. Ahora ya tenía motivos para tener miedo.

---

1 Cornelio Tácito, *Anales*, XIV (Gredos, Biblioteca Clásica, 1979).

TRÁSEA
«EL VALIENTE»



NACIMIENTO: 14 D.C.
MUERTE: 66 D.C.

ORIGEN: PADUA

Trásea Peto fue un hombre de otra época. Nació en Padua, más o menos cuando murió Augusto, en el seno de una familia noble y rica. Como era habitual en la mayoría de los estoicos de Roma, tuvo los mejores y más reputados maestros, los cuales fomentaron su talento para la retórica y el derecho, y le enseñaron a vivir de acuerdo con unos principios.

Mientras que otros estoicos habían descubierto la forma de adaptarse a los nuevos tiempos o habían preferido mantenerse alejados de los problemas, Trásea era un senador chapado a la antigua. Habían pasado ya muchas décadas desde que el compromiso y el coraje de Catón se habían ensombrecido en Roma, pero el amor de Trásea por la historia y la filosofía era tan profundo que, para él, las figuras del pasado permanecían vigentes e intactas. Del mismo modo que el oráculo le había dicho a Zenón que podía comunicarse con los muertos mediante la filosofía, Trásea estaba dispuesto a hacer lo mismo.

Séneca escribiría que los filósofos deben «encontrar a su Catón»; es decir, a una persona que les sirva de ejemplo con quien poder compararse y les ayude a seguir el camino adecuado. Plutarco nos cuenta que, desde una edad temprana, Trásea eligió a Catón como su «Catón», y más tarde incluso escribió un libro sobre él.

Probablemente, Trásea también se inspiró en el Círculo de los Escipiones —que habría visto representado en un pasaje de los escritos de Cicerón—, ya que tenemos evidencias de que su casa se convirtió en un centro de reunión para poetas, filósofos y políticos afines. Aquellas cenas eran un pretexto —como lo habían sido para Catón o Escipión— para mantener largos debates sobre la virtud, el deber y, desgraciadamente, el preocupante estado de la nación que tanto amaban. Durante aquellas reuniones, muchos de los estoicos que aparecen en las páginas finales de este libro acudieron a su casa —desde Séneca hasta Helvidio Prisco— junto con los espíritus de los estoicos que les habían precedido.

También la familia de su esposa iba a contribuir con su propio e intenso legado. Su mujer, al igual que Porcia, formaba parte de una importante estirpe estoica. En el año 42 d. C. su suegra se suicidó por orden del emperador Claudio, y las últimas palabras que dirigió a su esposo fueron: «Mira, no duele». Acto seguido, su marido tuvo el valor para seguir su ejemplo.

Con todo este bagaje —sus influencias tempranas, sus amigos filósofos y su profundo compromiso con el bien público— era poco probable que Trásea se planteara seguirle la corriente a cualquier emperador. ¿Pero a Nerón? Todo lo que había aprendido le impedía tolerar el comportamiento de su emperador. Ninguno de sus principios le permitían aceptar aquello en lo que se había convertido Roma, y, por ello, lucharía de forma obstinada para alterar el *statu quo*.

A medida que avanzaba su carrera en el Senado, y al igual que sucediera con Rutilio Rufo y Catón, Trásea aprovechó su poder para denunciar los casos de corrupción. En el año 57 d. C. respaldó enérgicamente un caso que presentaron unos embajadores cilicios que habían acudido a Roma para acusar de extorsión a su exgobernador, Capitón Cosuciano. Como señala Tácito, «ese hombre estaba manchado por la infamia» y además ejercía abiertamente la corrupción. En el juicio ni siquiera intentó defenderse, siendo condenado y despojado de su cargo de senador.

En un ecosistema político sano, este habría sido el final de la carrera de Capitón, pero la Roma de Nerón no gozaba de buena salud. Tan solo unos pocos años más tarde, Capitón recuperó el cargo de senador y, en consecuencia, se encargó de llevar a cabo las demandas civiles *contra* otras personas, incluida la de un poeta que había criticado a Nerón. El Senado condenó al poeta a muerte, pero la intervención de Trásea, que, como Séneca en su famosa obra *Sobre la clemencia*, abogó por la clemencia y la moderación, lo impidió. Nerón accedió y aceptó esa decisión, pero uno tiene la sensación de que ese hombre no estaba dispuesto a dejar pasar por alto incluso las críticas más insignificantes.

Y, sin embargo, por muy molesto que fuera Trásea para Nerón, este no podía evitar respetar a regañadientes la perseverancia de su oponente. Cuando una vez alguien criticó en público a Trásea, esperando la aprobación del emperador, Nerón amonestó inmediatamente su servilismo. «Desearía», dijo Nerón, «que Trásea fuera tan amigo mío como es excelente ejerciendo de juez».[1]

Tiempo atrás, había resultado inevitable que Catón y César, debido a su poderoso magnetismo, acabaran chocando el uno contra el otro. Lo mismo iba a ocurrir con Trásea y Nerón. Uno era senador, el otro, césar. Uno era moderado y tenía principios, y el otro era impulsivo y estaba consumido por el ego. Uno prefería los acuerdos, y el otro era incapaz de dar su brazo a torcer.

En el año 59 d. C., cuando Nerón asesinó a su madre, Trásea quedó estupefacto. Séneca parecía estar dispuesto a pasarlo por alto, pero sus compañeros del Senado fueron más allá: no solo aceptaron la absurda explicación que Nerón envió al Senado a través de una carta, donde aseguraba que se había visto en la obligación de matarla porque era una traidora y quería asesinarlo, sino que también decidieron concederle honores por cometer el matricidio. Trásea estaba tan disgustado que se retiró del Senado negándose a participar en la votación.

En nuestro tiempo, los senadores en ocasiones se retiran de una votación para mostrar su desacuerdo silenciosamente. Si no votan, nunca quedará ningún registro de su participación. Pero la abstención de Trásea tenía distinta naturaleza.

No mostraba su cobardía, sino su coraje. Era incapaz de dignificar la corrupción y la maldad. Catón había combatido a César y Pompeyo obstruyendo la justicia, pero aquello ocurrió cuando la República funcionaba con normalidad. Todo lo que podía hacer Trásea por aquel entonces era intentar ejercer algún tipo de autoridad moral y explicar a los ciudadanos que «eso no era normal». Y así lo hizo. Se negó a consentir, a dar el visto bueno, a pesar de que este acto sirviera de poco.

No temía las consecuencias ni a quién podía molestar su postura.

También se negó a participar en la votación que otorgaba honores divinos a la nueva esposa de Nerón, Popea Sabina, que para algunos de sus contemporáneos había sido la verdadera razón del asesinato de la madre de Nerón por negarse a aprobar el enlace. En el juicio de Claudio Timarco, un potentado corrupto al que, como dijo Tácito, «su riqueza excesiva lo impulsó a cometer injusticias contra el pueblo llano», Trásea solicitó que lo desterraran. Nos cuentan que su discurso cosechó «un asentimiento general», pero fue desestimado por el emperador, que parecía mentalmente incapacitado para hacer nada provechoso para el bien común. Durante tres largos años, Trásea se opuso abiertamente a Nerón, quien a su vez empezó a mostrar descaradamente su hostilidad. En el año 63 d. C., Nerón se negó a aceptar la entrada de Trásea en su casa cuando este acompañó a sus compañeros senadores al palacio del emperador para felicitarle por el nacimiento de su hija.

Un estoico debe aprender a renunciar cuando una causa es inútil. Séneca se dio cuenta de esto demasiado tarde, mucho después de haber sido cómplice de las tropelías de Nerón. Pero Trásea no tenía las manos manchadas de sangre. Cuando el Senado permitió que Nerón negara la entrada a Trásea —a uno de los suyos— en su palacio, este se percató de que hacía tiempo que no pintaba nada en Roma. Pasaría los tres años siguientes medio jubilado, trabajando en sus escritos sobre Catón y estudiando su filosofía, sin prestar mucha atención a la sentencia de muerte que supuestamente esperaba.

Tácito nos dice que Nerón simplemente estaba buscando un pretexto adecuado, y Capitón, el hombre al que Trásea había llevado ante el Senado años atrás, lo ayudó a encontrarlo. Se dice que, en el año 65 d. C., Trásea se negó a asistir a los funerales de Popea. Irónicamente, a pesar de que existía la posibilidad de que el propio emperador estuviera involucrado en la muerte de su esposa, Nerón y Capitón se ofendieron profundamente.

En cualquier caso, con «un corazón ávido de las peores maldades», Tácito dice que las acusaciones de Capitón tenían como objetivo satisfacer el deseo de Nerón: «dar muerte a la Virtud» matando a uno de los pocos hombres en Roma que no se acobardaban ante su tiranía. «Al igual que antaño los ciudadanos hablaban de César y de Marco Catón, ahora, Nerón, ávidos de discordias, hablan de ti y de Trásea»,[2] le susurró Capitón maliciosamente.

Era una acusación malintencionada e injusta, y al mismo tiempo el mayor elogio que Trásea podría haber imaginado. Así es la vida: a veces nuestros enemigos, por la naturaleza de sus temores, nos regalan el mejor elogio.

Trásea no permitió que mancharan su nombre a hurtadillas y mandó una carta directamente a Nerón: *Presenta tus cargos y déjame defenderme.* Nerón abrió la carta con la esperanza de encontrar una rendición, pensaba que Trásea se acobardaría y pediría clemencia. En cambio, encontró «la desafiante independencia de un hombre inocente». Para Trásea era imposible actuar de otro modo.

Para un estoico, así como para nosotros, no hay nada más digno que actuar de ese modo.

Como ocurrió con César y Catón, la disputa definitiva había empezado. Nerón cruzó su Rubicón cuando exigió la cabeza de Trásea, y el Senado, decadente por culpa de los últimos cinco emperadores, estaba más que dispuesto a secundar el bando de la tiranía. Únicamente Aruleno Rústico, un seguidor de la escuela estoica, se opuso y se ofreció para bloquear el decreto del Senado y salvar la vida de Trásea. Pero Trásea le pidió que no interviniera. Le dijo que apenas «estaba en el inicio de su carrera y tenía intacto su porvenir; lo que tenía que hacer era pensar con mucho detenimiento qué camino político había de tomar con los tiempos que corrían».[3]

Trásea no necesitaba la protección de nadie. Había decidido, como Catón, afrontar lo que el destino tenía reservado para él.

Tampoco se le ofreció la oportunidad de defenderse en el juicio, como le había ocurrido a Rutilio Rufo tiempo atrás.

El Senado lo sentenció a muerte, y desterró a su yerno, Helvidio Prisco.

Cuando llegaron los primeros rumores de la noticia, Trásea estaba sentado en su jardín con sus amigos —poetas, filósofos y magistrados—, como de costumbre. Epicteto nos dice que Trásea se enteró de la noticia mientras mantenía una profunda conversación sobre la inmortalidad con Demócrito «el Cínico», y se la tomó con resignación: «Prefiero verme hoy muerto que mañana en el exilio».

Nerón ofreció a Trásea la misma cortesía que había ofrecido a Séneca: podía elegir cómo morir. Para Trásea, era una oportunidad para tener una conversación con esos grandes hombres muertos que tenía tan presentes en su vida. Sócrates. Cicerón. Catón. Incluso, el recién fallecido Séneca. «Nerón puede quitarme la vida», dijo repitiendo las últimas palabras de Sócrates, «pero nunca podrá hacerme daño».

Lo primero que hizo Trásea antes de afrontar la muerte fue aconsejar a sus seres queridos que se fueran. Se despidió de ellos y les rogó que se cuidaran. Luego, intentó convencer a su esposa de que no siguiera los pasos de su madre y renunciara a morir junto a su marido. Una vez más, demostrando más empatía que Séneca, le rogó a su esposa que perseverara por el bien de su hija, porque, con el exilio de Helvidio, ella también perdería a su propio marido.

Cuando los oficiales llegaron con la sentencia de muerte, Trásea se retiró a sus aposentos con Demetrio y Helvidio Prisco. Quizá hablaron de filosofía unos minutos o, tal vez, Trásea aconsejó a Helvidio que luchara contra el régimen desde la distancia. Finalmente, se puso manos a la obra: Trásea pidió a sus compañeros que le cortaran las venas de sus brazos.

Mientras yacía desangrándose —en un guiño al famoso suicidio de Séneca— ofreció una libación a *Iuppiter Liberator* (Júpiter el «Liberador»), y le dijo al joven que le había entregado la sentencia de muerte: «Has nacido en tiempos en los que es bueno fortalecer el espíritu con ejemplos de valor». Luego, se volvió hacia Demetrio y pronunció sus últimas palabras, que, como las del común de los mortales, se escurrieron como agua, desapareciendo en el abismo de la historia.

Nerón había eliminado a otro enemigo y a otro delator de sus excesos. Pero, como le había advertido Séneca, los crímenes siempre acaban rindiendo cuentas a quien los comete. Nadie puede asesinar o matar tanto como para volverse invencible.

Como ocurre con todos los tiranos o gánsteres, los apoyos de Nerón empezaron a desaparecer paulatinamente hasta que se quedó completamente solo. El complot para asesinarlo, en el que estuvo involucrado Séneca, demostró que el pueblo había empezado a volverse contra su trastornado rey. Los conspiradores, enfrentándose a una muerte segura, comenzaron a difundir las verdades que Nerón había intentado ocultar durante tanto tiempo: «Ninguno de tus soldados te fue más leal mientras mereciste ser amado», le dijo Subrio Flavo, «empecé a odiarte cuando te convertiste en asesino de tu madre y de tu esposa, en auriga y en histrión y en incendiario».[4] Cuando le preguntaron a otro soldado por qué intentaba matar al emperador, dijo: «Era la única manera en que podía ayudarlo».

Incluso el hecho de que Rústico intentara ayudar a Trásea era una señal de disensión dentro de un Senado que, hasta entonces, se había mostrado unánime apoyando los excesos de Nerón. Sin embargo, todo eso, apenas eran destellos. Los últimos años de la vida de Nerón estuvieron marcados por más asesinatos y más indulgencias del Senado. Se amañaban los certámenes de canto para que Nerón fuera el vencedor, y el emperador recorrió el imperio buscando los elogios de unos ciudadanos cada vez más exhaustos.

Finalmente, los primeros que se volvieron contra él fueron sus soldados. De súbito, Nerón perdió el pilar sobre el que descansaba su disuasorio poder. Ahora no podía ni siquiera huir de Roma con la protección de sus leales secuaces.

El último toque de atención se lo dio, precisamente, un guardia pretoriano: «¿Morir es tan horrible como dicen?» le preguntó. Una mañana, Nerón se levantó y descubrió que su guardia personal había abandonado sus puestos. James Romm describe el posible destino que le esperaba a Nerón si lo hubieran capturado en ese momento: «Lo habrían inmovilizado con su cuello en la horquilla de un árbol, y lo habrían apedreado hasta la muerte. Más tarde, habrían arrojado su cadáver descuartizado desde la Roca Tarpeya, como hacían con los cuerpos de los peores criminales de Roma».

Nerón, que había ignorado durante tanto tiempo las lecciones de Séneca sobre la muerte y había condenado entre otros a Trásea y a Plauto, ahora probaba el filo de dos dagas colocándolas sobre su propia carne. Tuvo sus dudas, y volvió a enfundar las dagas con la esperanza de ganar algo de tiempo. Pidió a los pocos hombres que tenía a su lado que se aseguraran de que su cuerpo no fuera decapitado después de su muerte. Esa última voluntad era vergonzosamente hipócrita: ese hombre había cogido la cabeza cortada de Plauto y levantándola por el pelo se burló de la nariz del muerto.

Luego, Nerón reunió las fuerzas que le quedaban y se clavó una de las dagas en la garganta.

En el año 65 d. C. uno de los conspiradores contra Nerón, al observar la tumba cavada apresuradamente por los matones del emperador, dijo con sorna: «Ni siquiera esto está a la altura del protocolo». Lo mismo ocurrió con el suicidio de Nerón: se contagió de su propia incompetencia. Nerón eligió la forma más dolorosa de quitarse la vida y falló de todos modos. Al final, Epafrodito, un antiguo esclavo y ayudante de Nerón, dio un paso adelante y hundió completamente la daga en el cuello para cortar su arteria y poner fin a su reinado. Sus penúltimas palabras, mientras la sangre llenaba su garganta, fueron las típicas sandeces de Nerón: «Esto es lealtad», balbució.

Justo en ese instante, los soldados regresaron para dictar el tipo de sentencia de muerte pública a la que Nerón había condenado a tantas otras personas. Mientras un centurión intentaba detener la hemorragia, Nerón se rio y dijo: «Demasiado tarde».

Nerón había muerto.

Para la propia satisfacción de Nerón, muchos filósofos estoicos —Rubelio Plauto, Barea Sorano, Séneca y, por supuesto, Trásea— habían hallado una muerte espantosa antes que él. Sin embargo, al enterarse de su muerte o presenciarla en directo, nadie pensó que Nerón se había llevado la mejor parte.

Trásea dijo que Nerón tenía el poder de quitar una vida, pero era incapaz de hacer daño. Estaba en lo cierto, pero con una salvedad. Nerón se había hecho daño a sí mismo una y otra vez, y colmó los treinta años que vivió con una especie de muerte en vida que todavía hoy es un ejemplo de la peor clase de liderazgo.

Catón. Trásea. Esos dos nombres son un estímulo para encontrar el coraje, la sabiduría, la templanza y la justicia.

¿Nerón? Nerón es una palabra que se relaciona con los excesos, la incompetencia, el engaño y la maldad. Prueba de ello es la frase de William Blake de que el veneno más fuerte jamás conocido procede de la corona de laurel del César.

---

1 Plutarco, *Obras morales y de costumbres* (Moralia), X, «Consejos políticos» (Gredos, Biblioteca Clásica, 1995).

2 Cornelio Tácito, *Anales* (Gredos, Biblioteca Clásica, 1979).

3 Aruleno Rústico vivió para ver a seis emperadores más, hasta que Domiciano lo condenó a muerte en el año 93 d. C. por un libro que alababa el valor y el ejemplo de Trásea. Su nieto, Junio Rústico, asistiría a las conferencias de Epicteto y se convertiría en el profesor de filosofía de Marco Aurelio.

4 Cornelio Tácito, *Anales*, II (Gredos, Biblioteca Clásica, 1979).

HELVIDIO PRISCO
«EL SENADOR»

Nacimiento: 25 d.C.
Muerte: 75 d.C.

Origen: Samnio

La historia del niño que se abre camino desde unos orígenes humildes hasta el gran órgano de gobierno de su país no es nueva. La del político que aparece de la nada, consigue un gran poder y lo utiliza para ayudar al pueblo del que proviene es la historia de Abraham Lincoln y la de Henry Clay. La de Margaret Thatcher y Angela Merkel. Y también es la historia de Helvidio Prisco.

Helvidio era hijo de un soldado destinado en las tierras de la tribu de los caracenos en Samnio, Italia. Surgió de estos humildes orígenes plebeyos para convertirse en una importante figura en la vida romana, con una carrera que abarcó los reinados de cinco emperadores.

Dadas las fechas de su primer cargo político podemos estar seguros de que nació en el año 25 d. C. o antes, y que debió de ser un estudiante serio y aplicado desde muy joven. Tácito nos cuenta que desde sus comienzos «dedicó sus extraordinarios talentos a los estudios superiores para entrar en la vida pública mejor preparado para las oportunidades del destino, no como la mayoría de los jóvenes de nombre pretencioso que malgastaban el tiempo». De Tácito también sabemos que sus primeros maestros fueron estoicos que hablaban «de aquellas cosas "buenas" que son moralmente correctas y de aquellas "malas" que son viles, y que además consideraban que el poder, la nobleza y todo lo demás que existe más allá del control de la voluntad no es bueno ni malo».

Como Galión, hermano de Séneca, y como Escipión varias generaciones antes, Helvidio fue adoptado por una familia rica y poderosa, probablemente la de Helvidio Prisco, quien desempeñó el cargo de delegado durante el reinado del gobernador sirio Cuadrato. No sabemos con certeza a qué edad Helvidio —que tomó el nombre de su nueva familia— conoció a sus nuevos padrinos. Quizá su padre adoptivo sirvió en el ejército con su familia, o quizá el prometedor joven deslumbró a la pareja sin herederos por su brillante potencial educativo.

En cualquier caso, Helvidio dejó de ser un plebeyo hijo de un don nadie para convertirse en alguien que tenía un gran porvenir. La fortuna hace eso, escribió Séneca, nos humilla tanto como nos enorgullece. Nos rompe el corazón, así como nos regala golpes de suerte.

Lo que importa es lo que hacemos en cualquiera de los casos, y Helvidio, formado en el estoicismo, no desperdició esa nueva oportunidad que le habían brindado.

Tras alcanzar el primer escalón de la magistratura al conseguir el puesto de *cuestor* en Acaya, el joven Helvidio se distinguió lo suficiente en carácter y en éxito como para casarse con Fania, la hija de Trásea. El enlace fue similar al de Bruto, excepto porque el padre de la esposa seguía con vida para prestarle sus

consejos. Como nos dice Tácito, Prisco aprendió de Trásea todo lo que pudo sobre «el espíritu de la libertad» y sobre cómo «siendo ciudadano, senador, esposo, yerno y amigo» podía «estar a la altura de todos los deberes de la vida, renunciar a las riquezas, mantenerse firme ante el derecho e indiferente ante el miedo». Los recién casados se mudaron a una hermosa casa en Roma, un sorprendente cambio comparado con su anterior vida en los campamentos de la frontera romana.

Hacia el año 56 d. C. Helvidio obtuvo el cargo de tribuno, en el que sobresalió por defender a los pobres de un joven vil tesorero, Sabino, que abusaba de su autoridad para hacerse con sus bienes. Prisco presentó un caso lo suficientemente convincente contra Sabino como para que Nerón tuviera que decretar que los futuros oficiales de tesorería estarían sujetos a controles más rígidos.

Fue una reforma a regañadientes que Nerón preferiría no haber hecho.

Los detalles de la carrera política de Helvidio, como ocurre con muchos otros estoicos, son un misterio para nosotros hasta el momento en el que se desvió del rumbo establecido y entró en conflicto abierto con la tiranía. En el 66 d. C. Trásea fue acusado de conspirar contra Nerón. Las supuestas simpatías de Helvidio con Bruto y Casio —en la época de Julio César—, que tal vez alguien escuchó en un comentario casual o leyó en algo que había escrito, se utilizaron como evidencia contra su amado suegro.

Poco después, a Helvidio se le pidió que ayudara a Trásea a suicidarse. Tan pronto como la sangre de Trásea se derramó por su cuerpo, Helvidio y su afligida esposa fueron enviados al exilio con sus dos hijos en la lejana Macedonia.

Dos años más tarde y tras la muerte de Nerón, Helvidio fue llamado a Roma por el emperador Galba. A diferencia de Rutilio Rufo, que había escogido quedarse donde estaba, libre de la locura de Roma, Helvidio siempre tuvo la esperanza de regresar. Quizás el reinado de Nerón había sido solo una pesadilla, una tiranía pasajera, y el nuevo emperador sería mejor.

Las primeras acciones de Helvidio revelan sin duda una fe ingenua en la estabilidad de Roma en aquel momento. Casi de inmediato presentó cargos contra Eprio Marcelo, el hombre que les había perseguido a él y a Trásea. Esta confianza en las instituciones de su país se vio rápidamente quebrantada —como eran muchos los senadores que compartían la culpabilidad de Marcelo, qué oportunista resultaba el apoyo del nuevo emperador al hijo de un traidor ejecutado—, y Helvidio acabó retirando los cargos. A los pocos meses, Galba estaba muerto, y así dio comienzo el llamado *año de los cuatro emperadores*, en el que el trono parecía el juego de las sillas musicales.

Otón, el siguiente emperador, apenas gobernó durante tres meses, el tiempo justo para que Helvidio recibiera permiso para enterrar a Galba. Tras la muerte de Otón, Helvidio obtuvo el cargo de *pretor* y rápidamente se encontró en desacuerdo con Vitelio, el nuevo emperador, que solo duró ocho meses. En el año 70 d. C., en lo que seguramente fue una interminable serie de agotadoras disputas bizantinas, Helvidio se encontró acorralado en contra del nuevo emperador, Vespasiano, por un desacuerdo sobre si los gastos del Imperio debían ser gestionados por el Senado o por el emperador.

Si bien estos conflictos por la supremacía legislativa eran reales, ciertamente el desdén estoico de Helvidio hacia los soberanos —que algunos podrían llamar *descaro*— aumentó la tensión. Se nos dice que Helvidio, que había aprendido de Trásea que nada inútil merece respeto, decidió dirigirse al nuevo emperador por su nombre común y no por su nombre imperial. De hecho, durante el apogeo de la fama de Vespasiano tras su regreso triunfal desde Siria, Helvidio fue el único senador que decidió dirigirse a él como si fuera un plebeyo. En todos sus edictos como pretor se negó a reconocer a Vespasiano por sus títulos reales.

¿Fue una imprudencia o una sincera negativa a inclinarse ante alguien a quien no consideraba superior? ¿O fue simplemente fruto del agotamiento ante el interminable desfile de líderes de poca monta que el Senado se había visto obligado a aguantar?

Sabemos que con el tiempo esa falta de respeto no hizo más que fortalecerse. Suetonio nos dice que Helvidio comenzó a pronunciarse en público directamente contra Vespasiano. Epicteto nos relata una conversación que le retrata como un hombre absolutamente osado:

> Cuando Vespasiano envió a buscar a Helvidio Prisco y le ordenó que no entrara en el Senado, él respondió: «Está en tu poder no permitirme ser miembro del Senado, pero mientras lo sea, debo entrar». «Bueno, entra entonces», dijo el emperador, «pero no digas nada». «No pidas mi opinión y me mantendré callado». «Pero debo pedir tu opinión». «Y yo debo decir lo que creo que es correcto». «Pero, si lo haces, tendré que condenarte a muerte». «¿Cuándo he dicho que sea inmortal? Tú harás tu parte y yo la mía: la tuya es matar, la mía morir, pero no con miedo: la tuya es desterrarme, la mía marcharme sin tristeza.

Tú haz tu trabajo y yo haré el mío, dice el estoico. Sé malvado, yo seré bueno. Deja que todo lo demás siga su curso.

Es probable que Helvidio supiera que ese enfoque no funcionaría en este mundo, o al menos en Roma. Aguantó el tiempo suficiente para supervisar la construcción del nuevo edificio del Capitolio y la consagración del nuevo templo de Júpiter Capitolino. A través de Tácito, vemos a Helvidio Prisco como una especie de figura solitaria, pero esperanzada, que intentaba regresar o dirigirse hacia tiempos más pacíficos, donde el bien común estuviera garantizado por el Estado y una república que funcionaba y eclipsaba los excesos imperiales y la sangrienta sucesión de los Flavios.

No fue así.

Vespasiano, cansado de que jugaran con él, decidió desterrar a Helvidio de nuevo. Quizá el hecho de que Vespasiano lo exiliara cerca para poder tenerlo controlado dice algo del poder que aún tenía Helvidio. En realidad, estaba en una celda del corredor de la muerte.

No mucho tiempo después, Vespasiano ordenó su ejecución.

La esposa de Helvidio se encargó de los actos fúnebres de su esposo, pero como ocurre con los mejores estoicos, no fueron sus palabras las que inmortalizaron su legado, sino sus acciones. Epicteto se inspiró en él. Marco Aurelio lo señaló como ejemplo. Y 1927 años más tarde, otro hombre que también había crecido en la pobreza y había sido adoptado, y acabaría mostrando su pasión por el órgano legislativo de su país —el senador Robert Byrd—[1] tomaría la palabra en el Senado, a los ochenta y cinco años, para protestar por los excesos en nombre de la «seguridad» de su propio presidente:

> Helvidio Prisco dijo lo que pensaba; el emperador Vespasiano lo mató. En esta época afeminada es instructivo leer sobre el coraje. Hay miembros del Senado y de la Cámara de los Estados Unidos que aparentemente se aterrorizan si el presidente de los Estados Unidos los insta a votar de cierta manera que pueda estar en contra de sus creencias. Así que en este día de pocos hombres valientes —relativamente pocos— sigamos el ejemplo de la historia romana y recordemos a Helvidio Prisco.

Cuando se le preguntó el motivo de este discurso, Byrd se las arregló para proporcionar sin querer la lección perfecta de la vida de Helvidio Prisco y de los valientes estoicos que habían muerto oponiéndose a los reinados de Nerón y de sus sucesores:

> Para mí, esta pregunta no tiene sentido, con el debido respeto hacia usted por hacerla. Para mí, el asunto está ahí registrado desde hace mil años. Defendí la

Constitución. Defendí la institución. Si hoy no es escuchado, habrá algún miembro en el futuro que vendrá y revisará estos tomos.

---

1 Debe aclararse que Byrd podría haber hecho uso de las lecciones sobre la virtud y la justicia estoicas anteriormente en su vida, ya que a principios de los años cuarenta se unió al Ku Klux Klan. Aunque quizá más tarde captó el mensaje, disculpándose en repetidas ocasiones por ese pecado y apoyando activamente los esfuerzos de la NAACP.

MUSONIO RUFO
«EL INQUEBRANTABLE»

NACIMIENTO: 20-30 D.C.

MUERTE: 101 D.C. ORIGEN: VOLSINII, ETRURIA

Catón quizá fue el hombre de hierro de Roma, pero a la postre solo se enfrentó a un emperador. Trásea también mostró coraje, pero su amigo Musonio Rufo no solo demostró su valor, sino que, como veremos, soportó una vida tan intensa que el calvario de Trásea podría hasta tomarse a la ligera.

Musonio Rufo, nacido durante el reinado de Tiberio en el seno de una familia perteneciente a la clase social de los *Ordo equester*, en Volsinii, Etruria, se ganó rápidamente una buena reputación como filósofo y maestro. Incluso en aquella época de brillantes estoicos —y tras una larga lista de destacados hombres de la escuela— Musonio siempre fue considerado el mejor de ellos. Para sus contemporáneos era el «Sócrates romano»: un hombre sabio, valiente, moderado y profundamente comprometido con lo que era correcto. Su fama trascendió su época, y podemos encontrar palabras de admiración en casi todos los escritores posteriores que hablaron de él, desde cristianos como Justino Mártir o Clemente de Alejandría hasta Marco Aurelio.

No obstante, a diferencia de Séneca y Cicerón, que disfrutaban con sus cargos en la cúspide de la sociedad romana, Musonio era una figura mucho más humilde. No había nacido para ser senador ni para acumular grandes riquezas. Tampoco contrajo matrimonio con una mujer de una familia acomodada ni buscó desesperadamente la fama o el poder. Al parecer, no creía que nada de eso fuera especialmente importante.

Estaba convencido de que los elogios y los aplausos eran una pérdida de tiempo, tanto para el público como para los filósofos. «Cuando un filósofo exhorta, advierte, persuade, reprende o desarrolla cualquier aspecto de sus disciplinas, entonces, los que escuchan, si dejan escapar de lo más hondo y sincero del pecho alabanzas corrientes y vulgares; si, además, chillan, gesticulan, se emocionan por la entonación de su voz, la modulación de sus palabras, por cualquier repetición de su estilo, y se excitan y gesticulan; que sepas entonces que tanto el que habla como los que escuchan lo hacen en vano y que allí no hay un filósofo hablando, sino un flautista tocando».[1]

Para Musonio, el indicador del éxito de un filósofo no era el estruendo de los aplausos de sus seguidores, sino su silencio, porque eso significaba que la audiencia estaba reflexionando sobre sus palabras y luchando por entender las ideas complejas que el orador estaba transmitiendo.

Así pues, podemos imaginar a aquel Sócrates romano reuniendo grandes multitudes —no por su talento dramático, sino por la reputación de sus enseñanzas—, que permanecían sentadas en respetuoso silencio, incluso cuando disertaba sobre las ideas más polémicas.

¿Pero cuáles fueron sus ideas más polémicas? Que las mujeres merecían la misma educación que los hombres. Dos de los veintiún discursos de Musonio que sobreviven (*Que también las mujeres han de filosofar* y *De si hay que educar de la misma manera a los hijos y a las hijas*) se pronuncian enérgicamente a favor del buen trato a las mujeres y de sus capacidades como filósofas.

No era una idea convencional, pero, como suele ocurrir, lo correcto rara vez es lo más común.

No debe sorprendernos que Musonio defendiera esta idea o tuviera el coraje de discutirla en una época donde la mayoría de la gente consideraba que las mujeres no eran más que una propiedad. En el núcleo de las enseñanzas estoicas se encuentra el pensamiento crítico e independiente y, en este caso, Musonio ilustraba perfectamente esa habilidad para apreciar lo que era justo sin tener en cuenta el contexto de su época. «No solo los hombres tienen el deseo y la buena disposición natural hacia la virtud, sino también las mujeres», escribió. «Las mujeres no se complacen menos que los hombres por las acciones nobles ni para rechazar sus contrarias. Entonces, ¿por qué pueden buscar e investigar cómo se vive mejor (que es el objetivo de la filosofía) los hombres y no las mujeres?».[2]

Incluso su concepción del matrimonio era moderna, porque defendía «el perfecto compañerismo y el amor mutuo entre marido y mujer, tanto en la salud como en la enfermedad y en todas las condiciones». Para él, un buen matrimonio era uno en el que cada miembro de la pareja se esforzara por superar la devoción del otro. Musonio se refería a ese tipo de «hermosa unión», como la de Bruto y Porcia, donde dos almas se mantenían unidas a pesar de las adversidades, y trabajan recíprocamente para alcanzar la virtud. ¿Cómo fue el matrimonio de Musonio Rufo? No lo sabemos. No obstante, sería sorprendente que un hombre que escribió de forma tan conmovedora sobre los beneficios de este tipo de matrimonio no hablara desde la experiencia, y sería todavía más sorprendente que Musonio Rufo afrontara las adversidades que pronto se iba a encontrar en el camino sin una compañera de vida valiente y virtuosa.

Uno de los pilares de las enseñanzas de Musonio era su confianza en la importancia del trabajo duro y la perseverancia. Era un hombre cortado por el mismo patrón que Cleantes, que siglos atrás había costeado sus estudios filosóficos con el trabajo manual. En una disertación titulada *Cuál es el medio de vida conveniente para el filósofo*, Musonio hablaba muy bien de los trabajos manuales, y creía que muy pocas cosas eran vergonzosas para nuestra dignidad, si se hacían bien y con una ética de trabajo adecuada.

Para Musonio, el trabajo duro era simplemente una parte de la vida: «Para emprender justamente con mayor facilidad y mejor ánimo aquellos trabajos en los que hayamos de esforzarnos en favor de la virtud y de la perfecta honestidad», dijo, «es útil considerar cuánto se esfuerzan algunos por causas menos dignas, como, por ejemplo, cuánto padecen aquellos que se enamoran sin control; cuánto esfuerzo invierten otros para obtener riquezas o cómo sufren los que persiguen la fama. No olvidemos nunca que todas estas personas soportan de buen grado cualquier fatiga».[3]

Así pues, si vamos a pasar un mal rato, ¿no es mejor hacerlo de una forma que nos lleve a algún lugar que merezca la pena?

Sufrir y persistir hacia la virtud, ese es el pilar de las enseñanzas de Musonio. Como dijo: «¿Nadie va a preguntarse si es mejor esforzarse para conseguir la mujer de otro que hacerlo para educar los propios deseos? ¿Si es mejor envilecerse por el dinero que acostumbrarse a necesitar menos? ¿Si es mejor buscarse problemas para lograr la fama que ocuparse de no ser pretencioso? ¿Si es mejor planear cómo podemos hacer daño a aquellos que envidiamos en vez de tener como meta no envidiar a nadie? ¿Acaso es mejor adular a los supuestos amigos que tener problemas por encontrar auténticos amigos?».

En realidad, era muy adecuado que Musonio hablara y escribiera tanto sobre estos temas, porque —como muchos de los estoicos— pronto descubriría que la vida le deparaba algunos retos y dificultades.

El primer escollo que encontró Musonio se originó porque pertenecía a la oposición estoica, entre cuyos miembros se encontraba Rubelio Plauto. Para Nerón y sus delirios, eso significaba que era un hombre marcado. Por eso, Musonio acompañó a Plauto en su exilio a Siria en el año 60 d. C. Era la primera escaramuza con los caprichos del destino, y en absoluto fue la última.

Probablemente, Musonio, que aconsejó a su amigo Plauto que «tuviera valor y esperara a la muerte», estaba presente cuando la furiosa espada de Nerón arrebató la vida a su amigo. Poco después, a Musonio se le permitió regresar a Roma, por poco tiempo; en el año 65 d. C., cuando las consecuencias de la conjura de Pisón se cobraron la vida de Séneca, Nerón lo desterró a la desierta isla de Giaros.

Fue en ese lugar tan alejado de su casa donde Musonio se preguntó si debería seguir su propio consejo y esperar la muerte con valor.

¿Por qué no se quitó la vida como había sugerido a Trásea? A Trásea le había recordado que no hay razón para elegir una desgracia mayor si podemos conformarnos con la que tenemos delante. Podemos entrenar nuestra capacidad para estar satisfechos con las adversidades que la fortuna ha elegido para

nosotros. Sin embargo, Musonio creía que todavía tenía mucho por hacer. «Uno que vive para el bien de muchos», dijo, «no tiene el derecho de elegir la muerte a menos que sea por el bien de muchos más».

Así que, mientras estuviera en su mano, seguiría con vida y estudiaría —como deberíamos hacer nosotros— para seguir haciendo lo correcto y poder alcanzar un bien mayor.

Giaros es una isla muy seca y agreste que en la actualidad está deshabitada, pero Musonio aprovechaba cualquier oportunidad para vivir según sus enseñanzas y ser útil a aquellos que tenía a su alrededor.[4] Según una fuente, encontró un manantial subterráneo y se ganó eternamente la gratitud de sus vecinos en la isla, muchos de los cuales también eran exiliados políticos. Es evidente que Musonio no consideraba que el exilio fuera una condena o un gran problema, sino más bien una prueba, una oportunidad para acercarse a la virtud. Y así fue, porque se volvió a dedicar a la enseñanza y la escritura, y aconsejó a los filósofos y dignatarios que lo visitaban desde cualquier punto del Mediterráneo.

Podemos encontrar un ejemplo de la creciente fama de Musonio y su inspirador ejemplo durante aquellos aciagos tiempos en las cartas de un hombre llamado Apolonio de Tiana. En un intercambio postal, Apolonio le confiesa a Musonio que sueña con rescatarlo de Giaros, y Musonio le responde que no es necesario, porque un auténtico hombre tiene el compromiso de probar su inocencia y por eso tiene el control de su propia liberación. Apolonio le replica que tiene miedo de que muera como Sócrates. Pero Musonio no tiene ninguna intención de desaparecer sin hacer ruido. «Sócrates murió porque no estaba preparado para defenderse», supuestamente contestó, «pero yo sí».

En otro intercambio de misivas podemos observar el espíritu luchador de Musonio. Nos cuentan que Demetrio «el Cínico» —que había estado con Trásea hasta el final— se encontró a Musonio encadenado a un grupo de esclavos mientras cavaba con un pico uno de los canales de Nerón y este le dijo: «¿Te aflige, Demetrio, que ande yo excavando el Istmo en beneficio de Grecia? Entonces, ¿qué pasaría si me vieras tocando la citara como Nerón?».[5] Las fechas de este encuentro menoscaban la credibilidad de la historia, porque el canal se construyó mientras Musonio estaba confinado en Giaros; de todos modos, este tipo de anécdotas nos ofrecen un testimonio de la buena reputación de Musonio.

Tanto si abasteció de agua a los sedientos isleños como si estuvo obligado a cavar un canal en beneficio de Grecia, las penurias que sufrió Musonio en el exilio no fueron suficientes para quebrar la voluntad de ese verdadero filósofo. Pero ¿qué ocurre con todas las comodidades a las que tuvo que renunciar? Nada.

Musonio prefería pensar en aquellas que todavía podía disfrutar, como el sol, el agua, el viento. Cuando echaba de menos las distracciones de Roma, los amigos o la libertad para viajar, se recordaba a sí mismo, y a sus compañeros en el exilio, que «cuando estamos en casa tampoco disfrutamos de toda la tierra ni tratamos con todos los hombres».[6] Luego volvía a invertir su tiempo en lo que mejor sabía hacer: encontrar oportunidades para hacer el bien.

Porque para un estoico, este tipo de oportunidades se presentan en cualquier parte. Incluso en las peores circunstancias. Sin importar lo duro que puede ser un exilio, o cualquier adversidad, si eliges bien, puede ser una oportunidad para mejorar.

«El exilio transformó a Diógenes en un auténtico filósofo», diría más adelante cuando habló sobre Diógenes «el Cínico», anterior a Zenón. «En vez de seguir asentado en Sinope, pasó la vida en Grecia y trabajó para alcanzar la virtud de los filósofos. Y a otros, que se encontraban en mal estado físico por la flaqueza y la molicie, el destierro les dio vigor al obligarles a llevar una vida más varonil. Sabemos de algunos que se han curado de alguna enfermedad crónica gracias al exilio… Y dicen de otros que, atormentados profundamente por la gota, se han librado de ese padecimiento, porque el destierro, al acostumbrarlos a llevar un régimen de vida más duro, les proporcionó por ese mismo medio recuperar la salud. Así pues, el destierro colabora, más que se opone, a que uno se halle en mejor estado tanto corporal como anímico».[7]

Musonio nunca se habría mostrado tan prepotente como para asegurar que el exilio le había beneficiado, pero sí que fue eso lo que ocurrió.

¿De dónde procedía su increíble fortaleza y capacidad? Musonio creía que, en realidad, somos como nuestro propio doctor; es decir, que utilizamos la lógica para curarnos. El poder de pensar con claridad, de llegar a la verdad de un asunto, fue lo que sostuvo su inquebrantable mundo interior. No estaba interesado en los atajos o en los remedios milagrosos que «te levantan el ánimo, pero te no curan la enfermedad».

Y, además, fue un serio defensor de la vida «varonil» que requería el exilio. Cuando estaba en Roma, incluso cuando alcanzó el máximo de su poder, Musonio no dejaba de experimentar el frío, el calor, la sed, el hambre o la dureza de un lecho. Se familiarizó con la incomodidad que le provocaban ese tipo de condiciones, e intentó ser paciente y feliz mientras la experimentaba. Gracias a ese entrenamiento, dijo, «el cuerpo se fortalece y se vuelve capaz de soportar las

dificultades. Se vuelve robusto y está preparado para cualquier tarea». Cuando le llegó el exilio estaba preparado para afrontarlo en cuerpo y alma. Y cuando regresaron los buenos tiempos, tampoco bajó la guardia.

En el año 68 d. C., cuando Galba sucedió a Nerón, Musonio pudo regresar a Roma y proseguir con sus enseñanzas. Su prestigio creció durante la década siguiente, y finalmente Epicteto, un antiguo y maltratado esclavo de uno de los secretarios de Nerón, también se añadiría a las filas de sus alumnos. ¿Era posible que un maestro que había padecido menos adversidades y era menos autosuficiente y decidido pudiera enseñar algo a un alumno con una vida tan complicada como la de Epicteto?

Cuando el alumno está preparado, el maestro aparece… y a veces para sacar lo mejor del maestro hace falta un gran alumno.

Musonio tenía la costumbre de ignorar a sus alumnos para poner a prueba su determinación. Podemos imaginarlo empleando esta estrategia con Epicteto; el cual, después de tres décadas de esclavitud, estaba preparado para un desafío como este. «Una piedra, por su naturaleza, aunque la tires hacia arriba, será atraída hacia el suelo», cuenta Epicteto que dijo Musonio. «Del mismo modo, cuanto más alejas a una persona inteligente de la vida para la que ha nacido, más se inclina hacia ella».

Como Epicteto, Musonio había cultivado una clara aversión por los ricos y la corrupción del dinero. Así que le gustaba burlarse de ellos. Un testigo nos cuenta que Musonio en una ocasión concedió mil sestercios a un charlatán que se hacía pasar por filósofo. Y, cuando alguien se le acercó para advertirlo de que ese hombre era un mentiroso indigno de su dinero, Musonio se relamió los labios y contestó: «Dinero… eso es exactamente lo que se merece».

Cualquiera podría pensar que después de dos dolorosos exilios, Musonio pasaría un tiempo cabizbajo. Así es como obraron Séneca o Cicerón. Pero, a pesar de que Roma se hallaba en una época de miedo e inseguridad —tres emperadores más sucederían a Galba pocos meses después—, Musonio no hizo ningún esfuerzo para ocultar lo que él pensaba que era la forma correcta de vivir y actuar.

De hecho, sus principios se basaban en la indiferencia hacia el poder.

En los últimos días del reinado de Vitelio, con la inminente amenaza de los ejércitos de Vespasiano marchando sobre Roma, Musonio aceptó ejercer de intermediario para evitar el conflicto. Su compañero de batalla, Aruleno Rústico, al que Trásea había dedicado unas últimas palabras para que considerara qué tipo

de político quería llegar ser, resultó gravemente herido en una escaramuza. Tácito nos dice que Musonio se vio envuelto en la refriega y estuvo a punto de morir pisoteado por las tropas a las que intentaba ahorrar una nueva guerra civil.

Las advertencias de Musonio cayeron en saco roto; de hecho, lo abuchearon, y poco después la sangre corría por las calles de Roma. Finalmente, Vitelio fue descuartizado por una furiosa muchedumbre no muy lejos del lugar donde había muerto su predecesor, Galba. Vespasiano era el nuevo emperador y Roma estaba de nuevo bajo el mando de un tirano.

¿Era posible que Vespasiano le echara en cara a Musonio su último servicio a Vitelio? ¿Lo desterrarían otra vez? ¿O finalmente lo sentenciarían a muerte por pertenecer a la amenaza estoica? Pero nada cambiaría a Musonio. Nunca rompería su compromiso con hacer lo que era correcto.

Este compromiso con la justicia, como le ocurría a Catón, no tenía favoritismos. Poco después de escapar con vida del conflicto civil entre Vitelio y Vespasiano, Musonio se vio envuelto en su propia guerra civil, en ese caso contra un compañero estoico. En algún momento del año 70 d. C. se encargó de llevar a la corte a Publio Egnacio Céler, un informador de Nerón que delataba a los estoicos y contribuyó a la ejecución de Barea Sorano. Fue un caso épico que no solo enfrentó a Musonio contra un traidor estoico, sino también contra Demetrio «el Cínico», que eligió representar a Céler.

En una época donde no era muy frecuente, la justicia logró una victoria muy sufrida. Un fragmento que todavía conservamos recoge la razón de todo el caso: «Si llevas a cabo algo bello con esfuerzo, el esfuerzo se va, pero lo bello permanece», dijo. «Si llevas a cabo algo vergonzoso con placer, lo placentero se va, pero lo vergonzoso permanece».[8]

Tenemos que hacer lo correcto por muy difícil que parezca, quería decir Musonio. Un estoico debía evitar hacer lo incorrecto, aunque la recompensa que habría logrado fuera enorme.

Musonio sabía perfectamente que ese tipo de justicia contra Céler tenía un precio. Sin importar el veredicto, acusar a un informante del emperador —incluso al de uno tan injuriado como Nerón— era un movimiento arriesgado. Vespasiano tenía la intención de deshacerse por completo de los estoicos, y un año más tarde dictaminó un destierro general que afectaba a todos los filósofos. Y, a pesar de que al principio Musonio fue eximido, no mucho más tarde fue desterrado personalmente por el emperador durante un período de tres años.

El bien que Musonio había hecho permaneció, pero él partía hacia el exilio.

¿Por qué lo desterraron? No lo sabemos, poco importa. De todos modos, Musonio se habría encogido de hombros. ¿Estaba enfadado? Desde luego. No era justo. Por tercera vez lo echaban de su casa y tenía que volver al estilo de vida de un refugiado. Pero ¿por qué un déspota como Vespasiano estaba interesado en desterrarlo?

No obstante, incluso en esa situación, Musonio encontró la forma de tomárselo con filosofía. Otro fragmento que todavía se conserva nos ofrece una idea de su punto de vista: «¿Por qué acusamos a los tiranos si somos mucho peores que ellos? En realidad, tenemos los mismos impulsos que ellos, pero carecemos de la oportunidad de satisfacerlos».[9]

Quizá se acordó de sus exilios anteriores y de los beneficios que había logrado: «No te enfades por las circunstancias, y piensa cuántas cosas que no deseabas te han ocurrido ya en la vida, y sin embargo han resultado provechosas».

De nuevo en Siria, lejos de su hogar, Musonio mantuvo su estilo de vida y se dedicó a la enseñanza. Una vez más, hizo lo que un estoico siempre intenta hacer: sacar lo mejor de una mala situación.

Tal vez no pudo prestar su ayuda a los soberanos trastornados que gobernaban Roma, pero encontró estudiantes dispuestos a aprender en el extranjero. En una de sus disertaciones, *Que también los reyes han de filosofar,* Musonio cuenta la historia de un rey sirio al que tuvo la ocasión de aconsejar.[10] Musonio educaba con la misma soltura a los libertos que al nieto de Herodes «el Grande». Nunca cambió su método de enseñanza. No le importaba lo poderosos o impotentes que fueran sus alumnos. Como había aprendido de primera mano, no había clase social que no pudiera aprovechar las cuatro virtudes cardinales: la justicia, la templanza, la sabiduría y el valor.

«La ruina del gobernante y del ciudadano», le dijo Musonio, «es el libertinaje». Esto fue lo que habló largamente con el rey sirio: sobre el poder de la templanza, el peligro de los excesos y la necesidad de la justicia. Eran situaciones que había experimentado de primera mano. De hecho, fueron principalmente las carencias que habían presentado aquel desfile de emperadores las que le habían llevado hasta Siria; por eso es muy probable que sus lecciones habían sido bastante convincentes y personales. Sin duda, el rey sirio escuchó en silencio, embelesado, justo como Musonio había descrito tiempo atrás que debía hacerlo un alumno con la mente abierta. «¿Es posible que alguien sea un buen rey si no es un buen ser humano?», se preguntó Musonio. «No, es imposible. Y alguien que fuera un buen hombre, ¿no sería también filósofo? Sí, porque filosofar consiste en ocuparse de la perfecta honestidad».[11]

Cuando Musonio acabó su disertación, a diferencia de los emperadores romanos que se habían mostrado tan crueles con él, el joven rey se mostró agradecido. Y para devolverle el favor le ofreció cualquier cosa que estuviera en su mano: riqueza, poder, placer… «Lo único que te pido», contestó Musonio, «es que actúes conforme a estos razonamientos que alabas, porque de esta manera y no de otra es como mejor me complacerás y te beneficiarás a ti mismo».

Finalmente, en el año 78 d. C. el hijo de Vespasiano, Tito, retiró el destierro a Musonio. Al año siguiente Tito fue nombrado emperador, y tres años más tarde murió. Su sucesor, Domiciano, fue otro emperador que podría haber escuchado las lecciones que Musonio le había ofrecido al rey sirio. Pero, en vez de eso, eligió ser violento, despiadado y paranoico. Musonio perseveró en su tarea de maestro. Epicteto era su alumno, y lo formaba para que se convirtiera en un formidable maestro.

Con Domiciano los estoicos estaban de nuevo en el punto de mira. En el año 93 d. C. el emperador sentenció a muerte a Aruleno Rústico porque tiempo atrás había mostrado su apoyo a Trásea. También asesinó al hijo de Helvidio Prisco. Y, luego, a Epafrodito, el antiguo esclavo que había ayudado a Nerón a suicidarse veinticinco cinco años atrás. Domiciano llegó a desterrar a todos los filósofos de Roma, incluido Epicteto.

Llegados a este punto, en el caso de que Musonio todavía conservara la cabeza, eso habría significado su cuarto exilio. No sabemos si sobrevivió para afrontar esa última prueba del destino o si murió un poco antes. En realidad, teniendo en cuenta la cantidad de emperadores homicidas cuya tiranía había sufrido, es increíble que sobreviviera hasta los setenta u ochenta años. Un sinfín de personas y circunstancias habían conspirado para doblegarlo, pero todas habían fracasado. Le habían privado del placer de disfrutar de su tierra, pero nadie podría arrebatarle su «capacidad para soportar el exilio».

Nadie puede arrebatarnos la capacidad de permanecer impasibles. Esa es la razón por la que Musonio se comprometió con sus principios hasta que exhaló su último aliento, dondequiera que fuera… en Roma o en cualquier islote perdido al que lo hubieran enviado.

«La filosofía no es otra cosa que buscar por medio de la razón lo que es correcto y conveniente, y llevarlo a cabo con los hechos». Eso es lo que dijo Musonio. Pero lo más importante es que fue consecuente con esas palabras. Como exiliado. Como profesor. Como padre y esposo. Y finalmente como hombre moribundo. Por muy viejo que llegara a ser, la simple longevidad nunca había sido su

objetivo. «Todos estamos destinados a morir», dice un fragmento de su obra que todavía conservamos, «pero la felicidad no consiste en morir tarde, sino con nobleza».

No tenemos ninguna duda de que, cuando a Musonio le llegó la última hora, estaba listo y preparado para morir. Aquel hombre que había sido testigo del fin de tantos otros estoicos, y que había aconsejado a algunos que se fueran cuando llegara su hora, y a otros que aguantaran porque aún tenían mucho trabajo por hacer, era perfectamente consciente de que su momento había llegado. Era su filosofía de vida: «No es posible vivir correctamente el día actual a menos que uno piense que es el último».

Su hora había llegado y Musonio abandonó este mundo con la misma dignidad y el mismo aplomo con los que había afrontado todas las adversidades de su vida. Sin duda, es un auténtico ejemplo para inspirarnos.

---

1 *Tabla de Cebes*. Musonio Rufo, *Disertaciones, fragmentos menores*. Epicteto, *Manual, fragmentos* (Gredos, Biblioteca Clásica, 1995).

2 Los estoicos defendieron la igualdad de género muy temprano. Tres siglos antes, Cleantes había escrito un libro titulado *Sobre la tesis de que la virtud es la misma en el hombre y en la mujer.*

3 *Tabla de Cebes*. Musonio Rufo, *Disertaciones, fragmentos menores*. Epicteto, *Manual, fragmentos* (Gredos, Biblioteca Clásica, 1995).

4 De hecho, durante el siglo pasado Grecia encarceló a los agitadores políticos de izquierda en Giaros desde 1948 hasta 1974. A pesar del paso del tiempo, la gente no cambia tanto.

5 Filóstrato, *Vida de Apolonio* de Tiana (Gredos, Biblioteca Clásica, 1992).

6 *Tabla de Cebes*. Musonio Rufo, *Disertaciones, fragmentos menores*. Epicteto, *Manual, fragmentos* (Gredos, Biblioteca Clásica, 1995).

7 Ibid.

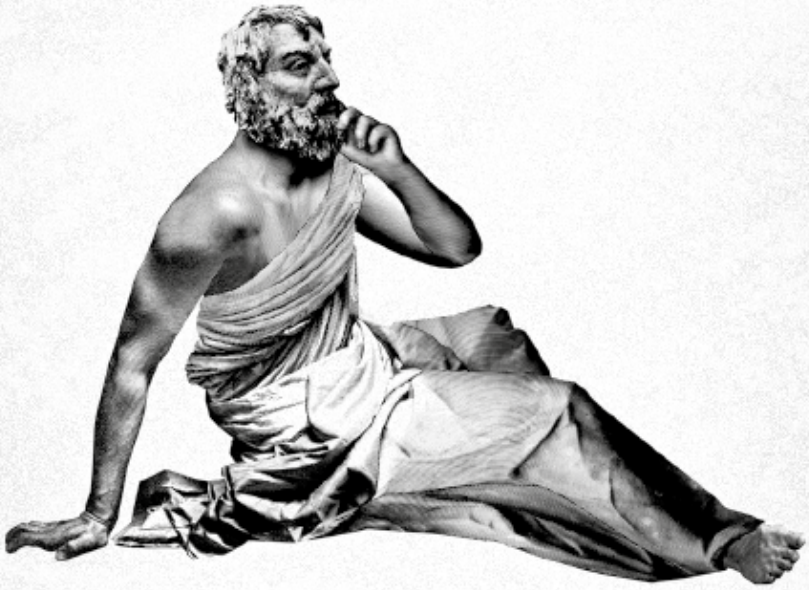
8 *Tabla de Cebes*. Musonio Rufo, *Disertaciones, fragmentos menores*. Epicteto, *Manual, fragmentos* (Gredos, Biblioteca Clásica, 1995).

9 Ibid.

10 Dadas las fechas de su exilio, es probable que se trate de Aristóbulo de Calcis, esposo de Salomé.

11 *Tabla de Cebes*. Musonio Rufo, *Disertaciones, fragmentos menores*. Epicteto, *Manual, fragmentos* (Gredos, Biblioteca Clásica, 1995).

EPICTETO
«EL HOMBRE LIBRE»



Nacimiento: 55 d.C.
Muerte: 135 d.C.

Origen: Hierápolis

Por un lado, tenemos a los estoicos que hablan de lo que significaba la *libertad*, y por el otro, tenemos a Epicteto.

Aproximadamente durante medio milenio, los primeros, desde Zenón hasta Trásea, habían escrito sobre la libertad. Habían soportado tiranías y afrontado la perspectiva de vivir en el exilio. No obstante, uno no puede dejar de la sensación de estar ante personas privilegiadas por lo que se desprende en la mayoría de sus escritos.

La mayoría de estos hombres eran ricos. Eran famosos. Eran poderosos.

Catón lo era. Zenón lo había sido. Posidonio y Panaetius nunca tuvieron que trabajar un día en toda su vida.

Por eso, cuando hablaban de libertad, se referían a un concepto abstracto. Ninguno de ellos estaba literalmente encadenado. Mientras que Séneca hablaba, con una familiaridad sorprendente, de los propietarios de esclavos que caen en la servidumbre de la responsabilidad y la gestión de sus esclavos, y otros estoicos se felicitaban por el trato que ofrecían a sus sirvientes, Epicteto era, literalmente, un esclavo.

La libertad no era una metáfora para aquel filósofo estoico. Era su batalla diaria.

Nacido en el año 55 d. C. en Hierápolis, Epicteto sufrió la esclavitud desde su nacimiento. Su nombre, en griego, significaba «adquirido recientemente». No obstante, a pesar de eso, su firmeza, su visión del mundo y su absoluta autosuficiencia lo convirtieron —no solo durante su vida o para los emperadores, sino para siempre— en el representante de la lucha del ser humano para encontrar la libertad en las peores circunstancias.

Y sus circunstancias fueron muy adversas. Epicteto era hijo de una esclava de una región de la actual Turquía que formaba parte del Imperio romano y estaba sujeta a unas leyes abusivas. Una de esas leyes, la *Lex Aelia Sentía*, impedía liberar a los esclavos antes de que cumplieran los treinta años. Es una triste ironía que el autor de esa ley, Augusto, aconsejado por dos filósofos estoicos, usurpara tres décadas de vida a Epicteto. Durante su infancia, Epafrodito, un antiguo esclavo que acabó siendo el secretario de Nerón y trabajó con Séneca, compró a Epicteto. Durante esa época, en la que gobernaron dos emperadores aconsejados por tres filósofos estoicos, nadie se planteaba si era correcto poseer a un ser humano.[1]

Es difícil afirmar que fuera una buena época para el coraje, la justicia, la templanza o la sabiduría.

Bien es cierto que por aquel entonces Epicteto tenía muy poco tiempo para reflexionar sobra la justicia de su destino. Estaba demasiado ocupado *siendo* un esclavo. No tenía el poder para decidir qué debía hacer. Explotaban su cuerpo, y los frutos de su trabajo no eran para él. Roma no era conocida por la gentileza con la que se trataba a los esclavos. Eran una herramienta de usar y tirar, un animal de carga que se aprovecha hasta que su cuerpo se desploma en el suelo muerto de cansancio.

Fue un milagro que Epicteto llegara a la madurez.

Incluso para las costumbres romanas, Epicteto tenía un amo realmente cruel. Más adelante, los escritores cristianos describirían a su dueño como un hombre violento y depravado, que, cuando lo creía oportuno, retorcía la pierna de Epicteto con todas sus fuerzas. ¿Lo hacía para castigarlo? ¿O era por puro placer? No lo sabemos. Lo que nos cuentan es que Epicteto le advirtió tranquilamente de que no forzara demasiado el hueso. Finalmente, cuando la pierna se rompió, Epicteto no soltó ni un solo grito o lamento. Simplemente, esbozó una sonrisa, miró a su maestro y dijo: «Te lo había dicho».

¿No es estremecedor? ¿Sentimos empatía o dolor? ¿O acaso estamos horrorizados ante ese sinsentido? ¿Nos sorprende su templanza?

Con Epicteto es todo eso y mucho más.

Durante toda su vida, Epicteto cojeó de una pierna. No tenemos la certeza de que fuera fruto de aquel incidente o de otro parecido, pero indudablemente cojeaba por culpa de la esclavitud. Sin embargo, nunca decayó. «La cojera es un impedimento de la pierna, no de la voluntad»,[2] diría más adelante.

Los estoicos creían que podemos decidir cómo reaccionar ante los acontecimientos. Epicteto *eligió* —como todos podemos hacer—ver su discapacidad como una mera deficiencia física, y, de hecho, tal idea de *elección* —como veremos— definió el núcleo de sus creencias filosóficas.

Para él, nadie era el último responsable de lo que ocurría en su vida. En cambio, decía que éramos actores de un drama y que, si los caprichos del director querían que «representaras a un pobre, a un cojo, a un gobernante o a un particular, debías hacerlo con naturalidad. Esa es tu tarea: representar bien el papel que te han dado; elegirlo es cosa de otro».

Y así lo hizo.

En el año 60 d. C., en la corte de Nerón, Epicteto seguramente fue testigo de la opulencia, la locura y las contradicciones de la Roma de aquella época. Más tarde, contaría que había sido testigo de la historia de un hombre que acudió a Epafrodito para suplicarle que le prestara ayuda porque solo le quedaba un millón

y medio de sestercios —unos tres millones de los dólares actuales—. No sabemos si la respuesta de Epafrodito demuestra más sarcasmo o perplejidad: «Querido amigo, ¿cómo no pediste ayuda antes? ¿Cómo lo has soportado?».

Sin duda, para Epicteto tuvo que ser revelador observar cómo Epafrodito —aquel hombre que tenía tanto poder sobre él— se retorcía sin límites para ganarse el favor de Nerón, hasta el punto de llegar a halagar al zapatero remendón del emperador. También tuvo la oportunidad de comprobar cómo los candidatos a senador sudaban sangre para ganarse el cargo; es decir, la cantidad de regalos, farsas y cargos que debían desempeñar para salir adelante. ¿Eso era la libertad?, debió de pensar. «Para alcanzar estos poderosos y dignos cargos, besas la mano de otro hombre que es esclavo de otros», escribió, «y somos, por tanto, esclavos de hombres que tampoco son libres».

Aquellos romanos ricos no eran muy distintos a los de ahora: a pesar de toda su fortuna, la ambición transforma hasta al hombre más poderoso en un mendicante que tiene la esperanza de ganar más dinero.

«La libertad es el premio por el que luchamos: no ser esclavos de nada, ni de los impulsos, ni de los acontecimientos fortuitos», escribió Séneca. Pero ¿qué habría pensado Epicteto si hubiera presenciado el comportamiento real de Séneca —cuyas obras seguramente se encontraban en la casa de un hombre bien leído como Epafrodito— trabajando para un jefe tan desquiciado? Es posible que, como escritor, Séneca fuera la persona que introdujo a Epicteto en el estoicismo, pero sus actos tuvieron mucha más influencia sobre él. La libertad no es un estatus legal; es un estado de ánimo, una forma de vivir.

Séneca, incapaz de renunciar a los servicios que prestaba a Nerón, solo encontró la salida con el suicido. Quizá no era un esclavo como Epicteto pero tampoco era libre.

Lo que sabemos con certeza es que Epicteto estaba horrorizado por lo que veía en los palacios y en las oficinas imperiales de Roma, y eligió vivir de otra forma. «Es mejor morir de hambre en un estado de ánimo tranquilo y confiado», escribió, «que vivir angustiosamente en medio de la abundancia». Observar a alguien como Agripino, al que Epicteto seguramente conoció, habría sido un poderoso contraejemplo, recordándole que aquellos que siguen su propio camino podían ser libres a pesar de vivir bajo una tiranía. «Ningún hombre es esclavo si es libre su voluntad», diría más adelante Epicteto, haciendo referencia más al ejemplo de Agripino que a lo aprendido en los textos de Séneca.

En algún momento, Epicteto entró directamente en contacto con la filosofía, aunque no estamos seguros de cuándo exactamente. Sin embargo, en el año 78 d. C., cuando Musonio Rufo regresó de su tercer exilio, Epicteto estaba allí para estudiar con él. ¿Acaso se escapaba para asistir a sus conferencias? ¿O el amo de Epicteto le permitió asistir porque se sentía culpable?

No lo sabemos, pero de alguna manera Epicteto se las ingenió para encontrar la fórmula. Epicteto no dejaba que nadie le parara los pies, ni siquiera Musonio, que tenía fama de ser un maestro severo. Musonio afirmaba que el silencio era una señal de que los estudiantes estaban atentos, pero Epicteto —que tenía más de veinte años cuando lo conoció— contaría más tarde que Musonio también creía que, si un estudiante lo elogiaba, significaba que no había entendido los desafíos que planteaba en sus clases.

Tampoco se trataba de un desafío constante. Como los mejores profesores, Musonio lograba transmitir a cada uno de sus alumnos el sentimiento de que los comprendía realmente en su esencia. Musonio había dicho que un buen maestro «buscaba penetrar hasta el mismo intelecto de su oyente», y así sucedió con Epicteto.

Epicteto diría que el estilo de enseñanza de Musonio era tan punzante y particular que parecía que el alumno susurrara al oído del maestro todas sus debilidades. Una vez, tras cometer un error, Epicteto intentó excusarse y le dijo a Musonio: «¿Es que acaso he prendido fuego al Capitolio?». Musonio negó con la cabeza y le llamó insensato. «En este caso», dijo, «lo que has pasado por alto *es* precisamente el Capitolio». Era un maestro que exigía lo mejor de sus alumnos. Cometer un error, utilizar una lógica débil o no detectar tus propias incoherencias significaba fracasar completamente en la filosofía. ¿Y excusarse además por ello? Para Musonio eso era tan grave como quemar Roma y bailar sobre sus cenizas.

Gracias a este tipo de enseñanzas, Epicteto llegó a entender que la filosofía no era un pasatiempo, sino una disciplina muy seria. «La sala de conferencias del filósofo es un hospital», diría más tarde a sus propios alumnos. «No deberías salir de ella sintiendo placer, sino dolor, porque no estáis bien cuando entráis en ella».[3]

Aunque Musonio no era un esclavo, él y Epicteto compartieron largas conversaciones sobre la condición humana. Ambos habían experimentado lo peor que pueden hacerse los hombres unos a otros; Musonio en sus repetidos exilios, y Epicteto viviendo en la esclavitud. Aun así, en lugar de tomárselo con amargura o perder el sentido de sus vidas, esos acontecimientos les permitieron darse cuenta de que lo único que controlaban era su mente y su carácter. «Si alguien confiara tu

cuerpo al primero que pasa, te enfadarías», dijo Epicteto. Sin embargo, entregamos muy fácilmente nuestra mente a otras personas, dejándoles entrar en nuestras cabezas y haciéndonos sentir de una manera determinada.

¿Cuál de estos dos modelos de esclavitud es más vergonzoso? ¿Sobre cuál de ellos tenemos el control?

En algún momento, a los treinta años, liberaron a Epicteto de hecho y de derecho, así como también de espíritu. La vida le ofrecía nuevas oportunidades, las mismas que cada uno de nosotros tiene cuando entramos en la madurez: ¿Qué haría para ganarse el pan? ¿Cómo aprovecharía su libertad? ¿Qué haría con su vida?

Epicteto eligió dedicarse completamente a la filosofía. A diferencia de los otros estoicos, que habían sido senadores, generales, consejeros o ricos herederos —ocupaciones que se vieron influenciadas por su filosofía— él fue el primero que eligió lo que hoy llamamos una carrera académica.

Sería una vida más parecida a la de Cleantes o Zenón que a la de Atenodoro o Catón.

Epicteto enseguida consiguió un gran número de seguidores. En el año 93 d. C., su escuela y su reputación eran tan prestigiosas que, cuando Domiciano desterró a todos los filósofos, Epicteto fue uno de los que tuvo que ir al exilio. En cierta medida, fue muy oportuno que eligiera una ciudad griega cómo Nicópolis, porque la idea de volver a *enseñar* filosofía en Grecia era como reencontrarse con el pionero estoicismo de Zenón y Cleantes. La vida de Epicteto no fue sencilla, y no podía esperar a obtener una cátedra, pero al elegir la enseñanza, dejaba atrás explícitamente el estoicismo de la corte imperial.

No iba a ser cómplice de los planes de algún emperador desquiciado. No sufriría en vano para frenar sus peores impulsos. No formaría parte del engranaje de la maquinaria imperial. En lugar de eso, buscaría la verdad allá donde pudiera encontrarla.

Eso no quiere decir que huyera de las responsabilidades o de la realidad del mundo. Epicteto no tenía ningún interés en las artimañas políticas ni buscaba enriquecerse. Buscaba el conocimiento: cómo obtenerlo, cómo aplicarlo, cómo transmitirlo a los demás. «Si nosotros los filósofos nos esforzáramos tanto por nuestro propio trabajo como lo hacen los senadores de Roma en los asuntos donde ponen todo su corazón, entonces, quizá también conseguiríamos algo».

Como maestro, la enseñanza más determinante de Epicteto derivaba directamente de sus experiencias como esclavo. Aunque todos los humanos en algún momento entramos en contacto con las leyes del universo, a Epicteto, casi

desde el momento en que nació, se le recordaba diariamente el poco control que tenía sobre su vida e incluso sobre su propia persona. A medida que fue estudiando y comprendiendo el estoicismo, adoptó esta lección en lo que describió como «el principal quehacer en la vida». Según él, era este: «Distingue entre las cosas, sepáralas y di: "Las externas no dependen de mí, el albedrío depende de mí. ¿Dónde buscaré el bien y el mal? En lo interior, en lo mío". Que en las cosas ajenas jamás hallarás ni bien ni mal, ni provecho ni daño, ni nada semejante». Es decir, distinguir entre lo que *depende* de nosotros y lo que no (*ta eph'hemin, ta ouk eph'hemin*).

Una vez que hemos organizado nuestra comprensión del mundo en una de estas categorías, nuestro trabajo —y eso fue lo que le permitió sobrevivir a la esclavitud— consiste en concentrarnos en lo que *depende* de nosotros. Nuestra actitud. Nuestras emociones. Nuestros deseos. Nuestras opiniones sobre lo que nos ocurre. Epicteto creía que, a pesar de la impotencia que muestran los humanos para controlar las condiciones externas, siempre tienen la capacidad de *elegir* cómo pueden afrontarlas. «Puedes atarme la pierna», decía —de hecho, le habían atado y roto la pierna—, «pero ni siquiera Zeus tiene el poder de romper mi libertad de elección».

«Todo asunto tiene dos puntos de vista», dijo Epicteto. Uno soportable y otro insoportable. No importa cuál sea nuestra condición, no importa lo indeseable que sea la situación, conservamos la capacidad de elegir entre los dos enfoques. ¿Vamos a elegir creer que nuestro hermano es un idiota egoísta? ¿O vamos a recordar que compartimos la misma madre, que no hace las cosas con maldad, que le queremos y que también tenemos nuestros propios malos impulsos?[4]

Esta decisión —qué enfoque elegimos a diario con todas y cada una de las personas que tratamos— determina qué tipo de vida tenemos y qué tipo de persona seremos.

Aunque no debería sorprendernos que, en una época tan dura y cruel como era la Roma del siglo I d. C., los estudiantes acudieran en masa a escuchar las ideas de un hombre que había triunfado sobre la adversidad, es sorprendente observar cómo Epicteto era capaz de convocar grandes audiencias a pesar de que se encontraba a más de ochocientos kilómetros de Roma. Desde todos los rincones del Impero, los padres enviaban a sus hijos a Nicópolis para que un hombre que había renunciado a los privilegios de la corte para vivir como un simple esclavo los educara.

Incluso los hombres más poderosos de Roma acudían a sus clases. En algún momento, el joven Adriano pasó por Nicópolis y conoció a Epicteto. No sabemos a cuántas conferencias asistió, ni qué tipo de preguntas le hizo, pero la historia nos demuestra que lo admiraba y que, cuando se convirtió en emperador, lo apoyó públicamente —la *Historia augusta* nos dice que Adriano era conocido por despedir a los filósofos que no eran aptos para ejercer esa profesión—. Muy pronto, las conferencias de Epicteto también llegarían a un joven Marco Aurelio, nieto adoptivo de Adriano y futuro emperador.

El enfoque de Epicteto sobre la impotencia del ser humano no era solo una visión relacionada con las estructuras de poder de su tiempo. Se refería a eso que nos hace fundamentalmente humanos. Muchas cosas están fuera de nuestro control. Y, sin embargo, todavía nos queda mucho a nuestro alcance, tenemos la posibilidad de elegir, siempre que no renunciemos a ello.

Para Epicteto, si una persona quiere ser feliz, que la traten de forma justa o ser rica, no necesita tener una vida fácil, que la gente sea amable con ella o que el dinero fluya libremente. Necesita comprender el mundo de la forma correcta. «No son las cosas las que nos disgustan», decía, «es nuestro juicio sobre ellas». *Nuestros juicios determinan la realidad que experimentamos.* Epicteto no creía que fuera posible sentirse ofendido o frustrado, si uno no lo consentía: «Recuerda, para que te hagan daño no basta con que te golpeen o te insulten, debes creer que te han dañado. Si alguien consigue provocarte, date cuenta de que tu mente es cómplice de esa provocación. Por eso es esencial que no respondamos impulsivamente a las provocaciones; tómate un momento antes de reaccionar, y te resultará más fácil mantener el control».

Es un mensaje que todo el mundo debería aprender de niño… o antes de convertirse en emperador.

¿Y qué pasa con las situaciones que escapan a nuestro control? ¿Cómo se supone que hay que afrontarlas?

Exactamente como hizo Epicteto cuando era un esclavo: con resistencia y tranquilidad. De Aulo Gelio se conserva una de las más famosas máximas de Epicteto:

> [Epicteto] solía decir que había dos defectos que eran con creces los peores y más desagradables de todos cuando no podemos aguantar o soportar lo que debemos soportar o no podemos refrenarnos de acciones o placeres de los que deberíamos abstenernos: la falta de resistencia y la falta de autocontrol. «Por lo tanto», decía, «si alguien se toma estas dos palabras en serio y las usa para

guiarse, estará casi sin pecado y llevará una vida muy tranquila. Estas dos palabras son: ἀνέχου (padecer) y ἀπέχου (abstenerse)».

Persistir y resistir.

Estos son los ingredientes de la libertad, sin que importen las condiciones de cada uno.

Por cada estudiante rico que asistía a sus clases, tenía a otros tantos que habían padecido la misma suerte que él. En sus clases, conoció a hombres —y si escuchó a Musonio, como esperamos que hiciera, también a mujeres— que habían sido maltratados por el destino. Y su mensaje para ellos era el mismo que daba a los emperadores o a los futuros senadores: descubrir cómo sacar el máximo provecho de las oportunidades que tenemos, y desempeñar nuestro papel con la brillantez de un actor de teatro.

El talento de Epicteto era la habilidad para aceptar la vida tal y como era, la capacidad para no necesitar que las cosas fueran distintas. «Recuerda», dijo, «que no solo el ansia de poder y riqueza nos hacen viles y subordinados a otras cosas, sino también el ansia de calma y ocio y viajes. Sencillamente, sea lo que sea lo exterior, su aprecio nos subordina a otra cosa… Donde está nuestro aprecio, allí es donde están nuestras limitaciones».

Así pues, para Epicteto la ambición no debía dirigirse hacia los factores externos, sino hacia nuestro interior. El triunfo más grande y extraordinario del estoicismo, dijo, no exige imponerse a otras personas o a un ejército, sino a uno mismo; es decir, imponernos a nuestras limitaciones, nuestro temperamento, nuestro ego y nuestros pequeños deseos. Todos tenemos este tipo de impulsos, lo que nos distingue es nuestra capacidad para sobreponernos a ellos. Lo que nos hace extraordinarios es lo que somos capaces de hacer con este material impuro del que estamos hechos.

¡Qué extraño pero magnífico es aquel hombre o aquella mujer que lo consigue!

¡Hasta qué punto son mejores las vidas de los que intentan ser mejores que las de aquellas personas que se quejan, lloriquean y se hunden hasta claudicar a sus instintos más bajos! «Considérate ya digno de vivir como una persona madura que progresa. Y siempre que te encuentres con algo difícil o placentero, o de alta o baja consideración, ten presente que ese es el momento del combate y que estamos en los Juegos Olímpicos. Ya no es posible retrasarlo, porque tu progreso se mantiene a salvo o se pierde por un solo día y asunto».

La experiencia de haber estado privado de tantas cosas fue lo que fraguó el desapego de Epicteto por las posesiones mundanas. Era como si se hubiera dicho a sí mismo: «Nadie más va a quitarme nada».

Sabemos que una noche un ladrón entró en su casa y robó una lámpara de hierro que siempre dejaba ardiendo en un relicario de la entrada. A pesar de que Epicteto sintió un atisbo de rabia y desesperación, sabía que un estoico no podía permitirse tales emociones. Se tranquilizó, analizó sus sentimientos y encontró otra forma de entender esa experiencia: «Mañana, amigo», se dijo a sí mismo, «comprarás una lámpara de barro, porque un hombre solo puede perder aquello que posee».

Solo puedes perder lo que tienes. *No tienes control sobre tus posesiones, así que no les otorgues más valor del que se merecen*. Y, cada vez que lo olvidamos, la vida encuentra una dolorosa manera de recordárnoslo.

Dice mucho de la fama que alcanzó ese desprendido maestro que, después de su muerte, un admirador, al que claramente no le importaba poseer algo que pudiera perder, comprara la lámpara de barro de Epicteto por tres mil dracmas.

A pesar de su renuncia al materialismo, Epicteto fue muy cuidadoso para que su autodisciplina no se convirtiera en un vicio y se volviera en una especie de competición contra los demás. «Cuando vivas en armonía con tu cuerpo», dijo, «no te envanezcas por él. Si bebes agua, no digas a la primera oportunidad que bebes agua. Si alguna vez quieres entrenarte para fortalecer tu cuerpo, que sea por ti mismo, y no para que el mundo lo vea». Progresar es maravilloso. Mejorar es un esfuerzo que vale la pena. Pero debemos hacerlo por nuestro propio bien, no por las alabanzas ni por el reconocimiento ajeno.

Epicteto nunca tuvo hijos, pero sabemos que adoptó a un pequeño huérfano y se hizo cargo de él hasta que fue adulto. Es inquietante imaginarlo practicando la impasibilidad ante su pérdida, incluso cuando experimentó la alegría de ser padre. Como lo aprenderemos de Marco Aurelio, que tendría la desgracia de perder a siete de sus hijos.

> Cuando das un beso de buenas noches a tu hijo, susurra para ti mismo: «Puede que esté muerto por la mañana». Eso no es tentar al destino. ¿No es un suceso natural? ¿Acaso se tienta al destino cuando hablamos del grano que se cosecha?

No debió de ser fácil para Epicteto tener esos pensamientos sobre un chico al que amaba. Pero sabía por experiencia que la vida es cruel. Quería recordarse a sí mismo que su precioso hijo no era su posesión, como tampoco lo eran sus amigos, sus alumnos o su salud. El destino de todos ellos está fuera de nuestro

control. Y eso, para un estoico, significa una cosa: disfrútalos mientras los tienes a tu lado, pero acepta que no te pertenecen en propiedad, que pueden partir en cualquier momento. Porque es una posibilidad, como puede ocurrirnos a nosotros mismos.

Para ello practicaba la filosofía Epicteto. Un hombre que había experimentado lo peor de la vida no estaba para vanas dialécticas o sofismas. Él quería estrategias para vivir mejor, para afrontar las posibles adversidades que le podían ocurrir a una persona en el transcurso de un día o en un imperio gobernado, con demasiada frecuencia, por tiranos.

Y el que esta inclinación práctica lo enemistara con los demás estoicos no le preocupaba demasiado. «¿Cuál es el camino hacia la virtud?», se preguntaba. «Una vida que fluye bien. ¿Quién, entonces, está progresando? ¿Una persona que ha leído las numerosas obras de Crisipo? ¿Acaso la virtud solo consiste en haber alcanzado un gran conocimiento de Crisipo?».

Las acciones son lo que importa. Ni las lecturas, ni la memorización, ni lograr publicar tu excelente prosa. Lo único que importa es si trabajas para ser una mejor persona, para pensar mejor, para ser un mejor ciudadano. «No puedo llamar a una persona trabajadora porque escucho que lee y escribe», dijo Epicteto, «aunque trabaje en ello toda la noche. Hasta que no sepa para qué trabaja, no puedo considerarla trabajadora… Puedo llamarla trabajadora si el fin por el que trabaja es su propio principio rector, y está y permanece en constante armonía con la Naturaleza».

Como pensador y maestro, Epicteto predicaba la humildad. «Es imposible empezar a aprender lo que uno cree que sabe», decía. En el Zen, hay una parábola de un maestro y un alumno que se sientan a tomar el té. El maestro llena la taza hasta rebosar. Esta taza es como tu mente, dice. Si está llena, no puede absorber nada más. «Es todo este orgullo de saber algo útil lo que debemos desechar antes de llegar a la filosofía... de lo contrario, nunca lograremos hacer ningún progreso, incluso si revisamos todos los tratados de Crisipo, de Antípatro o Arquedemo».

Así pues, cada mañana Epicteto dialogaba consigo mismo para revisar sus progresos y evaluar si se había preparado adecuadamente para lo que pudiera venir. Era en ese momento del día cuando escribía su diario o recitaba filosofía para sí mismo. «Cada día y cada noche no dejes preguntarte este tipo de pensamientos», aconsejó, «escríbelos, léelos en voz alta, habla contigo mismo y con los demás sobre ellos».

Mientras que otros romanos madrugaban para rendir pleitesía a algún patrón o para avanzar en sus carreras, Epicteto prefería mirarse en el espejo, para hacerse responsable de sus actos, para centrarse en lo que le faltaba. «¿Qué me falta para lograr la tranquilidad? ¿Y para lograr la calma?», se preguntaba. «¿En qué me he equivocado? ¿Acaso me faltó serenidad? ¿Cuándo me comporté de forma ruda o insensible? ¿Qué asuntos que debía tratar dejé para otro día?».

Epicteto murió alrededor del año 135 d. C. Aunque había nacido en el más absoluto anonimato y la esclavitud, y murió por causas y circunstancias que desconocemos, su legado ha sobrevivido.

Como Sócrates y Catón, Epicteto no publicó ni una sola palabra en vida. Sin embargo, sus enseñanzas se transmitieron ampliamente, incluso en su propia época. Junio Rústico le prestó a Marco Aurelio una copia de sus conferencias. Y Adriano estudió sus enseñanzas, y después su protegido bebió profundamente de esa misma fuente de sabiduría.

Si Epicteto no escribió ninguna obra, ¿cómo sobrevivieron tantas de sus enseñanzas? Porque un estudiante, Arriano ―un biógrafo que logró ser cónsul bajo el mandato de Adriano― publicó ocho volúmenes de notas de las conferencias de Epicteto. Además, la elección de Arriano para titular de forma abreviada esos volúmenes es la que mejor representa lo que pretendían las enseñanzas de Epicteto y el estoicismo. Lo tituló *Enquiridión*, que literalmente significa «manual práctico».

A. A. Long, un traductor posterior de los textos de Epicteto, explica esta elección de palabras:

> En su uso más antiguo *encheiridion* se refiere a un cuchillo o daga de mano. Arriano quizás quería sugerir esa connotación defensiva o protectora de la obra. Además, encaja con la advertencia que aparece al principio y al final del texto y que aconseja tener a mano (*procheiron*) las enseñanzas de Epicteto. De forma similar, Erasmo publicó en 1501 una obra en latín con el título *Enchiridion militis Christiani* (*Manual del caballero cristiano).*

En *La tragedia de Julio César*, Shakespeare pone en boca de Casca que todo esclavo tiene la fuente de su libertad en su mano, y es con esa arma con la que Bruto se liberaría del reinado de César en el 44 a. C. Unas cuatro generaciones más tarde, Epicteto sería un auténtico esclavo sometido a una tiranía todavía más cruel. Pero no necesitaría recurrir al asesinato. No necesitaría literalmente un cuchillo o una daga de mano.

En su lugar, creó otro concepto de libertad: una libertad más profunda —que Arriano gentilmente glosaría— y que también podía tenerse en la mano.

Y así fue como Toussaint Louverture se inspiró en el feroz compromiso de Epicteto con la libertad —literalmente o no— cuando se levantó contra la Francia de Napoleón y condujo a la libertad a sus compañeros esclavos de Haití. O como cuando el coronel James Stockdale, al ser derribado en Vietnam y saber que caería prisionero, se agarró a las enseñanzas de Epicteto, que había estudiado en Stanford, y se dijo a sí mismo mientras caía en paracaídas: «Estoy dejando el mundo de la tecnología y entrando en el mundo de Epicteto».

Así que, dos mil años más tarde, las mismas enseñanzas volvían a ayudar a un hombre a encontrar la libertad dentro del cautiverio y lo hacían inquebrantable a pesar encontrarse en las peores circunstancias.

Esta es la única manera que tienen las generaciones futuras para agradecer o rendir el homenaje adecuado a alguien como Epicteto.

Con acciones. Sin palabrería.

«No cuentes tu filosofía», decía Epicteto, «pasa a la acción».

---

1 El tinte con el que comerciaba la familia de Zenón lo fabricaban los esclavos en condiciones extremas. Séneca tenía esclavos, y Marco Aurelio también. Aunque para ser justos, el propio Epicteto, al menos en sus escritos, también habló abiertamente de la esclavitud y nunca cuestionó su justicia o su moralidad.

2 Epicteto, *Manual: fragmentos*, cap. 9 (Gredos, Biblioteca Clásica, 1995).

3 Epicteto, *Disertaciones por Arriano* (Gredos, Biblioteca Clásica, 1993).

4 Thomas Jefferson incorporaría más tarde la regla de Epicteto en el *Código de conducta* que escribió para su hijo: «Toma las cosas siempre por el lado bueno».

JUNIO RÚSTICO
«EL RESPONSABLE»

Nacimiento: 100 d.C.
Muerte: 170 d.C.

Origen: Roma

En el año 66 d. C., cuando Trásea se enfrentaba a una sentencia de muerte casi segura, Aruleno Rústico se ofreció para salvarlo. No, dijo Trásea, es demasiado tarde para mí. Pero aún quedaba tiempo, le dijo al valiente joven que trataba de salvarlo, para pensar en qué clase de político quería convertirse él.

Rústico tuvo un hijo, que a su vez tuvo otro hijo que, en general, demostró que esa fe estaba bien fundada. También demostró, al parecer, con qué frecuencia la historia depende de pequeños acontecimientos.

Junio Rústico, nieto de Aruleno, nació alrededor del año 100 d. C., menos de una década después del asesinato de su abuelo. Junio se convirtió en el tutor que introdujo a Marco Aurelio en el estoicismo y, al hacerlo, ayudó a formar al primer rey filósofo del mundo: un tipo de líder que era lo opuesto a los hombres a los que Aruleno se había enfrentado con valentía.

Habría tenido sentido que Junio prefiriese alejarse de ese mundo violento y esconderse en sus libros. Un antiguo escritor nos dice que una parte de él se habría contentado con ser un «mero filósofo de pluma y tinta», que le habría gustado quedarse en casa y componer sus teorías en paz. Pero el sentido del deber que le había inculcado el ejemplo de su abuelo, como ocurrió en el caso de Catón, lo condujo hacia asuntos más elevados.

Se trata de un ejemplo que debería desafiar a cualquier persona talentosa y brillante: te debes a ti mismo y al mundo el involucrarte activamente en el breve momento que habitas este planeta. No puedes dedicarte exclusivamente a las ideas. Debes contribuir.

Junio, por su parte, se convirtió en soldado y general. Cuando tenía poco más de treinta años fue cónsul durante el gobierno de Adriano. En algún momento conoció a Arriano, que había estudiado con Epicteto. Es perfectamente posible, especulan los eruditos modernos como Donald Robertson, que el propio Junio asistiera a las conferencias de Epicteto y tomara notas sobre las enseñanzas del gran sabio.

En cualquier caso, sería una copia personal de las palabras de Epicteto la que se abrió paso desde la biblioteca de Junio a las manos de un joven Marco Aurelio, y cambió así el curso de la vida de un hombre.

Un libro regalado. Un libro leído. Un intercambio tan simple, llevado a cabo por las personas adecuadas en el momento adecuado, puede ser suficiente para cambiar el mundo.

Cuando Marco Aurelio tenía alrededor de veinte años, Junio se convirtió en su tutor oficial. Fue, por lo que parece, un periodo de estudio transformador. Como reflexionaría Marco Aurelio más tarde, aprendió de Junio sobre asuntos grandes y

pequeños, desde cómo comportarse con dignidad hasta cómo escribir con claridad y eficacia.

En *Sobre Rústico*, reflexiona acerca de su vida:

> Aprendí a tomar conciencia del hecho de que necesitaba enmendar y entrenar mi carácter, y no dejarme llevar por un sofisma argumentativo, ni redactar tratados especulativos, ni pronunciar homilías, ni presentarme ostentosamente como un atleta moral o un hombre desinteresado; y evitar la retórica, la poesía y el buen lenguaje; y no andar por la casa en bata, no cometer tal falta de buen gusto; y no escribir cartas de estilo afectado, como su propia carta escrita a mi madre desde Sinuessa; mostrarme dispuesto a reconciliarme con aquellos que han perdido los estribos y se han rebelado ante uno, y dispuesto a encontrarme con ellos a mitad de camino tan pronto como parezcan dispuestos a volver sobre sus pasos; leer de forma minuciosa y no contentarme con una vista de pájaro superficial; ni estar de acuerdo demasiado rápido con cualquier hablador voluble; y conocer los recuerdos de Epicteto, que me proporcionó de su propia biblioteca.

Marco Aurelio aprendió de Junio todo lo que Séneca no pudo enseñar a Nerón. De hecho, el paralelismo entre ambas situaciones es notable. Nerón había estado apegado a Séneca cuando era adolescente, tras la muerte de su padre. Marco Aurelio comenzó a estudiar con Junio a los veinticinco años, tras la muerte de su madre. Y, cuando Nerón se convirtió en emperador, Séneca se vio envuelto en asuntos gubernamentales más serios. En el 161 d. C., cuando Marco se convirtió en emperador, Junio asumió el papel de magistrado y consejero. Él, al igual que Séneca, se convirtió en cónsul.

A diferencia de Séneca, Junio parecía estar dispuesto a transmitir a su alumno duras verdades. Marco relata que «a menudo estaba molesto con Rústico», pero el maestro y el alumno siempre se reconciliaban. Es meritorio para ambos que Marco haya dicho que nunca se enojó lo suficiente por las críticas y los métodos de Junio como para hacer algo de lo que luego se arrepintiera.

Nerón había sido un estudiante terrible, un joven que esperaba conseguir el poder para hacer lo que quisiera. El respeto que había tenido por Séneca cuando era joven se transformó con el tiempo en una especie de resentimiento y aversión. Séneca parecía dispuesto a aceptar eso, a limitarse a transmitir sus enseñanzas y esperar que calaran en la mente de su alumno, y no estaba lo suficientemente alarmado como para impedir que Nerón obtuviera ese poder que tanto ansiaba.

Marco, por otro lado, estaba ansioso por aprender, y así permaneció durante el resto de su vida, incluso cuando la dinámica de poder entre su tutor y él cambió. En la *Historia augusta*, se nos dice que siempre saludaba a Junio con un beso, y lo honraba por encima de cualquier otro miembro de su personal. Buscó consejo en privado y en público, y realmente reverenciaba a su maestro, del que se consideraba un *discípulo*. Rústico había logrado lo que pocos maestros alcanzan incluso con los alumnos más humildes: conmover a Marco Aurelio.

Plutarco hablaría más tarde de cuántos políticos buscaban gobernar como una exención de ser gobernados por otros. Quizá lo que hacía a Marco tan especial es que parecía poner a un consejero y filósofo como Rústico por encima de sí mismo, a pesar de que su poder como emperador era absoluto. ¿Por qué Marco se mantuvo bondadoso si tantos otros gobernantes se habían corrompido? Su relación y su deferencia hacia un hombre mayor y sabio como Rústico tienen mucho que ver con ello.

Casi inmediatamente después de que Marco se convirtiera en emperador, a Junio se le asignaron importantes funciones al servicio del Estado. En 162 d. C. cumplió su segundo mandato como cónsul —casi treinta años después del primero—. Durante cinco años fue el prefecto de la ciudad, un cargo que esencialmente reunía las funciones de alcalde de Roma, supervisando a la policía, la aplicación de la ley, las obras públicas y el suministro de alimentos de la ciudad. Dada la gran corrupción que había sido endémica en Roma, era un puesto de inmensa responsabilidad y confianza. Según todos los informes, Junio se comportó honorablemente.

A través de este cargo Junio tuvo que intermediar en un evento que desafortunadamente definió su legado durante la mayor parte de la historia. En 165 d. C., un caso judicial aparentemente sin importancia llegó al escritorio de Junio. Un filósofo cristiano llamado Justino Mártir y un filósofo cínico llamado Crescencio se habían visto envueltos en una desagradable disputa que se extendió a las calles. Justino y seis de sus estudiantes fueron acusados por Crescencio de ateos, y los apresaron para interrogarlos.

Justino había estudiado con un maestro estoico en Samaria, pero había dejado la escuela a causa de su incipiente fe cristiana. Muchos de los escritos de Justino evocaban similitudes entre los estoicos y los cristianos, y bien pudo haber estado familiarizado con el trabajo filosófico del propio Junio. Es comprensible que esperara un fallo favorable por parte del juez estoico. Como cristiano devoto, sabía que un siglo antes el hermano de Séneca había juzgado con justicia la liberación de san Pablo en Corinto.

Pero la Roma de entonces era muy diferente, y Rústico no era simplemente un filósofo de pluma y tinta. Su trabajo era proteger la paz. Aquellos cristianos se habían negado a reconocer a los dioses romanos y la supremacía del Estado, y eso era peligroso y perturbador. ¿No era el trabajo de Rústico hacer cumplir las leyes para evitar que sucedieran cosas así? Y, tal vez, con Marco lejos en el frente y sin nadie que lo detuviera, Rústico se encontró perdido en el dominio de su propio poder.

Naomi Mitchison, en su novela de 1939 sobre el cristianismo en la antigua Roma —escrita mientras el fascismo aplastaba a las minorías religiosas en Europa— escribe cómo un filósofo estoico, Nausífanes, intenta explicar este enfrentamiento entre estoicos y cristianos. «[Los cristianos] eran perseguidos», dice, «porque estaban en contra del Estado romano; ningún romano se había preocupado nunca realmente por la diferencia de dioses; eran profundamente tolerantes en materia religiosa, porque sus propios dioses no eran una creencia individual, sino invenciones sociales, o al menos habían llegado a serlo. Sin embargo, a nivel político persiguieron y debieron hacerlo: e igualmente debieron ser atacados por los que tuvieron el coraje de hacerlo».

Creemos que estamos haciendo lo correcto. Que estamos protegiendo el *statu quo*. Y hacemos cosas terribles en ese proceso.

Los procedimientos del juicio, y sus matices extremadamente modernos, están registrados en *Los actos de Justino*. Rústico se pone manos a la obra y exige información sobre de qué manera está viviendo Justino. ¿Es cristiano?

Sí. *Sí, lo soy*, dice, admitiendo que sabe que sus creencias se consideran una amenaza por parte del poder. No por parte de Rústico, sino del imperio al que representa. Aun así, Rústico parece tomarse como algo personal la afirmación de Justino de que son los romanos los que «se aferran al error». «¿Acaso apruebas las doctrinas [cristianas], desgraciado?», pregunta Rústico, y a partir de ahí el encuentro se descontrola.

Así como la soberbia precede a la caída, el desprecio precede a las injusticias y a las fallas morales.

Séneca había escrito su famoso ensayo *Sobre la clemencia* para Nerón en el año 55-56 d. C. Es probable, teniendo en cuenta cómo había resultado Nerón, que Rústico no fuera un gran admirador de la filosofía de Séneca. Sin embargo, en este caso, la idea central del ensayo —cómo las decisiones que toman los poderosos con respecto a los impotentes definen quiénes son— resultó tremendamente relevante. Rústico controlaba todo el peso del sistema legal

romano. Justino era tan solo un hombre insignificante, un hombre que disentía de una creencia muy extendida. Su ejemplo importaba muy poco. Podría haberlo liberado.

Merecía compasión. Casi todo el mundo la merece.

Pero Rústico estaba demasiado frustrado para concederla. Estaba desconcertado por la fe de Justino, por su firme creencia en algo que el sistema romano no toleraba. Por ese motivo Justino había sido llevado a juicio ante Rústico.

«Escucha», dijo Rústico, «si fueras flagelado y decapitado, ¿estás convencido de que irías al cielo?». Y Justino respondió: «Espero entrar en la casa de Dios si sufro de ese modo. Porque sé que la gracia de Dios está guardada hasta el fin del mundo entero para todos los que han vivido una buena vida».

Marco dijo que de Rústico había aprendido «a mostrarse dispuesto a reconciliarse con los que han perdido los estribos y se han rebelado ante uno, y a encontrarse con ellos a mitad de camino tan pronto como parezcan estar dispuestos a arrepentirse». ¿Dónde quedaba esa disposición ante Justino? ¿Cuánto mejor parado habría salido Rústico si hubiera sido capaz de aplicarla?

Rústico le dio a Justino la oportunidad de arrepentirse, de someterse a la ley y seguir su camino. Justino no tenía que sentirlo de verdad. Solo tenía que hacer lo que se esperaba de cualquier otro romano. «Ahora vayamos al punto en cuestión», dijo Rústico, «que es necesario y urgente. Reúnanse y ofrezcan de común acuerdo un sacrificio a los dioses». El castigo por no hacerlo sería el mismo que para cualquier romano que se atreviera a la impiedad, que despreciara a los dioses cuyo favor el imperio creía necesitar.

Le ofrecía a Justino la misma opción que se le había ofrecido a Agripino, a Catón, a Trásea y a Helvidio. Mostrarse de acuerdo para poder escapar. Trásea se había enfrentado a ello, tuvo la oportunidad de ser indultado, pero rechazó la ayuda de Aruleno, el abuelo de Rústico. Ahora, años después, los papeles se habían invertido. No era un tirano exigiendo obediencia a un estoico. Era un estoico exigiéndosela a un cristiano.

Esta vez, el cristiano fue el valiente. «Nadie que piense correctamente se rebaja del verdadero culto al falso», respondió Justino. Y, al hacerlo, eligió morir por sus ideales, en lugar de renunciar y vivir.

Rústico decidió utilizar el inmenso poder del Estado que tenía en sus manos. «Que aquellos que se han negado a sacrificar a los dioses y a obedecer el mandato del emperador», ordenó, «sean azotados y conducidos a sufrir la pena capital de acuerdo con el dictamen de las leyes».

En nombre de Marco Aurelio, y por orden de Rústico, ese pobre hombre fue condenado a ser cruelmente golpeado y azotado hasta que le arrancaron la piel del cuerpo y, más tarde, decapitado.[1]

Esto supondría una mancha en dos reputaciones por lo demás intachables.

Incluso si Justino hubiera estado total e indiscutiblemente equivocado en el asunto de la religión, ¿podrían los estoicos haber considerado la idea de *sympatheia*, que se remonta a Zenón y Crisipo? ¿Cómo podrían haber olvidado que todos formamos parte de un gran todo y que cada uno desempeña su propio papel? Más tarde, Marco Aurelio escribió maravillosamente que incluso los desinformados, los egoístas, los desvergonzados y los estúpidos encajan en esta ecuación, y que no deberíamos sorprendernos cuando nos encontramos con ellos. Es una idea que Rústico y él habían discutido en innumerables ocasiones.

¿Sería posible un mundo en el que se estuviera de acuerdo al cien por cien en todo? ¿Acaso no sería inevitable que algunas personas discreparan, sobre todo en materia religiosa? ¿Qué tiene de sorprendente la existencia de un hereje ocasional? ¿Y si, por ejemplo, ese hereje sabe algo que tú no sabes? ¿Y si la mayoría de la gente, incluso los disidentes, fueran realmente sinceros en lo que hacían?

Bueno, debía haber pensado Rústico mientras presidía el juicio de Justino, *este hombre es una de esas personas que deben existir en el mundo. Le daré un tirón de orejas y lo dejaré marchar.* Pero no lo hizo. Estaba demasiado perdido en el maniqueísmo del caso legal que tenía delante: Justino se negaba a cumplir con las ordenanzas de sacrificio, una práctica cotidiana en la vida romana. Eso era desobediencia civil y la ley era clara. Así que ordenó una de las ejecuciones más famosas de la historia cristiana en el año 165 d. C.

Aunque solo lo fue en retrospectiva.

Ese «martirio» apenas fue notable en su momento. Roma se encontraba en plena guerra pártica y bullía un conflicto con las tribus germánicas de la frontera. Una plaga asolaba el imperio. Millones de personas morirían. Una sentencia de muerte para un infractor de la ley no parecía ser el tipo de asunto que la historia fuera a recordar.

Pero la historia es así. Al igual que la decisión trivial de entregarle un libro a Marco Aurelio tuvo consecuencias descomunales, también las tuvo ese pequeño caso, que probablemente en su momento pareció totalmente insignificante.

Al igual que a los estoicos no se les ocurrió cuestionar la institución de la esclavitud, la verdadera libertad religiosa era un concepto totalmente inconcebible. Pero ¿hacerse mártir por una causa, negarse a transigir incluso bajo

una amenaza de muerte? Alguien tan versado en el estoicismo como Rústico debería haber respetado esto, al menos a regañadientes.

Lamentablemente, no fue capaz de hacerlo. Todo lo que vio fue una amenaza al orden público, una amenaza a su poder. Irónicamente, era lo mismo que había motivado a un emperador paranoico a matar al abuelo de Rústico.

Obligado por el deber, Rústico había hecho lo que creía que tenía que hacer. Igual que Justino Mártir. La incapacidad del primero de pensar con perspectiva le convertiría en un villano para millones de cristianos durante el resto de la historia. El segundo, la víctima, inspira a los perseguidos hasta el día de hoy.

En el año 168 d. C. Junio dejó su cargo de prefecto de la ciudad. Murió dos años más tarde. Marco, que libraba entonces una brutal guerra a cientos de kilómetros de Roma, se tomó el tiempo de ordenar al Senado que rindiera honores a su viejo maestro y amigo, con el que había pasado casi la mitad de su vida. La *Historia augusta* dice que se colocaron estatuas a Rústico por toda Roma, honrando a un hombre no dado a las discusiones, los espectáculos o los sermones, sino solo a la formación de su carácter y al deber público.

Pero el verdadero monumento a Rústico —que trasciende incluso a su famoso caso judicial— se encuentra en la vida del estudiante al que formó: el estoico que finalmente sería rey.

---

1 Sorprendentemente, descubrieron los huesos de Justino en la caja fuerte de una iglesia en Baltimore durante los años sesenta, y finalmente los enterraron en la década de los ochenta.

MARCO AURELIO
«EL REY FILÓSOFO»

Nacimiento: 121 d.C.
Muerte: 180 d.C.

Origen: Roma

Desde Platón, la idea de que un día un hombre sabio pudiese convertirse en un rey filósofo había sido una utopía. A pesar de que los estoicos habían estado muy cerca del poder, ninguno de ellos se había acercado para ejercer el mando supremo. Una vez tras otra, habían confiado en que el siguiente emperador fuera mejor que el anterior; en que el nuevo emperador escuchara y antepusiera a las personas a sus propios deseos. Pero, desgraciadamente, todos verificaron cómo el poder absoluto los corrompía.

César. Octavio. Tiberio. Claudio. Nerón. Trajano. Vespasiano. Domiciano.

La lista de reyes corrompidos era larga y se remontaba más allá de la historia de Roma, hasta los soberanos de la época de Zenón y Cleantes. Así como los cristianos rezaban para que apareciera un salvador, los estoicos también esperaban que un día naciera un líder con sus principios que pudiera redimir al Imperio de la decadencia y la corrupción.

Y este nació el 26 de abril de 121 d. C. Se llamaba Marco Annio Catilio Severo y, a pesar de las grandes expectativas y responsabilidades imposibles —como diría su gran admirador Matthew Arnold— se las apañaría para demostrar que era digno de todas ellas.

Los primeros años del chico que se convertiría en Marco Aurelio estuvieron marcados tanto por la pérdida como por la esperanza. Su padre, Vero, murió cuando tenía tres años. Lo criaron sus abuelos, que lo adoraban y lo exhibían en la corte frecuentemente. Incluso a una edad temprana, se ganó la reputación de ser muy honesto. El emperador Adriano, que habría conocido al joven Marco por sus tempranos logros académicos, al ver su potencial, empezó a vigilarlo de cerca. El apodo que otorgó a Marco, con quien le gustaba ir de caza, fue «Verissimus» —un juego de palabras con su nombre Vero—, que significaba *el más verdadero*.

¿Qué fue lo que Adriano vio en él? ¿Qué pudo darle la sensación de que el chico podría estar destinado a hacer grandes cosas? Marco era inteligente, de buena familia, atractivo y trabajador. Pero no era el único con esas cualidades. En Roma muchos jóvenes tenían ese potencial, pero eso no quería decir que pudieran ser buenos jefes de Estado.

A los diez u once años, Marco ya se había aficionado a la filosofía, vestía con ropajes humildes y mantenía unos hábitos sobrios y comedidos, incluso dormía en el suelo para fortalecer su espíritu. Marco escribiría más tarde sobre los rasgos de carácter que intentaba respetar, que él llamaba «epítetos para uno mismo»: recto, modesto, sencillo, sano, colaborativo y desinteresado. Adriano, que nunca tuvo un hijo y había empezado a pensar en elegir a un sucesor —como había hecho con él Trajano, que tampoco había tenido un heredero—, seguramente se percató del

compromiso de Marco con esos valores desde la infancia. Es posible que, mientras cazaban jabalíes juntos, observara la combinación adecuada entre el valor y la calma, entre la compasión y la firmeza. Debió de ver algo en su alma que probablemente Marco todavía no podía ver, porque para su decimoséptimo cumpleaños, Adriano había empezado a planear algo extraordinario.

Iba a proclamar a Marco Aurelio emperador de Roma.

No tenemos mucha información sobre los planes de Estado de Adriano, pero sí sabemos lo que ocurrió. El 25 de febrero del año 138, designó a un administrador de confianza de cincuenta años llamado Antonio Pío con la condición de que este apadrinara a Marco Aurelio. Se asignaron los maestros para Marco Aurelio y se preparó una carrera política acorde para él. Pero, incluso después de que Marco pasara a formar parte de la familia imperial, se nos dice que no dejó de acudir a las residencias de sus maestros de filosofía para aprender, aunque podría haber exigido que ellos se acercaran a su casa. A pesar de todos los honores, siguió viviendo como si sus medios y su reputación no hubieran mejorado irremediablemente.

Unos meses más tarde, cuando Adriano falleció, todo estaba atado y bien atado. A Marco Aurelio lo prepararían para alcanzar un cargo que solo quince personas habían desempeñado en Roma. Llevaría el manto púrpura. Iba a ser emperador.

No era un camino muy distinto al que la madre de Nerón había trazado para su hijo. Pero ¿iban a ser distintos los resultados?

A diferencia de la mayoría de los príncipes, Marco Aurelio no anhelaba el poder. Se nos dice que, cuando se enteró de que había sido oficialmente apadrinado por Adriano, en lugar de alegrarse se entristeció. Tal vez prefería ser escritor o filósofo. Sus reticencias eran honestas. Un antiguo historiador señala que Marco estaba consternado por tener que cambiar la casa de su madre por el palacio real. Cuando alguien le preguntó por qué estaba tan abatido a pesar de tener un futuro tan maravilloso, enumeró todas las fechorías que los reyes habían cometido.

Ser precavido no es lo mismo que ser cobarde. Los líderes más seguros de sí mismos —los mejores— a menudo están preocupados por no hacer bien su trabajo. Se enfrentan a sus responsabilidades sabiendo que no será fácil. Pero siguen adelante. Y Marco Aurelio, por aquel entonces, sabía que estaba preparado para ser rey. Estaba seguro: *Podría hacerlo bien*.

A los diecinueve años, nombraron cónsul a Marco Aurelio, el cargo más alto en la tierra. A los veinticuatro años, salió reelegido. Y en el año 161 d. C., a la edad de cuarenta años, lo nombraron emperador. El mismo cargo que desempeñaron

Nerón, Domiciano y Vespasiano y otros muchos monstruos.

De alguna manera, ser elegido para ser rey y ostentar tanto poder a una edad tan temprana convirtió a Marco Aurelio en una mejor persona. La anomalía histórica que suponía aquel cambio —cómo escapó del mismo destino que tantos otros tiranos— solo puede explicarse por una razón: el estoicismo.[1]

No obstante, sería muy injusto negarle el crédito por todo el *trabajo* que tuvo que hacer, porque sabemos que fue un trabajo consciente y deliberado. Marco Aurelio admitió abiertamente «la malicia, la astucia y la hipocresía que surgen del poder», así como «la particular crueldad que suelen mostrar las personas de buena cuna», y decidió que él sería una excepción a esa regla. «¡Cuidado! No te conviertas en un César, no te tiñas de púrpura, porque suele ocurrir», escribía en su diario como si fuera un anciano, «Mantente, por tanto, sencillo, bueno, puro, respetable, humilde, amigo de la justicia, piadoso, amable, y firme en el cumplimiento de tu deber. Esfuérzate por seguir siendo el mismo hombre que la filosofía quiso hacer de ti».[2]

Pero no todo fue una cuestión de poder. De sus cartas sabemos que sufría constantes y dolorosos problemas de salud. Se convirtió en padre a la edad de veintiséis años, una experiencia transformadora y difícil para cualquier hombre. Sin embargo, en el caso de Marco Aurelio, el destino fue increíblemente cruel. Él y su esposa, Faustina, tuvieron trece hijos y solo cinco alcanzaron la madurez.

Su mandato (del 161 d. C. al 180 d. C.) estuvo marcado por la peste antonina, una pandemia mundial que se originó en el lejano Oriente, y se extendió de forma implacable por las fronteras, cobrándose la vida de al menos cinco millones de personas en quince años y causando unos diecinueve años de guerras fronterizas. Como escribió el historiador Dion Casio, Marco Aurelio «no tuvo la buena suerte que se merecía, pues no tenía un cuerpo sano y tuvo multitud de problemas durante prácticamente todo su reinado».

Pero los factores externos nunca paran los pies a un estoico. Marco creía que las plagas y las guerras solo podían amenazar a su cuerpo. Pero lo que debemos proteger es nuestro carácter: cómo actuamos en las guerras, las plagas y los otros contratiempos de la vida. ¿Renunciar a su carácter? Eso era lo más terrorífico.

Quizá, el ejemplar de Epicteto que le había regalado Junio Rústico influyó tanto en Marco Aurelio porque ambos habían recibido duros golpes del destino. Realmente, es un contraste sorprendente: un emperador y un esclavo compartiendo la misma filosofía. Y lo más contradictorio, aunque para los antiguos no fuera así, es que la vida del esclavo influyera en gran medida en la del emperador. Solo nuestra sesgada y moderna perspectiva sobre la «jerarquía» pasa

por alto lo mucho que tenemos en común todos los seres humanos y cómo estamos igualmente desnudos e indefensos ante el destino, tanto si poseemos poder como si no.

Tomando prestada la metáfora de Epicteto, el director del universo asignó un papel complicado tanto a Marco Aurelio como al propio Epicteto. Lo que los caracterizó fue cómo desempeñaron esos papeles que ninguno de ellos —especialmente, Marco— jamás habría elegido.

Pensemos en la primera medida que tomó Marco Aurelio, cuando falleció su padre adoptivo, Antonino Pío. Cuando Octavio se convirtió en emperador, Ario Dídimo, su consejero estoico, le aconsejó que se deshiciera del joven Cesarión, el hijo de Julio César y Cleopatra. «No es bueno que haya muchos césares», le advirtió Ario con sorna. Y Nerón eliminó a tantos rivales que Séneca tuvo que recordarle que ningún rey podía deshacerse de *todos* los sucesores al trono. Pero Marco Aurelio tenía ante él una situación todavía más compleja: tenía un hermano adoptivo, Lucio Vero, cuyos vínculos eran más estrechos con el legado de Adriano.[3] ¿Qué debía hacer?

Pues Marco Aurelio solventó este nudo gordiano sin esfuerzo y con ingenio: nombró a su hermano adoptivo coemperador.

La primera decisión que tomó Marco Aurelio cuando asumió el poder absoluto fue compartirlo voluntariamente con su hermano. Solo esa acción ya lo haría merecedor del mismo tipo de asombro que experimentó el rey Jorge III cuando escuchó que George Washington dejaba la política para retirarse a la vida privada: «Si lo hace, será el hombre más grande del mundo». Pero ese gesto solo fue el primero de los muchos que definirían el reinado de Marco Aurelio.

Cuando la peste antonina azotó Roma, las calles se llenaron de cadáveres y la amenaza de muerte estaba por todas partes. Nadie lo habría culpado por abandonar la ciudad. De hecho, quizá habría sido la decisión más prudente. Pero, en cambio, Marco no huyó de Roma. Combatió la enfermedad como lo hizo la familia real británica durante el Blitz, sin miedo, tranquilizando a la gente con su presencia porque no valoraba otro tipo de prioridad que las responsabilidades de su cargo.

Más tarde, cuando el tesoro de Roma se agotó por culpa de la peste y las interminables guerras, Marco Aurelio se enfrentó una vez más a la posibilidad de hacer las cosas por las buenas o por las malas. Podría haber subido los impuestos o saqueado las provincias. Podría haberse desentendido del problema y haber solicitado préstamos que sus sucesores tendrían que afrontar. Pero, en lugar de eso, Dion Casio nos dice que Marco Aurelio «llevó todos los ornamentos

imperiales al Foro y los vendió a cambio de oro. Cuando vencieron a los bárbaros rebeldes, devolvió el precio de compra a los que voluntariamente devolvieron las posesiones imperiales, pero nunca coaccionó a aquellos que no quisieron hacerlo». Aunque como emperador podía ejercer un control absoluto sobre el presupuesto de Roma, nunca actuó como si le perteneciera. «En cuanto a nosotros», dijo una vez al Senado sobre su familia, «estamos tan lejos de poseer nada propio que incluso la casa en la que vivimos es vuestra».

Más tarde, en las postrimerías de su reinado, cuando su general de mayor confianza, Avidio Casio, se rebeló e intentó llevar a cabo un golpe de Estado, Marco Aurelio se enfrentó a otra prueba relacionada con aquellos valores que tanto apreciaba como el honor, la honestidad, la compasión, la generosidad y la dignidad. Tenía todo el derecho a estar enfadado.

Pero, sorprendentemente, Marco Aurelio decidió tratar el golpe de Estado como si fuera una *oportunidad*. Como dijo a sus soldados, tenían la oportunidad de «resolver ese asunto de forma civilizada y demostrar a toda la humanidad que existe una forma correcta de gestionar las guerras civiles». Era una oportunidad para «perdonar a un hombre que le había hecho daño, de mantener un amigo que lo había traicionado, de seguir siendo fiel a quien había dejado de confiar en él». Sin embargo, un sicario, con la intención de ganarse su favor, asesinó a Avidio, y la reacción de Marco revelaría aquello que lo diferenciaba de todos los demás empleadores. Como escribe Dion Casio, Marco «estaba tan apenado por la muerte de Casio, que ni siquiera se atrevió a mirar la cabeza cortada de su enemigo, y antes de que los asesinos se acercaran ordenó que la enterraran». Trató a todos los cómplices de Avidio con indulgencia, incluso a varios senadores que habían apoyado activamente el intento de golpe de Estado. «Les imploro a ustedes, el Senado, que mi reinado no esté manchado por la sangre de ningún senador», apeló más tarde Marco a los que clamaban venganza. «Espero que eso nunca ocurra».

Su lema y su liderazgo eran simples y directos: «Haz lo correcto. Lo demás no importa». No hay mejor forma de expresar el núcleo del pensamiento estoico y su aplicación práctica: «No pierdas más tiempo hablando sobre cómo ser un hombre bueno. Llévalo a la práctica».

Al estudiar la vida de Marco Aurelio uno puede apreciar que era una persona distinta, que estaba hecha de un material especial que le permitía tomar decisiones fácilmente en situaciones complicadas. La percepción general del estoicismo fomenta este tipo de punto de vista: de alguna manera los estoicos estaban más allá del dolor, de los deseos materiales y de los deseos corporales.

Pero Maro Aurelio no estaría de acuerdo con esta explicación, porque eso significaba quitarle valor al entrenamiento y las dificultades que tuvo que superar para llegar a ser mejor persona. «Fue el único emperador», escribió el historiador Herodiano sobre Marco Aurelio, «que demostró lo que había aprendido, no solo con las palabras o el conocimiento de las doctrinas filosóficas, sino por su carácter intachable y su forma de vida moderada».

Pero en el fondo, detrás de su carácter y su educación, seguía siendo un ser humano.

Sabemos que Marco Aurelio lloraba como cualquier persona, y padecía el mismo dolor que todo el mundo ante las pérdidas o las frustraciones. La *Historia augusta* nos cuenta de forma bastante vívida que Marco lloró cuando le dijeron que su tutor preferido había fallecido. Sabemos que también lloró en el tribunal, cuando supervisaba un caso y el abogado mencionó las innumerables almas que habían perecido en la peste que aún asolaba Roma.

Y podemos imaginar a Marco llorando en otras muchas ocasiones. Era un hombre que sufrió la traición de uno de sus generales de mayor confianza. Era un hombre que perdió a su mujer, que solo tenía treintaicinco años. Era un hombre que perdió a *ocho* hijos: todos los varones, excepto uno.

Pero Marco Aurelio no lloraba porque fuese débil. No lo hacía porque no fuese un verdadero estoico. Lloraba porque esas dolorosas experiencias le infligían daño. «Ni la filosofía ni el imperio», dijo cariñosamente Antonino mientras dejaba sollozar a su hijastro, «quitan los sentimientos naturales».

Así que Marco Aurelio seguramente perdió los nervios en alguna ocasión; de lo contrario, nunca habría tenido motivos para escribir en sus *Meditaciones* —que nunca tuvo la intención de publicar— lo importante que era mantener la calma. Sabemos que deseaba, sabemos que temía, sabemos que fantaseaba con la desaparición de sus rivales.

No se trataba de trabajar *todas* las emociones, sino de domesticar las más dañinas, las que podían traicionar sus principios. «Empieza a pensar así y no encontrarás una forma de evitar dormir con otra mujer, sino una manera de dejar de desearlo; tampoco encontrarás una forma de deshacerte de tus enemigos, sino una manera de dejar de intentarlo. Así mismo, no descubrirás una forma de salvar a tu hijo, sino una manera de perder ese miedo»,[4] escribió para sí mismo.

Cuando la esposa de George Marshall, otro gran hombre, describió a su marido, logró reproducir aquello que hacía a Marco Aurelio tan verdaderamente impresionante:

> En muchos de los artículos y entrevistas que he leído sobre el general Marshall, los escritores hablan de su carácter reservado y modesto… No, no creo que pueda decir que mi marido sea reservado o modesto. Creo que es muy consciente de sus poderes, pero también creo que ese conocimiento está regido por una humildad y una abnegación como he visto en pocos hombres fuertes.

Si Marco Aurelio hubiese nacido perfecto, no tendría mucho mérito. Pero el hecho de que no lo fuera es lo realmente valioso. Él trabajó para encontrar su camino, como todos tenemos la oportunidad de hacer.

Hay que tener en cuenta que Marco Aurelio no pretendía que su ejemplo nos avergonzara. Simplemente, quería recordarnos nuestras posibilidades. «Reconoce que, si algo es posible para un hombre, también está a tu alcance».

Marco Aurelio logró que el poder no lo corrompiera, logró vencer al miedo cuando se enfrentó a una terrible epidemia, logró calmar su ánimo cuando lo traicionaron y evitó descalabrarse cuando sufrió alguna tragedia personal. ¿Qué significa eso? Significa que *tú también puedes actuar del mismo modo*.

Uno de los pilares de la firmeza de Marco Aurelio como filósofo y soberano podemos encontrarlo en un ejercicio bastante simple que seguramente leyó en los textos de Séneca y, luego, en los de Epicteto: la autoevaluación matutina o nocturna. «Cada día y cada noche no dejes de reflexionar sobre este tipo de pensamientos. Escríbelos, léelos en voz alta, habla sobre ellos con los demás y contigo mismo».

Mucho de lo que sabemos sobre el pensamiento filosófico de Marco Aurelio es el resultado de seguir este consejo durante años. Escribía constantemente recordatorios y aforismos estoicos para sí mismo. En realidad, su única obra conocida, las *Meditaciones*, está llena de citas de Crisipo, referencias a los temas de Panecio y Zenón, historias sobre Sócrates, poemas de Aristófanes, ejercicios de Epicteto, y de interpretaciones genuinas de la sabiduría estoica. El título de las *Meditaciones*, que data del año 167 d. C., es la traducción de *ta eis heauton*: «para uno mismo». Esto capta perfectamente la esencia del libro, ya que Marco realmente estaba escribiendo para sí mismo, como puede observar cualquiera que lea su obra.

De qué otra forma, si no, podemos entender las notas que carecen de explicación —como «la forma en que [Antonino Pío] aceptó la disculpa del agente de aduanas en Tusculum»— o de contexto —como cuando habla de los

momentos de intervención divina y solo escribe «la de Caiteta»—. Sin duda, eran apuntes demasiado insignificantes como para registrarlos en la historia, pero que influyeron en el autor, en el hombre, como para recordarlos décadas más tarde.

Meditaciones no es una obra para los lectores. Es una obra para el propio autor.

Y esa es una de las razones por la que es un texto magnífico, una de las grandes hazañas literarias de todos los tiempos. De alguna manera, al escribir exclusivamente para sí mismo, Marco Aurelio se las arregló para escribir un libro que no solo ha sobrevivido durante siglos, sino que, además, sigue enseñando y ayudando a la gente en la actualidad. Como observó el filósofo Brand Blanshard en 1984:

> Actualmente, a muy poca gente le interesan las estrategias de guerra de los comandantes romanos. Lo que ha permanecido vigente durante siglos es un cuaderno de pensamientos, escrito en la penumbra del anochecer, de un hombre cuya vida real se desconocía en su mayor parte. No sobreviven los sucesos importantes del día o los planes futuros, sino algo de un interés mucho más permanente: los ideales y las aspiraciones de un espíritu poco común.

Las primeras páginas de las *Meditaciones* exponen con claridad ese espíritu, pues el libro comienza con una sección titulada «Deudas y lecciones». A lo largo de diecisiete puntos y unas 2.100 palabras (un diez por ciento del libro), Marco Aurelio se dedica a identificar y ordenar las lecciones que ha aprendido de las personas más importantes de su vida. En la intimidad de estas páginas, agradece la cortesía y la serenidad de su abuelo; la humilde hombría de su padre; la piedad y la generosidad de su madre; la ética de trabajo que le enseñó su tutor; y la buena fortuna que le otorgaron los dioses por rodearlo de gente buena. Incluso le agradece directamente a Rústico que le enseñara «a no escribir tratados sobre cuestiones abstractas, dar pequeños sermones moralizantes o componer descripciones imaginarias de *la vida sencilla* o *el hombre que vive solo para los demás»*.

¿Por qué escribía estos agradecimientos si la obra nunca iba a publicarse? ¿Por qué molestarse si la gente nunca sabría a ciencia cierta cuánto significaban para él estas personas? El propio Marco Aurelio responde esa pregunta:

> Siempre que quieras alegrarte, piensa en los méritos de los que viven contigo; por ejemplo, la energía en el trabajo de uno, la discreción de otro, la liberalidad de un tercero y cualquier otra cualidad de otro. Porque nada es tan alentador como cuando las virtudes se encarnan visiblemente en las personas

que nos rodean, cuando estamos prácticamente empapados en ellas. Por esta razón deben tenerse siempre a mano.

Para eso incluyó Marco tales agradecimientos, para encontrar el verdadero propósito del estoicismo: mejorar y prepararse para lo que le deparaba el destino. En el segundo libro, Marco abre el texto advirtiendo que las personas que conocerá durante el día siguiente tal vez sean hoscas, groseras, egoístas y estúpidas. ¿Acaso lo decía para evitar comportarse correctamente? ¿O para justificar su desesperación? En absoluto. «Nadie puede obligarme a comportarme mal», escribió. Los demás no podían herirlo o irritarlo. Tenía que amar a la gente... Tenía que estar preparado… y actuar correctamente.

De hecho, uno de los temas más comunes en los escritos de Marco Aurelio era su firme compromiso de servir a los demás: esa idea de la *sympatheia* y el deber de actuar por el bien común que propuso Zenón y que, más adelante, defendieron Crisipo y Posidonio. En las *Meditaciones*, la expresión «bien común» aparece en más de ochenta ocasiones. No era una repetición insólita de un filósofo estoico; pero, si tenemos en cuenta que casi todos sus predecesores antepusieron los intereses de Estado, sin duda, es sorprendente. Sin embargo, tenemos a Marco escribiendo que «siempre que tengas problemas para levantarte por la mañana, recuérdate que la naturaleza te ha creado con el propósito de trabajar con los demás».

Seguramente, tuvo que recordárselo con frecuencia, como todos debemos hacer, porque es realmente muy fácil olvidarlo.

Marco Aurelio también utilizaba ese diario personal para mantener su ego bajo control. La fama, escribió, es fugaz y vacía. Las alabanzas y los aplausos apenas son el ruido de la lengua y el golpeteo de manos. ¿De qué sirve la fama cuando uno está muerto? De todas formas, ¿acaso en el futuro la gente será tan molesta e intolerante como en el presente?

«Las palabras, antaño familiares, ahora son locuciones caducas», escribió. «Lo mismo ocurre con los nombres de las personas que también fueron famosas en otro tiempo: Camilo, Cesón, Voleso, Leonato… Escipión y Catón… Augusto… Adriano y Antonino y… Todo se extingue y poco después se convierte en legendario». Marco nos recuerda que Alejandro Magno y su mulero también murieron y ambos acabaron enterrados en el mismo frío suelo. ¿Qué utilidad tienen la fama y los éxitos? Sin duda, no se pueden comparar con el carácter.

En Aquincum, un campamento romano ubicado cerca de la actual Budapest, donde Marco Aurelio visitó a la Segunda Legión, y se especula que escribió una parte de las *Meditaciones*, los arqueólogos han descubierto una enorme estatua de piedra caliza de un emperador que lleva una toga. A primera vista parece que la cabeza está rota. Pero un repaso más detallado revela que la cabeza estaba diseñada para poder ser reemplazada. La estatua formaba parte de un santuario para honrar a los emperadores, y querían poder cambiar la cabeza cada vez que uno nuevo subiera al trono.

Saber que solo era un sustituto ayudó a Marco Aurelio a evitar que la fama se le subiera a la cabeza. Levantó muy pocos monumentos en su honor. No le importaban las críticas. Y nunca abusó de su poder.

Una vez, Adriano se enfadó de tal manera que apuñaló a un secretario en el ojo con un estilete. Por supuesto, no hubo consecuencias. Marco Aurelio podría haber aprovechado esa misma impunidad absoluta para comportarse como quisiera. Pero, en lugar de ello, siempre mantuvo su temperamento bajo control y se negó a maltratar a la gente que tenía a su alrededor. «No hay que irritarse con las cosas», escribió citando una frase de una obra perdida de Eurípides, «pues a ellas nada les importa».

No podemos decir que, a pesar de su dignidad y aplomo, Marco Aurelio fuera un gobernante perfecto. Ningún líder lo es. De todas formas, tampoco era ese su propósito.

Debemos reprocharle las persecuciones que sufrieron los cristianos bajo su reinado, una mancha tanto para él como para Rústico. Pero incluso así, Tertuliano, un antiguo escritor cristiano que vivió durante los últimos años de su mandato, lo consideró como un protector de los cristianos. A pesar de que hizo pequeñas mejoras en las condiciones de vida de los esclavos, como todos los estoicos, fue incapaz de cuestionarse la legalidad de su existencia. A pesar de que aseguraba que era «ciudadano del mundo» y creía en la unidad de todos los habitantes del planeta, consideraba que grandes franjas de la población mundial eran «bárbaros», y luchó y asesinó a muchos de ellos. Y, por supuesto, como sucesor, finalmente eligió —o se vio obligado a elegir, como Augusto con su único heredero varón— a su hijo Cómodo, que resultó ser un hombre vicioso y perturbado.[5]

No es justo comparar a Marco con sus propios escritos o los inasequibles estándares de su filosofía. En lugar de eso, deberíamos compararlo con otros hombres —y mujeres— que ostentaron un poder supremo, como hizo Dion Casio

cuando observó que «[Marco Aurelio] gobernaba mejor que cualquier otro que hubiera estado en una posición de poder».

Lo más común es que los hombres sensibles y reflexivos como Marco Aurelio no se conviertan en buenos líderes. Para ser un soberano o un ejecutivo debes poder enfrentarte a la mezquindad del mundo, y a los defectos y debilidades de la humanidad. La razón por la que ha habido tan pocos reyes filósofos no es solo la falta de oportunidades, es que los filósofos a menudo no están a la altura de lo que exige esa responsabilidad. Marco Aurelio cumplió con las expectativas que requería ese trabajo. «No tengas esperanza en la República de Platón», se recordaba a sí mismo. En su lugar, tuvo que aceptar la realidad tal cual era.

Tuvo que conformarse con lo que tenía. A pesar de ser un idealista y un amante de las ideas, Marco Aurelio, como Abraham Lincoln, también era sorprendentemente pragmático: «Amargo es el pepino», se decía de forma retórica, «Tíralo. Hay zarzas en el camino. Desvíate. Eso es todo lo que necesitas». Nada expresa mejor su estilo de liderazgo y su visión del progreso que esta cita:

> Debes construir tu vida, acción por acción, y estar contento si cada una logra su objetivo en la medida de lo posible, y nadie puede impedirte esto. ¿Pero habrá algún obstáculo externo? Es posible, pero ningún obstáculo te impedirá actuar con justicia, templanza y sabiduría.
>
> Pero ¿qué ocurre si otra área de mis acciones está limitada?
>
> Pues bien, acepta de buen grado el obstáculo por lo que es y cambia tu atención a lo que tienes, y otra acción que se adapte mejor a la vida que estás construyendo ocupará inmediatamente su lugar.

Al parecer, esta era su forma de entender el trabajo de los políticos que colaboraban con él. En lugar de esperar de ellos la perfección o que cumplieran las expectativas que tenía puestas en ellos, por mucho talento o liderazgo natural que tuvieran, se centraba en sus fortalezas y era tolerante con sus debilidades. De nuevo, como Abraham Lincoln, Marco no temía que le llevaran la contraria, e intentaba aprovechar los puntos de acuerdo y los objetivos comunes de la mejor forma. «Siempre que una persona hacía algo bueno», escribe Dion Casio, Marco «lo alababa y lo utilizaba para el servicio en el que se destacaba. Sin embargo, a sus otras conductas no les prestaba demasiada atención, pues decía que es imposible crear los hombres que uno desea tener. Por eso es conveniente emplear a los hombres que uno tiene a su disposición para el servicio que cada uno de ellos pueda prestar al Estado».

Ernest Renan, un biógrafo de Marco Aurelio del siglo XIX, lo expresa a la perfección: «Las consecuencias de una política austera podrían haber implicado rigidez y severidad. Pero ahí era donde la extraña bondad de la naturaleza de Marco Aurelio brillaba con todo su esplendor. Limitaba la severidad a su propio comportamiento».

Musonio Rufo, cuarenta años antes de que naciera Marco, había sido abordado por un rey sirio al que le aconsejó:

> No creas que a cualquier otro le conviene más la filosofía que a ti, precisamente, porque eres rey. Sin duda, es preciso que el rey sea salvador y bienhechor de los hombres; y el que el salvador y el bienhechor ha de saber qué es bueno para el hombre y qué es malo, qué es beneficioso y qué es perjudicial, y qué es conveniente y qué inconveniente. Porque es evidente que los que se alían con el mal salen perjudicados, mientras que los que se adhieren al bien gozan de protección, y los que se consideran dignos de ayuda y beneficios disfrutan de beneficios, mientras que aquellos que se involucran en cosas desventajosas y dañinas sufren el castigo.

¿Podía Musonio imaginar que un día su visión podría encarnarse en un hombre después de ser perseguido y castigado por cinco emperadores consecutivamente? ¿Qué todo aquello de lo que habían hablado los estoicos y que tanto deseaban se haría realidad de forma tan bella y fugaz? Musonio había dicho que solo un hombre bueno podía ser un buen rey, y Marco, que había leído a Musonio, hizo cuanto estuvo en su mano para cumplir con ese mandato.

¿Podría Epicteto haber imaginado que sus enseñanzas llegarían a un emperador que, como Marco Aurelio, intentaría mejorar realmente la situación de los esclavos en Roma? Marco Aurelio, junto a su padrastro, Antonino, protegió los derechos de los esclavos liberados e incluso hizo posible que heredaran los bienes de sus amos. Nos cuentan que Marco Aurelio prohibió la pena capital para los esclavos y que convirtió en delito el trato excesivamente cruel hacia ellos. ¿Fue la historia de la pierna rota de Epicteto lo que le impulsó a hacerlo? ¿Fue la justicia estoica la que le forzó a preocuparse por los menos afortunados? Si bien es decepcionante que Marco no lograra abolir la esclavitud, sigue siendo impresionante cada vez que alguien es capaz de ver más allá de los valores de su tiempo y hacer, aunque sea paulatinamente, que el mundo sea mejor para sus semejantes.

Sin duda este tipo de decisiones no fueron sencillas; al contrario, fueron polémicas. No obstante, las tomó, como debe hacer un estoico. Olvida las protestas. Olvida las críticas y pullas de los críticos. Olvida el esfuerzo que exige promulgar algo nuevo o pionero. Haz lo que es correcto.

Pase lo que pase.

En retrospectiva, es evidente que Marco Aurelio utilizó las páginas de su diario para calmar su ánimo, para tranquilizar su bulliciosa mente, para alcanza la *apatheia* (la ausencia de las pasiones). La palabra *galene* (calma o quietud) aparece ocho veces en sus escritos. Hay metáforas sobre los ríos y el océano, las estrellas, y bellas observaciones sobre la naturaleza. El proceso de sentarse, con un estilete, tinta y una tablilla de cera o papiro, era profundamente terapéutico para él. Le habría gustado pasar todo su tiempo filosofando, pero no podía ser. Así que, los pocos minutos que dedicaba a esta labor en su tienda durante una campaña, o incluso en su asiento en el Coliseo mientras los gladiadores luchaban en la arena, los saboreaba como si fueran su única oportunidad para reflexionar.

También utilizaba sus escritos para prepararse contra los golpes que el destino parecía asestarle tan frecuentemente. «La vida es una guerra y una estancia en una tierra extraña», escribió. Y era literalmente cierto. Pasó unos doce años de su vida en la frontera norte del imperio, a lo largo del Danubio, luchando en largas y brutales guerras. Dion Casio describe la escena de Marco regresando a casa tras un largo viaje. Mientras se dirigía a la muchedumbre hizo referencia al tiempo que se había visto obligado a pasar fuera de su hogar: «Ocho», clamaba el pueblo con cariño. «Ocho», respondió él al tiempo que levantaba cuatro dedos de ambas manos. Había estado fuera *ocho largos años*. La magnitud de esa cifra lo impactó en ese momento, así como también la adoración de la multitud, aunque siempre se repetía lo inútil que era eso. Y, como muestra de agradecimiento, ofreció ochocientos sestercios a cada uno de los asistentes, el mayor regalo que nunca hizo al pueblo un emperador. Pero no solo hizo eso. A su regreso también perdonó innumerables deudas con el tesoro privado y quemó los documentos para que nunca pudieran reclamarse.

Marco Aurelio mantenía un estilo de vida humilde, pero nunca nadie podría achacarle que no fuera generoso con los demás. De hecho, su política se adhería perfectamente a los principios que anotó en su diario: «Sé tolerante con los demás y estricto contigo mismo».

¡Qué agotador ser tan autodisciplinado! Y, sin embargo, no aparece ninguna queja en las *Meditaciones*, ni lamentos privados ni excusas. Cuando Marco soñaba con escapar de sus obligaciones pensaba en la playa o las montañas o en el

tiempo que pasaría en sus bibliotecas con sus queridos libros. Se recordaba a sí mismo que no necesitaba vacaciones para reponer fuerzas. No necesitaba viajar para relajarse. «En ninguna parte un hombre se retira con mayor tranquilidad y más calma que en su propia alma», escribió. «Regálate a menudo este retiro y renuévate».

Como hemos dicho, los primeros años de Marco estuvieron marcados por las pérdidas. Así ocurrió también en los últimos. Recibió un golpe tras otro. En el año 149 d. C. perdió a sus gemelos recién nacidos. En el 151 d. C. perdió a su primogénita, Domicia Faustina. En el 152 d. C., a otro de sus hijos, Tito Elio Antonino. Y ese mismo año, también falleció su hermana, Cornificia. Poco después, le siguió la madre de Marco, Domicia Lucila. Y en el año 158 d. C., otro hijo cuyo nombre no se conoce también sucumbió a la muerte. En el 161 perdió a su padre adoptivo, Antonino Pío, y otro hijo, Tito Aurelio Fulvo Antonino, el hermano gemelo de Cómodo. En el año 169 d. C. perdió a su hijo Vero, un dulce muchacho, en una cirugía rutinaria. Marco esperaba que este gobernara junto a su hermano Cómodo, del mismo modo que él había hecho con su hermano adoptivo. Ese mismo año precisamente perdió a su hermano adoptivo, Lucio Vero; y finalmente, no mucho después, perdió a su mujer, que solo contaba con treinta y cinco años.

Cinco hijos y tres de sus hijas murieron antes que él. Ningún padre debería sobrevivir a sus hijos. ¿Pero ser testigo de la muerte de ocho hijos? ¿Tan jóvenes? Es inconcebible. La palabra «injusto» ni siquiera es adecuada. Fue absurdo.

¿No sería muy sencillo que esto destrozara a una persona? ¿Acaso estas tragedias no pueden hacer que una persona renuncie a sus creencias, para odiar un mundo que puede ser tan cruel? Sin embargo, de alguna forma, después de todos estos giros del destino, Marco Aurelio escribió una nota que captura la esencia del liderazgo y la increíble resistencia del espíritu humano:

> «¡Desdichado de mí, porque me pasó eso!»
>
> Pero no, al contrario: «Soy afortunado, porque, a causa de lo que me ha ocurrido, persisto hasta el final sin aflicción, ni abrumado por el presente ni asustado por el futuro». Porque algo semejante puede pasarle a todo el mundo, pero no todo el mundo puede seguir adelante, sin aflicción, después de eso.

Marco siempre tomó como ejemplo a Antonino, su padre adoptivo. Especialmente, se fijaba en «su forma de manejar las comodidades materiales que la fortuna le había proporcionado en abundancia, sin arrogancia ni remordimientos. Si estaban allí, se aprovechaba de ellas. Si no, no las echaba de

menos». «Recibir sin orgullo», escribiría más adelante en las *Meditaciones* sobre los altibajos, las bendiciones y las maldiciones de la vida, «y desprenderse sin apego».

¿Acaso hay una mejor manera de expresar esa idea de los indiferentes preferidos sobre los que Zenón, Cleantes, Crisipo y Aristón habían hablado tanto tiempo atrás?

No hay otro tema que aparezca de forma más recurrente en los escritos de Marco Aurelio que el de la muerte. Quizás fueron sus propios problemas de salud los que le hicieron ser tan consciente de su propia mortalidad, pero no fue el único catalizador. En su libro *Piensa como un emperador romano*, Donald Robertson nos cuenta que los romanos creían que quemar incienso podía proteger a una familia de las enfermedades. Puesto que Marco Aurelio no huyó de Roma durante la peste, al contrario que muchos otros ciudadanos ricos, experimentó de primera mano ese olor irreal que era una mezcla entre la putrefacción de los cadáveres y el dulce aroma del incienso. Como escribe Robertson: «Durante más de una década, para Marco Aurelio, el olor del incienso fue un recordatorio de que vivía bajo la sombra de la muerte y de que la supervivencia de un día para otro nunca podía darse por sentada».

Sus escritos reflejan esta visión, una y otra vez. «Piensa como un hombre que está muerto», escribe. «Ya has vivido tu vida. Ahora toma lo que te queda y vívelo como es debido». En otra página dice: «Con la convicción de que puedes salir ya de la vida, actúa, habla y piensa todas y cada una de las cosas en consonancia con esta idea». Las dos últimas entradas de las *Meditaciones*, que bien podrían haber sido escritas mientras estaba moribundo, retoman el tema. «¿Qué importa si vives más o menos tiempo?», se pregunta. El telón cae sobre todos los actores. «¡Mas no he representado los cinco actos, sino solo tres!», dice, encarnando esa parte de todos nosotros que tiene miedo a la muerte:

> Sí, tienes razón. Pero en la vida los tres actos son un drama completo. Es la longitud que ha fijado el poder que dirigió tu creación, y ahora dirige tu disolución. Ninguna de las dos cosas era tuya para determinarlas. Vete, pues, con ánimo propicio, porque el que te libera también te es propicio.

Hacerlo de ese modo sería la prueba final de este rey filósofo, como lo fue para cada uno de los estoicos y lo es para todos los seres humanos. Todos morimos, eso no podemos controlarlo, pero sí que podemos influir en cómo afrontar esa muerte, en el valor, la valentía, el aplomo y la compasión que le brindamos.

Nos cuentan que Marco Aurelio estaba muy enfermo cuando se le acercaba el final. Estaba muy lejos de casa, en los campos de batalla de Germania, cerca de la actual Viena. Preocupado por expandir el imperio que heredaría su hijo, y también por evitar cualquier complicación en la sucesión, Marco se despidió entre lágrimas y lo envió a prepararse para gobernar. Incluso cuando estaba cerca de la muerte, seguía enseñando, seguía intentando ejercer de filósofo, sobre todo para sus amigos, que estaban desconsolados. «¿Por qué lloráis por mí en lugar de pensar en la peste y en la muerte que es la suerte común de todos nosotros?», les preguntó Marco. Luego, con la dignidad de un hombre que había practicado muchas veces para este momento, dijo: «Si ahora me concedéis permiso para irme, me despido de vosotros y me voy antes».

Sobreviviría un día más o menos. Tal vez fue en estos últimos momentos, con el cuerpo maltrecho, pero con la voluntad intacta, cuando escribió las últimas palabras que aparecen en sus *Meditaciones*, un recordatorio para mantenerse fiel a su filosofía:

Vete, pues, con ánimo propicio, porque el que te libera también te es propicio.

Finalmente, el 17 de marzo de 180 d. C., a la edad de cincuenta y ocho años, se dirigió a su tribuno y le dijo: «Ve al sol naciente, porque yo ya me estoy poniendo». Luego se cubrió la cabeza para dormirse y nunca más se despertó.

Roma —y nosotros, sus descendientes— nunca volvería a ver semejante grandeza.

---

1 Gregory Hays, uno de los mejores traductores de Marco Aurelio, escribe: «Si tuviera que identificarse con una escuela en particular, [el estoicismo] sería seguramente la que habría elegido. Sin embargo, sospecho que, si le preguntaran qué era lo que estudiaba, su respuesta no habría sido el «estoicismo», sino simplemente «filosofía».

2 Marco Aurelio, *Meditaciones*, VI (Gredos, Biblioteca Clásica, 2014).

3 Lucio era el hijo de un heredero anterior elegido por Adriano que murió antes de poder suceder al emperador.

4 Cuando las circunstancias lo superaban, Marco solía acudir a este consejo: «Siempre que las circunstancias te confundan, retorna a ti mismo rápidamente y no te desvíes fuera de tu ritmo más de lo necesario. Pues serás bastante más dueño de la armonía gracias a tu continuo regreso a la misma».

5 No hay espacio aquí para discutir la complicada y decepcionante vida de Cómodo, pero quien haya visto la película *Gladiador* puede hacerse una imagen sorprendentemente precisa del personaje. ¿Por qué Cómodo era como era? Nadie puede decirlo, pero, además de la responsabilidad de Marco Aurelio y Faustina, la pérdida de tantos hermanos y hermanas puede explicar algo de su comportamiento.

CONCLUSIÓN

Un siglo antes de Zenón, en lo que se conoce hoy en día como el «Discurso fúnebre de Pericles», el gran hombre de Estado ateniense lamentaba la pérdida de cientos de miles de valientes compatriotas. Mientras se esforzaba por encontrar las palabras que expresasen el sacrificio y el heroísmo de sus conciudadanos, también recordaba a los afligidos atenienses que la gloria de los caídos no se hallaba en sus logros o en los monumentos que se alzarían en su honor, sino en el legado de lo que habían hecho por su país. Era su recuerdo, lo que habían inspirado, lo que prevalecería «grabado en el espíritu de cada hombre». Siglos después, Jackie Robinson expresaría esta idea de un modo todavía más conciso. «Una vida no es importante», reza su tumba, «excepto por el impacto que tiene en otras vidas».

Así ocurre en el caso de los estoicos cuyas vidas acabamos de describir. Son hombres y mujeres que no solo continúan influyendo hoy en día, sino que modificaron las vidas de los otros hombres y mujeres de los que hemos hablado en este libro.

Zenón, cuyo naufragio lo llevó a estudiar filosofía, y de ese modo creó una escuela que sigue en pie casi dos mil quinientos años después…

Cleantes, que con su duro trabajo y su sacrificio prácticamente financió los estudios de Zenón…

Crisipo, que perfeccionó y clasificó gran parte de las primeras teorías estoicas…

Catón, cuyo martirio no salvó a la República de Roma, pero inspiró a Séneca, a Trásea y a Agripino cuando se enfrentaron a su propia muerte, y más tarde inspiró profundamente a los revolucionarios americanos para crear su propia república…

Porcia, que alentó a su marido a enfrentarse a la tiranía…

Rústico, que le regaló una copia de un ejemplar de Epicteto a Marco Aurelio…

Musonio Rufo, que en primer lugar fue el maestro de Epicteto…

Epicteto, cuya visión del mundo proporcionaría a Toussaint Louverture y James Stockdale la fuerza que necesitaban en sus húmedas celdas.

En algunos casos, sus enseñanzas se plasmaron en sus escritos, pero la mayoría de las veces, su obra vital tuvo más influencia. Es decir, cómo *vivieron* y qué *hicieron*.

Los estoicos habían aprendido esto de Sócrates. Plutarco, que es la principal fuente de la mayor parte del material de este libro, se dio cuenta de que «Sócrates no tenía pupitres para sus alumnos, ni se sentaba en una silla de profesor, ni establecía una hora para impartir clases o pasear con sus alumnos». Más bien, al contrario. Según Plutarco, «filosofaba mientras se relajaba, mientras bebía, mientras participaba en campañas militares, mientras merodeaba por el mercado con algunos de sus estudiantes o, incluso, cuando estaba preso o bebía cicuta. Fue el primero en demostrar que nuestras vidas están abiertas a la filosofía en todo momento, en cada emoción, y en todas y cada una de las actividades que hacemos».

Es una hermosa idea.

No obstante, es mucho más hermoso el impacto que tuvo su ejemplo en Marco Aurelio, Zenón, Musonio Rufo, Trásea y Rutilio.

Los estoicos también participaban en las campañas militares. Pasaban tiempo en el mercado. Y, justa o injustamente, también fueron perseguidos o se vieron obligados a suicidarse. En ello demostraron que eran filósofos. Con este tipo de acciones y elecciones crearon su mejor obra... a veces, con su propia sangre.

«No existe otra situación tan adecuada para filosofar como aquella en la que ahora te encuentras», escribirá Marco Aurelio. Probablemente, se refería a su situación —la de emperador—, pero el significado de la frase puede interpretarse en cualquier situación o papel que desempeñes. El papel de padre o el de esposa. El papel de una persona que espera en una cola. El papel de una persona que acaba de recibir una mala noticia. El papel de una persona rica. El papel de un exiliado o una persona en quiebra. El papel de una persona esclava, literal o metafóricamente.

Todo esto es filosofía. Todo esto es por lo que uno elige ser estoico.

Cómo hacemos nuestro trabajo y cómo desempeñamos nuestro papel es lo único que importa. Epicteto, que antes de ser un filósofo fue precisamente un esclavo, decía a sus alumnos que salieran al mundo y «comieran, bebieran, se arreglaran, se casaran, tuvieran hijos, ocuparan cargos… Se abstuvieran de insultar,

soportaran al hermano insensato, al padre, al hijo, al vecino, al compañero de viaje. Que mostraran eso para que pudieran comprobar que de verdad habían aprendido algo de los filósofos».

Por lo común, los estoicos mostraron lo que habían aprendido de las enseñanzas de Zenón, de las quinientas líneas que escribía Crisipo cada día, de los cincuenta libros que escribió Cleantes, de las conferencias de Epicteto y de las meditaciones de Marco Aurelio. También mostraron lo que aprendieron del ejemplo de Catón, del coraje de Agripino, y de las advertencias de Séneca, Cicerón y Diótimo.

¿Muchos estoicos no estuvieron a la altura? Sin lugar a dudas. Sucumbieron a las tentaciones de la riqueza e hicieron negocios turbios mientras buscaban la fama. Perdieron los nervios. Mintieron. Asesinaron a sus rivales o miraron hacia otro lado cuando otro lo hacía. Guardaron silencio cuando debían haber alzado la voz. Aplicaron leyes que deberían haberse cuestionado. No siempre fueron felices; no siempre soportaron la adversidad con la dignidad que cabría esperar.

La historia de Roma es una historia de pasiones y ambiciones desmesuradas, una historia de poder y excesos; y, a menudo, de brutalidad. La mayoría de los líderes de Roma fueron monstruos, únicamente memorables por sus fechorías. A pesar de todos los defectos de los estoicos, su templanza y su bondad fueron un gran alivio para la mayoría de sus contemporáneos. «Cuán aburridamente iguales han sido todos los grandes tiranos y conquistadores», observó una vez el brillante C. S. Lewis, «y cuán gloriosamente diferentes han sido todos los santos».

Ninguno de los personajes de este libro logró estar siempre a la altura de virtudes tan elevadas como el coraje, la justicia, la templanza y la sabiduría. Sin embargo, en cada una de sus luchas y en cada uno de sus éxitos se las arreglaron para enseñarnos algo, demostrando, intencionadamente o no, por qué los principios en los que creían eran superiores a las decisiones que acabaron tomando.

Por encima de todo, el hecho de *intentarlo* es aquello que nos han enseñado los estoicos. Lo que realmente importa es qué podemos aprender *nosotros* de sus éxitos y sus fracasos en esta búsqueda que es la vida.

«Muéstrame a alguien enfermo y feliz», dijo Epicteto, «en peligro y feliz, moribundo y feliz, exiliado y feliz, deshonrado y feliz. Muéstrame. Dios mío, ¡cómo me gustaría ver a un estoico! Pero ya que no puedes mostrarme a alguien formado de manera tan perfecta, al menos muéstrame a alguien que de manera activa esté encaminado hacia ese propósito... ¡Muéstramelo!».

En última instancia, este es el mensaje de este libro, y lo que ha definido las historias que hemos contado y las figuras que hemos descrito.

Esperamos que estas páginas contribuyan a seguir la cadena de influencia ininterrumpida que han supuesto las vidas de estos estoicos, una influencia que sigue activa hasta la actualidad. De hecho, una de las decisiones más difíciles que se tomaron para elaborar este libro fue la de no incluir los perfiles de los llamados «estoicos modernos», que siguen luchando, practicando y actuando según los principios estoicos.

Ya sea por Arianna Huffington, titán de los medios de comunicación, que lleva siempre en su bolso una nota plastificada con una cita de Marco Aurelio, o por el general James Mattis, que ha llevado consigo durante décadas las *Meditaciones* de Marco Aurelio a las campañas militares, el estoicismo sigue vivo y saludable en el mundo moderno con el mismo esplendor, la misma fuerza y la misma humanidad. También hay escritores como Tim Ferris que han contribuido a popularizar el estoicismo entre millones de personas; y Laura Kennedy, que publica su reflexiva columna «Coping» en *The Irish Times*; o Donald Robertson, que está especializado en el tratamiento de la ansiedad y el uso de la terapia cognitivo-conductual (TCC).

Crisipo fue un atleta de élite y un estoico, mientras que hoy en día el estoicismo es una práctica habitual para las estrellas de la NFL, la NBA, la MLB, la Copa Mundial de rugby y el fútbol. Michele Tafoya del *Sunday Night Football* es una activa estudiante de esta filosofía, algo que haría sonreír a Musonio Rufo. En la pared de la sede de club de los Pittsburg Pirates está colgada una cita de Epicteto: «No son las cosas las que nos decepcionan. Si no nuestro juicio sobre las cosas». Zenón, Séneca, Catón y Cicerón fueron estoicos que gestionaron enormes fortunas y grandes aventuras empresariales, como lo hacen hoy en día en Silicon Valley emprendedores como Kevin Rose y billonarios de Wall Street como Thomas Kaplan, quienes mantienen sus propias prácticas estoicas a la par que sus negocios. Ahora mismo, en Washington, D. C., hay senadores que se reúnen cada mañana en el edificio del Capitolio y hablan sobre estoicismo, tal y como hicieron sus homólogos en Roma hace miles de años o los padres fundadores en 1776. Ojalá que el espíritu de Helvidio Prisco siga cultivándose en ese despacho.

Como ocurría en el mundo antiguo, en la actualidad también existen innumerables estoicos con profesiones menos glamurosas que también se enfrentan a pruebas y adversidades que pueden superar gracias a la sabiduría que estos filósofos. Son padres. Ciudadanos. Profesores. Mortales con los mismos deseos, miedos, esperanzas y sueños que cualquier otro ser humano que haya existido.

Como tú, como Séneca, como Epicteto, como Posidonio, tratan de hacerlo lo mejor que pueden. Tratan de ser la mejor versión de sí mismos. Leen y practican, lo intentan y fracasan, se levantan y lo vuelven a intentar.

Como debemos hacer todos.

Y al final, inevitablemente, ellos —como todos los estoicos de este libro— llegarán tarde o temprano al final de sus vidas. Todos morimos, decían los estoicos, pero pocos vivimos realmente. Demasiados morimos antes de tiempo, viviendo —sin darnos cuenta— el tipo de vida que Séneca describió y que no era muy distinto que la muerte.

La ironía de este libro es que, a pesar de que trata sobre la vida de los estoicos, en muchos casos, el acto más interesante y significativo de las vidas de estos hombres y mujeres fue su muerte.

Para los estoicos, la vida es una preparación para la muerte. Como dijo Cicerón, filosofar es aprender a morir. Séneca, incluso en el cénit de sus capacidades, estaba preparándose para el fin de su vida. Tal como hizo Catón. Y Trásea. Y Zenón. Así es cómo lograron —en ese terrorífico o triste momento— armarse de coraje y dignidad, de ingenio y compasión.

Tanto si un estoico murió en manos de un tirano como si lo hizo por reírse demasiado de un chiste —como le sucedió a Crisipo— nos estaban aportando una enseñanza, estaban poniendo en práctica aquello que habían estado estudiando durante tanto tiempo en el más importante de los escenarios.

En cierto modo, esta es una lección apropiada para concluir. Muchos de los estoicos no estuvieron a la altura de su filosofía de vida, pero no hay ningún estoico en estas páginas que no muriese en paz.

Excepto Cicerón, que al final flaqueó, cedió y huyó. Y hay que decir —sin petulancia alguna, sino de una forma convincente— que fue un amante del estoicismo que no logró comprometerse realmente. Recetó la medicina, pero se negó a tomarla.

Como escribió Epicteto: «¿Es posible no cometer errores? De ningún modo, pero es posible ser una persona que se esfuerza por evitarlos».

Eso es el estoicismo. Esforzarse. Entrenar. Para ser mejor. Para mejorar. Para evitar otro error. Para dar un paso más hacia ese ideal. No hacia la perfección, sino hacia el progreso. En eso consistieron cada una de estas *vidas*.

La única pregunta que permanece entre nosotros, los herederos vivos de esta tradición, es: ¿Estamos haciendo ese trabajo?

CRONOLOGÍA DE LOS ESTOICOS Y DEL MUNDO GRECORROMANO

La **negrita** indica o bien filósofos que influyeron en los estoicos posteriores o bien una persona, un lugar o un evento relacionado con el estoicismo.

ANTES DE CRISTO

535-475 Vida de Heráclito de Éfeso (influyó en todos los primeros estoicos)

490 Primera invasión persa de Grecia y batalla de Maratón

470 Nacimiento de Sócrates fuera de las murallas de Atenas

450-440 Finalización de la Stoa Poikilē, el famoso «pórtico pintado» o Estoa del *ágora* ateniense

430 Nacimiento de Jenofonte de Atenas, alumno de Sócrates

412 Nacimiento de Diógenes de Sinope, fundador con Antístenes y Crates de Tebas de la escuela cínica

399 Juicio y ejecución de Sócrates en Atenas

387 Platón funda la Academia en Atenas

384 Nacimiento de Aristóteles en Estagira, Calcídica

382 Nacimiento de Antígono «el Tuerto» en Elimia, Macedonia

371 Nacimiento de Teofrasto, sucesor de Aristóteles, en Ereso, Lesbos

365 Nacimiento de Crates de Tebas, alumno cínico de Diógenes de Sinope

360 Nacimiento de Estilpón de Mégara

356 Nacimiento de Alejandro Magno en Pella, Macedonia

354 Muerte de Jenofonte, cuyo libro sobre Sócrates llevaría a Zenón a la filosofía

347 Aristóteles funda la primera escuela en Asís

343 Aristóteles es nombrado tutor del joven Alejandro Magno

336 Asesinato de Filipo II de Macedonia; Alejandro es su sucesor

335 Aristóteles funda el Liceo de Atenas

334 Nacimiento de Zenón de Citio, fundador de la Estoa

333 Alejandro libera a Chipre del dominio persa

330 Nacimiento de Cleantes, escolarca de la Estoa, en Asís

323 Muerte de Alejandro e inicio de las guerras de sucesión Muerte de Diógenes de Sinope en Corinto

323-322 Aristóteles parte de Atenas hacia Calcis, Eubea, donde muere en el 322; Teofrasto le sucede al frente del Liceo

312 **Zenón llega a Atenas tras un naufragio (según Perseo, «a la edad de veintidós años»)**

Ptolomeo I asesina al último rey de Citio, Poumyathon

306 Epicuro funda su escuela en Atenas

Demetrio «el Asediador de ciudades» conquista Chipre a Ptolomeo I, y proclama rey a su padre, Antígono «el Tuerto»

Nacimiento de Perseo de Citio, estudiante, compañero y secretario personal de Zenón

Nacimiento de Aristón de Quíos

305-304 Demetrio asedia Rodas

301 Muerte de Antígono «el Tuerto» en la batalla de Ipsus, Frigia

Zenón comienza a enseñar en la Estoa

279 **Nacimiento de Crisipo, tercer escolarca de la Estoa, en Soli, Cilicia**

Los galos invaden Macedonia, profanan las tumbas reales y matan a Karaunos; invasión abortada de Grecia

278 Antígono II Gonatas y Antíoco I alcanzan un tratado que crea la división entre Europa y Asia

276 Antígono II es restablecido como rey de Macedonia

Zenón de Citio y Arato de Soli son invitados a la corte de Antígono en Pella

Ptolomeo II es derrotado por Antíoco I en Siria

272 Victorias de Ptolomeo II en el sur de Anatolia

264 Arcesilao sucede como sexto jefe de la Academia, y es un principal oponente escéptico de los primeros estoicos

Antígono II pone en jaque a Atenas (hasta el 262)

262 Muere en Atenas Zenón, el fundador del estoicismo; le sucede Cleantes

261 Antígono II derrota a la armada de Ptolomeo II en la batalla de Cos

256-253 Antígono II restablece la autonomía ateniense, sacando su guarnición de Atenas

245 Ptolomeo III Evergetes nombra a Eratóstenes, que estudió con Zenón y Aristón, para dirigir la Biblioteca de Alejandría y como tutor de Ptolomeo IV Filopator

243 Muerte de Perseo, alumno y compañero de Zenón, en la batalla con Arato en Corinto

239 Muerte de Antígono II

Seleuco es derrotado por Antíoco Hierax y se retira a Cilicia

235 Esfero se une a la corte de Cleómenes, rey de Esparta

230 Muerte de Cleantes en Atenas; le sucede Crisipo

Nacimiento de Diógenes en Seleucia, a orillas del Tigris, en Babilonia; se convertirá en el quinto escolarca de la Estoa

226 Un gran terremoto derriba el Coloso de Rodas

222 Cleómenes III es derrotado por Antígono III Dosón y huye a Egipto

Muerte de Ptolomeo III; ascenso de Ptolomeo IV Filopator

Esfero sigue a Cleómenes a Alejandría por invitación de Filopator

214 Carnéades, el gran escéptico, nace en Cirene (actual Libia)

206 Muerte de Crisipo en Atenas; Zenón de Tarso le sucede como cuarto escolarca de la Estoa

185 Nacimiento de Panecio en Rodas, que se convertirá en el séptimo y último escolarca de la Estoa

168 Los romanos derrotan a Perseo de Macedonia, último de los antigónidas, en la Tercera Guerra Macedónica, ocupando Grecia y Macedonia

Crates de Malos, maestro estoico y director de la Biblioteca de Pérgamo, es enviado por el rey Ático (aliado de Roma) en una misión a Roma

158 Nacimiento de Publio Rutilio Rufo

155 La filosofía griega llega a Roma cuando Atenas envía a embajadores de las principales escuelas para apelar la multa impuesta: Carnéades (líder de la Academia), Critolao (líder del Liceo) y Diógenes (líder de la Estoa)

149-146 Asedio de Cartago por Escipión

144 Panecio va a Roma

142 Muerte de Diógenes de Babilonia; le sucede Antípatro de Tarso, sexto escolarca de la Estoa

140-138 Panecio se une a Escipión Emiliano en su misión en Oriente

140 Arquedemo de Tarso funda una escuela estoica en Babilonia

138 Rutilio Rufo estudia con Panecio en Roma

135 Nacimiento de Posidonio, gran polímata y discípulo de Panecio, en Apamea, Siria

133 La dinastía atálida cede todo el territorio a Roma

Muerte de Tiberio Graco y juicio a Cayo Blosio, alumno y amigo de Antípatro de Tarso

129 Muerte de Antípatro de Tarso; le sucede Panecio en Atenas

Muerte de Escipión Emiliano (círculo de Escipión)

Cayo Blosio se suicida tras participar en el fallido golpe utópico de Aristónico contra Roma en Pérgamo

132-129 Muerte de Carnéades, jefe de la Academia

110 Nace el filósofo epicúreo Filodemo en Gadara, Siria

109 Muerte de Panecio en Atenas; fin de la escolástica, maestros rivales continúan con las enseñanzas estoicas

106 Nacimiento de Cicerón

100 Diótimo falsifica las cartas de Epicuro

95 Nacimiento de Catón «el Joven»

88-86 Comienzo de la primera guerra mitridática; asedio de Atenas por Sila, dispersión de las principales escuelas. Filón de Larisa se convierte en maestro de Cicerón en Roma.

86 Primer libro de Cicerón, *De Inventione* (sobre la invención retórica)

79 Cicerón visita Rodas, donde estudia por primera vez con Posidonio

78 Cicerón visita a Rutilio Rufo en Esmirna; Rutilio muere poco después

74 Nacimiento de Atenodoro Cananita cerca de Tarso, Cilicia, un estoico maestro de Octavio

70 Nacimiento de Porcia Catón

¿Nacimiento de Arrio Dídimo?

60 El maestro estoico Diodoto muere en casa de Cicerón

56 Cicerón acaba *De Oratore* (sobre la oratoria)

55 Cicerón «se da un festín en la biblioteca de Fausto Sila» cerca de su villa en Cumas, parte del botín de guerra del asedio de Sila a Atenas, que contiene la biblioteca de Aristóteles

54 Cicerón comienza *De re publica* (sobre la República); se publica en 51 a. C.

51 Muerte de Posidonio; Cicerón empieza a escribir *De legibus* (*sobre las leyes*)

46 Suicidio de Catón en Utica, Cartago; Cicerón y Bruto escriben los elogios; Cicerón escribe *Paradojas estoicas*

45 Cicerón escribe *Consolación a sí mismo*, *Hortensio*: *una exhortación a la filosofía* (hoy perdida), *Académica*, y *Sobre los fines morales*

45-44 Cicerón escribe *Disputas tusculanas* y *Sobre la naturaleza de los dioses*

44 Cicerón escribe *Catón «el Viejo»* (*sobre la vejez*), *Sobre la adivinación*, *Sobre el destino, Sobre la reputación, Sobre la amistad* y *Sobre los deberes* (su último libro)

Atenodoro Cananita llega a Roma con el joven Octavio

43 Muerte de Cicerón por orden de Marco Antonio

40/35 Filodemo muere en Herculano, dejando su biblioteca en la Villa de Piso

31 Octavio derrota a Marco Antonio y Cleopatra en Accio

30 Octavio entra en Alejandría con Arrio Dídimo

27 Octavio se convierte en Augusto, el primer emperador romano

4 Nacimiento de Séneca en Corduba (actual Córdoba) en el sur de España

DESPUÉS DE CRISTO

10 Muerte de Arrio Dídimo

20 Nacimiento de Cayo Musonio Rufo en Volsinii, Etruria

35 Nacimiento de Eufrates de Tiro

37 Muerte de Tiberio, Calígula es el sucesor

Nacimiento de Nerón

c. 40 Nacimiento de Dio Crisóstomo en Prusa, Bitinia

41 Muerte de Calígula; le sucede Claudio

Claudio exilia a Séneca a Córcega

49 Séneca es llamado de Córcega para ser tutor de Nerón

50 Cornuto comienza a enseñar en Roma, entre sus alumnos se encuentran Lucano y Persio

c. 52 San Pablo comparece en el tribunal ante el hermano de Séneca, Galión (*Hechos* 18:12-17)

Antes o después de esta fecha, Pablo pronuncia su sermón en la Colina de Marte (Areópago) en el que hace referencia al **Himno a Zeus** de Cleantes

54 Muerte de Claudio; le sucede Nerón

55 Nacimiento de Epicteto en Hierápolis, Frigia

60-62 Cayo Rubelio Plauto es exiliado a Siria por Nerón. Lo acompaña Musonio Rufo

61 Nacimiento de Plinio «el Joven» en Como, Italia

62 Plauto es ejecutado en Siria por las tropas de Nerón; Musonio Rufo regresa a Roma

62-65 Séneca se retira de la vida de la corte y comienza su última serie de escritos, entre los que se encuentran las *Cartas morales a Lucilio*

64 Gran incendio de Roma

65 Séneca se suicida bajo la orden de Nerón

65-68 Musonio Rufo es desterrado por Nerón a la isla de Gyara

66 Muerte de Trásea Peto

68-69 Nerón se suicida con la ayuda de Epafrodito; le sucede Galba

Musonio Rufo regresa a Roma bajo el mando de Galba

69 Año de los cuatro emperadores; Vespasiano consolida el poder

71 Vespasiano destierra a todos los filósofos de Roma, excepto a Musonio Rufo por un tiempo

75 Vespasiano exilia y asesina a Helvidio Prisco; Musonio Rufo regresa a Siria

78 Musonio Rufo regresa a Roma con el apoyo de Tito

79 Muerte de Vespasiano; le sucede Tito

Erupción del Vesubio, presenciada por un joven de dieciocho años, Plinio «el Joven»

81 Muerte de Tito; le sucede Domiciano

Plinio «el Joven» sirve como oficial de la Tercera Legión Gala en Siria. Más tarde escribe sobre su estancia en el Éufrates

85 Epicteto, que ya estudiaba con Musonio Rufo, es liberado por Epafrodito, secretario personal de Nerón; crea su propia escuela en Roma

86 Nacimiento de Arriano, historiador y alumno estoico de Epicteto que registró sus enseñanzas, en Nicomedia, Bitinia

93 Domiciano destierra a los filósofos de Roma, incluido Epicteto, que traslada su escuela a Nicópolis

95 Domiciano asesina a Epafrodito por su papel en la muerte de Nerón

96 Muerte de Domiciano; le sucede Nerva

98 Muerte de Nerva; le sucede Trajano

100 Nacimiento de Junio Rústico, nieto de Aruleno Rústico y mentor estoico de Marco Aurelio

101 ¿Muerte de Musonio Rufo?

107-11 Arriano asiste a las conferencias de Epicteto en Nicópolis y las incluye en los que serán los *Discursos* y el *Manual*

112/3 Muerte de Plinio «el Joven» en Bitinia

117 Muerte de Trajano; le sucede Adriano

118 Eufrates de Tiro se suicida bebiendo cicuta con la bendición de Adriano

120 Hierocles compone sus «círculos concéntricos» en esta época

121 Nacimiento de Marco Aurelio en Roma el 26 de abril

135 Muerte de Epicteto

131-37 Arriano es nombrado gobernador de Capadocia por Adriano

138 Muerte de Adriano; le sucede Antonino Pío, el padre adoptivo de Marco Aurelio.

161 Muerte de Antonino Pío; le sucede Marco Aurelio

165 Ejecución de Justino Mártir enjuiciado por Junio Rústico

170 Muerte de Junio Rústico

176 Marco Aurelio restablece las cuatro cátedras de filosofía en Atenas

180 Muerte de Marco Aurelio en Vindobona el 17 de marzo

197 Tertuliano elogia la teología de Cleantes en su *Apologética* y escribe que Marco Aurelio fue «un protector» de los cristianos

c. 200 Sexto Empírico y Alejandro de Afrodisias escriben *polémicas* contra el estoicismo

Clemente de Alejandría escribe sobre las posiciones filosóficas estoicas en sus *Stromata*

Diógenes Laercio comienza los estudios que darán lugar a sus ***Vidas de los filósofos ilustres***

FUENTES CONSULTADAS Y LECTURAS COMPLEMENTARIAS

Textos sobre los primeros estoicos

Annas, Julia, ed. *Cicero: On Moral Ends.* Cambridge: Cambridge University Press, 2001. Incluye una cronología y una introducción muy didáctica.

Dyck, Andrew R. A., *Commentary on Cicero, De Officiis*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1996.

Edelstein, Ludwig, y I. G. Kidd. *Posidonius*. Vol. 1, *The Fragments*. Segunda edición. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.

Graver, Margaret. *Cicero on the Emotions: Tusculan Disputations 3 and 4*. Chicago: University of Chicago Press, 2002.

Graver, Margaret, y A. A. Long, *Letters on Ethics by Lucius Annaeus Seneca*. Chicago: University of Chicago Press, 2015.

Kidd, I. G. *Posidonius*. Vol. 2, *The Commentary*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988.

———. *Posidonius*. Vol. 3, *The Translation of the Fragments*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.

Loeb Classical Library. Cambridge, MA: Harvard University Press. Incluye importantes fuentes doxográficas e históricas de Diógenes Laercio, Plutarco, Tácito, Suetonio, Dión Casio, Ateneo, Aulo Gelio, además de Cicerón, y numerosos textos estoicos de Séneca, Epicteto y Marco Aurelio: www.loebclassics.com.

Long, A. A., *How to Be Free: An Ancient Guide to the Stoic Life, Epictetus' Encheiridion and Selections from Discourses*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2018.

Long, A. A., y D. N. Sedley. *The Hellenistic Philosophers*. 2 vols. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.

Lutz, Cora E. *Musonius Rufus: The Roman Socrates*. Yale Classical Studies, vol. 10. New Haven, CT: Yale University Press, 1947. Esta colección de conferencias y fragmentos de Musonio se reeditó sin el texto griego de Otto Hense bajo el título *That One Should Disdain Hardships: The Teachings of a Roman Stoic*, con una introducción de Gretchen Reydams-Schils. New Haven, CT: Yale University Press, 2020.

Mensch, Pamela, y James Miller, ed. *Diogenes Laertius' Lives of the Eminent Philosophers*. Oxford: Oxford University Press, 2018. No solo contiene una traducción soberbia, sino también unos magníficos artículos.

Pomeroy, A. *Arius Didymus: Epitome of Stoic Ethics*. Atlanta: Society of Biblical Literature, 1999.

Ramelli, I. *Hierocles the Stoic: Elements of Ethics, Fragments and Excerpts*. Atlanta: Society of Biblical Literature, 2009.

Thom, Johan C. *Cleanthes' Hymn to Zeus.* Estudios y textos sobre la Antigüedad y el cristianismo 33. Tübingen: Mohr Siebeck, 2005.
von Arnim, Hans. *Stoicorum Veterum Fragmenta*. Leipzig: Teubner, 1903-5. Recopilado en cuatro volúmenes por Wipf & Stock, Eugene, OR.

Contexto histórico e intelectual

Adams, G. W. *Marcus Aurelius in the Historia Augusta and Beyond*. Nueva York: Lexington Books, 2013.
Algra, K., J. Barnes, J. Mansfeld, y M. Schofield, eds. *The Cambridge History of Hellenistic Philosophy*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
Arena, Valentina. *Libertas and the Practice of Politics in the Late Roman Republic*. Cambridge: Cambridge University Press, 2012.
Astin, A. E. *Scipio Aemilianus*. Oxford: Oxford University Press, 1967.
Barnes, Jonathan. *Mantissa: Essays in Ancient Philosophy IV*. Editado por Maddalena Bonelli. Oxford: Clarendon Press, 2015.
Barrett, Anthony A. *Agrippina: Sex, Power, and Politics in the Early Empire*. New Haven, CT: Yale University Press, 1996.
Bartsch, Shadi, y Alessandro Schiesaro, eds. *The Cambridge Companion to Seneca*. Cambridge: Cambridge University Press, 2015.
Berthold, Richard M. *Rhodes in the Hellenistic Age*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 2009.
Billows, Richard A. *Antigonos the One-Eyed and the Creation of the Hellenistic State*. Berkeley: University of California Press, 1990.
Birley, A. R. *Marcus Aurelius: A Biography*. London: Routledge, 2002.
Branham, R. Bract, y Marie-Odile Goulet-Cazé. *The Cynics: The Cynic Movement in Antiquity and Its Legacy*. Berkeley: University of California Press, 1996.
Davies, Malcolm. «The Hero at the Crossroads: Prodicus and the Choice of Heracles». *Prometheus* 39 (2013): 3-17.
Dawson, Doyne. *Cities of the Gods: Communist Utopias in Greek Thought*. Oxford: Oxford University Press, 1992.
Drinkwater, John F. *Nero: Emperor and Court*. Cambridge: Cambridge University Press, 2019.
Everitt, Anthony. Cicero: *The Life and Times of Rome's Greatest Politician*. Nueva York: Random House, 2003.
Garland, R. *The Piraeus: From the Fifth to the First Century B.C*. London: Bristol Classical Press, 1987.
Gill, C. *The Structured Self in Hellenistic and Roman Thought*. Oxford: Oxford University Press, 2006.
Goodman, Rob, y Jimmy Soni. *Rome's Last Citizen: The Life and Legacy of Cato, Mortal Enemy of Caesar*. Nueva York: Thomas Dunne, 2014.
Grant, Michael. *The Antonines: The Roman Empire in Transition*. London: Routledge, 1994.
Green, Peter. *Alexander to Actium: The Historical Evolution of the Hellenistic Age*. Berkeley: University of California Press, 1990.
Griffin, Miriam, y Jonathan Barnes, eds. *Philosophia Togata I: Essays on Philosophy and Roman Society*. Oxford: Clarendon Press, 1996.
Haskell, H. J. *This Was Cicero: Modern Politics in a Roman Toga*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1942.
Laffranque, Marie. *Poseidonios D'Apamée*. Presses Universitaires de France, 1964.
Lavery, Gerard. «Cicero's Philarchia and Marius», *Greece & Rome* 18, n.º 2 (1971): 133-42.
Millar, Fergus. *The Roman Near East: 31 BC–AD 337*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1993.
Mitchison, Naomi. *The Blood of the Martyrs*. Edinburgh: Canongate, 1988. Publicado por primera vez en 1939.

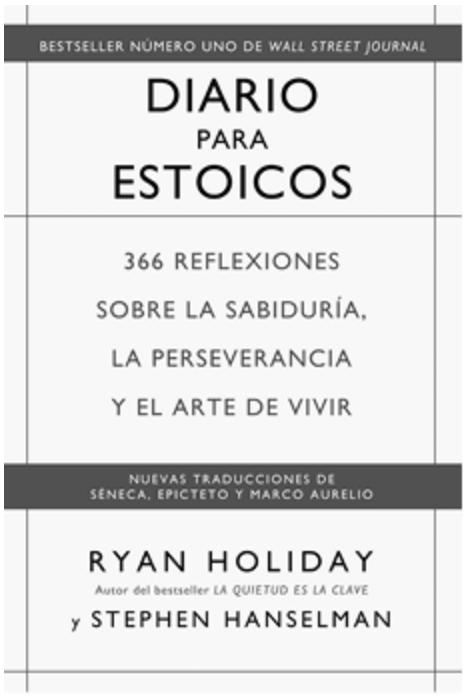
Morford, Mark. *The Roman Philosophers: From the Time of Cato the Censor to the Death of Marcus Aurelius*. London: Routledge, 2002.
Nussbaum, M. *The Therapy of Desire*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1994.
Quinn, Josephine C. *In Search of the Phoenicians*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2018.
Raven, James, ed. *Lost Libraries: The Destruction of Great Book Collections Since Antiquity*. London: Palgrave Macmillan, 2004. Especialmente, el capítulo 3, T. Keith Dix, «Aristotle's Peripatetic Library».
Rawson, Elizabeth. Cicero: A Portrait. London: Bristol Classical Press, 1994. Publicado por primera vez en 1975.
———. *Intellectual Life in the Late Roman Republic*. London: Duckworth, 2013. Publicado por primera vez en 1985.
Romm, James S. *Dying Every Day: Seneca at the Court of Nero*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 2014.
Sedley, David. «Philodemus and the Decentralisation of Philosophy». Cronache Ercolanesi 33 (2003): 31-41.
Smith, William, ed. *A Dictionary of Greek and Roman Biography and Mythology*. 3 vols. London: I. B. Tauris, 2007. Publicado por primera vez en 1849.
———. *A Dictionary of Greek and Roman Antiquities*. 2 vols. Cambridge: Cambridge University Press, 2013. Publicado por primera vez en 1842.
Striker, G. *Essays on Hellenistic Epistemology and Ethics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.
Williams, Gareth D., y Katherina Volk. *Roman Reflections: Studies in Latin Philosophy*. Oxford: Oxford University Press, 2015.
Wilson, Emily. *The Greatest Empire: A Life of Seneca*. Nueva York: Oxford University Press, 2014.
Woolmer, Mark. *A Short History of the Phoenicians*. London: I. B. Tauris, 2017.

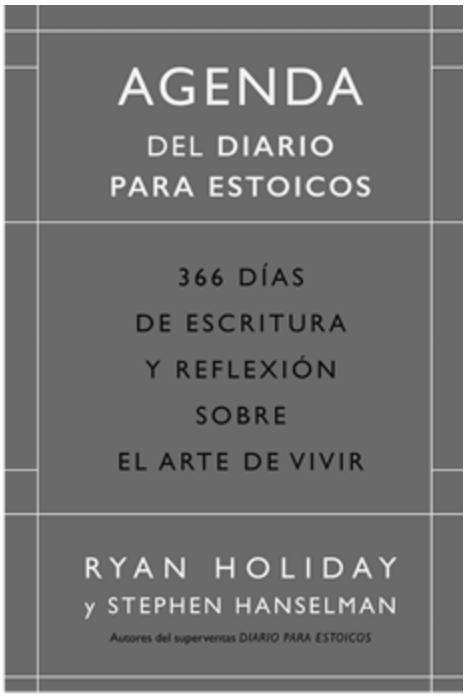
Trabajos sobre el estoicismo

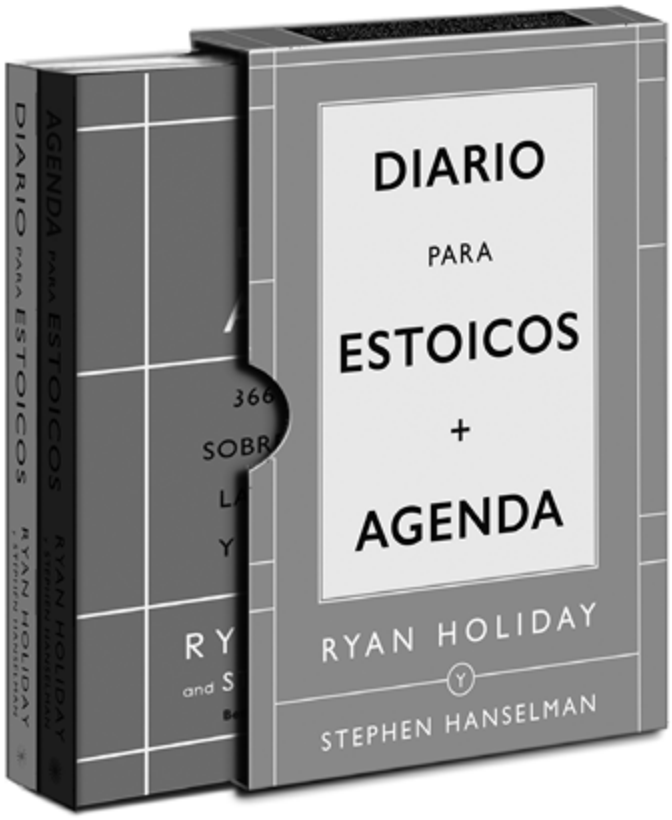
Bobzien, Susanne. *Determinism and Freedom in Stoic Philosophy*. Oxford: Clarendon Press, 2001.
Brennan, T. *The Stoic Life*. Oxford: Oxford University Press, 2005.
Brunt, P. A. *Studies in Stoicism*. Editado por Miriam Griffin y Alison Samuels. Oxford: Oxford University Press, 2013.
Colish, Marcia L. *The Stoic Tradition from Antiquity to the Early Middle Ages*. Vol. 1, *Stoicism in Classical Latin Literature*. Leiden: E. J. Brill, 1985.
———. *The Stoic Tradition from Antiquity to the Early Middle Ages*. Vol. 2, *Stoicism in Christian Latin Thought Through the Sixth Century*. Leiden: E. J. Brill, 1985.
Edelstein, Ludwig. *The Meaning of Stoicism*. Martin Classical Lectures, vol. XXI. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1966.
Engberg-Pedersen, *T. Paul and the Stoics*. Louisville, KY: Westminster John Knox Press, 2000.
Erskine, Andrew. *The Hellenistic Stoa: Political Thought and Action*. Ithaca: Cornell University Press, 1990.
Gould, Josiah B. *The Philosophy of Chrysippus*. Albany: State University of New York Press, 1970.
Graver, Margaret. *Stoicism and Emotion*. Chicago: University of Chicago Press, 2007.
Hadot, P. *The Inner Citadel: The Meditations of Marcus Aurelius*. Edición de Michael Chase. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1998.
Hahm, David E. «Posidonius' Theory of Historical Causation, En Aufstieg und Niedergang der Romischen Welt, II.36.3, pp. 1325-63. Berlin: De Gruyter, 1989.
———. «Diogenes Laertius VII: On the Stoics». In *Aufstieg und Niedergang der Romischen Welt*, II.36.6, pp. 4076-182, indices pp. 4404-11. Berlin: De Gruyter, 1992.
Ierodiakoou, Katerina. *Topics in Stoic Philosophy*. Oxford: Oxford University Press, 1999.
Inwood, B. *The Cambridge Companion to the Stoics*. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.
Jackson-McCabe, Matt. «The Stoic Theory of Implanted Preconceptions. *Phronesis* 49, n.º 4 (2004): 323-47.

Jedan, Christophe. *Stoic Virtues: Chrysippus and the Religious Character of Stoic Ethics*. London: Continuum, 2009.
Klein, Jacob. «The Stoic Argument from Oikeiōsis. *Oxford Studies in Ancient Philosophy* 50 (2016): 143-200.
Long, A. A. *Hellenistic Philosophy: Stoics, Epicureans, Skeptics*. Segunda edición. London: Duckworth, 1986.
———. *Problems in Stoicism*. London: Continuum, 2000.
———. *Stoic Studies*. Berkeley: University of California Press, 2001.
———. *From Epicurus to Epictetus: Studies in Hellenistic and Roman Philosophy*. Oxford: Oxford University Press, 2006.
———. *Greek Models of Mind and Self*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2015.
Long, A. G., ed. *Plato and the Stoics*. Cambridge: Cambridge University Press, 2013.
Meijer, P. A. *Stoic Theology: Proofs for the Existence of the Cosmic God and of the Traditional Gods*. Delft: Eburon, 2007.
Motto, Anna Lydia. *Seneca Sourcebook: Guide to the Thought of Lucius Annaeus Seneca*. Ámsterdam: Adolf M. Hakkert, 1970.
Newman, Robert J. «Cotidie Meditare: Theory and Practice of the Meditation in Imperial Stoicism. En *Aufstieg und Niedergang der Romischen Welt*, II.36.3. Berlín: De Gruyter, 1989.
Obbink, Dirk, y Paul A. Vander Waerdt. «Diogenes of Babylon: The Stoic Sage in the City of Fools. *Greek, Roman, and Byzantine Studies* 32, n.º 4 (1991): 355-96.
Papazian, Michael. «The Ontological Argument of Diogenes of Babylon. *Phronesis* 52, n.º 2 (2007): 188-209.
Reydams-Schils, Gretchen. *The Roman Stoics: Self, Responsibility, and Affection*. Chicago: University of Chicago Press, 2005.
———. «Philosophy and Education in Stoicism of the Roman Imperial Era. *Oxford Review of Education* 36, n.º 5 (2010): 561-74.
Robertson, Donald. *How to Think Like a Roman Emperor: The Stoic Philosophy of Marcus Aurelius*. Nueva York: St. Martin's Press, 2019.
Sambursky, Samuel. *The Physics of the Stoics*. London: Routledge, 1959.
Sandbach, F. H. *The Stoics.* Segunda edición. London: Duckworth, 1994.
Scaltsas, Theodore, y Andrew S. Mason, eds. *The Philosophy of Epictetus*. Oxford: Oxford University Press, 2007.
Schofield, M. *The Stoic Idea of the City*. Chicago: University of Chicago Press, 1999.
Schofield, M., y G. Striker, eds. *The Norms of Nature*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.
Sellars, J. *Stoicism*. Berkeley y Durham: University of California Press and Acumen, UK, 2006.
———. «Stoic Cosmopolitanism and Zeno's 'Republic'. *History of Political Thought* 28, n.º 1 (2007): 1-29.
———. *The Art of Living*: *The Stoics on the Nature and Function of Philosophy*. London: Bloomsbury, 2013.
———. *Hellenistic Philosophy*. Oxford: Oxford University Press, 2018.
Sorabji, Richard. *Emotion and Peace of Mind: From Stoic Agitation to Christian Temptation*. Oxford: Oxford University Press, 2000.
Star, Christopher. *The Empire of the Self: Self-Command and Political Speech in Seneca and Petronius*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2012.
Stephens, W. O. *Epictetus and Happiness as Freedom*. London: Continuum, 2007.
Valantasis, Richard. «Musonius Rufus and Roman Ascetical Theory. *Greek, Roman, and Byzantine Studies* 40 (2001).
Weiss, Robin. «The Stoics and the Practical: A Roman Reply to Aristotle. DePaul College of Liberal Arts and Social Sciences, Theses and Dissertations, Paper 143 (2013), http://via.library.depaul.edu/etd/143.

TAMBIÉN DE RYAN HOLIDAY

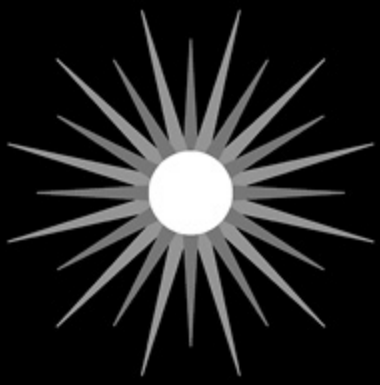

BESTSELLER NÚMERO UNO DE WALL STREET JOURNAL
DIARIO
PARA
ESTOICOS
366 REFLEXIONES
SOBRE LA SABIDURÍA,
LA PERSEVERANCIA
Y EL ARTE DE VIVIR
NUEVAS TRADUCCIONES DE
SÉNECA, EPICTETO Y MARCO AURELIO
RYAN HOLIDAY
Autor del bestseller LA QUIETUD ES LA CLAVE
y STEPHEN HANSELMAN


AGENDA
DEL DIARIO
PARA ESTOICOS
366 DÍAS
DE ESCRITURA
Y REFLEXIÓN
SOBRE
EL ARTE DE VIVIR
RYAN HOLIDAY
y STEPHEN HANSELMAN
Autores del superventas DIARIO PARA ESTOICOS


DIARIO
PARA
ESTOICOS
+
AGENDA
RYAN HOLIDAY
Y
STEPHEN HANSELMAN

«Una lectura obligada en nuestro ajetreado mundo».
ANGELA DUCKWORTH, autora del bestseller
Grit: El poder de la pasión y la perseverancia.

LA QUIETUD ES LA CLAVE



RYAN HOLIDAY

Autor de los bestsellers
DIARIO PARA ESTOICOS* y *EL EGO ES EL ENEMIGO

Bestseller # 1 del *Wall Street Journal*

De los autores del bestseller *Diario para estoicos* llega una poderosa reflexión sobre las lecciones imperecederas que grandes pensadores de la Antigüedad todavía pueden enseñarnos sobre la felicidad, el éxito, la resiliencia y la virtud.

«Los estoicos eran más que simples pensadores. Eran atletas, generales, emperadores, esposos, padres e hijas. Este es un libro maravilloso que muestra las vidas de aquellos filósofos cuyas palabras han moldeado al mundo».
CHRIS BOSH, bicampeón de la NBA

La historia del estoicismo es la historia del triunfo sobre la adversidad. Desde la conversión de Zenón a la filosofía en una librería de Atenas tras de perder una fortuna en los negocios, hasta el modo en que el emperador Marco Aurelio se sobrepuso a toda suerte de obstáculos y a su delicada salud, cada una de las veintiséis figuras de este libro tuvo que superar algún tipo de dificultad. Durante dos mil años, desde Séneca hasta Epicteto, los estoicos nos han enseñado (con palabras y hechos) sus lecciones tanto en el campo de batalla, como en el mundo de los negocios, la política o el hogar.

Este libro tiene un objetivo: inspirarte con la grandeza de los estoicos y advertirte de sus errores, para que la filosofía te convierta en el tipo de persona que estás destinado a ser.

«Cada una de las historias de *Vida de los estoicos* devuelve al presente los valores de aquellos antiguos filósofos. Y eso es exactamente lo que ellos habrían querido, porque el estoicismo no es una entelequia, sino una guía para vivir mejor. Ryan Holiday y Stephen Hanselman nos muestran cómo aquellos grandes pensadores lograron —con algún que otro fracaso— convertir la teoría en acción».
DAVID EPSTEIN, autor de *Amplitud*, bestseller del *New York Times*

REM
REVERTÉ MANAGEMENT

Disponible en e-book
@revertemanagement
revertemanagement.com